

ENTRE LA ESPADA Y EL CORAZÓN

DANIEL BURGOS SOLER

Entre la espada y el corazón

Daniel Burgos Soler

Copyright © 2024 Daniel Burgos Soler

Reservados todos los derechos

Autor: Daniel Burgos Soler

Título de la novela: Entre la espada y el corazón

Los personajes (salvo Ambrosio Spínola) y todos los eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es intención del autor.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Registro Propiedad Intelectual: 09-RTPI-01967.7/2024

Depósito Legal: M-7343-2024

ISBN Amazon: 9798882730153

Sello: Independently published

Diseño de portada por: IA Canva

A todas las personas que sueñan, como yo, en publicar su primera novela

NOTA DEL AUTOR

Amigo/a lector/a:

Es probable que lo más aconsejable sería saltarte estas breves palabras que escribiré en este apartado, pues estoy de acuerdo con muchos escritores en que una novela debe hablar por sí misma y no en este pequeño preámbulo.

Entre la espada y el corazón es la primera novela que publico, marcando —tal vez— el inicio de algo nuevo en mi vida, la escritura. Pero he de decir que publicar esta novela no ha sido por cumplir uno de los tres elementos claves en la vida: plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. Aunque aprovecho para decir que lo primero ya está cumplido, lo segundo, aquí lo tienes y lo tercero, pues a febrero de 2024 es un proyecto personal a alcanzar.

Pero como digo, esta novela no se realiza por cumplir lo anterior, sino por cumplir con un proyecto personal. Desde hace muchos años comencé a escribir esta novela con el único fin de imprimirla y dejarla sobre la estantería. Pero un buen día, para mis adentros, pensé en la idea de publicar la novela. Durante muchos años he estado escribiéndola con diferentes parones por los estudios y trabajos, no sin antes seguir prometiéndome que algún día, por muchos años que pasasen, acabaría publicando *Entre la espada y el corazón*.

Deciros que no recuerdo exactamente el año que la comencé, pero tal vez fuese con la misma edad que el protagonista de la novela, Máximo. Por lo que muchos años después, contando hoy con la friolera de veintisiete años, os presento lo que para mí ha sido un proyecto personal. Y he de decir que ha sido un proceso muy bonito, reescribiendo todo lo que durante los años previos a la publicación fui creando a través de mi imaginación.

Finalmente, para dejaros de una vez leer la novela, deciros que el proyecto ha sido completamente autónomo, sin recursos para poder optar a un editor que me aconsejase la forma de escritura, así como cualquier programa que mejorase la gramática. Todo está de manera autónoma, por lo que si en algún momento encuentras algo que no corresponde, todos hemos tenido una primera vez, teniendo esta sus aciertos y sus errores.

Y ahora... espero que esta novela la disfrutes hasta el final. Por ello, te dejo adentrarte en lo que ahora sí que puedo confirmar: Bienvenido/a a mi primera novela.

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[CAPITULO 1. EL PRINCIPIO DEL FIN.](#)

[CAPITULO 2. EL ÁNGEL DE LA GUARDA](#)

[CAPITULO 3. LA NUEVA VIDA DE MÁXIMO.](#)

[CAPITULO 4. EL PRIMER AMOR DE MÁXIMO.](#)

[CAPITULO 5. LA VIDA DE CATALINA](#)

[CAPITULO 6. UN MAL AUGURIO](#)

[CAPITULO 7. ¿CABEZA O CORAZÓN?](#)

[CAPITULO 8. SE AVECINA EL INFIERNO.](#)

[CAPITULO 9. LLEGÓ LA HORA. LLEGÓ LA GUERRA.](#)

[CAPITULO 10. COMIENZA LA GUERRA.](#)

[CAPITULO 11. ¿CIELO O INFIERNO?](#)

[CAPÍTULO 12. LA VENGANZA](#)

[CAPITULO 13. EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE](#)

[CAPITULO 14. ¿LA MUERTE ES EL FINAL?](#)

[CAPITULO 15. ¿QUIÉN ERES, BENEDICTO?](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPITULO 1. EL PRINCIPIO DEL FIN.

El olor a quemado se expandía rápidamente por aquella villa. La noche cerrada y estrellada, así como la poca luz que había sobre las calles, dejaba en una clara iluminación de fuego el mercado donde estaba produciéndose aquel incendio. Algunos vecinos comenzaron a salir a las calles provocando un griterío incesante ante el fuerte hedor que comenzaba a desprenderse de aquellos neumáticos ardiendo junto a varias maderas depositadas estratégicamente. Otros, intentaban volcar cubos y cubos de agua para apagarlo. Y allí, Máximo Hurtado de Mendoza, un chico de diecisiete años, intentaba apagar junto a sus familias y algunos vecinos el puesto del mercado que ardía. Su puesto familiar en aquel mercado. Su vida.

—¿Qué ha pasado aquí? —Gritaba Andrés, padre de Máximo.

—Yo me acabo de enterar. —Decía uno de los vecinos allí presentes.

—Yo vi salir corriendo a tres hombres... —Apuntaba otro.

La familia se encontraba en un estado de nervios muy fuerte debido a que todos sus ingresos venían de aquel puesto de mercado que, si todavía quedaba algo sin arder, poco le quedaría para ser ceniza como el resto. Y Máximo era consciente de lo que había pasado. También, de quién había sido el causante de todo este incendio que, desde luego, había puesto en jaque el futuro de su familia.

10 horas antes del incendio...

El reloj de sol que había sobre la plaza de aquella villa de nombre Chinchón, en Madrid, indicaba que eran las cuatro de la tarde. Los pocos adolescentes privilegiados que podían acudir a la escuela para realizar su formación escolar, comenzaban a salir de ella. Allí, bajo la autoridad del sacerdote Venancio, acudían unos diez niños y alguna niña —privilegiada para la época—, donde aprendían: numérica, alfabeto, escritura y, sobre todo, la fe católica. La Inquisición estaba en uno de los momentos de mayor auge, lo que significaba que el control en la educación, como en otros tantos ámbitos sociales, era muy marcado. Aun así, el sacerdote Venancio, ejercía una mayor libertad de enseñanza, tal vez por su gran experiencia como sacerdote y maestro, como tal vez por sus grandes relaciones con la corte real y el mismo rey Felipe IV.

En aquella academia se encontraba Máximo, proveniente de una familia con cierto poder económico debido a su gran gestión en el mercado de la villa y de los alrededores. Hecho que permitía que estuviese en esa academia. Su altura era de metro setenta y cinco, siendo alto para la época, con pelo negro brillante que contrastaba con su piel blanca. Ojos amarronados y pestañas medianamente largas, franqueadas por sus cejas negras, conformaban una cara de joven atractivo. Su aspecto físico era de cuerpo delgado pero atlético, pues sus entrenamientos físicos le dejaban un torso fibroso, aunque este factor físico no era realmente el que mejor le definía, ya que este era su inteligencia. Máximo era un chico con grandes cualidades en la academia, sobre

todo en las asignaturas que trataban la anatomía, pues, a fin de cuentas, su mayor deseo profesional pasaba por ser médico. Por eso su relación con Venancio era muy estrecha, pues aquel sacerdote era uno de los más sabios en temas médicos tras haber dedicado su juventud a dicha profesión, sobre todo en momentos de guerra y, donde al retirarse por edad de ella, decidió cambiar su profesión a la de sacerdote para poder evangelizar a las personas y a las distintas villas.

En Chinchón, Máximo vivía junto a sus padres y su hermano, Carlos. Sus padres, Andrés y Juana, se dedicaban al mercado. Nacidos en Chinchón, ambos se conocieron casualmente en aquel mercado cuando sus respectivos padres ejercían su misma profesión. De familias íntimas, hijos enamorados y, también, buenos en su profesión. Andrés era un hombre de cuarenta años que rondaba el metro setenta y cuyo físico se conformaba por pelo negro rellenado con varias canas y unas entradas marcadas en la frente de la cabeza. Respecto a su cuerpo, Andrés tenía cierta barriga, tal vez por su afán por la cerveza, pero con grandes músculos debido a las grandes jornadas en el campo, pues se dedicaba en mayor parte a cultivar las tierras familiares y cosecharlas para después, llevar el producto al mercado. Mercado regentado por su esposa, Juana. Ella tenía una estatura de poco más de metro y medio. Era una mujer de gran belleza con ojos verdosos, pestañas largas y pómulos marcados que se acompañaban de dos hoyuelos —uno por mejilla— que se aparecían cuando esta sonreía. Algo habitual en ella al ser una mujer muy risueña. Así, se caracterizaba por su gran melena rubia que llegaba hasta la cintura y que era muy bien cuidado por ella. Pero si algo había heredado Máximo de Juana, esto era su inteligencia. Mujer de buenos modales, intelectual, culta y con buen don de gentes, se convertía así en una mujer que rompía con el estereotipo del siglo XVII. Esto traía muchas envidias entre las mujeres de Chinchón y muchos celos entre los hombres de allí.

Y, por último, Carlos. Hermano de Máximo, con diecinueve años de edad. Se caracterizaba por una estatura similar a Máximo, pero con otro estilo de personalidad. Máximo era más recatado y cohibido, mientras que Carlos era todo lo contrario, siendo un chico extrovertido y que quería vivir la vida. Hecho que hizo que no le fuese bien en la academia y se dedicase, como bien decía él, a vivir la vida. Por ello, ayudaba en las tierras junto a Andrés tras haber heredado la fuerza del padre y también lo hacía, cuando era oportuno, en el puesto de mercado ayudando a Juana. Pero también, y esto heredado de su madre, tenía una gran capacidad de persuasión y de trato con la gente, lo que había permitido que se dedicase a la venta de los productos en las villas más cercanas e, incluso, en buscar una mayor expansión del mercado en otras villas. Por tanto, toda la familia se dedicaba al campo y al mercado.

Pero esta dedicación no era de buen gusto para Máximo, que, agradecido enormemente a la parte desde la que venían los recursos económicos de la familia, sabía que su futuro no pasaba por trabajar en las tierras o en aquel puesto de vendedor en el mercado. Su futuro pasaba por ser médico de la villa, y su objetivo personal era poder curar y salvar todas las vidas posibles de aquellos vecinos. Por eso, el joven dedicaba grandes horas diarias a formarse en diferentes áreas como eran: la anatomía, las ciencias, y la lectura para mejorar así su cultura. Esto fue permitido por su familia que conocían realmente a su hijo y sabían de su gran vocación por ello. Pero el estudio no era su única vía de entretenimiento, pues Máximo se dedicaba mucho al entrenamiento físico y corría prácticamente todos los días de la semana, algo que compaginaba con sus buenas dotes en la esgrima, acudiendo tres veces por semana y siendo uno de los mejores

con la espalda. Esto le había hecho tener buena fama en las villas cercanas y, apoyado por Venancio, acudía a alguna que otra competición. Pero Máximo contaba con un problema, y es que, tras tantos aspectos positivos, esto generaba también ciertas envidias entre los jóvenes de su edad.

Envidias que, por otra parte, generaba la buena situación que disponía la familia en cuanto al mercado. De hecho, los vecinos de chinchón rechazaron crear gremios con los que asociarse entre ellos, creando así una gran competencia entre los diferentes puestos y generando, eso sí, alguna que otra asociación entre algunos de ellos. Esto había provocado que las buenas cualidades de los padres de Máximo los llevase a ser uno de los principales puestos junto al de sus socios, generando ciertas rencillas con aquellos vecinos que no veían bien su forma de llevar el negocio. Por ello, y tras rechazar posteriormente la familia junto a sus socios el crear los gremios, una vez estos fueron rechazados anteriormente, comenzaron las peleas y amenazas. Las mismas que se transmitieron a los hijos de todos estos y que llevaría al gran conflicto.

Máximo, que salía de la escuela junto a algunos de sus amigos y compañeros, se despidió en el centro de aquella plaza de Chinchón, la cual se conformaba: en edificios blancos de tres alturas, columnas verdes que servían tanto para sujetar aquellos cimientos como para decorar aquella plaza que se expandía a sus pies en una planta circular donde se disponían los tan diferenciados tipos de mercados de: frutas, verduras, alimentos, ropa etc. A su vez, aquella plaza se abría por hasta cuatro calles diferentes que la conectaban con el resto de la villa. Así, el joven se puso camino a casa, eligiendo, para variar, uno distinto al habitual. Esto lo hizo debido a que algunas tardes se disponía a ir a la casa de Venancio, donde este poseía una pequeña biblioteca en la que llegaba a albergar hasta doscientos libros de todo tipo de géneros. De esta manera, Máximo acudía a su hogar para rescatar algunos de ellos y llevarlos a casa para devorar su lectura. Y así hizo aquella tarde que daría un vuelco de ciento ochenta grados a su vida, comenzando así el mayor infierno que iba a poder vivir. Tras recoger un par de libros que Venancio ya tenía preparados, el joven iba leyendo uno de ellos mientras volvía a su casa. Su obsesión por la lectura hacía que no levantase la mirada en ningún momento, disfrutando de cada línea de aquel libro que tuviese entre sus manos. Pero aquello provocó el choque contra aquel chico llamado Juan.

—¿Qué haces, imbécil? —Dijo aquel chico.

—Disculpa, no te vi venir.

Juan, que iba acompañado de dos jóvenes de edad similar, empujó a Máximo, retándole a través de aquella mirada fija.

—Hace mucho que no nos cruzamos en las competiciones, Máximo.

—Ya nos veremos en alguna. Tengo que marcharme.

Máximo era un chico tranquilo y sosegado. No le gustaba el conflicto y siempre lo evitaba. Lo que provocó mayor tensión en el ambiente.

—¿Dónde te crees que vas? Has manchado mi chaqueta.

—No he tocado nada. Me voy.

Juan empujó nuevamente a Máximo, impactando a este contra la puerta de una casa. Esto provocó que algunos vecinos se interpusieran entre los dos, no sin antes escuchar la amenaza de Juan.

—Todavía tengo en la cabeza que tus padres no se asociasen con los míos. Lo vas a pagar tú.

Juan era un joven de la misma edad de Máximo, pero perteneciente a una familia de bajo poder adquisitivo en el mercado, incluso considerándose una familia pobre que, de hecho, vivía en la peor zona de chinchón. La familia Bola, llamados así en la villa, era una de las que más conflictos tenían con la familia de Máximo y los socios de esta, pues la envidia que tenían al no conseguir levantar el negocio con el rechazo a su anexión, había llegado a provocar en ciertas ocasiones alguna pelea, como fue aquella con Pedro, socio principal de la familia. Aquella pelea llevó a Manuel Bola, padre de Juan, a estar en los calabozos de la villa durante dos meses, hecho que hizo una mayor rivalidad y, sobre todo, mayor tensión en el ambiente. A esto se añadía también los diferentes trapicheos que tenía Manuel fuera de la villa con el contrabando de diferentes productos como el tabaco, siendo conocido por toda la villa, pero sin presentar denuncias por el miedo ante su alta conflictividad. Y esto no pasó desapercibido para Máximo, que, cansado de estos percances con su hijo Juan, con el que ya había vivido momentos así en las diferentes competiciones de esgrima —todas ellas ganadas por Máximo—, hacía que conociese muy bien a aquel chico.

Finalmente, tras llegar a casa y pasar la tarde junto a sus padres, Máximo subió al tejado de su casa donde todas las noches leía sobre él los diferentes libros que cogía. Aquella casa donde residía era gran tamaño: construida en piedra y compuesta por dos pisos con tres habitaciones. En el piso de abajo se encontraba la recepción junto al salón, compuesto por una mesa de madera oscura con cuatro sillas de esparto sobre ella y algún que otro taburete para las visitas. Junto a ello, se encontraba una especie de chimenea de ladrillo donde, en las noches frías, encendían la leña. También disponían de una puerta que daba a un pequeño establo en el que se encontraba Pegaso, un caballo de raza con color negro brillante, y, junto a él, un pequeño pozo desde donde recogían el agua. Volviendo al interior de la casa, a la izquierda tras cruzar la puerta, se encontraba la cocina, lugar de reunión de la familia y donde contaban con una especie de horno de fuego desde donde cocinaban y con dos armarios altos de madera tallada donde guardaban la vajilla de loza junto a las cucharas. Así, la decoración de toda la zona baja de la casa se hacía a través de diferentes cuadros mitológicos. A los pocos pasos de cruzar el salón, se encontraba una escalera de piedra que daba acceso a la planta superior y otra escalera más que daba a la boardilla. En la planta superior se encontraban las diferentes habitaciones de cada uno y donde la de Máximo, se conformaba con una cama de paja, un armario donde guardaba su ropa y una pared decorada con representaciones religiosas y que aprovechaba para mostrar su fe. Pero el lugar favorito del joven de aquella casa era aquella boardilla con acceso al tejado, de tejas naranjas, donde se apoyaba para leer durante todas las noches de manera relajada.

<Dong>, <dong>. Y así veintitrés veces. Esa era la señal que marcaba la iglesia de Chinchón —como otras tantas iglesias repartidas por España— para marcar la hora exacta que había. Y sobre el tejado se encontraba Máximo aprovechando la buena noche que había quedado sobre la villa. La tranquilidad de la noche en Chinchón era mítica. La falta de luz permitía observar las tantas constelaciones que se firmaban sobre el cielo —en ocasiones hasta veías estrellas fugaces—, y observando la villa desde lo alto, se podía ver la iglesia, el castillo y algunas de las calles iluminadas con el tono anaranjado que dejaban los farolillos. Mismos farolillos que fueron perdiendo intensidad de visión cuando poco a poco fue apareciendo un humo negro —inapreciable realmente para quien lo quisiese ver desde la misma distancia en la que se encontraba Máximo—, y que fue extendiéndose poco a poco por toda la villa. De hecho, a los

minutos de comenzar, Máximo, que todavía seguía sobre aquel tejado, comenzó a verlo, pero sin determinar su procedencia y, mucho menos, pensar que aquello que estaba ardiendo el puesto familiar.

Pasadas un par de horas y con la familia ya durmiendo, la puerta del hogar familiar comenzó a ser aporreada. Andrés, ante la tensión del momento, se levantó de la cama acompañado de Juana y fueron descendiendo las escaleras lentamente. Detrás de ellos, sus dos hijos. Andrés recogió una especie de daga que tenía bajo una mesilla en el salón con el fin de poder defenderse en caso de tratarse de ladrones. Dispuesto en la puerta para abrirla con brusquedad y con Máximo al lado con el fin de poder ayudar a su padre gracias a su destreza con las armas, comenzaron a escuchar una voz ronca, pero conocida.

—¡Andrés!... ¡Andrés! —Decía aquella voz.

La familia, al conocer aquella voz, se decidió a abrir la puerta.

—¿Qué sucede, Pedro? —Dijo un asustado Andrés con voz tensa—. ¿Estás bien?

—Está ardiendo el puesto del mercado. —Dijo fatigado.

—¿Cómo?

—Está ardiendo el puesto y se está pasando a los más cercanos. Hay que ir corriendo a apagar el fuego Andrés.

—Claro, vamos a apagarlo. No te preocupes que lo salvaremos. —Dijo Máximo.

La familia todavía no era consciente de que aquel puesto era el suyo. Ante las palabras de Pedro, pensaron que sería el suyo el que ardía.

—Andrés, el que está ardiendo es el vuestro.

Andrés, que se encontraba subiendo las escaleras, quedó bloqueado.

—¿Cómo que está ardiendo el puesto? —Preguntó Juana.

—Pero... ¿Entonces es un acto vandálico?

—Tiene toda la pinta. Vístete y vámonos.

Máximo quedó pálido al recordar las palabras que le dijo Juan la tarde anterior. ¿Habría sido él? Pensaba el joven.

—Vamos corriendo allí. Hay que coger a los culpables. —Dijo Máximo, con una fuerte furia.

La familia se dispuso a marchar hacia aquella plaza que quedaba de su casa a unos diez minutos andando. Pedro, Andrés y Máximo se adelantaron al resto mientras corrían por las calles. Al llegar a la plaza, quedaron desolados. Los rostros de la familia reflejaban la angustia, el desconsuelo, y la tristeza de un acto que, como ya aventuraba algún vecino, había sido violento.

—Yo vi a tres muchachos correr cuando pasaba por aquí. —Dijo uno de los vecinos.

—¿Los descubriste?

—Estaban de espaldas, pero parecían jóvenes por la forma de correr.

Esta conversación la llevaban a cabo mientras lanzaban cubos y cubos de agua que los vecinos iban trayendo. Pero poco pudieron hacer, pues el puesto estaba completamente en llamas. Andrés, desolado al ver como aquel puesto formado con diferentes palés de madera, donde dejaban algunos productos para el día siguiente, había echado a arder sin dejar un solo resquicio salvable. Tras ello, se apoyó sobre un bordillo que quedaba a su espalda, poniendo sus

manos en el rostro y, junto a él, su mujer. Pero como dice el dicho, las desgracias nunca vienen solas y así se cumplió en aquella plaza de Chinchón. Varios vecinos, apresurados, acudieron a la plaza para informar que la parcela del campo también estaba ardiendo.

—Señores, el campo está ardiendo. Hay que acudir allí cuanto antes.

Algunos vecinos corrieron al escuchar aquello. Andrés, cabizbajo, siguió apoyado en aquel bordillo junto a Juana.

—Tenemos que ir corriendo. Ven conmigo Máximo. —Dijo Pedro, observando la desolación de los padres—. Carlos, tú también.

No había duda, quien fuese la persona causante de tan vil acto, lo estaba haciendo con el fin de hacer mucho daño a la familia. Andrés quedó inmóvil y Juana, junto a él, se quedaron en la plaza intentando apagar las llamas que seguían activas para después intentar recomponer todo el puesto de la mejor manera posible. Mientras, sus hijos corrían hacia el campo para ver qué era lo que estaba sucediendo. Varios vecinos hacían lo mismo junto a ellos. Al llegar, vieron cómo eran varias las parcelas que ardían. El fuego, que había comenzado en la parcela de la familia, se había propagado ya por algunas de las anexas a ellas. Todos los olivos, manzanos, naranjos, así como las plantas de lechuga, tomate, ajos... todo había ardido y con ello, todo lo que poseía aquella familia.

Máximo se encontraba en shock mientras observaba, junto a sus vecinos —unos diez aproximadamente—, como aquel fuego iba comiéndose en cuestión de segundos las parcelas. Pedro, que se encontraba entre ellos, también veía como sus tierras comenzaban a arder, echando a correr a toda prisa hacia ellas con el fin de crear cortafuegos que impidiesen el avance del fuego. Poco a poco fueron llegando más vecinos, y es que, aunque había rivalidad entre algunas familias, en momentos como estos se apoyaban. Todos pusieron su granito de arena y fueron creando cortafuegos a las dos de la mañana. Se iluminaban a través de las llamas del fuego que permitían a todos ellos ir generando aquellos caminos con las herramientas que iban trayendo entre todos los que estaban colaborando en aquel desastre. El problema, la falta de agua. Aunque el verdadero problema sería otro, y estaba a punto de suceder.

Máximo, que se encontraba realizando las tareas junto a sus vecinos para poder salvar las tierras contiguas a las suyas, observó como a lo lejos, tres personas miraban atentamente. Aquellos, que se encontraban a una cierta distancia que no se podía apreciar realmente quienes eran, comenzaron a caminar hacia sus espaldas cuando detectaron la mirada de Máximo. Tras ello, un ataque de furia invadió el cuerpo del joven que comenzó a correr tras ellos. Aproximadamente cien metros les separaban y podían haber sido otros vecinos que miraban la situación, pero el haber echado a correr, les delató. Y Máximo se dio cuenta de ello. Y corrió. Y corrieron. Pero uno de ellos tropezó con un cepo para animales que había en una de las tierras, quedando atrapada su pierna izquierda. Aquello permitió que Máximo, que iba solo, llegase hacia él y descubriese que era Sebastián, primo de Juan. Por tanto, el responsable de aquellos dos incendios no era otro que aquel enemigo que le perseguía por todos sitios y que pertenecía a la familia Bola. Pero en esos momentos Máximo no vio el peligro y siguió corriendo en dirección a la casa de Juan. Sabía que había sido él y quería vengarse o, si no era eso, pedir explicaciones. Máximo era un chico de personalidad tranquila y pacífica, no le gustaban las peleas y mucho menos entrar en ellas, pero cuando sacaba su carácter, era capaz de hacer cualquier cosa con tal

de defender a los suyos. Así, Máximo corría y corría por aquellas calles donde apenas se encontraba algún alma caritativa sobre ellas. La gente que no estaba ayudando en el mercado o en las tierras, estaba durmiendo. Y esto, realmente, fue uno de los mayores problemas que tendría Máximo por delante. Por ello, al recorrer hasta siete calles y seguir las sombras lejanas, observó como uno de ellos entraba en la vivienda de Juan. Ahora sí que estaba realmente claro. Y Máximo no se cortó en ir a tocar aquella puerta a voz en grito.

—¡Sal! —Gritaba Máximo—. Da la cara Juan.

El joven aporreaba la puerta de madera que se iba descomponiendo según tocaban sus nudillos. Era una puerta muy vieja que tenía una especie de cable azul que servía de pomo para poder abrir.

—¡Sal!

En ese momento, la puerta hizo un chirrido.

—¿Qué diablos quieres? —Dijo Juan, apareciendo en escena.

—¿Has sido tú quien ha quemado el puesto y las tierras de mi familia?

Juan hizo un suspiro provocativo en la cara de Máximo.

—No. Estaba durmiendo. Me acaban de despertar tus golpes en mi puerta.

Máximo respiró profundamente antes de seguir respondiendo.

—Te acabo de ver entrar. —Dijo, gritando.

—O te vas de aquí o te vas a arrepentir.

—¿Me estás amenazando?

Máximo había perdido el control. Había perdido su ser y Juan lo estaba aprovechando.

—Te tengo el suficiente asco como para acabar con tu vida. —Replicó Juan.

—Atrévete a tocarme un pelo. Sé perfectamente como ganarte en una pelea. Lo hago en cada competición.

Máximo tiró de orgullo. Un orgullo que fue muy mal recibido por Juan que, poniendo una sonrisa irónica, sentenció al joven.

—Veo que estás listo para morir.

Y así comenzó la pelea. Ambos se encontraban fuera de sí mismos. El raciocinio había salido corriendo del interior de ambos y, delante de aquella puerta, sobre aquella calle vacía de gente, dio comienzo el episodio que cambiaría la vida de Máximo en ciento ochenta grados. Juan empujó a Máximo y este retrocedió varios metros atrás. Los cuerpos de ambos comenzaban a segregar sudor por las glándulas sudoríparas. Los ojos de ambos se encontraban fijos en el otro, sin quitar un solo segundo la mirada. La respiración de cada uno empezó a agitarse y los latidos del corazón a bombear cada vez más rápida la sangre. Y tras activarse todo el sistema nervioso de cada uno, comenzaron los golpes. Juan fue el primero en impactar un puñetazo en la cara de Máximo que, acto seguido, devolvió con más fuerza. Ambos se encontraban dando pasos en círculo sin perder al otro de tenerlo de frente. Jadeaban. Apretaban los puños. Se odiaban. Y se abalanzaron. Máximo propinaba diferentes puñetazos en la cara de Juan hasta que este cayó al suelo apoyado con su rodilla izquierda. Su labio comenzaba a sangrar. Tras ello, se lanzó hacia Máximo, siendo ahora este quien conectaba los diferentes golpes en la cara y cuerpo. Ambos estaban soltando todo el odio que se sentían mutuamente. Uno, por vengarse de las tantas persecuciones que le hacía y por haber quemado todo el negocio familiar. El otro, por la envidia de sentirse inferior ante él. La pelea cada vez tomaba un punto más violento. Máximo, en un estado completamente enajenado, agarró del cuello de la camiseta a Juan, impactando a este

sobre la pared y agarrándole del cuello.

—Vas a pagar por todo lo que acabas de hacer. Se acabó tu acoso.

Juan sonrió a Máximo mientras sangraba por el labio y ahora, también por la nariz.

—Voy a ser tu peor pesadilla.

—Ahora soy yo tu peor pesadilla. —Dijo Máximo.

Aquello no sentó bien a Juan que se puso más violento, lanzando golpes para zafarse del agarrón. Tras ello, miró al suelo y allí vio una especie de cuchillo. Máximo, ajeno a esto, seguía con sus amenazas.

—Vas a pagar hasta la última moneda de lo que has causado.

Pero mientras decía aquella frase, Juan se zafó de él. La agilidad con la que lo hizo dejó a Máximo un tanto desconcertado. Más aún cuando vio que se lanzó al suelo y atrapó aquel cuchillo que resultó ser un puñal. Máximo dio pasos hacia atrás mientras Juan los daba hacia él. La sonrisa de loco y desequilibrado que llevaba Juan en la cara hizo que Máximo comenzase a temer por su vida. La cosa se había puesto muy complicada y se encontraban en un punto de no retorno. Máximo miraba a los lados con el fin de encontrar algún vecino que parase aquello. Sin éxito. Estaban solos. Y Juan tenía las de ganar cuando estaba llevando a Máximo a una esquina sin que se diese cuenta al ir dando pasos hacia atrás. Y llegó a chocar con la esquina, quedando encerrado. ¿Cómo salgo de aquí? Pensó Máximo. Me va a matar, repensaba mientras veía a Juan acercarse con aquella vil sonrisa. Y llegó hasta él para poner el filo del puñal sobre el cuello de Máximo.

—Te dije que ibas a morir.

Por un momento, Máximo también creyó que iba a morir. Al ver la cara de Juan, su respiración fue aflojando, los latidos fueron disminuyendo, el sudor comenzó a descender cada vez más lento sobre su rostro. La sangre de la nariz, se paró por un momento. Parecía que su cuerpo se había apagado sabiendo que en cuestión de minutos estaría muerto. Pero, de repente, el instinto de supervivencia de Máximo, tan premiado en tantas ocasiones, apareció para dar unas fuerzas sobrehumanas al joven. En un acto instintivo, agarró el puñal de la mano de Juan mientras este intentaba clavárselo. Dobló su muñeca y le arrebató el puñal y, descendiendo el brazo, lo clavó sobre la tripa de Juan, cayendo este de rodillas sobre los pies de Máximo. Y se detuvo el tiempo.

Juan levantó la cabeza para mirar a los ojos a Máximo. Unos ojos que quedarían grabados en la retina del joven que los vio abiertos como platos, convirtiendo aquel semblante asesino en un semblante de incredulidad, pero, sobre todo, de miedo. Juan sabía que aquella herida era de extrema gravedad. Realmente había perforado el estómago y, al retirar el puñal, había llevado consigo varias venas y arterias que hacían que el joven fuese desangrándose. Máximo, ante ello, se arrodilló para ayudar a Juan, cayendo este sobre sus brazos mientras jadeaba, no por el cansancio, sino por el miedo a morir. Aquel momento dejó la sangre helada en Máximo, con los músculos agarrotados en cuanto a sus brazos, viendo como el peso de Juan era realmente el doble a su peso debido al miedo que estaba sintiendo.

—Tranquilo, te vas a recuperar. —Decía Máximo.

Juan miraba su herida mientras decía Máximo aquella frase.

—No...

—¡Dios mío!, que hemos hecho. Hasta donde hemos llegado.

Juan ya no decía apenas palabras. Pero hizo un esfuerzo para decir la última.

—Huye.

—¡Cómo te voy a dejar así! —Gritaba Máximo

—Te van a atrapar... Vete.

Máximo miraba a todos lados. Nadie estaba por allí. Nadie le veía. Juan estaba a punto de morir y le seguía insistiendo en que se fue.

—Gracias. —Dijo un debilitado Juan.

—¿Cómo?

—Esta vida no merecía más la pena.

Máximo quedó atónito ante aquellas palabras. Finalmente, tras pronunciarlas, Juan cerró los ojos.

Y aquella fue la última frase que dijo Juan. ¿Qué querría decir con aquello? Pensaba Máximo. Y del miedo que sintió en el cuerpo, echó a correr, dejando a Juan tumbado sobre aquella calle. Corría y corría nuevamente, esta vez, camino de su casa. Quería huir de aquello. Máximo se encontraba en un ataque de nervios. Acababa de matar a una persona, por lo que era un asesino. Los latidos del corazón ahora bombeaban mucho más rápido que antes de comenzar la pelea. Los pensamientos invadían su cabeza. Tenía que huir de la villa cuanto antes.

Al llegar a casa, entró pensando que no habría nadie en ella, pero vio como estaban sus padres y Carlos sobre aquella mesa, cabizbajos ante lo acontecido. Al ver entrar a Máximo con el rostro desencajado, todos ellos se levantaron asustados por si había sucedido algo. Máximo cerró la puerta y se dirigió a ellos con la mirada perdida en el fondo de aquel salón. El silencio se hizo en aquella casa. Durante treinta y cuatro segundos nadie abrió la boca para decir una sola palabra. Ni siquiera gestos. Andrés y Juana miraban a su hijo sabiendo que algo grave había sucedido. Carlos, cerca de su hermano, apoyaba la mano sobre el hombro izquierdo mientras veía la mirada perdida de Máximo.

—¿Qué ha sucedido? —Se atrevió a decir Juana.

—Hijo... —Dijo Andrés.

Máximo comenzaba a mover los labios como queriendo decir lo que había pasado, pero el miedo no le dejaba articular palabra.

—¿Qué has hecho? —Dijo Andrés, sabiendo que aquel rostro no era otro que de haber cometido algo horrible.

Máximo comenzó a llorar.

—He asesinado a Juan.

Todos quedaron erráticos en el sitio donde se encontraban. Ni siquiera se miraban entre ellos buscando una mínima explicación. Las miradas habían quedado congeladas.

—¿Cómo que has asesinado a Juan? —Preguntó Andrés.

—Le vi correr cuando hacíamos los cortafuegos en las tierras. Estaba con otros dos chicos, uno de ellos Sebastián. Le perseguí...

—¿Les perseguiste?

—Sebastián se quedó atrapado en un cepo y sabía que detrás de todo estaba Juan. Fui hasta

su casa. Salió. Nos amenazamos y comenzamos a pelear. Le tenía cogido contra la pared y se zafó.

—Se zafó... —Volvía a repetir Andrés.

—Cogió un puñal y yo hui hacia atrás. Choque contra una pared y me puso el puñal en el cuello. Y a partir de ahí, lo único que recuerdo es a Juan de rodillas en el suelo con una herida sobre el estómago.

La familia, ahora sí, intercambiaba miradas entre ellos. En una noche lo habían perdido todo. Por un lado, habían perdido su puesto y sus tierras, pero, por otro, habían visto como su hijo pequeño había asesinado a otro chico de su edad como venganza. Así, la familia se tomó unos minutos para pensar que hacer en ese caso. Por un lado, estaba claro que debían de huir de la villa y, con el dinero con el que contaban, podrían huir lejos sin importar donde. Pero por otro lado, temían que Máximo hubiese sido visto por algún vecino que diese la voz de alarma. Tras ello, comenzaron a recoger todas las pertenencias de la familia a la mayor velocidad. Comenzaron a llenar bolsas y bolsas de ropa para cargar en Pegaso y marcharse en carruaje lo más lejos posible. Esto les demoró unos minutos en los que no pararon de correr con el fin de salir cuanto antes. Y más sabiendo que aquel comisario de la villa tenía enfilada a la familia desde el primer momento por motivos que más adelante os aclararé.

Máximo, que todavía seguía bloqueado, fue ayudado por su hermano a recoger las pertenencias y bajar hacia el piso de abajo. Cuando toda la familia ya se encontraba allí, comenzaron a cargar en Pegaso el carruaje. Pero todo esto lo hicieron tarde. La puerta de la casa comenzó a ser aporreada desde fuera. Mucha fue la insistencia de aquellos golpes que daban sobre ella que la familia decidió guardar silencio, apagando todas las luces que había sobre las paredes para disimular que no estaban en casa, aunque esta solución no tuvo buen remedio, pues el comisario junto a su guardia derribó la puerta.

—Máximo Hurtado, queda detenido por el asesinato de Juan Bola.

La familia quedó helada.

—¿Qué dice comisario? —Dijo Andrés, en una huida hacia delante—. ¿Cómo puede insinuar semejante cosa así, en mi casa?

—¿A dónde estaban yendo?

—Nos acaban de quemar el puesto, las tierras... nuestras vidas están en peligro.

—¿No estarían huyendo del asesinato que ha cometido su hijo?

El comisario esbozó una sonrisa irónica mientras daba pasos hacia Máximo que, bloqueado y con la bolsa con ropa sobre su mano derecha, le miraba con pavor.

—¿Esa sangre que tienes en la cara?

—Nada. —Dijo Máximo.

—¿Nada?

Máximo desvió la mirada al suelo. El comisario, propinándole un empujón contra la pared, le arrestó. Andrés, que se encontraba detrás de él, se lanzó hacia el comisario, siendo reducido por su guardia.

—Señor Andrés, no se meta en más líos. Le salvo esta vez porque suficiente tiene con su hijo.

—Déjelo. Es inocente. —Dijo Juana, intentando un imposible.

El comisario empujó al joven contra sus guardias. Estos, a través de la fuerza, llevaron al exterior de la casa a Máximo. Sus padres, que seguían intentando mediar y conseguir un imposible, veían como la impotencia se venía sobre ellos. El joven fue subido finalmente al carruaje para ser transportado hasta aquellos calabozos de Chinchón donde sería juzgado. Pero todo el mundo sabía cómo se las gastaba aquel comisario, más cuando había asesinatos, los cuales eran directamente condenados a muerte.

Máximo, que se encontraba en lo alto del carruaje, vio como una especie de bolsa de tela le cubría la cabeza. Aquello se hacía con motivo de avergonzar al asesino delante de todo un pueblo. Pero en esta ocasión le beneficiaba la hora, pues no había nadie por las calles. Debajo de la bolsa se encontraba un semblante pálido, aterrado, con ojos abiertos como platos, con el fin de intentar despertarse de lo que se había convertido en una pesadilla, la cual, por desgracia, acababa de comenzar. Y lo vivió el chico en sus propias carnes cuando fue bajado a la fuerza de aquel carruaje, chocando de rodillas contra el suelo como si se tratase de un asesino en serie más que de un pobre chico que había intentado salvar su vida. Era un asesino, algo que no discutiría nadie, pero que había realizado sus actos en defensa propia. El instinto de supervivencia hizo su cometido. Tras caer de rodillas, fue levantado por la espalda por aquellos guardias y tratado de una manera muy cruel.

Descalzo, maniatado, con una bolsa de tela en la cabeza. Así hizo Máximo su entrada en aquellos calabozos que empezó a observar una vez fue retirada aquella bolsa de su cabeza. Durante unos segundos su mirada intentaba volver a enfocar lo que tenía delante. Algunas pequeñas virutas en el aire de los ojos impedían apreciar aquello. Pero aquellas virutas desaparecieron y quedó, delante de sus ojos, el verdadero horror que tendría que vivir. Allí, un pasillo de arena con numerosos calabozos a sus laterales. Máximo contó ocho. En ellos: delincuentes, asesinos, ladrones, extorsionadores, contrabandistas. Como diría la gente mayor, lo mejor de cada casa. Y entre ellos, Máximo. El ruido se había adueñado de la mente de Máximo a través de los gritos, sollozos, amenazas o intentos de agresión cuando pasaba cerca de aquellos barrotes que le separaba del resto de presos. Y todo aquello iluminado con pequeñas antorchas en algunas de las columnas y con un fuego central que serviría a los guardias como guía dentro de aquel infierno. Infierno que se corroboró cuando llegó a su nuevo destino: el calabozo. Aquella puerta que le privó por primera vez en su vida de la libertad, fue abierta a través de un cerrojo oxidado que guardaba todavía algo de pintura negra. Su chirrió al abrir dejó con cierta molestia el oído de Máximo, sensible a todos estos sonidos. Los barrotes que le privaban eran de pequeño volumen de grosor, también color negro, pero muchos ubicados de manera vertical que dejaban poca visión fuera de él. Por dentro, solo había una pequeña rendija en el vértice derecho del calabozo por donde entraba una pequeña luz que servía al preso para saber si era de día o de noche. Y, en ese mismo interior, solo había presos que dormían sobre el suelo, gritaban agarrándose de los barrotes y orinaban o defecaban en el lado que les correspondiese, generando un fuerte hedor allí dentro que propagaba diferentes tipos de enfermedades. Desde luego que, si no era el infierno, poco le quedaría para lograrlo.

Máximo se adentró con un nuevo empujón y allí observó a cuatro hombres sentados. Todos se sorprendieron al verle entrar, sobre todo por la juventud que tenía, pero no dijeron palabra. El joven se sentó en una de las esquinas y allí, temblando, intentó controlar la respiración. El frío del calabozo comenzó a adentrarse en el cuerpo de Máximo mientras por su cabeza no paraba de

recordarse la situación con Juan y el funesto desenlace que tuvo que vivir. Mientras, apoyando la cabeza sobre aquellos barrotes que conectaban un calabozo con el otro, escuchó aquella frase que le terminaría de remover profundamente su interior: *"Mañana le condenarán a muerte, lo acaba de decir aquel guardia"*. La sangre se enfrió en cuestión de segundos, el cuerpo reaccionó a través de escalofríos y la respiración se agitó provocando ansiedad en él. Había pasado de recoger unos libros para leer en casa de Venancio por la tarde, a estar en un calabozo por asesinar a un chico, con el motivo de la venganza, tras este haber quemado el puesto del mercado y las tierras familiares de Máximo. Y con todos aquellos sentimientos, entró el comisario.

—¿Por qué has asesinado a Juan? —Dijo, con fuerte tono inquisidor.

—Solo me he defendido. Tiene que creerme.

—¿Defenderte? Clavando un puñal en el estómago.

—Él me lo quiso clavar a mí en el cuello. Se lo arrebaté y...

—Decidiste clavárselo.

Máximo suspiró mientras la resignación invadía su cuerpo.

—Quemó todo el negocio familiar. Le vi mientras hacía un cortafuego en las tierras y le perseguí.

—Hasta su casa...

—Sí. Su primo Sebastián fue cazado por un cepo contra animales. Puedes ir a buscarlo y verás que es verdad. Son los responsables.

—Y como responsables que fueron, decidiste tomar la justicia por tu mano.

—Fue un accidente.

Máximo comenzó a llorar de la impotencia.

—Sabes que los asesinatos son condenados a muerte, ¿no?

Aquello dejó helado a Máximo que por primera vez lo escuchaba por boca del comisario. Ahora sí tenía miedo.

—Tiene que creerme.

—Yo creo en lo que veo. Es usted un asesino y será juzgado mañana mismo.

Aquella fue la última frase que dijo el comisario antes de retirarse del interior del calabozo. El chico volvió a la misma esquina con la mirada perdida, vacía y sabiendo que su futuro se había echado a perder, estando muerto en las próximas veinticuatro horas. Pero aquella reacción fue animada por uno de los presos allí presentes. Un tal Isaac. Aquel delincuente, condenado también por robos y asesinatos, se acercó al ver la juventud de aquel chico y darle un apoyo muy poco normal entre aquellas paredes.

—Todos cometemos errores. Pero yo sí te creo.

Máximo no hizo ni una sola mueca mientras seguía mirando al frente, sin enfocar la vista en nada.

—No muestres aquí debilidad. Si la muestras, es probable que no llegues ni a conocer tu sentencia. —Dijo otro de los presos.

Mientras esto se producía, Andrés y Juana intentaban comunicarse con el comisario. Solo les quedaba negociar para intentar salvar la vida de su hijo y eso pasaba por abandonar aquella villa que tantos dolores de cabeza les había traído por las envidias, disputas y peleas por ser el mejor en el negocio. Pero esta conversación no pudo darse y el tiempo pasaba y pasaba, y en unas

pocas horas, conocerían el destino de su hijo pequeño.

CAPITULO 2. EL ÁNGEL DE LA GUARDA

La luna que iluminaba la villa, comenzaba a esconderse tras el horizonte de las montañas mientras las horas parecían transcurrir cada vez más lentas. El sol, por su parte, comenzaba a hacer presencia frente a ellas, iluminando el gran hábitat de bosque que estas poseían. Así, iluminaba el gran ecosistema que había creado una amplia fauna de todo tipo de animales ibéricos caracterizados por su libertad. Una libertad que, unos centenares de metros más lejos de aquello, había quedado en una simple filosofía, en un concepto roto y perdido debido a un error que había salido muy caro.

El comisario, junto a uno de los sacerdotes que formaban el núcleo duro de la Inquisición, volvieron a entrar con paso firme y dirigido hacia el calabozo del chico. Iban a dictar sentencia. Máximo, que comenzó a escuchar los pasos de estos hombres, giró la cabeza con pocas fuerzas debido a la falta de sueño y a no haber podido comer nada durante la noche. Seco, sin lágrimas en los ojos —ni capacidad de generarlas—, se puso de pie mirando hacia la puerta, con el único fin de esperar a que se abriese y le informasen de la sentencia a la que habían llegado

entre aquellos dos hombres. Por ello, y ante la llegada de ambos, con una mirada fija en el cerrojo oxidado que secuestraba su libertad, escuchó su chirrido, y, junto a ello, el ruido del portón que hizo al abrirse, viendo cómo se adentraban juntos y sonrientes aquellos hombres en aquel calabozo frío y oscuro.

—Imaginamos que ya sabes a lo que venimos. —Dijo el comisario.

Máximo asintió con la cabeza, desviando la mirada al suelo.

—Asesinar es un pecado mortal. —Añadió aquel sacerdote de la Inquisición—. A ojos de Dios, no eres buen cristiano.

Máximo, que era creyente, sintió un vuelco en el corazón con aquella frase.

—No alargaremos más esta situación. En nombre de la justicia de esta villa y del Imperio, sentenciamos que serás condenado a muerte, esta misma tarde, en la plaza de la villa. —Dijo el comisario, con mirada fija en el chico—. Serás decapitado.

En ese momento, el joven tomó la palabra.

—Quiero ver a Benedicto. —Dijo Máximo, sorprendiendo a ambos que no esperaban que aquel joven articulase palabra—. Quiero ver al sabio de la villa antes de morir. Y también a Venancio.

—Los asesinos no estáis en condiciones de solicitar nada. —Dijo el comisario con tono chulesco.

El sacerdote interrumpió al comisario.

—¿Quién es Benedicto?

—Un señor mayor, sabio, con el que hablo muchas veces. Me gustaría poder despedirme de él.

El comisario y el sacerdote se miraron durante unos segundos mientras guardaban silencio.

Un silencio que volvió a romper un valiente joven.

—Si soy mal cristiano, deseo irme siendo bueno.

Aquel sacerdote, mirando al comisario y luego al chico, en modo de compasión inesperada, aceptó su petición.

—Está bien. Llamaremos a Venancio para que acuda a perdonar tus pecados y haremos llamar a ese tal Benedicto.

—Muchas gracias, señor. —Dijo Máximo.

Tras aquella conversación y sabiendo que quedaban pocas horas de vida, el chico pasó de tener la presencia de niño alegre y feliz a una apariencia vacía y pálida, sin muecas en su rostro. Un rostro que estaba inerte y sin vida. Había pasado de un futuro esperanzador como médico, a estar encerrado entre unos barrotes de hierro oxidado que daban lugar a un calabozo oscuro, solo iluminado por una llama grande de fuego, la cual se situaba en el centro de aquellos calabozos y que servía como guía para los carceleros. Una llama que se había apagado en el interior de Máximo.

Mientras, fuera de aquellas paredes le esperaba una familia cuya oscuridad era interna. Desolados e impotentes de no haber podido defender que aquello había sido en defensa propia ante el rechazo por parte del comisario de escuchar sus versiones. Por ello, la familia se culpaba de no haber abandonado aquella villa cuando aquellos mercaderes comenzaron a amenazarles mientras ascendía su poder en el mercado. La rivalidad siempre había sido allí y

nunca fuera de él, pues la vida en la villa era una vida normal, sin apenas sobresaltos ni conflictos. Y mientras se producía este sentimiento de culpa, sentados a las puertas de los calabozos, vieron como el comisario salía hacia el exterior, caminando hacia ellos para informarles de la noticia. Aquellas informaciones que se proporcionaban a las familias de los presos se hacían en el exterior debido a la prohibición de entrada a los calabozos por todo aquel que no fuese de la confianza del comisario. La principal causa de esa prohibición era evitar que se vieran las torturas que se realizaban allí dentro, conocedoras por toda la villa y relatadas por víctimas que las habían sufrido, y, como segunda causa, el aumentar el sufrimiento de los presos al no poder comunicarse con nadie de su familia o amigos.

—Vuestro hijo ha sido condenado a muerte. Será decapitado en la plaza. —Dijo el comisario—. Será esta misma tarde.

Juana cayó mareada en los brazos de Carlos, atento en todo momento a su madre.

—Esto es una persecución. Nadie ha escuchado a mi hijo contar su versión. —Dijo Andrés, muy enfadado.

—Yo estoy aquí para impartir justicia.

—Debería de impartirla mejor, Alfonso. —Dijo Andrés, escapándose por su boca el nombre real del comisario.

Esta revelación hizo que el comisario se pusiera erguido, cabreado.

—Si sigue en esta tesitura, acompañará a su hijo.

Carlos se acercó a su padre para relajarle.

—¿Nos podremos despedir de él? —Consultó Carlos, visiblemente afectado.

—No.

—No entendemos este trato hacia nosotros. Nos conocemos desde hace años, comisario. —

Dijo Andrés.

Empezaban a revelarse datos según avanzaba la conversación. Momento en el cual apareció el sacerdote de la Inquisición, tal vez para echar una mano al comisario o para seguir echando leña a la situación.

—Tendrían que haberse dedicado más a su hijo. —Dijo aquel hombre, más propio de un desequilibrado que de un sacerdote.

Aquella frase enfadó aún más a Andrés.

—Usted no sabe nada. Cállese.

—¿Ha mandado callar a la autoridad? —Dijo ofuscado el sacerdote—. Deténgale comisario. ¡Ahora!

—Márchese a casa hasta que llegue la hora, Andrés. Es lo mejor que puede hacer. —Dijo el comisario, o más bien, Alfonso.

Andrés, sujetado por Carlos, fue relajándose y caminando —lentamente—, hacia el final de la calle, sin quitar ojo en ningún momento a aquellos dos hombres.

—He dicho que le detenga. Si no lo hace, lo haré yo mismo. —Dijo el sacerdote retando al comisario.

—Márchese. —Finalizó.

El comisario había tenido así un acto de bondad en aquel momento. Era habitual que en situaciones de desobediencia hacia él o hacia un mando superior, se llevase a cabo una detención o incluso el asesinato de la persona, algo que en este caso había sido al contrario a pesar de la petición del sacerdote de detener a Andrés. Alfonso miraba como la familia se alejaba lentamente. Mientras la familia se terminaba de alejar de aquella puerta de los calabozos, con el fin de evitar más problemas, Carlos interrogó a su padre.

—Le has llamado por su nombre. Nadie en toda la villa sabe su nombre.

Andrés miró fijamente hacia el frente sin alterar la mirada en ningún momento. Al cabo de un rato, habló.

—Nos conocemos desde hace muchos años.

—¿Y por qué nunca has dicho nada de esto? —Dijo Juana, ahora insistente sobre su relación con el comisario.

Andrés caminó más rápido, sin conseguir adelantarse a ellos.

—¿Qué pasó para tenernos tanta inquina, papá?

—No pasó nada. —Comenzó Andrés, haciendo una breve pausa—. Éramos vecinos de niños. Ya os enteraréis en otro momento. Máximo está condenado a muerte.

—Sí. Ahora nos gustaría saber si de manera justa o como venganza.

Andrés no quería hablar más del tema.

—Os lo contaré más adelante. Os lo prometo.

Así, el transcurso de los minutos era muy rápido para la familia, aunque todo lo contrario para el joven. El pueblo empezaba a acudir a la plaza de la villa. A fin de cuentas, todo aquello se vivía como un espectáculo. Entre todos ellos se apreciaban diferentes gestos: desde aquellos que no querían a la familia, hasta aquellos que veían con pena que un adolescente fuese a morir. Los amigos de Máximo se hacían hueco entre las primeras filas para estar lo más cerca de él y poder darle el apoyo que se merecía en todo momento.

Mientras, desde dentro de los calabozos se escuchaba alboroto. Un alboroto diferente al

habitual entre los gritos y lamentos que había allí dentro. Máximo, que aprovechaba la poca luz que entraba por aquella rendija en el techo, calculaba cuanto le podía quedar para que fuesen a recogerle los guardias y transportarle hasta la plaza. Pensamiento que se vio interrumpido cuando de repente se escuchó —nuevamente— el chirrido del cerrojo y el posterior ruido del portón del calabozo. Allí, ingresaron tres miembros de la guardia del comisario. Uno de ellos cogió a Máximo del hombro y, bruscamente, lo levantó del suelo, no sin antes propinarle un golpazo en las costillas con una barra de hierro para que se levantase y poder esposarle de pies y manos. Los otros dos guardias redujeron en ese momento a aquel hombre que había estado apoyando al joven, el cual se había abalanzado sobre ellos, teniendo el fatal desenlace cuando uno de los guardias, con una espada, atravesó su estómago, cayendo desplomado al suelo. Máximo, que accedió en todo momento a las peticiones del guardia, no opuso resistencia y poco a poco había asimilado su final sin cambiar esa apariencia vacía que había dejado roto su futuro. Los demás presos de celda que tenía Máximo le compadecían con la mirada, sabían que ese chico no era capaz de hacer algo tan deshumano como asesinar a sangre fría a otro humano.

—Pedí que vinieran Venancio y Benedicto a verme. —Dijo Máximo mientras le esposaban.

—Yo he pedido ser el rey del imperio, pero no me lo han concedido. —Dijo en tono burlón uno de los guardias, riéndose y provocando la carcajada de sus compañeros.

—El comisario me prometió que vendría Benedicto a verme. No tenéis palabra. —Dijo Máximo, sin nada que perder.

Uno de los guardias salió del calabozo en busca del comisario. La insistencia del joven había hecho dudar a aquel hombre que retornó a los pocos minutos.

—No han encontrado a ese sabio. Ni siquiera trabaja en las villas cercanas y nadie le conoce.

Esto propició que aquel guardia cogiese de nuevo la barra de hierro y golpease en las costillas nuevamente al joven, provocando que a Máximo se le saltase alguna lágrima.

—La próxima vez que nos mientas, te abriré la cabeza con la barra.

—Benedicto siempre está en su casa. Es una persona mayor. Vive en la villa Los Cerros. —Dijo desesperado Máximo.

—Camina. —Dijo uno de los guardias mientras empujaba a Máximo—. Se acabó el cuento.

—Nada de esto es justo. —Dijo el joven.

Máximo los miró, y, agachando la cabeza, continuó el paso hacia los pasillos de los calabozos. El joven paseaba lentamente, como queriendo evitar que llegase aquel final. Lo hacía rezando, propio de su fe, instando a que surgiese un milagro que le salvase de aquel desenlace. Así, mientras iba cruzando esos pasillos estrechos y llenos de arena, con aquellos gritos y sollozos que se asentaban en el tímpano de cada persona que entraba en aquel espantoso lugar, observaba al resto de presos apoyados sobre los barrotes mientras le devolvían la mirada. Su rostro pálido y con ojeras bajo los ojos, se vio transformado en un rostro asustado cuando en cuestión de segundos se provocó un momento jamás visto en aquel recóndito lugar, pues el silencio se abrió paso por primera vez entre esas paredes de piedra y los presos pasaron de jalearse a estar en un completo silencio. Los guardias, que iban mirando con cierta compasión a Máximo, quedaron paralizados ante lo que estaba sucediendo delante de sus ojos. Allí, a lo lejos, justo cuando se encontraban a pocos metros de la salida, aparecieron dos hombres con atuendo militar negro y pantalón blanco, con sombrero negro y cintas rojas sobre él, con una apariencia robusta, acompañada de una altura reseñable y con aspecto bastante serio. Ambos se situaron frente al joven y los guardias, a los cuales frenaron en seco:

—¿Quiénes sois vosotros? —Dijo uno de los guardias—. Apartad inmediatamente.

—¿Dónde está el comisario de la villa? —Dijo uno de aquellos robustos militares.

—Preparando la ejecución de este asesino.

Los militares sonrieron levemente mientras hacían contacto visual entre ellos.

—Por orden del Imperio y en nombre de nuestro rey, este chico cumplirá otro tipo de condena y vendrá con nosotros.

Los carceleros cambiaron el rostro a un enfado potente. Mientras, uno de ellos marchó corriendo en busca del comisario, el cual no tardaría en llegar.

—Eso es imposible. —Comentó el comisario desde lejos—. Este chico ha sido condenado a muerte por el asesinato de un joven y tiene que pagar por ello. Son las leyes de la villa.

—Señor comisario, le repito que en nombre del rey y del Imperio, este chico tiene que venir con nosotros. —Dijo uno de ellos alzando la voz.

—¿Dónde pone eso? —Preguntó el comisario—. Quiero un escrito firmado por el Rey.

El comisario comenzó a ponerse tenso. La sangre circulaba por sus venas propiciando escalofríos. Su maldad y su plan de asentar el miedo en la villa se echaba a perder. Mientras, uno de los militares sacó un papiro e hizo entrega al comisario.

—Señor comisario, deje de estorbar a sus superiores y apártese del camino. Queda anulada su condena. Si sigue interponiéndose tendrá problemas.

El comisario quedó perplejo mientras leía aquel papiro firmado con orden real. No esperaba que su decisión pudiese ser revocada y no entendía por qué el rey salvaba a este chico sin ninguna explicación.

—Soltadle. —Informaba el comisario a sus guardias.

En ese momento, hizo entrada Venancio, el sacerdote de la villa. Máximo comenzó a sonreír al verle y tras él, el joven observó a Benedicto, el sabio del que tanto hablaba, vestido con su típico atuendo negro en forma de sotana y su rostro angelical, cubierto de arrugas por la edad, con poco pelo en la cabeza más allá de los laterales y un cuerpo muy finito. El mismo que, al ver al chico, se acercó, y cariñosamente, tocó su pelo como era habitual. Todo hacía indicar que el sacerdote había sido su salvador, pues los contactos que tenía con el propio rey y su círculo más cercano, era muy conocido en toda la villa.

—Venimos en nombre del Imperio. Tenemos orden expresa de llevarlo a cuartel. Ya es poseedor de la carta firmada por el rey. —Dijo Venancio.

El comisario, secándose el sudor de la frente, no daba crédito a lo que estaba viviendo.

—¿Por qué el rey decide salvar a este asesino?

—No tiene la jerarquía suficiente como para saber las razones de una decisión real. Suéltelo. —Dijo el otro militar, cansado de la escena.

—Le ha salvado Dios. —Dijo Venancio, mirando a Máximo—. Quien osa objetar una decisión divina y real.

Tras ello, e indignados, pero sin llevar la contraria a una decisión real, tal vez por lo que podía suponer enfrentarse a ella si no la cumplían, los guardias se acercaron al chico y le fueron quitando las cuerdas que esposaban sus manos y sus pies. Unas cuerdas de esparto que bien se clavaban en las muñecas y tobillos, tal vez por la fuerte presión con que lo hacían y que casi cortaba la circulación de quien la sufría. Era algo que rozaba lo sádico. Mientras tanto, el comisario, sin articular palabra, observaba como sus guardias dejaban libre al chico sin entender

como un rey salvaba a un asesino y como un sacerdote había conseguido ese gesto.

La cara de Máximo era un poema. Con una postura errática, dudaba sobre cómo actuar en ese momento: si haciendo caso a los guardias o haciendo caso a aquellos militares que, sin conocer de nada, le estaban salvando de la muerte. Fue por eso por lo que pasó de tener un semblante pálido y con una mirada de vacío a un semblante extrañado, tenso, pero con unos rasgos de esperanza de que su final no iba a ser el que había pensado en las últimas horas. Así, el joven no dejaba de mirar a Benedicto, que, cuando cruzaba miradas con él, esbozaba una sonrisa. Había sido su salvador junto a Venancio. Máximo no paraba de preguntarse cómo había conseguido que el rey le salvase de la muerte, pues no tenía ningún vínculo con él para tener ese gesto. La cabeza de Máximo albergaba cientos de pensamientos en cuestión de milésimas de segundo mientras los guardias terminaban de despojarle de aquellas cuerdas que le maniataban, y, donde tras ello, se lo entregaron a aquellos dos militares que acompañaron a Máximo hacia la puerta de salida. El joven caminaba renqueante tras haber pasado más de doce horas en aquel calabozo sin dar un solo paso. Por ello, mientras los guardias se acercaban a la salida acompañados de Venancio en primer lugar y Benedicto, junto a Máximo, un poco más retrasados, el joven pudo tener una charla breve con este para intentar entender la situación.

—¿Cómo lo ha hecho, sabio?

—En esta vida no hace falta saber todos los motivos de lo que sucede. —Dijo Benedicto, en actitud paternal.

—Le debo mi vida a usted.

—En todo caso se la deberá a Dios.

—Me había imaginado todas las formas posibles con las que iba a morir.

Benedicto pasó un brazo sobre la nuca del joven, cogiéndole como si se tratase de un amigo.

—A la gente buena, Dios no la deja atrás.

Máximo puso cara de no creerse esa frase.

—No estoy muy seguro de eso, padre. Ya sabe usted...

—Lo sé. Pero has visto que esta vez te he demostrado que es cierto.

—Pero yo soy un asesino. —Dijo Máximo, agachando la cabeza.

—Lo sé. Y tendrás que pagar por ello. Pero no con tu vida.

—No entiendo por qué de esta oportunidad de vivir si realmente soy un asesino. Debería de cumplir la condena.

—Y la vas a cumplir. —Dijo Benedicto, mirando a Máximo a los ojos—. Pero tu acto fue en defensa propia, como insinuabas tú y tu familia... o así nos lo hicieron llegar, ¿no?

—Sí. Solo me defendí del ataque que nos hizo en el mercado y de sus amenazas hacia mí.

—Entonces, acata lo que te digan estos señores, cumple con ellos y serás perdonado a ojos del señor y a ojos de la justicia del Imperio.

El joven miró a los ojos a Benedicto.

—¿Qué voy a tener que hacer ahora?

—Eso te lo dirán estos señores.

Detrás de aquella puerta empezaban a escucharse ciertos murmullos debido a la tardanza en la salida del joven hacia la plaza. La noticia todavía no se conocía, ni siquiera por sus padres, que empezaron a ponerse nerviosos temiendo que algo peor hubiese pasado dentro de aquel oscuro calabozo. Por ello, Andrés, en un completo estado de nervios, fue nuevamente acercándose hacia la puerta de los calabozos y, al ver que no había nadie vigilando, se lanzó hacia la entrada,

consiguiendo adentrarse en él, algo que estaba totalmente prohibido como así lo indicaba un cartel. A los pocos metros de recorrido, bajando unos pequeños peldaños de roca, caminaba sigilosamente sobre la arena que formaba el suelo de los calabozos, dando pasos breves y cautelosos mientras quedaba sorprendido y asustado por lo que iba observando. Así, mientras caminaba sin parar de observar todo aquello, Andrés terminó dándose de bruces con los dos militares. Ante la extrañeza de estos, Andrés se echó hacia un lado muy asustado y, gracias a ese movimiento, fue cuando vio como su hijo, ya en silencio y sin Benedicto cerca, iba tras ellos sin dirigir palabra. En ese momento, padre e hijo intercambiaron miradas. Andrés se puso a llorar al ver como todo se había desvanecido, pensando que aquellos militares eran los que guiaban hacia la plaza a su hijo, sin saber que realmente era todo lo contrario, pues habían salvado la vida a Máximo —o eso creían que pasaría—.

Los militares, después de cruzar miradas con Venancio en busca de su aprobación —encontrada tras un gesto de este—, provocó que abriesen un pequeño paso que conectaba a padre e hijo, favoreciendo un intenso abrazo. Un abrazo que duraría hasta la salida de los calabozos mientras eran apresurados por aquellos dos hombres, lo que no impidió que Máximo contase lo ocurrido a su padre sin dejar de abrazarle.

—Me han liberado de la muerte. —Dijo Máximo, sin dar crédito.

Andrés miró a cada uno de los miembros que estaban allí presentes. En primer lugar, a Venancio. Posteriormente, a los militares. Al que no vio en ningún momento fue a Benedicto.

—¿Cómo?

—Han llegado con una carta firmada por el mismísimo rey. —Dijo Máximo, esbozando por primera vez una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y...?

Andrés parecía haber perdido la capacidad de habla.

—No será ejecutado. —Ayudó Venancio—. Tendrá que ir con estos señores.

—¿Dónde?

—Iremos primero a su casa. Allí os explicaremos todo el procedimiento que se llevará a cabo. —Dijo muy correctamente uno de los militares, eso sí, metiendo prisa.

Finalmente, caminando todos hacia la puerta, con padre e hijo en primer lugar agarrados de la mano y abrazados —a la par de sonrientes—, salieron por la puerta de los calabozos hacia la calle donde Juana y Carlos, en shock al ver a su hijo liberado y junto a Andrés, corrieron hacia ellos al grito de '*Milagro*'. Por ello, Juana, abalanzándose en los brazos de Máximo, y este, lanzándose hacia su madre, intercambiaron unas breves palabras.

—¿Qué está pasando?

—Me han liberado. Pero vamos a casa porque nos tienen que decir algo más.

Juana miró a Andrés mostrando cara de incertidumbre e incredulidad.

—¿Es cierto?

—Sí. —Dijo Andrés, sonriente y abrazando a su mujer—. Eso parece.

Los militares miraban a la familia cada vez más impacientes.

—Vayamos a casa. Tenemos el tiempo justo.

Por ello, la familia marchaba escoltada por aquellos militares mientras atravesaban las diferentes calles y veían las diferentes reacciones de los vecinos, las cuales pasaban desde: asombro o felicidad, hasta insultos e improperios varios hacia ellos. Máximo iba escuchando por

las calles diferentes voces al grito de “asesino”, algo que ya hacía indicar a la familia que, al menos él, no iba a poder seguir viviendo en aquella villa y, probablemente, ellos tampoco. Tras una larga vuelta, o al menos esa fue la sensación de toda la familia, consiguieron llegar a casa. Allí, la familia se sentó con rapidez en la mesa y después lo hicieron aquellos dos militares junto a Venancio, quedándose Benedicto retirado en la puerta principal.

—Como ya ha escuchado Máximo, el rey Felipe IV le ha perdonado la vida.

La familia intercambió miradas y en los rostros se veían sonrisas. Máximo, por su parte, miraba hacia el suelo por la tensión que sentía todavía en su cuerpo.

—¿Y ahora qué va a pasar? —Preguntó Juana.

—Que no haya sido ejecutado no significa que haya sido indultado. Máximo tendrá otra condena distinta. —Dijo uno de los militares.

Ninguno de los militares decía su nombre. Mientras, se iban intercambiando las explicaciones, por lo que acompañado del otro militar, terminaron de explicar la situación.

—Efectivamente. Máximo cumplirá la condena en el ejército. Acudirá a la guerra para defender el nombre y el honor del Imperio y de sus territorios.

—¿A la guerra? —Dijo Andrés.

—Esa será la condena que debe cumplir. Después de cumplir con el objetivo que le impongan en el cuartel, será libre.

—Entonces podría morir si va a la guerra.

—Morir iba a morir aquí. A fin de cuentas, allí puede sobrevivir. Máximo tiene una gran dote con la espada, o así lo dicen nuestros informes.

—¿Qué informes? —Consultó Máximo, levantando así la cabeza.

—Venancio nos avisó hace mucho tiempo de tus grandes dotes en esgrima. Es por eso por lo que te han salvado la vida. Serás un gran soldado.

—Pero yo no me veo como...

En ese momento, uno de los dos militares cortó a Máximo.

—Esto no consiste en verse o no verse. El Imperio te ha salvado la vida y te ha dado una oportunidad de vivir. Es un deber servir al ejército. Deberás dar tu vida por él.

—¿Qué queréis de mí? —Comentó Máximo tras aquellas palabras del militar, sabiendo que le habían salvado para acudir a la guerra.

—Acudirás junto a otros chicos al cuartel militar de Toledo. Allí te darán una formación rápida y básica para poder sobrevivir en la guerra. —Dijo uno de ellos, a la espera de que el otro complementase.

—Exactamente. Estarás con más gente próxima a tu edad y en una situación parecida. Allí os entrenaréis, viviréis y os adaptaréis a la vida militar.

Máximo miró a los militares y les hizo una última consulta.

—¿En el ejército hay médicos?

—Sí.

—Yo tengo muchos conocimientos de medicina. Podría ayudar en ello.

Los militares se miraron entre ellos.

—Eso lo tendrás que decir a tus superiores.

—Sí. —Añadió el compañero.

—Eso haré. —Dijo Máximo, con otro semblante.

—Recoge tus cosas. Nos marchamos. Tenemos poco tiempo antes de que se haga de noche.

La familia se miró entre ella con miradas de complicidad y reconfortadas, pues a pesar de que Máximo iría a la guerra, tendría opciones de sobrevivir y tener una vida en libertad, algo que no se contemplaba en la villa tras ser sentenciado a muerte. Tras aquello, Juana preguntó a uno de aquellos militares que sería de su hijo y su forma de vida. El militar, de manera amable, explicó que el joven se regiría a través de una vida militar con las normas propias de la misma. Así, viviría en una casa abandonada en Toledo y rehabilitada para la ocasión, haciéndolo junto a otros dos soldados más, pues el ejército usaba este tipo de hogares con el fin de dar alojamiento a todos los militares, voluntarios o condenados que acudían a la ciudad a rendir cuentas en el ejército. La explicación fue sencilla, sin entrar en mayores detalles sobre la guerra. Una explicación que permitió a la familia entender más sobre la situación que iba a vivir su hijo desde aquel mismo día.

Tras aquellas palabras y pasado un breve tiempo, en aquel humilde hogar se vivió un momento muy familiar y emotivo, produciéndose la despedida de unos padres con su hijo pequeño, llenándolo de abrazos, besos y de diferentes amuletos y objetos que pudieran valer para ayudarlo a sobrevivir.

—Volveré pronto.

—No nos cabe duda. —Dijo Juana, mientras tocaba el rostro del chico.

—Cuídate y no armes lío. Allí tienen que ser... —Dijo Andrés, en tono gracioso, dándose cuenta rápido de que le miraban dos militares.

—Os escribiré todos los días. Os mantendré informados de todo.

—Escribenos siempre que puedas. —Dijo Carlos.

—Tráenos un detalle cuando viajes fuera. —Dijo Andrés, queriendo quitar hierro a la situación. La familia sonrió ante la broma de Andrés.

—Eso haré.

—Iremos a verte cuando así podamos. —Dijo Juana.

—Allí os espero. —Finalizó Máximo, con un abrazo familiar.

Máximo afrontó así los últimos segundos con su familia, quedándose así en un buen recuerdo la despedida. Su nueva vida daría un cambio de ciento ochenta grados y tendría que adaptarse a un régimen militar muy severo con grandes dificultades para los soldados nuevos. Por ello, Máximo se dirigió a su habitación para recoger las pertenencias y marchar. En ese momento, mientras su familia hablaba distendidamente con los militares, Benedicto entró a la habitación junto al joven.

—Muchas gracias por todo, Benedicto.

—Aprende y pórtate bien. Dios te acompañará en todo tu camino.

—Lo sé.

Benedicto se sacó una especie de bolsa muy pequeña, de color morada, donde en su interior había un pequeño anillo.

—Cuando te encuentres en una situación crítica, lee lo que pone inscrito en él.

Máximo abrió la bolsa y sacó el anillo.

—Aquí pone: "*Esto también pasará*". —Dijo Máximo, levantando la cabeza.

—Eso es.

—¿Y qué significa?

—Es un cuento de un rey.

—¿Pero qué dice ese cuento?

—Un sabio le entregó un anillo que solo podía leer cuando se encontraba en una situación tanto de peligro como de felicidad.

—¿De felicidad? —Dijo Máximo, sorprendido—. Pone que pasará...

—Exactamente. Porque cuando estés en medio de la guerra, ese momento pasará. Pero cuando estés enamorado y viviendo un momento feliz, también pasará.

—¿Quieres decir que lo bueno y lo malo pasa, y hay que disfrutar lo primero y saber que lo segundo se marchará, volviendo la serenidad?

—Eso es.

Benedicto le dio un abrazo al joven y este, finalmente, marchó con los militares.

Tras aquel momento, Máximo salió de su casa. El joven caminó escasos metros donde le esperaba una especie de carruaje de madera, sin techo, más propio de un remolque que de un modo de transporte. Aquello era empujado por dos ruedas de enorme tamaño y talladas con el escudo imperial que echaban a rodar gracias a dos caballos —de pura raza— que contaban con un color negro brillante en su pelaje. Eran de la misma raza que Pegaso. Afuera, sus padres y su hermano —situados en el final del carruaje—, ayudaron al joven a adentrarse en él, y finalmente, le despidieron por última vez antes de que abrieran camino los militares. Al cabo de unos minutos de nuevamente darse abrazos y besos entre toda la familia, los caballos echaron a andar con la mirada de Máximo hacia su familia mientras veía como poco a poco se iban perdiendo en la lejanía.

El semblante de los militares empezaba a cambiar de manera positiva, teniendo entre ambos una conversación amena y en ocasiones con bromas. Esto permitió a Máximo relajarse e incluso añadirse a la conversación con el fin de intentar conocer más sobre el devenir de su vida.

—¿Cuánto se tarda hasta llegar a Toledo?

—Unas cuatro horas. —Dijo uno de ellos, amigable.

Esto sirvió para que Máximo se acercase al extremo del carruaje y se sentase cercano a ellos.

—¿Os puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro. Ahora somos compañeros.

—¿Cómo os llamáis?

—Marcos.

—Yo... Hernán.

Ambos se presentaron, algo que relajó a Máximo.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí?

—Yo empecé como voluntario. —Dijo Marcos—. Ahora soy de la caballería.

—Yo fui como tú. —Dijo Hernán—. Cometí un error de joven y me trajeron al ejército. Pero a día de hoy me he ganado mi sitio.

—Fuimos. —Se sumó Marcos.

—¿Y ahora qué puesto sois?

—Furrieles.

—¿Y eso es...? —Dijo con tono de curiosidad Máximo.

—Somos lo que organizamos con quienes vivís, las pagas, controlamos el número de armas disponibles...

—¿Y cómo es la vida allí? —Preguntó Máximo.

Tanto Marcos como Hernán cruzaron miradas antes de responder.

—Es bastante duro, pero estarás con gente próxima a tu edad. —Dijo Marcos.

—Eso me tranquiliza.

—Los generales quieren que te sientas en familia. Te rodean de gente de tu edad para entrenar y formarte, así creas más vínculo al ejército.

—Eso no parece de algo tan duro como dices.

—Lo duro viene cuando estás en la guerra...

Esas palabras eran bastante sinceras por parte de los militares, que, por un momento, habían dejado de lado su apariencia robusta e irrompible por una apariencia amistosa que permitía una mayor cercanía. Eso tampoco dejaba tranquilo a un Máximo asustado, intimidado y tenso por lo que se encontraría en aquel lugar. Allí no contaría con el apoyo de alguien cercano con el que poder desahogarse cada mañana. Allí viviría el peor momento de su vida y, desde luego, haber sido ojeado por sus dotes en la esgrima, no le iba a facilitar la estancia en aquella especie de cárcel de Toledo.

CAPITULO 3. LA NUEVA VIDA DE MÁXIMO.

El sol comenzaba a descender en un cielo invadido de nubes, que, en ciertas ocasiones, dejaban caer algunas gotas de lluvia sobre la ya tierra de Toledo. Los árboles que decoraban aquella maravillosa ciudad —y las afueras de ella—, comenzaban a oscurecer sus amarillentas y amarronadas hojas mientras se agarraban a las ramas de los árboles con el fin de no terminar cayendo sobre el suelo de la ciudad. La misma ciudad que se embellecía gracias a aquellas hojas que se iban amontonando en el suelo y daban un colorido diferente, y que, a su vez, era regada por las aguas cristalinas del tajo que terminaba de cerrar aquella bonita ciudad. Así, las fortificaciones en lo alto de la montaña donde se resguardaba la ciudad, dejaban también una apariencia defensiva.

Así, Máximo, junto a Marcos y Hernán, los militares que le custodiaban, se adentraban al fin en aquellas calles estrechas caracterizadas por su calzada de estilo romano, donde las piedras, encajadas unas con otras y de distintos colores, iban diseñando el lugar por donde caminaría el joven durante los próximos meses —o años— de su vida. Allí, los nuevos vecinos del joven observaban el paso del carruaje sin mostrar gran admiración, acostumbrados así a los constantes pasos de caballos que portaban a los diferentes delincuentes fichados por el ejército. Quien sí miraba con admiración era el joven que no paraba de observar aquellas calles, casas y gentes que conformaban aquel nuevo paisaje mientras era dirigido hacia su nueva residencia. Aquel paseo estaba sirviendo al joven para quedarse con cada rincón de la ciudad y observaba la gran cantidad de gente joven que estaba allí residiendo y que portaban algún tipo de distintivo militar con el que poder diferenciarse de la población civil.

En un primer momento, Máximo comenzó a sentir escalofríos y un sudor frío recorriendo su cuerpo, sintiendo un cierto temor que invadía su mente y que intentaba afrontar con serenidad. Finalmente, tras unos minutos recorriendo las diferentes vías, los militares se adentraron en una de aquellas calles que desembocaba —a lo lejos—, en una plaza de gran amplitud. Allí, los vecinos instauraban diferentes puestos de mercado donde la gente vendía desde comida hasta ropa, sirviendo también a los vecinos como punto de reunión donde charlar y compartir historias. Era como un ágora griega. Y a sus extremos se encontraban numerosas casas, la mayoría de ellas de doble piso, con una tonalidad blanca y con dos ventanas exteriores por cada piso. Resaltaban los tejados rojizos en forma piramidal, permitiendo que la nieve que caía en los meses de invierno, no quedase anclada en ellos y futuros problemas. Este tipo de casas habían sido reformadas para recibir a los nuevos soldados del ejército, permitiendo así aumentar el número de combatientes.

—Aquella casa de la esquina será la tuya. —Dijo Marcos, señalando hacia su derecha.

—¿La blanca de dos pisos? —Dijo Máximo, poniéndose de pie en el carruaje—. ¿Cuántos seremos allí?

—Seréis tres personas.

—Pensaba que sería una residencia donde viviríamos todos.

—No. Ahora aprovechamos las casas abandonadas que tiene la ciudad para poder traer más gente. También hay vecinos que os acogen en sus propias casas y os mantienen, pero son pocos.

—¿Los propios vecinos acogen a delincuentes? —Preguntó Máximo, extrañado.

—No son muchos. De hecho, muchos vecinos no nos quieren aquí.

—¿Por qué?

—Dicen que somos muy liantes. —Dijo Hernán, sonriendo mientras miraba a Marcos—. En realidad, solo damos vida a la ciudad.

Tanto Hernán como Marcos se reían de aquello ante la atenta mirada de Máximo.

—¿Liantes?

—Procuramos divertirnos en los ratos libres. Es la forma de poder desconectar de todo esto.

—¿Y qué solemos hacer en esos ratos?

—Tú... no sé. Nosotros nos vamos a un recinto con...

Máximo puso rostro de no entender a lo que se refería.

—Sí, ya sabes... recinto... —Vacilaba Hernán.

—¿Se hacen fiestas allí?

—Se podría entender como una fiesta. —Añadió Marcos mientras seguía riéndose con Hernán.

—Llegará el día que tengas necesidades naturales y entenderás a que nos referimos. —Cerró Hernán.

Mientras se producía aquella conversación y Máximo intentaba averiguar a qué se referían, mostrando así un lado inocente en su personalidad, los tres llegaron a la puerta de lo que sería su nueva casa. Desde fuera, se observaba como la casa contaba con cierta amplitud, dando así sentido a la plaza que daba forma. La casa se constituía por una puerta de madera vieja con ciertos puntos en los que no contaba con nada de pintura y que era franjeada por dos ventanas a su entrada, donde tras ellas, se encontraban diferentes estancias de la casa. Allí, el joven se situó frente a la puerta con sus pertenencias en la mano derecha y una especie de bolsa que colgaba sobre su espalda. Así, Máximo se dispuso finalmente a tocar la puerta para ser recibido por sus nuevos compañeros de piso, saliendo de dentro un suspiro ante los nervios que sentía en su interior al no saber nada de aquellas dos personas que le recibirían. Tras ello, con los nudillos de la mano izquierda, llamó a la puerta, la cual se abrió lentamente al encontrarse entornada. Aun así, y viendo que no había nadie tras ella, el joven volvió a tocar nuevamente con los nudillos sobre aquella madera que se descomponía cada vez que era mínimamente rozada, poniendo por primera vez un pie dentro de su nueva casa ante la falta de respuesta. Al adentrarse en ella, observó aquel recibidor pequeño con forma rectangular que contaba con una especie de zapatero a la entrada y que conectaba con otra puerta de madera que, en su centro, se abría una especie de cristal cuadrangular que permitía ver más allá de ella. Al otro lado de este cristal apareció uno de los chicos al que se encontró de frente y con el que intercambió una breve mirada para finalizar con una sonrisa amable por ambas partes.

—Hola Máximo, soy Jaime Correa. —Dijo con un tono abierto y simpático—. Llevábamos un rato esperándote.

—Encantado de conocerte Jaime, yo soy Máximo Hurtado.

Ambos estrecharon la mano de manera fuerte y amistosa.

—Imagino que cansado del viaje.

—Cansado de todo el día. Ha sido horrible.

—Vaya. —Dijo Jaime, haciendo una mueca—. Pásate y te enseño la casa. En breves llegará Luis.

Tras aquellas palabras, los militares se despidieron y los chicos entraron en la casa. Máximo iba tras Jaime, un chico que rondaba el metro ochenta, pelo rubio, corpulento, de carácter abierto y simpático que iba enseñando como estaba repartida la casa y sus estancias. Máximo observó que era un hogar amplio, como parecía desde fuera, formada por un salón desde el que se ramificaban las demás estancias de la casa a través de tres puertas diferentes que daban a una despensa, un baño y a una habitación donde residirían los tres juntos. Jaime condujo al chico a la habitación para dejar las pertenencias. Allí se encontraba un mobiliario muy escaso, pues se conformaba de dos literas en las que dormirían los tres y una mesa de escritorio donde podrían leer libros o escribir cartas a sus familiares. Sobre ella, se disponían dos velas para iluminar la habitación, pues no contaba con ventana al exterior. Esto generó un choque de emociones a Máximo que había pasado de contar con una habitación propia y decorada a su gusto, a una habitación compartida y muy humilde.

—Como ves, dormimos los tres en la misma habitación.

—Sí. —Dijo Máximo, impactado.

—Tranquilo. Te acostumbrarás a esto como hemos hecho todos.

—¿Tú crees?

—No te queda otra. —Dijo Jaime, riendo.

—¿Cuánto tiempo llevas por aquí?

—Poco más de cuatro meses.

—¿Y ya te has adaptado?

—Al final te haces. Con Luis tengo muy buena relación y pasamos mucho rato juntos. Eso ayuda a sobrellevar la soledad.

—¿Cuántos años tienes? —Preguntó Máximo, entrando ya en confianza con Jaime.

—Tengo diecinueve años. ¿Y tú?

—Diecisiete.

Jaime dio una palmada leve en la espalda de Máximo en señal de confianza, quitando así presión en el chico.

—Somos de la misma edad los tres. Luis tiene dieciocho.

—¿Dónde está él? Me gustaría conocerle.

—Tiene que estar al venir. Acude a unas clases de armas que da uno de los vecinos y que sirve para mejorar habilidades en la batalla. Le encanta ir a eso.

—Eso está bien.

—Sí. Hay vecinos que no nos quieren ni ver, pero hay otros que se mueren por ayudar.

—Eso me han dicho los dos militares que me han traído.

—¿El qué concretamente? —Quería saber Jaime.

—Que los vecinos nos repudian.

—Normal. La gente que viene aquí suele tener conflicto. Además, suelen ser mayores o suelen estar casados. No aguantan sin sexo y eso...

Jaime hizo una mueca con el rostro mientras decía aquello. Máximo, que supo interpretarlo, siguió con el tema.

—¿Se van de putas? —Preguntó Máximo, con cierta inocencia.

—Sí. Además, hacen apuestas en los juegos de cartas con el dinero que da el ejército y claro,

se endeudan... Y eso genera luego peleas entre ellos.

Máximo quedó sorprendido mientras Jaime intentaba explicarle la realidad de aquello.

—Procuraré no caer en eso.

—La soledad de este lugar propicia eso. Pero hay que mantenerse fuerte. Nosotros estamos muy unidos.

En ese momento, se escuchó abrir la puerta de la calle con un saludo a lo lejos.

—Hola, soy Luis de Guzmán, encantado.

Máximo se presentó estrechando la mano como anteriormente.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. ¿Ya te está enseñando la casa? —Preguntó amablemente Luis—.

—Sí. Me está contando un poco como es la vida aquí.

—No te asustes.

Luis se reía mientras miraba a Jaime.

—Venía así desde casa. —Dijo Máximo, uniéndose a la carcajada.

—¿Asustado? —Preguntó Jaime con tono amenizador.

—Sí. Me dijeron esta misma mañana que me traerían aquí y no me dieron más datos. He venido totalmente a ciegas.

—Pues esto es lo que vivimos. —Dijo Jaime—. Poco a poco te acostumbrarás. Pregunta en todo momento lo que necesites.

—Sois muy amables.

—Hemos estado ya en tu lugar. —Dijo Luis, dando un golpe en el hombro derecho a Máximo, al igual que fue al de Jaime—. Voy a asearme un poco y estoy con vosotros.

Tras aquella conversación, Máximo ya había conocido a sus dos compañeros de piso con los que pasaría los próximos meses. Esto había tranquilizado al chico, pues vio como el carácter de ambos era bastante distendido y habían tenido buenas sensaciones entre ellos tres. Luis, que también había mostrado esa simpatía, se constituía por una estatura alta —a la par de Jaime—, con pelo negro recogido en una especie de moño, ojos oscuros y de carácter extrovertido, aunque sin dejar a un lado su lado correcto en las formas. Con la llegada de Máximo, los dos chicos intentaron ayudar a este en todo lo posible, entre ello a deshacer el poco equipaje y seguir enseñando un poco el hogar.

Transcurridas unas horas y después de charlar un poco entre ellos para conocerse más, llegó la hora de la cena. A muchos de los militares se les proporcionaba la comida en los diferentes hogares con el fin de no masificar la academia militar. Esto se regía a través de una normativa de estricto cumplimiento. Por ello, Jaime y Luis escribieron en un papiro toda la rutina diaria que debería de seguir Máximo desde ese mismo día. Si algo era muy importante en el ejército, eso era el cumplimiento de las normas, ya que, saltárselas, podría conllevar alguna sanción grave.

Esto era supervisado por algunos soldados de mayor nivel que acudirían, de manera sorpresiva, a los hogares con el fin de comprobar el cumplimiento de los horarios y normas. Tener una sanción en el ejército era muy mal visto por las tropas. Estas sanciones podían ir desde: un internamiento en celda durante dos días; no comer en un día completo o trabajos de fuerza. Tras este gesto que agradeció el joven, comenzó a leer la rutina diaria que tendría desde hoy en adelante:

7:00: despertarse y desayuno

8:00: acudir a la academia militar

13:00: comida
15:00 entrenamiento militar
18:00: tiempo libre para todos los militares
20:00: cena
21:30: hora de dormir

Los jóvenes aprovechaban la hora de la cena para conocerse más y compartir diferentes impresiones. Esta se llevaba a cabo en el salón de la vivienda. Aquello se distribuía a través de una base rectangular en cuatro paredes, de la misma tonalidad blanca que en el exterior de la misma. La luminosidad del salón era muy buena, pues su orientación hacia el oeste permitía que durante toda la tarde entrase la luz del sol. Así, en el centro del salón contaban con una mesa redonda de color marrón y con cristal en medio, que se cubría con un trapillo cosido con formas geométricas y que era rodeada por cuatro sillas de madera —incómodas—, que servían para poder descansar en un momento dado. Así, la forma de calentar aquella casa en los fríos meses de invierno, se hacía a través de una chimenea de ladrillo que se situaba al otro lado de la ventana, cercana a las habitaciones.

—¿Y cómo funciona el ejército desde dentro?

Máximo quería aprender rápido toda la disciplina militar para no cometer errores.

—El primer día te cogen los datos y realizas el primer entrenamiento —Dijo Luis—. Esos entrenamientos son bastante duros. A mí me costó adaptarme. Allí, hacemos también clases, batallas...

Los jóvenes se encontraban en una conversación amena y con confianza, que gracias a la cercanía de ambos, se había generado rápidamente.

—Imagino que se dividirán en función del puesto en el ejército, ¿no? —Consultó Máximo—. ¿Qué os ha tocado?

—A mí me encomendaron ser piquero. —Dijo Jaime.

—¿En qué consiste un piquero?

—Son los que están en primera fila con una lanza. Es de las peores posiciones que se pueden tener.

—Yo también estoy en ese grupo. —Dijo Luis.

—¿Y cuál es el método que siguen para asignar los diferentes puestos?

—No sé en qué se registrarán. Pero por ejemplo, yo nunca había empuñado un arma y Luis sí.

—Yo tenía caballos en casa y con mi padre hacíamos lucha de espadas y picas. Competíamos en el pueblo y se me daba muy bien. Por eso me pusieron aquí. —Dijo Luis, con mirada perdida tras aquellas palabras.

Máximo recordó las palabras que le dijeron cuando le salvaron la vida sobre sus dotes en la esgrima.

—A mí me dijeron que me habían salvado la vida para venir a la guerra.

—Todos los jóvenes venimos así.

—Pero me dijeron que la razón principal había sido por mis habilidades en la esgrima. ¿Qué creéis que me tocará?

Luis comenzó a hacerse el moño mientras pensaba la respuesta.

—Vete tú a saber. Mañana saldremos de dudas.

—Igualmente te entrenarás. Ahora estamos todos entrenando juntos las habilidades básicas para sobrevivir. Estarás con nosotros.

—Menos mal. Me daría un infarto si tengo que estar solo el primer día.

—No tranquilo, estaremos todos juntos. Allí ya entrenamos la batalla con las armas correspondientes.

La cena estaba yendo de manera brillante. Máximo se sentía muy a gusto junto a aquellos dos chicos y se sentía en la libertad de poder hablar de manera tranquila y sosegada. Los nervios habían disminuido considerablemente, sin dejar oculto el sentimiento de incertidumbre por lo que pasaría al día siguiente. Aun así, tanto Jaime con Luis le iban poniendo en sobre aviso de muchas de las cosas que pasaban allí en el día a día.

—Lo que sí tienes que saber es que el sistema es muy rígido. —Dijo Jaime, queriendo explicar el día a día—. El tiempo que nos dejan de ocio es muy limitado como puedes ver en la hoja. Tienes que adaptarte muy bien al horario.

—Eso es muy importante. Al principio te costará como a todos y al final del día no podrás moverte. —Dijo Luis.

—Nosotros tenemos nuestra pandilla con la que solemos salir casi todos los días. Vente con nosotros mañana. No te quedes en casa. —Añadió Jaime.

—Sí, claro. Iré con vosotros a todo.

—Quedarse en casa es dar vueltas a la cabeza. Al final estamos lejos de la familia y de los amigos. Te puedes volver loco.

Luis volvió a perder la mirada tras aquella frase. Lo estaba pasando realmente mal.

—¿Cómo era vuestra vida hasta llegar aquí? —Preguntó Máximo.

Se hizo el silencio tras aquella frase.

—Eso mejor más adelante. —Dijo Luis, en buen tono, pero que Máximo entendió a la perfección.

—Lo que ahora nos preocupa más, es la batalla que vamos a librar. —Dijo Jaime, riéndose para soltar la tensión del momento.

Máximo paró la conversación y preguntó sobre esa batalla que decía Jaime.

—¿Se sabe algo de ella? —Preguntó Máximo, cambiando el semblante.

—Hay rumores.

Aquella frase dejó a Máximo pensativo.

—Y tantos rumores. —Añadió al segundo Luis.

—Dicen que Justiniano de Nassau, en la zona de Flandes, está metiendo el hocico donde no debe. Y con él, los ingleses y franceses.

—¿Y ya habéis estado alguna vez combatiendo?

—No. Yo llevo cuatro meses nada más y Luis... ¿Cuánto llevas tú?

—Yo llevo poco menos que tú. No llego a tres meses.

Los chicos estaban pensativos sobre el tiempo que llevaban allí. Habían vivido aquellos tres-cuatro meses como si hubiesen pasado cinco años.

—Lo que vemos todos los días son carros y carros de personas. —Dijo Luis.

—Vienen como he venido yo hoy, ¿Verdad?

—El caso es que no...

Máximo quedó sorprendido con esa frase que pronunció Jaime mientras desviaba la mirada hacia Luis.

—A ti te han traído Marcos y Hernán, que son dos furrieles mayores. Normalmente, va una persona encargada del transporte y los trae a todos juntos, apilados.

—¿Y vosotros como vinisteis?

—Nos trajeron como a escoria. Metidos en un remolque con otros diez o doce chavales. —

Dijo Luis, alzando el tono ante el rencor de aquella vivencia— Eso sí, hoy son amigos.

Jaime quiso hacer una broma a Máximo ante esta diferenciación de llegada.

—¿Vienes de familia de poder? —Preguntó Jaime a Máximo.

—Mi familia trabaja en el mercado de la villa. Nos va bien, pero no tenemos ningún poder.

—Es raro... —Dijo Jaime.

No había duda en cuanto a que Jaime y Luis habían dudado por un momento sobre la procedencia de Máximo, sospechando por aquel tipo de llegada a Toledo. Aun así, aquellas sospechas quedaron olvidadas al poco rato debido a la gran conexión que habían tenido los tres desde el principio, dando así el inicio de una buena amistad entre todos ellos. Ciertamente fue que con el ambiente tan positivo que estaban viviendo, Máximo se encontraba muy extraño ante el hecho de que a él le habían salvado la vida y, aunque le habían llevado a la fuerza, no le habían tratado como insinuaban tanto Jaime como Luis. Finalmente, los chicos terminaron de cenar aquella sopa, un tanto insípida, acompañada de unas judías verdes que tampoco terminaron de gustar a ninguno de ellos. Fue una cena muy amena para todos ellos que, tras recoger la mesa entre los tres, marcharon a dormir.

A la mañana siguiente, Máximo se puso en pie sobresaltado tras escuchar una serie de pequeños golpes que había en el salón. Allí se encontraba Luis realizando el entrenamiento físico adicional que ponía todos los días. Un entrenamiento que consistía en realizar flexiones, abdominales y diferentes ejercicios de cardio, pues este era su punto débil. Para ello, se levantaba siempre una hora antes que el resto, demostrando así ser una persona muy disciplinada.

—¿Te he despertado? —Dijo Luis, viendo salir a Máximo por la puerta.

—No, tranquilo. Imagino que ya será la hora de levantarse.

Jaime también se había despertado e hizo aparición en el salón junto a los otros dos chicos.

—¿Estás de fiesta o haciendo ejercicio?

Recriminó Jaime a Luis en tono cordial. Mientras, Máximo marchaba a la cocina para coger algo de comer.

—Hay que estar fuerte para la guerra... y porque nunca sabes dónde estará la mujer de tu vida. —Replicó Luis al comentario de Jaime.

—Para la guerra... sí. Venga levanta que nos tenemos que ir. —Dijo Jaime—. Ponte a desayunar.

Tras aquello, los tres chicos desayunaron rápidamente y se arreglaron para salir hacia la escuela militar.

—¿A cuánta distancia está la escuela? —Preguntó Máximo.

—Son diez minutos andando. Como un kilómetro. —Respondió Jaime.

—Sí. —Confirmó Luis, mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

—Yo estoy listo.

—Pues vamos a tu segunda casa. —Dijo Luis, de nuevo en tono gracioso.

Los jóvenes salieron de aquella casa y se adentraron en la plaza del mercado. Allí se encontraban numerosos mercaderes que hicieron a Máximo recordar a sus padres y a todo lo que había ocasionado el que hoy, él estuviese ahí. Mientras lo atravesaban, Máximo iba comprobando los diferentes puestos que había: desde puestos de zapatos hasta puesto de comida y frutas varias. Entre aquellos puestos, los chicos se encontraron con uno de los amigos más íntimos de Jaime y Luis y que los acompañaría hasta la escuela. Aquel chico se hizo llamar

Juanjo y estrechó la mano a Máximo en señal de cortesía. Tanto Jaime como Luis tenían la rutina de ir recogiendo a sus amigos antes de llegar a la escuela, de modo que así ya iban compartiendo confidencias y buen rato hasta llegar al destino, algo que sirvió a Máximo para ir conociendo a más personas aparte de ir familiarizándose con la ciudad.

Tras caminar el tiempo exacto que había indicado Luis, llegaron a aquella academia militar que se encontraba pegada al Alcázar y que era donde realizarían los entrenamientos de formación básica militar. Construido en piedra, se abría por los laterales con decenas de ventanas que se orientaban, por un lado, hacia el este, donde se observaba ese monumental Alcázar, y también, hacia el oeste, donde se observaba aquella ciudad y el río con el gran caudal que corría sobre él gracias a las últimas lluvias. Así, las grandes dimensiones del edificio permitían contar con un gran patio central, el llamado patio de armas, en el que aprovechaban para simular batallas y realizar el ejercicio físico diario al que eran sometidos todos los jóvenes por igual.

—Este es el edificio. —Dijo Jaime—. Aquí es donde aprenderás todo lo relacionado sobre la guerra, los entrenamientos...

Máximo quedó obnubilado al observar aquel Alcázar y la escuela militar.

—Son enormes los dos. Nunca había visto un edificio tan grande.

—El Alcázar es la esencia militar. La escuela la crearon para dar un espacio a la formación. Les cedieron el suelo y la construyeron.

—Vamos a entrar que llegamos muy justos. —Comentó Juanjo.

Allí, entrando por aquella puerta levantada con dos portones de madera decorados con el escudo real tallado en el capitel de la columna central, se abría una recepción cuadrada y amplia. Su tonalidad era verdosa y estaba decorada con diferentes retratos del rey y su familia en el centro de aquella sala, completada también con otros tantos cuadros bélicos. Allí, al fondo de ella, se encontraba una puerta que daba acceso a las instalaciones, franqueada por cuatro militares, de ya avanzada edad, que realizaban el registro de todos los que pasaban por allí. El ambiente que se mascaba era muy serio, los jóvenes pasaban de uno en uno entre un silencio sepulcral donde solo se escuchaba el paso de las hojas que realizaba uno de ellos para marcar con una "X" al soldado presente, ya que, si no acudían correctamente, o hacían un mal gesto, eran sancionados. Así, Luis pasó turno seguido de Juanjo y finalmente de Jaime, quedando Máximo el último. Había sido casualidad, pero los nervios del chico al verse solo se dispararon.

—¿Usted es...? —Dijo uno de ellos.

—Soy Máximo Hurtado. Llegué anoche a la ciudad.

—Yo soy Hernán.

Otro Hernán, pensaba Máximo mientras asentía con la cabeza.

—Por tanto, eres nuevo. —Decía aquel hombre mientras seguía rebuscando en la lista.

—¿Cuál es tu designación, soldado?

—Aún no soy conocedor de ello, señor.

El militar dudaba mientras miraba fijamente al joven a la cara. Máximo se ponía cada vez más tenso mientras el ambiente se enrarecía. En ese momento, apareció Jaime.

—Señor, este soldado llegó ayer por la tarde procedente de una villa de Madrid. Vive conmigo. Doy fe a ello.

—Está bien. Pasa.

Otro de ellos, sin presentarse ninguno de los otros tres, le hizo entrega de una especie de

acreditación que servía para que nadie pudiese adentrarse dentro de la escuela sin permiso.

—Muchas gracias, señor.

Tras ello, el joven cruzó la puerta y se adentró en el gran patio de armas, lugar donde pasaría la mayoría del tiempo. Allí le estaba esperando Luis para acompañarle a otra de las salas donde se recogían todos para dar las clases teóricas y tácticas. Era el primer punto de cada día. Aquella sala contradecía toda la amplitud que se había visto hasta ahora, pues a pesar de ser más alargada que ancha, contaba con unas sesenta mesas y sillas repartidas por toda ella y muy próximas entre sí. Todo ello era compensado con la decoración que habían añadido, pues los cuadros bélicos, así como los mapas con los territorios conquistados por los anteriores reyes, Felipe II y su padre, Carlos I, al igual que los territorios que poseía el actual monarca, Felipe IV, servían de motivación a todos los jóvenes para defender el Imperio que habían conseguido. Máximo fue mirando uno a uno todos los cuadros, así como algún retrato que generalmente se representaba a los reyes, familiares de este, o al mismo Conde Duque de Olivares, quedando embelesado en ello. Poco a poco iba sintiendo una especie de gusto a aquello que estaba viviendo, como si se empezase a despertar en él un tipo de vocación militar.

—Vente Máximo. —Interrumpía Luis—. Voy a enseñarte toda la escuela.

—Sí, claro. Voy.

La clase conectaba con un pasillo que llevaba a otras dos salas diferentes: una de ellas destinado a una especie de vestuario donde se guardaban diferentes equipamientos de guerra y, por otro lado, se encontraba el despacho del entrenador, el cual tenía un acceso restringido y estaba cerrado a cualquier persona, pues se necesitaba un permiso especial para acceder. Por ello, entraron a los vestuarios, donde todos los chicos antes del entrenamiento dejaban sus pertenencias y se ponían ese traje militar. Era un espacio bastante pequeño, con dos banquetas largas de madera y donde se iluminaba simplemente con una serie de velas puestas estratégicamente con el fin de iluminar lo máximo posible esa sala de color verdoso y bien cuidada. No tenía ninguna ventana ni ningún tipo de ventilación, contando así con lo básico.

Tras ello, salieron nuevamente al patio de armas y allí Máximo volvió a quedar embelesado. Construido en base a una forma también rectangular pero con grandes dimensiones, que oscilarían en unos setenta metros cuadrados, con suelo blanco y borde azul que delimitaba la zona de lucha. Fuera de esta zona, en el fondo del patio de armas, se encontraba una estantería de unos seis metros de largo y dos de alto que servía para guardar las diferentes armas que se utilizaban: como eran las picas, espadas, escudos, cascos y todo el diferente armamento necesario para un combate. Sobre ello se levantaban algunas viviendas destinadas a altos cargos militares e incluso a la familia del Rey que se ubicaban en el lado derecho. Por el lado izquierdo, se encontraban una serie de despachos para esos altos militares. Como detalle peculiar, el patio no contaba con techo, quedando al aire libre. Esto fue diseñado a propósito para entrenar en cualquier tipo de climatología en las luchas: con sol, lluvia, nieve, calor... Todo tenía un porqué allí dentro. Eso sí, el calor del verano y el alto frío del invierno que hacía en Toledo eran los momentos más temidos por todos ellos.

—Pues esta es la academia. —Dijo Luis, mirando a Máximo—. Como ves, para entrar hay un riguroso orden y es muy importante no faltar.

—Sí. Hay que registrarse en la entrada... ¿Y después? —Preguntó Máximo.

—Lo primero que hacemos en el día es la clase de estrategia. Nos forman en como estar ubicados en la guerra y qué debe hacer cada uno.

—¿Y a mí cuándo me lo dirán?

Ambos se quedaron pensativos.

—La verdad que a mí me lo dijeron antes de llegar.

—A mí no me han dicho nada.

—Toca esperar.

Máximo estaba expectante.

—Bueno... Seguimos. Después de la clase toca el entrenamiento físico. Se hace en este patio y aquí solemos hacer batallas cuerpo a cuerpo o entrenamiento con el arma correspondiente.

—Eso suena divertido.

—No te creas. El maestro es demasiado exigente. Ni esto se disfruta.

Aquella conversación fue cortada radicalmente cuando ambos escucharon el nombre de Máximo desde la puerta de acceso. Le habían llamado. El joven se acercó junto a Luis hacia la puerta, cuando a este último le ordenaron no acercarse más. Máximo iba caminando rápidamente hacia allí cuando, uno de los militares, le instó a seguirle, sin decir más palabra. Nervioso, y siempre detrás de aquel hombre malhumorado que no había dicho siquiera su nombre, comenzaron a atravesar una de las puertas que conformaban el patio y que daban acceso a las escaleras que conectaba con los despachos. El joven iba entendiendo que era el momento de conocer su destino.

—Señor. —Dijo Máximo con voz débil—. ¿Dónde estamos yendo?

El militar no hizo ni una sola mueca.

Mientras subían aquellas escaleras de madera que crujían con cada pisada y que además no contaban con barandilla en el extremo derecho, dejaban por detrás una especie de aroma a sudor que iba desprendiéndose de aquel militar que dirigía al joven. Tras subir dos pisos, accedieron a un pasillo que volvía a estar decorado de acciones bélicas y mapas de conquista hasta llegar a la puerta de uno de los soldados mayores del ejército.

—Le traigo al nuevo soldado, señor. —Dijo aquel hombre, cambiando completamente el semblante y el tono de voz.

El hombre que se encontraba al otro lado de la puerta dio acceso a Máximo.

—Soldado Máximo Hurtado, siéntese. —Dijo aquel hombre con el uniforme negro con cuello rojo.

Máximo hizo ademán de sentarse en aquella silla blanca mientras el militar realizaba la misma acción.

—Soy el sargento mayor Carros. Le doy la bienvenida a su nueva vida.

Máximo asintió con la cabeza sin decir palabra.

—Tenemos un informe de usted bastante positivo: Buenos reflejos, ágil, fuerte...

—Siempre me ha gustado la esgrima y me lo ha dado el entrenamiento. —Dijo Máximo.

—Y... ¿Futuro médico?

—Sí.

Máximo no entendía como aquel militar sabía de su pasión profesional.

—¿Qué puesto querías desempeñar en el ejército?

—¿Es que se puede elegir? —Preguntó Máximo, atónito a aquella pregunta.

—No.

El militar fue tajante en su respuesta. Pero Máximo, tirando de picardía ante la pregunta, contestó en su beneficio.

—Mi sueño siempre había sido ser médico. —Confirmaba el joven—. Tengo muchos conocimientos en el campo.

—¿Y es que ya no lo es?

—Siempre lo será.

—¿Entonces?

El militar parecía que quería provocar a Máximo con el fin de evitar que sacase esa picardía que le condicionase elegirle como médico del ejército.

—Sí. Es mi sueño y mi mayor deseo. Pero no sé qué será de mí...

—Sabes que hay dos opciones de futuro abiertas, ¿no?

—¿Cuáles?

—Sobrevivir a la guerra o morir en ella.

Carros estaba probando al joven y viendo su capacidad de reacción a las situaciones.

—Intentaré sobrevivir, señor.

—Los que intentan sobrevivir vuelven metidos en sábanas.

—Sobreviviré, señor.

—Eso es otra cosa. —Dijo Carros mientras se peinaba el poco pelo que le quedaba en la cabeza.

Máximo quedó mirando en silencio a Carros, con cara de sumisión, viendo que no había podido usar su picardía con buen fin.

—Necesitamos médicos para las batallas y que curen a los soldados heridos en ellas. Tú serás uno de ellos.

Máximo tuvo una reacción de sorpresa que el propio Carros observó.

—¿De verdad? —Preguntó Máximo con los ojos abiertos.

—Soldado, las cosas las digo una sola vez. —Dijo en un tono muy serio—. Comenzarás una formación complementaria a la de guerra. También te formarán en infantería y tendrás que saber pelear bien con la espada.

—Haré ambas cosas. Como ordenéis.

Carros miró al chico y esbozó una sonrisa.

—Abajo te irán diciendo tu horario.

En ese momento, otro militar accedió al despacho.

—Puede marcharse.

—Muchas gracias, señor Carros. No les defraudaré.

—A quien no debe defraudar es a su ángel de la guarda.

—¿Cómo?

Máximo no entendió aquello de su "*ángel de la guarda*".

—Márchese.

Máximo se despidió de Carros estrechando la mano a petición de este, permitiendo al joven ver cercanía en aquel hombre mientras se dirigía hacia la puerta. ¿Por qué tan amable conmigo?, pensaba Máximo. Carros era uno de los mayores cargos militares hasta el momento, a la espera de ser ascendido a maestre de campo, algo que parecía imposible por su escaso metro sesenta pero que compensaba con un aspecto muy corpulento. Su apariencia era feroz, con una barba con

canas, ojos verdosos que penetraban en aquel que le mirase y que acompañaba una mirada desafiante en todo momento. Ejercía su papel perfectamente sembrando el miedo en todo aquel que se ponía delante y que contrarrestaba —en ocasiones— con frases amigables que rebajaban esa tensión en el otro.

Así, el joven fue a reunirse de nuevo con sus amigos en el patio de armas, lugar donde ya empezaban a llegar todos los nuevos soldados. Allí le esperaban tanto Luis como Jaime, nerviosos por si no llegaba a la hora de su primer entrenamiento. Por eso, Máximo descendía aquellas escaleras que crujían de dos en dos, llegando finalmente al patio y echando un vistazo a todos los soldados en busca de sus nuevos amigos, que, al verle, levantaron la mano haciendo una señal. Al ponerse finalmente al lado de ellos, el joven les susurró todo lo ocurrido, desvelando que sería uno de los médicos del ejército y que también formaría parte de la expedición de lucha. Esto no hizo más que levantar ciertas sospechas entre los dos chicos, pues no era normal la tardanza ni la asignación favorable a una petición. Aun así, ambos se pusieron felices por la noticia e instaron al joven a prepararse para comenzar el entrenamiento, poniéndose los dos junto a Máximo para ir guiándole. Allí, delante de ellos se encontraba el entrenador, temido por muchos de los novatos por sus duros entrenamientos y sus excesivos castigos de adiestramiento.

—¿Cómo se llama?— Preguntó Máximo.

—Felipe. —Dijo en voz baja Luis.

—Está bien.

—No hables mientras esté aquí...

—¿Por qué? —Susurró Máximo.

—Silencio.

Felipe llegó hacia el grupo de jóvenes que estaban allí esperándole alrededor del patio. Caracterizado por haber sido un militar con apariencia intimidatoria, similar a Carros, con carácter bravo, de complexión fuerte y muy ágil para la estatura que tenía, la cual llegaba al metro noventa, lo que le hizo ser uno de los soldados más altos de cualquier ejército europeo. A esto se añadía que no tenía miramientos con nadie. Todos eran iguales y debían rendir de la misma manera en los ejercicios que se llevasen a cabo. En caso de fallo, se tenía un castigo. Esto proporcionaba un nivel de exigencia alto que hacía estar a los soldados en un estado de forma física notable, fomentando también la concentración en cada ejercicio con el fin de simular al máximo una batalla de guerra. Estos entrenamientos consistían en comenzar corriendo durante treinta minutos, a veces alrededor de aquel amplio patio y otras veces saliendo por las calles de la ciudad, la cual se constituía en grandes cuevas que permitían la mejora física aeróbica. Tras la carrera tocaban los fondos y abdominales con el fin de seguir mejorando la capacidad aeróbica, esencial en la batalla, para, posteriormente, llegar al fénix del entrenamiento, la lucha con armas. Esto era lo más difícil, pues, aunque tuvieses buenas habilidades con las armas y en la lucha, muchos de ellos veían frustrados sus pensamientos de grandes luchadores cuando se veían superados por las grandes habilidades de los soldados más veteranos del ejército.

Luis estaba muy pendiente de Máximo, intentando explicar los pasos que iban a seguir en el entrenamiento. Por eso, comenzó a correr junto a Máximo los primeros treinta minutos para poder llevar el ritmo y que este le siguiera. Al poco rato, Jaime se unió al grupo y con él, Juanjo.

Máximo comenzó con un buen ritmo que hasta sorprendió a sus amigos que aceleraron con él, pero al cabo de unos minutos, las fuerzas empezaron a flojear y la respiración empezó a descontrolarse. Si algo se caracterizaba en Máximo, eran sus dotes de buen luchador, pero no lo era precisamente en los ejercicios aeróbicos, siendo muy malo en la resistencia física, hecho que poco a poco fue percatándose Felipe.

—Veo por aquí a uno que parece que no volverá de la guerra.

Máximo se dio por aludido al ver como empezaba a fondear de fuerzas.

—¿Creéis que lo habrá dicho por mí? —Preguntó a sus amigos.

—Tú corre. No puedes pararte. —Decía Jaime.

—Estoy ya muy cansado. No he corrido nunca a este ritmo.

—Sigue el ritmo. Que no te vea decaer. —Avisaba Luis.

Máximo se puso la mano izquierda en el pecho mientras la boca se secaba cada vez más.

—Sigue Máximo. Felipe no perdona una.

La presión aumentó en el joven que quería seguir el ritmo del grupo. Era su primer entrenamiento, pero ya empezaba a entender las palabras que le dijeron en casa sus amigos sobre la dureza que tenía la vida militar. Luis marcaba el ritmo del grupo mientras Jaime se situaba por detrás de Máximo para evitar que decayese el ritmo. Si algo era importante en los ejercicios de Felipe, es que nadie se detuviese en mitad de ellos. Y eso sucedía en las carreras, pues era muy importante correr en grupo y, permitir que un soldado se cayese de él, era considerado como un abandono a tus tropas. Esto también contaba con castigo para todos los que estuviesen en ese grupo, por lo que los amigos de Máximo quedaron junto a él en todo momento y, poco a poco, fueron introduciéndole nuevamente en el grupo corredor. Así fueron pasando los minutos y la cara de Máximo empezaba a reflejar una fatiga que hacía dudar a él mismo de poder seguir con el entrenamiento, donde solo de pensar en la siguiente prueba, los fondos y abdominales, hacían temblar al chico. Al cabo de los treinta minutos, todos los soldados bajaron el ritmo mientras caminaban lentamente para adaptarse al parón, momento que permitió coger aire a Máximo y poder hacer los fondos y abdominales correctamente. Aun así, los ojos de Felipe se anclaron en Máximo y no se retiraban de él. Parecía un águila habiendo encontrado su presa. Y tanto que la encontró.

—Máximo... coge la espada. —Dijo Felipe—. Vamos a ver tus dotes con ella.

El joven se levantó del suelo, suspiró, y se dirigió hacia el armario del fondo donde se guardaban todas las armas, volviendo al centro del patio de armas donde se encontraba aquel cuadrilátero donde se simulaban las batallas.

—Preparado, señor.

—Vas a pelear con... Juan.

Máximo quedó pálido al escuchar el nombre. La mala suerte había hecho que tuviese que pelear contra una persona que se llamaba como aquel chico de la villa con el que se arruinó la vida.

—¿Algún problema Máximo? —Añadió Felipe, sin quitar ojo al joven—. Te has quedado pálido.

—Ninguno, señor. Simplemente estoy algo fatigado.

—Muy pronto soldado. Si sigues así, despídete de tus padres antes de marchar.

Máximo sintió mayor presión ante aquel comentario.

—No será necesario, señor. Pelearé correctamente.

Juan, el chico con el que había que pelear en esa batalla, sonrió a Máximo antes de empezar. Una sonrisa que tranquilizó al joven. No tenía nada que ver en apariencia con aquel *desgraciado* de la villa en cuanto al físico, pero la mente del joven estaba ya distraída por la coincidencia y no paraban de rondarle por la cabeza los pensamientos de aquella pelea. Tras coger ambos las espadas y los escudos, se dispusieron a adentrarse en el cuadrilátero, colocándose uno enfrente del otro a la espera de que Felipe diese la orden de comienzo. La normativa de la pelea era clara, no había normas. No había cortes. Todo estaba permitido. El rostro de Juan era de un soldado con meses de entrenamiento a sus espaldas. El de Máximo, el de un novato que tenía que dejar buena imagen. Por eso, el joven frunció el ceño y colocó la pose para dar comienzo a la pelea. Sus habilidades en esgrima y sus conocimientos de ataque y defensa debían quedar reflejados en esta pelea, y de hacerlo, tendría ganado a un entrenador que era mejor tener lo de amigo que de enemigo. El silencio en el patio era notorio. Allí no se permitían gritos, jaleos, ni nada del resto de compañeros mientras se producía la pelea para evitar desconcentrar a los luchadores. Todo lo demás, fue la pelea en sí misma.

De primeras, Juan lanzó su espada hacia Máximo para intimidarle, apretando mucho en la técnica y demostrando llevar ya varios entrenamientos a sus espaldas, realizando movimientos bastante ágiles que impedían que Máximo pudiese ir al ataque y quedándose en un papel defensivo.

—Espabila Máximo. No estás dando un golpe.

Felipe provocaba a Máximo. Era su alumno-presa, y no le iba a soltar.

—Eso intento. —Dijo el chico mientras esquivaba los golpes.

—Golpéame por la derecha. —Susurró Juan, intentando ayudar a Máximo.

Si algo estaba quedando claro al joven es que todos los allí presentes se ayudaban entre ellos.

—Vale.

Máximo intentó golpear a Juan por la derecha, pero, tras mover mal el paso y quedar ciertamente descolocado, Juan terminó por golpearle en el centro del pecho, haciendo así que perdiese la pelea. No había sido una traición por parte de Juan, sino un mal paso que había provocado las consecuencias que impuso Felipe. Si Juan lo hubiese fallado, hubiese salido él quien perdería.

—Paramos. ¿Es la primera vez que peleas con un arma? —Preguntó Felipe.

—No señor. En mi villa daba clases de esgrima.

—No eras de los mejores, ¿no?

—No se me daba mal. —Se defendió Máximo.

Felipe suspiró mirando a los dos a la cara.

—Probemos otra vez.

Máximo volvió a colocarse frente a Juan. El chico puso mirada de guerrero e intentó concentrarse en los movimientos de su rival para detectar algún punto débil con el que poder vengarse. Tras colocarse nuevamente, volvió a comenzar la batalla y Máximo dio un paso adelante, poniéndose en fase de ataque, llevando a cabo una serie de movimientos que por un momento hicieron cambiar el gesto de Felipe. Máximo lanzaba golpe tras golpe a su rival que daba pasos hacia atrás ante la dureza de sus ataques. El escudo de Juan no paraba de ser golpeado y la mirada feroz de Máximo fue asentándose con el aumento de la confianza que

estaba generando con ello. Juan comenzó defendiéndose, pero todo era parte de su estrategia, pues estaba observando cada movimiento de Máximo hasta detectar su punto débil, no tardando mucho tiempo en comprobarlo. Máximo dejaba su lado derecho al descubierto cuando atacaba por arriba, hecho que aprovechó Juan para poner su espada ahí y volver a ganar la batalla. Tras ello, Felipe se acercó al chico, le tocó el hombro y le animó a mejorar el combate cuerpo a cuerpo, esencial en las guerras.

—En marcha Máximo. —Replicó Felipe.

Máximo no entendió qué quería decir.

—Los que perdéis las batallas tenéis que cumplir con el castigo.

—¿Y qué debo hacer?

—Ponte a correr. Necesitas mejorar tu capacidad aeróbica.

Máximo comenzó a trotar sin rechistar.

—Por fuera de la escuela. —Sentenció Felipe.

Máximo miró a Luis con cara de pocos amigos mientras intentaba recobrar el aire.

Y así comenzó Máximo a realizar el primer castigo tras su primer entrenamiento.

CAPITULO 4. EL PRIMER AMOR DE MÁXIMO.

El comienzo en el ejército se estaba haciendo duro para el joven que intentaba resistir al primer entrenamiento. El coraje del chico empezaba a salir a flote mientras salía de aquel patio para cumplir el primer castigo de su vida militar. El primero en la frente, pensaba. Desde luego que había comprobado la dureza de Felipe, y como ya se preveía, no tendría miramientos por ser novato. Por ello, saliendo ya de la escuela en solitario, pues nadie más le acompañaba, se dispuso a cumplir con el castigo corriendo por las calles que rodeaban al Alcázar y a la escuela. El medio día se instalaba y el sol resplandecía en lo alto del cielo con algunos vientos frescos que impactaban en la cara de Máximo mientras corría por aquellas estrechas calles.

El joven era observado por todos los vecinos que rondaban los alrededores por donde corría. Debilidad era el sentimiento que padecía el joven sobre lo que pensaba proyectar ante quienes le veían correr. Otro castigado, pensaban realmente algunos vecinos allí presentes que le observaban; otro nuevo, completaba el pensamiento del resto de vecinos. Y es que, si algo era conocido en Toledo, no era otra cosa que los severos castigos que sufrían los soldados con el fin de moldearlos y adiestrarlos para la guerra —o las guerras— que vivirían en los próximos años. Lo más importante era curtirlos, prepararlos para que el día de mañana sean hombres lo suficientemente fuertes, ágiles y fríos como para poder asesinar a otro y soportar cualquier ataque enemigo. No querían débiles que supusieran un peligro para la batalla.

Máximo debía cumplir otros treinta minutos de carrera y esta vez subiendo y bajando cuestas. Sus fuerzas eran todavía menores y se encontraba exhausto cuando apenas habían transcurrido cinco de ellos. Me paro y descanso, pensaba. Me verán parado y será peor, repensaba. Los pulmones empezaban a flojear y la respiración del joven empezaba a agitarse, produciendo sequedad en la boca que descendía por el principio de la garganta y el ritmo de carrera bajaba considerablemente. El chico tenía asma e intentaba seguir al trote hasta que llegó a una de las calles que conectaba con el río y las afueras de la ciudad, lugar donde comenzó a caminar con el fin de recuperar fuerzas y retornar hacia la escuela, pues por aquella calle seguramente nadie le viera caminar. Necesitaba beber agua y, apoyando las manos sobre las rodillas, curvando la espalda hacia delante y jadeando sin sacar una sola gota de saliva, escuchó una voz dulce y femenina por detrás de él.

—¿Te encuentras bien? —Dijo una voz femenina.

Máximo se puso firme, asustado al no esperar aquella voz por detrás.

—Sí, gracias.

Máximo jadeaba mientras el sudor corría por su rostro.

—No se te ve muy bien. ¿Quieres un poco de agua?

—¿Tienes?

—Sí, claro. Justo vengo del pozo.

Aquella joven sacó una especie de bidón amarillo, donde cogían varios litros. Máximo

impresionado por aquella fuerza que poseía para poder levantar aquel bidón donde entrarían fácilmente 10 litros.

—Aquí tienes.

La chica abrió el bidón y sacó un vaso de madera tallada que llevaba dentro de él. Máximo lo tomó y recogió toda el agua posible del bidón, llevandoselo a la boca —otro tanto, al suelo— y bebiendo como si le acabasen de rescatar del mismo desierto africano.

—Muchas gracias. Estaba sediento. No podía más. —Exclamó el joven.

—Os pasa a todos los que venís aquí. Es normal.

Aquella chica parecía ya conocer la situación. Su amabilidad había permitido recobrar cierta energía en Máximo.

—Tengo que volver. Seguro que me están esperando.

Máximo se había puesto tímido. Aquella chica le había gustado y encima había sido muy simpática con él.

—Espero que termines bien.

—De nuevo te agradezco el gesto.

—No tienes por qué. Hasta la próxima.

La chica volvió a colocarse el bidón junto a unas bolsas que llevaba colgadas sobre el antebrazo y marchó hacia su casa, la cual debía estar en aquella misma calle ya que, al final de ella, solo se encontraba el río. Máximo, por su parte, echó a correr sin quitar el ojo a aquella chica que le había ayudado y que había sido tan amable con él, pero algo dentro iba reconcomiéndole poco a poco, y aquello no era otra cosa que el haberse ido sin siquiera preguntar su nombre. No tenía ningún dato más allá de lo que había visto delante de sus ojos. Por ello, el joven, que ya se dirigía hacia la escuela subiendo una de las peores cuestas que tenía Toledo para poder llegar a ella, pensaba alguna forma de poder volver a encontrarse con aquella chica. La tensión había generado una fuerte adrenalina que hizo recobrar unas energías que ya había perdido anteriormente. Esto sirvió de motivación para poder llegar en mejores condiciones a aquel patio en el que Felipe ya esperaba ansioso. Junto a él se encontraban Luis y Jaime, que, aunque habían finalizado su entrenamiento, esperaron a que Máximo llegase para marchar juntos a casa. Una espera que se demoró más de treinta minutos y que terminó con la entrada del joven nuevamente al patio de armas.

—Ya estoy, señor. —Dijo exhausto el joven.

—Así será cada vez que no cumplas con los entrenamientos. —Insistió Felipe—. Debes ponerte en forma cuanto antes. Esto es algo muy serio.

—Así lo haré.

Felipe se marchó de allí y dejó a los amigos solos.

—Mal comienzo. —Dijo Luis, tocando la espalda de Máximo.

—Poco a poco te irás haciendo. De estos entrenamientos extra ya estamos todos curtidos. —Animó Jaime.

Máximo intentó ponerse recto, pues se encontraba con las manos en las rodillas mientras intentaba respirar.

—No sabéis lo que me ha pasado ahí fuera.

Los amigos se miraron sorprendidos.

—¿El qué? —Preguntó uno de ellos.

—Cuando no podía más, me he puesto a andar...

—Cuidado con esas cosas Máximo. Aquí estás vigilado todo el rato, aunque creas que no. —

Interrumpió Jaime.

—Lo sé. Me puedo imaginar...

—¿Qué ha pasado? —Insistió Luis—. Tengo curiosidad.

—Una chica apareció por detrás para darme un vaso de agua cuando ya no podía más.

Los amigos se echaron a reír.

—Sorprendente. Alguien te ha dado un vaso de agua. —Bromeaba Jaime mientras daba unos pasos al frente para encaminar todos juntos el camino a casa.

Máximo también se rio después de analizar sus palabras.

—Lo que os quiero decir es que me ha gustado mucho esa chica.

—¿Quién es?

—No he preguntado su nombre. Entre el cansancio y los nervios no me di cuenta.

—Cojonudo. —Añadió Luis—. Pues a esperar a cruzártela. ¿Cómo era?

Mientras el grupo se dirigía hacia casa, Máximo iba detallando cada una de las partes de aquella chica que le había encandilado y que, por vergüenza, o por las prisas del entrenamiento, ni se había parado a preguntar siquiera el nombre. Allí, con los oídos bien abiertos tanto Luis como Jaime, pendientes de la descripción para ver si podían averiguar quién podía ser, iban escuchando la descripción: chica de metro sesenta, pelo negro que nacía desde la raíz y descendía hasta la cadera con una melena lisa, perfecta. Respecto a su cara, contaba con unas cejas cuidadas que resguardaban sus ojos, oscuros, pero muy bonitos, que daban consistencia con unas pestañas largas y puntiagudas. Este último detalle repetido en cuanto a la forma de su nariz que descendía con forma puntiaguda. Así, debajo de aquella nariz se encontraban sus labios carnosos que luchaban entre el color rosa y el color carne para terminar de colorearlos. Y todo ello recubierto de un color de piel blanca que se extendía por aquel cuerpo delgado y cuidado, tal vez por realizar ejercicio o tal vez por propia genética. Esa descripción hacía que Luis quedase pensativo junto a Jaime para averiguar de quién podría tratarse. Así, mientras comían, aunque ninguno terminaba de poner nombre a aquella chica, simplemente hacían conjeturas al aire sobre quién podía ser. Lo que sí estaba claro es que Máximo tenía que aprovechar el tiempo libre para volver por aquella zona e intentar volver a cruzarse con ella.

—Te vienes con nosotros, ¿no? —Preguntó Jaime a Máximo.

—¿Dónde vais a ir?

—Solemos ir a una explanada que hay a las afueras. Allí no nos ve nadie. —Explicó Jaime—. Cuando cruzamos el río, apenas tienen visibilidad sobre nosotros.

—Me parece bien. Tiene que ser un sitio curioso.

—Genial. Hay que aprovechar todo el rato libre posible. Vámonos para allí.

—Podríamos pasar por la calle que os decía y ver si aparece.

Luis miró a Máximo sonriente.

—Pronto se nos va a enamorar.

—No, para nada.

—Luego pasamos por allí. ¿Estaba cerca del río?

—Sí. Se veía a lo lejos.

—Genial. Tengo curiosidad de saber quién es.

El tiempo libre era sagrado para todos los jóvenes que estaban en el ejército. Era el momento de poder salir de aquel régimen estricto y poder volver a ser adolescentes durante un momento sin normas, leyes ni autoridad. Era breve el tiempo, pero lo solían aprovechar para jugar a las

cartas en una explanada que habían descubierto al otro lado del río, donde también contaban confidencias, chistes o incluso quedaban con alguna novia. Esto último no estaba bien visto por los altos cargos militares, pues procuraban que los recién llegados se centrasen únicamente en el entrenamiento y no tuviesen distracciones. Pero desde luego, no era algo que pudiese controlar.

Pasada la hora de la comida, los chicos se volvieron a arreglar y se pusieron en marcha. Para llegar allí, los chicos anduvieron durante unos minutos hacia las afueras del pueblo, pasando por aquella calle en la que Máximo había conocido a aquella chica. Pero esta vez sin éxito. Ninguno de los tres vio siquiera a una sola persona por aquella calle —ni por las paralelas a ella—, siguiendo el paso hacia el lugar de destino ante la tristeza de Máximo. Aquel destino era donde todos ellos se juntaban, ubicándose en el interior del bosque, donde se refugiaban entre pinos y algún que otro olivo que permitía contar con un espacio privado, amplio y secreto. Los chicos cruzaron el río saltando unas piedras que en su final llevaba a un camino que se adentraba entre aquellos árboles. Allí, al fondo de ese breve camino y teniendo que sortear varios pinos, se encontraba una pequeña llanura de unos treinta metros cuadrados de tierra y barro, invadido de sombra gracias a las ramas de los árboles y que permitía a su vez estabilizar el clima. A su vez, sobre la tierra de la llanura, los chicos habían puesto una serie de bloques de piedra, cada uno de una forma diferente, que utilizaban de asiento y que rodeaban a una mesa metálica que alguien había llevado allí. Así, al extremo derecho de la explanada, se encontraba una especie de cabaña que habían levantado en base a un montón de leña cubierta por un plástico azul que servía de tejado. Aquello se había convertido en el refugio y en el lugar donde escapaban por un rato de la realidad.

—Ya pensábamos que nos dejaríais tirados. —Dijo uno de los chicos que ya esperaban allí.

—Se nos ha alargado un poco la comida. —Añadió Luis.

En ese momento, Luis hizo ademán de colocar a Máximo por delante para presentarlo.

—Mirad, este es Máximo. Nuestro nuevo compañero.

El grupo, que consistía en tres personas, se levantó para presentarse.

—Sí. Te hemos visto hoy entrenando. Yo soy Alonso.

—¿Qué tal fue el primer día? Yo soy Lorenzo Bravo y aquel es Cristóbal Maceo.

Cristóbal se encontraba dentro de la cabaña durmiendo.

—Encantando. Ha sido bastante duro el entrenamiento. —Comentó Máximo, sentándose en una de las piedras.

—Yo los tres primeros entrenamientos me los pasé recorriéndome la ciudad. —Dijo Alonso.

El grupo empezó a vacilar a Alonso por eso.

—Me da un infarto si tengo que estar dos días más así.

—Nos quieren duros. Yo ya me he hecho mi ruta para cuando el imbécil de Felipe me castigue.

Alonso llamaba tonto a Felipe. La presión que ejercía sobre él era igual que con Máximo. Aunque en su caso era distinto.

—¿Habéis escuchado algo nuevo? —Consultó Jaime.

—El que duerme ha escuchado algo... —Contestó Alonso.

—¿Qué ha escuchado?

—Que los ingleses están planeando hacernos cosquillas ayudando a los Nassau.

—¿Cosquillas? —Preguntó Máximo, de nuevo reflejando inocencia en sus palabras.

—Que quieren atacar alguna ciudad de Flandes.

—¿Y ha escuchado algo más importante? —Volvió a consultar Jaime.

—Nos va a tocar apoyar a los tercios viejos. Así que prepararos, que en cualquier momento nos suben a los caballos y nos vamos.

Máximo quedó perplejo. Acababa de llegar allí y ya le estaban diciendo que en cualquier momento partirían a una guerra.

—¿Tú crees que será pronto?

—Sí. Yo creo que en un mes estamos saliendo de aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Preguntó Máximo.

El chico preguntó para saber si hablaba desde el conocimiento o era simple intuición.

—Pues... unos dos años.

—¿Dos años?

—Me pillaron robando en las tierras de mis vecinos y me trajeron aquí.

—¿Has combatido alguna vez?

Máximo se interesaba mucho en Alonso ante la experiencia militar que se veía en él.

—Me llevaron a Génova cuando los franceses quisieron asediarla. —Comenzó Alonso—. Además, esa tierra me toca la sangre. Y luego me mandaron a Nápoles.

—¿Y qué tal fue?

—Sigo vivo. Y tan vivo que me trajeron aquí.

Alonso se dio valor con aquellas palabras, sin dar más detalles sobre aquello.

Mientras terminaba de dar aquella frase, por el camino empezaban a asomar una serie de voces diferentes. Alguna masculina y otras más agudas, probablemente femeninas. Todavía quedaba gente por aparecer por allí. Máximo miraba hacia aquella especie de puerta natural que tenía el sendero para ver quienes aparecían por allí, cuando de repente, entre el grupo de cuatro personas que aparecieron, estaba aquella chica. Los nervios hicieron una aparición brusca, congelando la sangre del chico que miró a Luis y, fijando la mirada en la chica, le avisaba de que era ella. Así, cuando hicieron entrada en aquella explanada, la chica en cuestión se dio cuenta de la presencia del joven y tras saludar a todos, se acercó sonriente a Máximo.

—Hola. —Dijo con tono feliz aquella chica—. Veo que has sobrevivido al entrenamiento.

Máximo se levantó de la piedra de un impulso ante la atenta mirada de Luis y de Jaime. No esperaba que la chica le reconociese, o que al menos, se acercase.

—Ha sido un poco duro, sí. —Dijo tímidamente—. Por cierto, me llamo Máximo, que antes...

—No estabas para presentaciones... —Le cortó amistosamente la chica—. Yo soy Catalina.

Máximo sonrió. Al fin podía poner nombre a aquella chica.

—¿Llevas mucho por aquí?

—Llevo unos años. Soy de Génova, pero vivo aquí desde hace tiempo. Mi familia es militar y la destinaron aquí.

El joven pensó en que tal vez se había malinterpretado su pregunta. Al final, preguntar aquello era suponer que la otra persona está allí por una condena.

—Disculpa. No quería...

—No te preocupes. Al final es lo normal. La ciudad está llena y todo el mundo puede intuir la razón por la que estás aquí.

En ese momento Alonso interrumpió la conversación.

—Cuidado que es mi hermana.

Máximo escuchó atentamente aquello.

—Os vinisteis a Toledo por él... —Dijo Máximo.

—Vino toda la familia. Él solo es uno de los tantos militares que hay en mi familia.
Luis intervino en la conversación.
—Son hijos de Carros.
—Efectivamente. —Dijo ella, riéndose—. Yo soy Catalina Carros, la hija de tu jefe.

Máximo se quedó algo inquieto al descubrir que aquella chica que tanto le había gustado, eran en realidad la hija de aquel hombre que le asignó el puesto y que le dijo la frase del *ángel de la guarda*. Eso, y el alto poder de su padre, añadía cierta preocupación en Máximo ante la imagen que pudiese tener ella sobre él, pues viniendo de familia militar y de altos cargos, se convertía en una chica inaccesible, o al menos, para un asesino como él. A pesar de ello, ambos estuvieron hablando y compartiendo impresiones, permitiendo así que poco a poco, Máximo, se fuese abriendo cada vez más.

—¿De dónde vienes tú? —Preguntó Catalina, mientras se sentaba en uno de los pedruscos.
—Vengo de una villa cercana de Madrid. Se llama Villa de Nuevo Baztán. ¿La conoces?
—No me suena para nada. —Dijo sonriente—. Apenas he estado por Madrid.
—Tienes que visitarla algún día.

Máximo se percató que Catalina era una chica muy risueña, donde a través de su sonrisa, se abrían dos hoyuelos en sus mejillas.

—¿Y has acabado aquí por...?

Máximo se quedó callado, mirando hacia el lado opuesto y perdiendo la mirada entre los árboles.

—Nada bueno por lo que veo.
—Un error. —Dijo Máximo, escueto.
—Muchos de los que están aquí lo están por un error. —Rebajó Catalina.
—No lo tengo tan claro. Fue un error muy grave.

Catalina se dio cuenta de que Máximo no quería entrar en ese tema y, viendo su reacción, ahora era ella la que se disculpaba.

—Pareces simpático. Me gusta. Aquí hay mucho creído que va subido por ser militar.
—¿Sí?
—Si supiesen de quién soy hija, no serían tanto.
—Es que no dices que eres la hija de Carros...
—Mejor que no.
—¿Por qué? —Quiso saber Máximo.

—Eso tienes que preguntárselo a mi padre. Pero bueno, ya te contaré algún día. —Dijo la chica mientras se levantaba del pedrusco—. Me tengo que marchar. Solo venía a entregarle esto a mi hermano. Un placer.

Máximo no se esperaba que iba a durar tan poco aquella charla e intentó alargarlo. Sin éxito.

—¿Ya te tienes que ir?

—Me están esperando en casa. Demasiado tiempo he pasado aquí. Todavía me van a regañar...

—Nos volveremos a ver por la calle. —Dijo un arriesgado Máximo.

—Por supuesto. A ver si nos encontramos en otro momento y seguimos charlando.

Catalina se despidió alzando la mano y se marchó después de dejar un objeto a Alonso. Máximo había quedado todavía más entusiasmado.

Tras ello, la tarde también finalizaba para los jóvenes que recogían sus pertenencias y

dejaban todo recogido en la explanada. La cuidaban como si fuese su segunda casa. Los tres salieron de allí cruzando de nuevo el río mientras la noche ya había empezado a caer y se marcharon hacia casa para cenar y descansar con el fin de volver a la escuela al día siguiente de la mejor manera posible. Así, Máximo se despertó al día siguiente dando un salto de la cama. Tal vez por tener ganas de entrenar o tal vez por intentar cruzarse con Catalina. Luis le vio muy contento al chico en el desayuno, algo que le agradó considerablemente debido a que eso significaba que estaba adaptándose a la nueva vida y eso era muy importante.

—Hoy te veo contento.

—A ver como se da el entrenamiento de hoy. Tengo ganas de hacerlo bien.

—Esperemos que bien. Pero seguro que hay algo más para estar así.

—Bueno... un poco de todo.

Jaime se añadió a la conversación.

—Se nos ha enamorado demasiado pronto.

—Y además de la peor posible.

Máximo miró a Luis y asintió con la cabeza.

—Eso es lo que más me preocupa.

—Ten cuidado. Este tipo de mujeres suelen estar ya casadas o comprometidas con alguien.

—Dijo Luis, con delicadeza.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—Tal vez no tenga nada.

—Su padre está esperando el último ascenso a maestro de campo. Los contactos que tiene que tener son de peces gordos de la corte real.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que a veces, para ascender, hay que deber favores y luego, hacer favores.

Jaime también quiso dar su punto de vista.

—Fíjate en otra chica. Aquí hay cientos de ellas. Cuando salgamos esta tarde verás la cantidad de chicas que hay y que no te supondrán problemas.

Los chicos siguieron la conversación mientras terminaban de arreglarse y ponerse en marcha hacia la escuela. Así, mientras caminaban, seguían debatiendo sobre si era buena idea que Máximo hablase con Catalina. Lo que sí era verdad, es que en aquella época, las mujeres eran casadas muy jóvenes o las comprometían con hombres poderosos, sobre todo en situaciones familiares como las que tenía Catalina. Esto era algo que debía averiguar Máximo cuanto antes para no meter la pata y que fuese todo a peor, siendo parte de sus pensamientos diarios. La conversación estaba siendo tan profunda, que cuando Máximo se quiso dar cuenta, ya habían llegado a la escuela militar. Los chicos hicieron el protocolo de entrada. Sin novedades. Máximo entró como uno más, fichando de manera puntual frente a aquellos cuatro hombres. Allí le esperaba Felipe para comenzar el entrenamiento. Habían variado el horario y la clase teórica sería posterior al entrenamiento.

—¿Cómo venimos hoy? —Consultó directamente a Máximo.

—Feliz señor. Vengo preparado para entrenar.

—Esa es la actitud que quería escuchar. Serás el primero en combatir. Prepárate.

Máximo hizo caso a la orden y marchó hacia el armario del fondo para volver a coger la

espada y el escudo. Sabía que Felipe quería probarle de nuevo para ver hasta donde era capaz. En el fondo, sabía que aquel fue su primer entrenamiento y los nervios podían jugar una mala pasada, lo que estaba sirviendo de motivación para volver a combatir. Mientras lo recogía, se puso a su lado Juan, el chico del día anterior, el cual le saludó amistosamente y cogió también las armas antes de comenzar, yendo juntos al centro del ring. Al grito de *preparados*, los chicos adaptaron la postura de inicio y, a la señal, dieron comienzo a la batalla. Máximo comenzó fuerte, intentando golpear por arriba y por abajo a su compañero mientras intentaba dar buena imagen y demostrar que había aprendido la lección, pues cerraba bien sus puntos débiles y con esto, podía demostrar ser un buen guerrero en el cuerpo a cuerpo si estos le necesitasen para la lucha —pues los médicos solo lucharían en situaciones extremas—. Juan comenzaba a retroceder pasos debido a la insistencia y fuerza con la que Máximo había comenzado. Estaba dejando buena imagen. Empezó muy insistente, haciendo que Juan no se pudiera apenas mover. Los papeles habían cambiado y la impresión que estaba recibiendo Felipe era muy grata, el cual había visto un cambio bastante importante y que se reflejaba en una sonrisa que aparecía por el lado izquierdo de la comisura de la boca.

- ¡Paramos! —Exclamó Felipe—. Muy bien Máximo. Hoy si pareces un guerrero.
- Ya le dije, señor. —Afirmó Máximo, jadeando del cansancio.
- Ahora quiero ver cómo te defiendes de los ataques.
- Está bien.

Los chicos volvieron al centro. En esta ocasión sería solo Juan quien golpease mientras Máximo debía utilizar el escudo para defenderse. Era su punto débil. Nunca había utilizado un escudo salvo el día anterior. Juan comenzó con movimientos rápidos con el fin de demostrar que también era buen guerrero. Las miradas se cruzaban entre ellos, habían cambiado completamente, pasando de amistosas a miradas de guerra. Eso era lo que quería ver Felipe, la concentración y las ganas de derribar al otro sin miramientos. Máximo comenzó a recibir varios golpes que no pudo evitar, pero que no impidió mantenerse en pie, viendo como poco a poco iba mejorando la técnica del escudo. Finalmente, Máximo consiguió vencer esa pelea, recibiendo el beneplácito de Felipe a través de un golpe en los hombros que vinieron por detrás. Había dejado buena imagen y hoy no sería castigado. Así, el día había empezado de la mejor manera posible. Máximo se encontraba feliz por ello y sus amigos también le recompensaron con un abrazo. Veían que el joven se aclimataba a la vida militar de una manera rápida.

Tras aquel momento, Máximo fue llamado para acudir a su primera clase de medicina. Allí le esperaba, junto a otros ocho compañeros, uno de los médicos más profesionales del ejército y, además, uno de los mejores cirujanos del momento en todo el mundo, el cual formaba parte de la *compañía segunda* de los tercios viejos. Este hombre era Leonardo: de carácter duro, posiblemente curtido en las tantas batallas que sostiene a sus espaldas y con un rostro con heridas de guerra, pelo negro al que nacía alguna cana y con una edad que rondaría los treinta y tantos años. Leonardo se encontraba en el centro de la sala donde usaba una especie de maniquí que simulaba a un humano y desde donde explicaba los diferentes temas a tratar: anatomía, curación, cirugía, etc. Era un hombre muy sabio, de los que le gustaba a Máximo, con amplios conocimientos en medicina.

- Bienvenidos a todos. —Dijo Leonardo mientras se ponía de rodillas frente al maniquí.
- Los chicos fueron saludando y presentándose.

—¿Qué veis aquí? —Consultó Leonardo, ante algo que era una clara evidencia.

—Una especie de cuerpo humano. —Dijo Máximo.

—Este será tu futuro amigo en medio de una batalla. —Dijo, dejando callados a todos los allí presentes—. Por eso es importante que estéis atentos a todas las clases que haya. Su vida dependerá de vosotros.

Así dio comienzo la primera clase de medicina de Máximo. El joven no desviaba la atención de Leonardo y de aquel maniquí que le servía a este para explicar todas las lecciones sobre el cuerpo humano. Me fascina, pensaba el chico. Leonardo, a pesar de su apariencia de arrogancia e inexpressión, tenía amplios conocimientos en todo lo relacionado con la anatomía. Sabía por donde tenía que coser a una persona, como sanarla, como calmarla. Era un héroe de guerra y cualquier bando enemigo le querría en su equipo. De hecho, en varias guerras pasadas, era una piedra fundamental de cualquier ataque contra los tercios, pues llevar su cabeza delante de cualquier rey europeo estaba muy cotizada. Y allí, delante de Máximo, se encontraba, por tanto, uno de los mejores cirujanos de todo el continente.

En medio de aquella clase, la puerta se abrió. Los jóvenes apenas hicieron caso de aquello al tener toda la concentración puesta en el profesor. Máximo, que tuvo un ademán curioso, giró la cabeza durante un segundo, más por la mera curiosidad que por lo que iba a entrar, viendo como hizo entrada en la clase Catalina con un libro en la mano derecha. El joven perdió completamente la concentración en la clase y se quedó mirando a la joven como si hubiese visto un ángel del cielo caer delante de él, escuchando atentamente la dulce voz que salió de ella.

—Dejo el libro sobre esta mesa. —Dijo Catalina—. Son los libros que pediste de anatomía.

Leonardo se lo agradeció desde la distancia con una cara muy cariñosa. Máximo se dio cuenta de esto, pero sin hacer mayor sospecha. A su vez, la joven miró a Máximo, buscando así su mirada.

—Acércamelo mejor. Así podemos echarle un ojo ahora todos. —Dijo Leonardo.

Catalina volvió a acercarse a la estantería y acercó el libro al profesor, bordeando al grupo por el lado más largo, pasando cerca de Máximo.

—Aquí lo tienes. ¿Necesitas algo más?

—Puedes quedarte si quieres. —Dijo Leonardo, interesado—. Terminaremos en pocos minutos.

—Así haré. —Dijo la joven, volviendo a buscar la mirada de Máximo.

La concentración de Máximo seguía evaporada en el aire de aquella aula. Había pasado de no quitar ojo a un maniquí sin vida, a tener allí a Catalina, a su lado, pero sin poder hablar con ella porque estar en medio de la clase. La impotencia le recorría las venas al ver como su amada se encontraba a escasos metros y no podía compartir una sola mueca. Lo que sí se había dado cuenta es que tanto Catalina, como él, no paraban de cruzar miradas, las mismas que le intentaba cruzar Leonardo, insistente con que se quedase a terminar la clase. ¿La conocerá?, pensaba el chico, intentando encontrar alguna explicación a esa insistencia. ¿Estará comprometida?, le rondaba la cabeza, terminando de descenrarle durante el resto de la clase.

—Máximo, acércate. Me han dicho que te gustaba la medicina. —Dijo Leonardo.

—He leído mucho sobre esto.

—¿Sabrías como coser una herida?

—Puedo intentarlo.

Máximo se acercó al maniquí. Los nervios hicieron temblar las falanges de sus dedos, más por tener a Catalina observándole que por tener al mejor cirujano de guerra a su lado izquierdo. Tras ponerse de rodillas frente a él, comenzó a realizar el proceso.

—Más estirado...

—Voy

—Menos tenso.

Máximo comenzaba a fruncir el ceño.

—A estas alturas tendrías a tu amigo a punto de morir.

—Intento hacerlo lo mejor posible.

Catalina se puso dos dedos sobre la boca y comenzó a morderse las uñas. Máximo, levantando la mirada para ver si Catalina le prestaba atención, vio en su rostro aquellos nervios que, por otra parte, motivaron al joven a realizar la tarea encomendada. Aquella cara significaba que la importaba que saliese bien, lo cual era muy positivo para él.

—En la guerra no se intenta. Se hace. —Dijo Leonardo, sacando su lado arrogante—. Quit.

Leonardo apartó a Máximo, cogiendo las riendas de aquella "operación" y enseñando a todos como se debía de hacer correctamente.

—Tenéis que aprender rápido. En un mes podéis estar camino de una guerra. Mañana os quiero más atentos a todos. —Finalizó Leonardo.

El resto de compañeros se marcharon de la clase mientras Máximo, a pesar de la bronca que le había dado Leonardo sobre la acción anterior, intentó resolver unas dudas sobre lo aprendido en esa primera clase. Leonardo, amablemente le fue contestando y dando claves, cambiando así el semblante borde por uno más interesante. A los pocos minutos, Máximo salió de la clase para marcharse hacia su casa, donde ya le esperaban sus amigos nerviosos por cómo había ido su primera clase. Así, Máximo, saliendo de la clase y recorriendo el pasillo, escuchó una voz femenina que venía por su espalda.

—Pensaba que no ibas a salir nunca. —Dijo Catalina.

—Vaya... —Dijo sorprendido—. No pensaba que estuvieses por aquí.

—Sí. Trabajo en la parte de la biblioteca. Mi padre me hizo un hueco.

—Eso está muy bien. ¿Te gusta?

Ambos iban hablando amablemente mientras salían de aquella academia juntos. Máximo se encontraba ruborizado, pues Catalina le había esperado a que saliese.

—Sí, aunque mi padre me obligó a estar aquí.

—¿Por qué?

—Necesitaban a alguien que se encargase de la biblioteca y a mí siempre me han gustado los libros.

—A mí también me gusta leer.

Ambos compartieron sonrientes su pasión por la lectura. Mientras, seguían caminando hasta salir finalmente de la academia.

—¿Vas hacia casa? —Se interesó Máximo.

—Sí. Me estarán esperando.

—Te puedo acompañar si quieres.

Catalina dudó por un momento. Su rostro blanquecino se convirtió en un tono rojizo, tal vez

por el rubor que la generaba ser acompañada.

—No sé si será buena idea.

—¿Por qué? —Dijo Máximo—. No quería incomodarte.

—No, tranquilo. No me incomodas. Solo que mi padre no soporta que esté con algún hombre... ya sabes.

—¿Te acompaño hasta la esquina?

Catalina, tras pensarlo durante unos breves segundos, aceptó. Por ello, los jóvenes siguieron hablando mientras caminaban lentamente para que no se acabase aquel momento.

—¿Qué sueles hacer en tu día a día? —Dijo Máximo.

—Estoy en la biblioteca casi todo el día. Y luego por las tardes cuido a un familiar mayor de mi madre.

—Lo que nunca te he preguntado es sobre los años que tienes...

—Tengo dieciocho.

Máximo se encontraba muy a gusto. La chica, también. Al fin sabía la edad de ella, algo que le preocupaba considerablemente y que había podido resolver de buena manera. Tan solo era un año mayor que él.

—¿Y tú?

—Yo tengo diecisiete. En cuatro meses haré los dieciocho.

—¿Te está gustando la vida de Toledo?

—No me puedo quejar. Me lo imaginaba mucho peor. Al final, estoy cumpliendo una condena y... parece un regalo. —Dijo Máximo, sin dejar de mirar a los ojos de Catalina—. ¿Y a ti?

—Yo no quiero vivir aquí. Esto parece una guerra. Mi padre solo piensa en ascender en el ejército y nos tiene aquí obligados...

—¿De dónde erais?

—De Génova. —Dijo Catalina con melancolía.

Ambos llegaron a la esquina que daba a la calle donde vivía la chica.

—Te tengo que dejar aquí.

—Pero...

—Me tengo que ir. Nos vemos en otro momento. —Dijo Catalina, dando un beso en la mejilla a Máximo.

Tras aquella despedida inesperada, los chicos se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos. Algo había comenzado a arder en el interior de ambos, creando una especie de llama difícil de llevar a cabo en un futuro por las diferentes vidas que vivían cada uno. Máximo era conocedor en sus adentros de la complejidad y los problemas que generaría enamorarse de una chica con familia de poder, posiblemente prometida con algún hombre también poderoso. Pero el amor es irrefrenable, y por mucho que uno intente impedirlo, al final, como un árbol, rompe con lo que se pone por delante.

CAPITULO 5. LA VIDA DE CATALINA

Inteligencia, pero contenida; tenacidad, pero atada de manos; persistente, pero obligada a la desidia. Así se define a Catalina, una chica joven, de grandes cualidades y que tendría un gran futuro por delante si no hubiese nacido en la época equivocada. De familia militar, con una educación rígida basada en la obligatoriedad, en el régimen y en un estilo de vida controlado — sin evitar que recibiese todo el amor posible por parte de sus padres y de su hermano—, se había llevado a cabo la formación de una personalidad y un estilo de vida artificial.

Su mayor pasión era los libros, devorados desde que era pequeña gracias a las enseñanzas que su padre había inculcado en ella. Enseñanzas que continuaron con la asignación del puesto como bibliotecaria de la academia militar, permitiendo que Catalina siguiese leyendo decenas de libros que, en contra de las ideas de su padre, había creado en el interior de Catalina una serie de ilusiones y sueños sobre la vida que quería llevar. Una vida que, desde luego, no estaba diseñada como ella quería imaginar. A pesar de la implicación de su padre por ello, el fin que perseguía consistía en casar a su hija con un hombre poderoso, valiéndose de su gran poder dentro de aquel ejército militar que dominaba tantos territorios europeos y que permitía rodearse de los hombres más poderosos y más ricos de cada tierra. Por ello, Carros buscaba el mejor pretendiente para su hija: un hombre que pudiese darla una buena vida, una buena descendencia y que, dentro de ser una imposición, hiciese a Catalina lo más feliz posible. Carros era buen padre, pero un padre de aquella época donde el honor, el poder y las relaciones eran lo más importante. Esto ocasionaba en él muchos dolores de cabeza cuando pensaba en el futuro de su hija ya que detrás de toda la intención de casar a su hija, pasaba su verdadera —y oculta— motivación, la de ascender a maestro de campo. Esto hacía que junto a sus contactos reales, buscase a un hombre que le diese el ascenso al poder que había seguido durante toda su vida, incluso cuando tenía prohibida la entrada en el ejército.

Dieciocho años antes...

—Dante Carros, pase.

Este era el nombre del sargento mayor Carros. Un nombre de origen italiano debido a sus raíces tras haber nacido y crecido en las tierras de Génova, lugar de procedencia de sus padres.

—Sí, señor. —Dijo Carros, mirando al tribunal militar.

—¿Promete defender al ejército, al Imperio y dar su vida por el Rey?

—Prometo.

—¿Promete ser fiel a los ideales, a cumplir la vida militar y acudir a todo llamamiento al que sea requerido?

—Prometo.

—Con los poderes otorgados por el Rey Felipe III, y en su nombre, le concedemos la entrada en los tercios viejos de Génova.

—Gracias, señor.

—Queda absuelto de su condena al cumplir con el Imperio.

Carros volvió a agradecer a aquel tribunal que le hubiesen salvado de una condena de por vida.

—Agradézcaselo a su *ángel de la guarda*.

Condenado. El actual sargento mayor del Imperio había entrado al ejército con diecinueve años como un condenado al que habían absuelto al aceptar entrar en los tercios. Era un caso similar a Máximo en cuanto a tener una condena a sus espaldas, aunque en este caso se debía a una condena heredada por su padre tras un acto de traición a la patria. Su padre, Tesseo Carros, de padre español y madre italiana, fue un voluntario español que entró a defender al Imperio desde muy joven, con tan solo veinte años, edad a la que ya se comenzaba a aceptar la entrada de los hombres al ejército. Con la guerra en Cádiz contra los ingleses en 1587 y la victoria de las tropas españolas de la *Contraarmada* de 1589, donde contaba con veintiún años, se caracterizaba por un hombre exitoso dentro del grupo militar. De carácter férreo, obstinado y ambicioso, rasgos de personalidad heredados en Carros, fue haciéndose un hueco dentro de las tropas de los tercios sin llegar a despuntar como lo haría su hijo. Su gran problema ocurrió en aquella guerra de 1589. Su esposa, Angélica Lombardo, acudió como acompañante a la guerra junto a otras tantas mujeres e hijos de soldados que iban junto a sus maridos como única vía de supervivencia. Allí, en los campamentos, realizaban diferentes tareas que no tenían relación con la lucha armada, aunque si era necesario, defenderían al Imperio.

En una noche cerrada, mientras las tropas españolas preparaban un nuevo ataque frente a las tropas inglesas, las cuales ya estaban preparadas para el contragolpe, se efectuó un movimiento inesperado que llevó a las tropas españolas a abandonar el campamento militar. Aquello propició el abandono de las familias que aguardaban la vuelta de sus maridos, amantes o padres. Por ello, las tropas inglesas accedieron a él a través de un flanco abandonado, llevando a cabo el asesinato y secuestro de numerosas personas. Esto fue un duro golpe para las tropas españolas, poniendo en entredicho a todos los sargentos mayores y al capitán de campo allí presente, pues sus malas decisiones habían propiciado este desenlace. Angélica había sido una de las secuestradas, lo que hizo que Tesseo perdiese la cabeza en un momento dado y acudiese a campo enemigo con el fin de negociar la entrega de los rehenes. Fue por voluntad propia, de hecho, Tesseo solamente era un soldado de infantería sin poder de decisión, por lo que acudir a negociar saltándose la jerarquía militar, ya era considerado una traición a la patria.

Tesseo, a la mañana siguiente, mientras el sol aparecía en el horizonte, decidió correr el riesgo de acudir a salvar a su mujer, embarazada de su primer hijo con diecisiete años. Este error le salió muy caro al joven, que, para salvar la vida de su mujer y la suya propia, tuvo que traicionar al que un día le concedió la confianza de ser defendido, el Imperio Español. Y es que aquellas tropas inglesas habían pedido la entrega de los mapas que poseían las tropas imperiales sobre el terreno para así poder conocer la estrategia de ataque y planificar su defensa. Tesseo, con el único fin de poder salvar a su mujer y a su futuro hijo, accedió a ello, jugándose la vida en el campamento militar, donde, para ello, diseñó un plan con el que poder adentrarse en las instalaciones de los altos cargos y poder robar aquellos mapas sin que nadie se diese cuenta. No era complicado, el alboroto del campamento, la desesperación de los sargentos mayores y del capitán de campo, así como del resto de jerarquía militar que buscaban rebajar una posible sublevación del resto de militares, permitían poder acceder a ellas e intentar robarla con cierta

facilidad. Y así fue, la picardía e inteligencia de Tesseo habían permitido coger todo aquel material necesario y salir hacia territorio inglés para hacer entrega de ello. El problema, que fue visto mientras partía hacia dicho destino. Las tropas españolas siguieron a Tesseo sin que él se diera cuenta. Aquello fue una acción inteligente ya que serviría a las tropas para tener al enemigo delante sin que se lo esperase, así como a Tesseo, que pensaba que su plan había sido un éxito.

Tras minutos atravesando el bosque y llegando al campamento inglés, Tesseo hizo entrega de todo aquel material. Las tropas inglesas echaron un ojo a todo lo entregado por Tesseo y trajeron a Angélica y un par de mujeres más que liberarían por la gran acción que había hecho aquel joven valiente, cegado de amor, por salvar a su esposa. Mientras se producía el intercambio, las tropas españolas hicieron aparición a través de diferentes sonidos de los instrumentos musicales como eran las trompetas y tambores, los cuales daban comienzo a la ofensiva imperial. De repente, con los ingleses bloqueados al no esperar esta contraofensiva, el capitán de campo inglés que se encontraba delante de Tesseo sacó su espada y al grito de "*traidor*", le acuchilló en el estómago ante los ojos de Angélica, provocando su muerte desangrado en aquel bosque que se había convertido en un campo de batalla. Tras presenciar aquello, Angélica, arrodillada frente al cuerpo sin vida de Tesseo, rompió aguas y se puso de parto. Ayudada del resto de mujeres, consiguieron escapar de aquel campo de batalla lleno de soldados de diferentes bandos hasta llegar a una especie de cueva escondida donde daría a luz a Dante Carros, el cual nacería huérfano de padre en un acto de amor por defender a su esposa y madre de su hijo. Pero esto no quedó ahí. Tesseo, a pesar de haber muerto, fue condenado de manera hereditaria por traición a la patria, lo cual era un deshonor que arrastraría para siempre su familia y una etiqueta que cerraría muchas puertas en el futuro de su hijo. Una condena que llegó incluso tras la victoria de las tropas españolas gracias a aquella traición.

Por ello, Dante, criado en Génova por su madre y contando con un hermano pequeño de otra relación, se formó en la escuela de la ciudad y se especializó en régimen militar, aunque era algo que en su momento no podía desempeñar por la condena que traía de su familia, pero que podía anularse si entraba en los tercios. Su decisión de entrar no fue otra que la de salvar de la pobreza a su madre, pues en aquella época, una mujer viuda estaba destinada a la pobreza y, aunque Carros nunca lo supo, la única forma que tuvo Angélica de mantenerle con vida fue a través de la prostitución. Carros estaba obsesionado con entrar en el ejército ya que era la única opción de poder sobrevivir en aquel momento y poder llevar a cabo un estilo de vida diferente al que tenían. Apoyado por Angélica, a pesar del riesgo que tenía entrar en el ejército con la etiqueta de *traidor*, tampoco veía otra opción. Pero a todo esto se añadió otro elemento inesperado. Dante iba a ser padre con tan solo diecisiete años, lo que precipitó el intento de entrada a los tercios españoles, pues la que era su novia de toda la vida y futura madre de sus hijos, Carmen, había quedado en cinta con tan solo dieciséis años. Así, Carros se acercó a las instituciones militares de Génova para pedir el ingreso en las tropas de los tercios, y donde, tras una serie de pruebas: físicas, de orientación, estrategia y de destreza con armas, decidieron darle la oportunidad de entrada al quedar sorprendidos de su gran aptitud en todas las ramas. El único inconveniente que tenía Carros en aquel momento fue la condena por traición con la que arrastraba desde su nacimiento y que, por un momento, casi le cuesta la negativa de acceso.

Pero la aparición de un hombre desconocido en aquel momento para Carros —y que sirvió como sabio para él en el futuro—, intercedió en la causa, permitiendo que formase parte de los

tercios y así mejorar la calidad de vida de su familia. Carros comenzó así una vida militar con tan solo diecisiete años y donde a los pocos meses de formar parte de la infantería de los tercios, marchó a la batalla del *Sitio de Groenlo* en 1606, siendo así su primera gran batalla y el primer éxito militar de otros tantos como fue en 1614 la *Toma de la Marmota* y en 1620, la *Toma de Oppenheim*. Las buenas aptitudes que había mostrado Carros durante todos esos años en los tercios españoles, le habían ido premiando con diferentes ascensos en su carrera profesional. Ascensos que había llevado a cabo un descuido de toda su familia, así como de la educación de Catalina y Alonso, pues Carmen no acompañaba a Carros a las batallas debido al miedo de este tras la historia que vivieron sus padres.

Por ello, Catalina, nacida en 1606 justo antes de que Carros viviese su primera batalla dentro de los tercios, fue educada especialmente por Carmen, su madre, la cual siguió viviendo en Génova durante todos los años que Carros iba a las expediciones militares. Mujer con coraje, inteligente, fría... llevó a cabo una educación exhaustiva de su hija y del otro hijo que tendría el matrimonio, Alonso, hermano mayor de Catalina. Curtidos en el régimen militar que imperaba en el hogar, Catalina fue adoptando el rol que poseía la mujer en aquella época, aunque sin descuidar la cultura. Su día a día a partir de los cinco años consistía en realizar diferentes tareas de la casa como era: limpiar el suelo, llevar los alimentos a la mesa y cosas propias que podía hacer una niña de esa edad. Poco a poco la iban curtiendo en su devenir y toda la cosa de sus padres era casarla con alguien poderoso, con dinero, con el fin de que tuviera una vida fácil, sin mendicidad y sin tener que recurrir a realizar acciones inmorales para poder sobrevivir. Eran muy protectores, tal vez demasiado. Catalina había nacido con una personalidad mezclada entre la de sus padres, donde se podía apreciar la ambición y astucia de su padre frente a la frialdad e inteligencia de su madre. Pero sobre todo, había nacido con un sentimiento de libertad que chocaba contra las propias raíces familiares y de la sociedad.

Cuando fue creciendo, Carmen dedicó mucho tiempo a enseñar a sus hijos a leer. Conocer la historia serviría para no cometer los errores del pasado, y, además, ser una persona culta permitiría que ninguno cayese en malas manos, en malas decisiones o en mala vida. Por eso, desde los ocho años, Catalina comenzó a leer todo tipo de libros del momento, consiguiendo un gran vocabulario que utilizaba en el día a día mostrando esa inteligencia que poseía. Historias de amor, guerra, ficción... Catalina devoraba cualquier libro que se le pusiera por delante, haciendo de ella una persona con muchos sueños, aspiraciones y creando unos ideales que perseguir en aquella época, que para una mujer, se convertían en grandes utopías. Su sueño pasaba por la enseñanza de los niños más desfavorecidos y así hacer llegar los conocimientos a las ramas más bajas de la sociedad. Su instinto era social, quería ayudar, y eso no estaba bien visto en un momento donde su familia había conseguido ser clase alta. Por ello, tanto Carros como Carmen intentaban orientar a la joven hacia el matrimonio con alguien poderoso para tener una vida más sencilla, algo que no seducía a Catalina en ningún momento y que se resignaba a ello. Resignación que no tenía resultados positivos, pues su capacidad de decisión era nula y su futuro era decidido por los padres, generando mucha frustración en la joven, sobre todo en la época de los catorce años.

En Génova, Catalina acudía a la escuela junto a su hermano Alonso, tan solo dos años mayor que ella, y allí despuntaban ambos en cualquier asignatura. Fuera de ella, compartían mucho tiempo de ocio con sus amigos, pasando grandes ratos con ellos dentro de un férreo control de

sus padres. A pesar de las restricciones, Catalina se consideraba una chica feliz, con buena vida, sin necesidades primarias y con mayor libertad que el resto de chicas de su edad. Era una forma que tenían sus padres de evitar conflictos y que terminase cediendo en aquello que veían importante. Por ello, cuando Carros fue ascendido a sargento mayor de los tercios y fue trasladado en 1622 a Toledo con el fin de reclutar al mayor número de soldados posible con los que acudir a la guerra, la familia se encontró con uno de los problemas que más quebraderos de cabeza les daría, el traslado de sus hijos. Ninguno quería empezar una nueva vida fuera de su ciudad natal y menos teniendo que irse tan lejos, suponiendo ello tener que empezar una vida de cero. Tanto Carros como Carmen, que, de puertas hacia fuera eran de carácter férreo y cualquier persona les temía cuando se ponían serios, en casa intentaban buscar siempre la felicidad de sus hijos, siendo lo más justos posible con ellos. Para contentar a Alonso, se le permitió acceder a la academia militar con el fin de adentrarse en el ejército cuando cumpliese los diecisiete años. Mientras que con Catalina, el método utilizado fue el conceder el puesto de bibliotecaria, pues su amor a los libros haría de esta una buena decisión. Esto último también permitiría controlar el acceso de los libros y de la cultura a los soldados, pues en plena época de la Inquisición, esto era muy controlado.

Catalina había vivido una vida tranquila, rodeada de gente de poder y dinero. Tal vez eso fuese su mayor perdición, pues sus padres querían que tuviese el mismo estilo de vida para siempre y eso solo se lo podría dar un hombre exitoso, poderoso y rico. Por ello, Carros y Carmen, que ya en Toledo se rodearon de la gente más selecta del Imperio, buscaban ansiosos a ese hombre que compartiese su vida y su riqueza con su hija. Numerosos habían sido los pretendientes que se ofrecían a Carros, pero que este negaba por diferentes aspectos. En esto sí que no dejaban decidir a Catalina, resguardándose en su edad. Mientras, Catalina quería hacer una vida independiente a estas decisiones y durante su época en Génova ya había tenido algún amor, el cual era pasado por alto por sus padres, aunque sí que lo intentaban boicotear por dentro.

El gran problema para la joven llegó el día en que apareció aquel hombre apuesto, alto, exitoso y que era uno de los hombres más perseguidos de los tercios, Leonardo. Aquel cirujano era el hombre ideal que tanto Carros como Carmen querían para su hija. El hombre que le daría la buena vida que perseguían. Por ello, a su regreso a tierras toledanas tras varios años luchando por el Imperio y sanando a miles de soldados compañeros, acudió a Toledo para ejercer de profesor en la academia militar, desvinculándose finalmente de cualquier guerra y teniendo una larga vida por delante. Se convirtió así en el pretendiente con mayor probabilidad de casamiento.

Todo ocurrió una noche de enero de 1624 durante una cena militar. Allí, Carros, junto a otros tantos altos comandantes del ejército, celebraban un nuevo aniversario de éxitos bélicos del Imperio donde se condecoraba a numerosos militares que habían dedicado su vida al servicio militar y que habían tenido éxito entre sus batallas. Carros era uno de los galardonados. Había recibido la *Real Medalla al Mérito Militar*, siendo una de las condecoraciones más importantes de la época. Por ello, toda la familia estaba allí presente para presenciar tan ansiado reconocimiento, cumpliendo así el sueño de Carros de ser reconocido en el ejército. Y como no era para menos, toda su familia se encontraba disfrutando de aquel momento, donde, además, Catalina había conseguido deslumbrar con su atuendo, llevando un vestido de época de color azul marino, que dejaba los hombros al aire mientras caía desde mitad del brazo hacia abajo. Su

forma estrecha y la luminosidad que desprendía cuando pasaba cerca de cualquier puesto con luz, hacía brillar con ella los collares de perlas que llevaba en el cuello y que ocultaba por los laterales de este con su pelo rizado y recogido en una especie de coleta elegante. Por ello, durante aquella velada y aprovechando el momento del cóctel, Leonardo, que nunca había visto a Catalina, se acercó a intentar cortejarla.

—Nunca había visto tanta belleza en un sitio tan pequeño. —Se atrevió a lanzar Leonardo, generando cierta incomodidad en Catalina.

—Muchas gracias.

—¿Me permite un baile?

—No me llame de usted, por favor.

Catalina miraba al fondo de la sala, intentando conectar la mirada con alguien que la sacase de allí.

—Perdón. Llevo mucho tiempo sin conocer a ninguna mujer y puede que haya perdido la práctica.

Catalina no se lo creía. Era un hombre guapo, con buena planta y que si estaba en aquella cena significaba ser hombre importante.

—No te preocupes.

Catalina intentó cerrar aquella conversación mientras consiguió conectar la mirada con su hermano.

—¿Bailamos entonces? —Se apresuró Leonardo, viendo que no conseguía su objetivo.

—Debo irme. Me esperan.

La joven consiguió salir de aquella encerrona en la que se sintió tras aquel acercamiento. Al fin y al cabo, Catalina tenía dieciséis años y este hombre, sin edad definida, pasaría de los treinta y cinco.

A pesar de ese primer rechazo, Leonardo no perdió la esperanza, acudiendo a la baza más fácil. Era inteligente y sabía cómo moverse en las diferentes situaciones. También era un hombre que no aceptaba un no por respuesta, generando en ocasiones situaciones de violencia, sobre todo en los momentos de guerra. Por ello, y tras ver como Carros se acercó a conversar con su hija a lo lejos, terminó por ir a hablar con él una vez que se había separado ya de ella.

—¿Es su hija, sargento?

—Así es. Una chica muy guapa... y muy inteligente.

—Y con carácter.

—¿La conoces?

—He intentado bailar con ella, pero la veía con prisas.

Carros, sorprendido, intentó que no se ofendiese Leonardo por ello. Aquel hombre era importante y muy valorado por el Rey y por todo su círculo cercano. Tenía poder, y eso significaba que podía ser la puerta de su ascenso.

—Seguro que ha sido un malentendido. Últimamente está muy retobada.

—Una mujer retobada... Algo no hace bien sargento.

—Tiene carácter. Pero es buena niña y buena hija.

—Debería usted controlar eso.

—Hablaré con ella si se siente interesado. Es usted buen hombre.

—No me pelotee Carros. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Lo sé.

—Ya sabe Carros. Toda ayuda que me pueda echar será bien agradecida.

—Hablaré con ella y le dará una oportunidad para conocerlos.

Carros se encontraba bajo una sumisión aparente.

—No dudaba de usted. —Finalizó Leonardo, marchándose de allí.

Leonardo tenía una mirada de superioridad con todo aquel con quien hablaba. Interesado, se acercaba a las personas con el fin de sacar el mayor beneficio de sus propios intereses a través de una imagen creada de persona bondadosa, cercana, amistosa y altruista. Pero realmente, su fama, su éxito y sus relaciones con el Rey habían creado una persona arrogante, creída, ambiciosa, que no tenía miedo a realizar acciones inmorales con tal de conseguir sus objetivos. Todo aquel que le ayudaba, salía beneficiado de cualquier situación que tuviese, pero si esa persona suponía algún peligro para él, no tenía problemas en sacar su maldad y vileza para acabar con esa persona. Era un hombre curtido en la guerra, con un carácter frío que no se achicaba con ninguna situación y ante ninguna persona, amparado siempre en el gran apoyo del Rey Felipe IV.

—Catalina, hay un hombre que quiere hablar contigo.

—Es un pesado padre. No voy a bailar con él.

Carros intentó convencer a su hija.

—Baila con él. Ese hombre es muy poderoso.

Catalina miraba fijamente a los ojos a su padre, mostrando así una mirada desafiante.

—No quiero hacerlo.

—Ese hombre puede arruinarnos a toda la familia si quiere.

—Eso es un chantaje emocional. Eres muy rastrero.

—Si no lo quieres hacer por ti misma, hazlo por tu familia.

Carros se puso tenso. Agarró del brazo derecho a Catalina, levantándola de aquella silla sobre la que descansaba de aquella larga noche. Así, empujada de esta manera, caminaron juntos hacia Leonardo, mientras que este, haciéndose el despistado, no perdía de vista a ambos.

—Disimula delante de él. Solo te pido eso.

Carros seguía cogiendo del brazo a Catalina mientras esta hacía ademán de deshacer su brazo de la mano del padre.

—¿Vas a querer casarme con ese ser? —Preguntó Catalina, mirando con odio a su padre—. Podría ser tú.

—¿Qué estás hablando?

—Que ese señor podría ser mi padre.

—Si lo hacemos bien, será tu marido. Tú lo tendrás todo en la vida y yo también.

Catalina arqueó las cejas, abriendo los ojos en señal de desprecio.

—Entonces... ¿Lo estás haciendo por mi bienestar o por el tuyo?

—Va a llevar razón. Eres una insolente y respondona.

Catalina volvió a mirar a su padre a los ojos, pendiente de ver si estaba siendo consciente de aquello.

—Mal empezamos con mi futuro maridito si dice eso.

Tras ello, padre e hija llegaron a Leonardo, donde Carros, amablemente, entregó a su hija a los brazos de aquel *hombre*.

—Hola de nuevo. —Dijo Leonardo, manteniendo la mirada fija en los ojos de Catalina—. ¿Bailamos?

Catalina estiró su brazo para que Leonardo cogiese su mano mientras sus ojos se perdían nuevamente en el fondo de la sala, esta vez sin objetivo fijo.

—Si es lo que quieres...

—Nunca rechazo un baile a una dama tan bella. —Dijo Leonardo, poniendo un tono de voz como si se hubiese dado la vuelta a la situación. Era tan inteligente como manipulador.

—Eres una mujer muy bella.

—Muchas gracias. —Dijo Catalina con mirada perdida.

—Me ha dicho tu padre que andas soltera. Todo un gusto poder bailar contigo.

—No tengo pareja ni estoy prometida con nadie.

—De momento.

Catalina miró por primera vez a los ojos a Leonardo. Su mirada reflejaba un sentimiento de desprecio.

—¿De momento?

—Yo también estoy soltero. Hablaré con tu padre para tratar este tema.

—Yo no quiero casarme con nadie, soy muy joven.

Leonardo apretó la cintura de la joven en señal de enfado.

—No me gusta que me digan que no.

Catalina suspiró y calló mientras pensaba en las palabras de su padre.

Tras aquel baile, y concluyendo a los pocos minutos aquella ceremonia, Leonardo insistió en acompañar a Catalina hacia su casa dando un breve paseo, pues vivía muy cerca de donde residía la joven. Así, mientras caminaban y a regañadientes, el hombre quiso lanzarse a dar un beso a Catalina, pero con sus grandes y heredados reflejos, consiguió apartarse, algo que no hizo ceder al hombre en su intento, pero sin éxito.

—Mañana nos volvemos a ver un rato y seguimos hablando. —Dijo Leonardo.

Catalina quedó mirando al suelo.

—Sí. —Dijo mientras levantaba la cara sin mirar a los ojos de aquel hombre que no la proporcionaba nada de confianza.

—Me pasaré a verte por aquí. Dale recuerdos a Carros de mi parte.

—Así lo haré. —Dijo Catalina mientras se marchaba hacia el interior de su casa.

Y así dio comienzo una relación forzada, fría y que haría minar la felicidad de aquella joven. Se rompieron los sueños y las ilusiones que se encontraban en su cabeza por culpa de un señor que se había obsesionado por ella y de un padre que quería ascender a su costa. Aquello supuso el inicio de una vida que no quería llevar por las simples aspiraciones de dos hombres cegados por una ambición personal.

CAPITULO 6. UN MAL AUGURIO

—No vayas por ahí Máximo. Te van a matar. —Gritó Carros.

—Ya estoy muerto.

Carros corrió tras Máximo para impedir que continuase andando, pero este anduvo más rápido, penetrando en el interior de aquel oscuro bosque al que acompañaba el canto de un búho. Un canto más propio de una advertencia que de una mera armonía.

—Tenemos que hacerlo con cabeza. —Gritaba Luis a lo lejos.

La neblina empezaba a posarse sobre el paisaje.

—No hay más cabeza. Toca pasar a la acción.

La mirada de Máximo había cambiado completamente. Su rostro, ensangrentado y cubierto de barro, había tornado hacia el odio. Sus ojos, fijos hacia el frente, con la espada en la mano y sin obedecer a las órdenes de sus comandantes, caminaba buscando venganza. Carros, que llegó al chico, intentó hacerle entrar en razón.

—Tienes que confiar. Es el mejor plan. Si no, todos vamos a morir.

—Tú eres quien debe ir primero, no yo.

—Aquel ya está muerto. Máximo...

—¿Y ella?

Carros intentó derribar a Máximo. Sin éxito. Sabía que aquello era un suicidio y no quería seguir perdiendo a gente. El chico caminaba sin miedo. No tenía nada ya por lo que luchar tras aquel desenlace. Su cabeza había estallado por dentro y en sí solo quedaba el odio, la venganza, y las ganas de ajustar cuentas con quien le estaba quitando la única razón por la que vivir.

—Voy a hacerlo Carros. Contigo o sin ti. —Dijo Máximo, echando la vista hacia atrás, buscando que este le acompañase.

—A mí me...

Empapado de sudor. Así estaba el cuerpo entero de Máximo cuando al fin consiguió despertarse de aquella pesadilla. Sentándose en la cama, y, viendo como Luis y Jaime seguían durmiendo, el chico se levantó y marchó hacia la cocina para beber un trago de agua. Máximo caminaba por aquel salón mientras se limpiaba el sudor con la camiseta del pijama mientras no paraba de dar vueltas al sueño. Que no se haga nunca realidad, pensaba el chico mientras se apoyaba en la mesa para beber agua y se secaba el sudor con la otra mano. Esto era muy recurrente en Máximo, durante toda su vida se ha encontrado viviendo en primera persona situaciones que había soñado anteriormente, ubicando a las mismas personas en el mismo sitio, con la misma ropa, en la misma posición. Algunos pueden rebatir esto como si se tratase de una ilusión, pero Máximo siempre ha tenido claro que en algunas ocasiones, sus sueños se han hecho realidad. Y este de hoy no quería que sucediese por nada del mundo, pues Jaime había sido asesinado y Catalina estaba secuestrada sin saber cómo localizarla.

Habían pasado dos semanas y Máximo empezaba a estar algo obsesionado por Catalina. Desde el momento en que la vio en aquella calle y esta le ofreció el vaso de agua, no ha podido

parar de pensar en ella. No solo por su amabilidad o su belleza, sino porque hay algo en ella que le llama tanto la atención que solo desea pasar el mayor tiempo posible junto a ella. Por eso, siempre que terminaba el entrenamiento o la clase, acudía a la biblioteca con la excusa de querer estudiar algo sobre medicina, permitiendo así coincidir con Catalina y charlar durante unos breves instantes. Y eran breves porque tenían que vigilar constantemente quién entraba en la biblioteca para que nos les pillaran juntos. Lo que sí les había permitido estos días atrás era el ir conociéndose cada vez más entre ellos, generando cada vez más atracción y el comienzo de una serie de sentimientos que se oponían a la cruda realidad que vivían. Una realidad que ambos veían, pues él era un muchacho condenado a muerte y absuelto de ella tras un asesinato — voluntario o involuntario— y ella, una joven de alta familia que se rodeaba de las clases más selectas de la sociedad.

Ya con la mañana comenzada, en un domingo soleado, pero frío, donde la temperatura rondaría los siete grados, los chicos se encontraban en su día libre. Estos días eran destinados a descansar en casa, pero también a salir con los amigos y acudir a misa, sobre todo esto último, revisado por los sargentos como una imposición. Por ello, vestidos los tres con camisas de lino, coincidiendo en el blanco

tanto Máximo como Jaime y de color negra la de Luis, usando ambos unos pantalones hasta las rodillas de color negro que cortaban con el uso de unas medias blancas hasta las rodillas, pusieron marcha hacia la catedral de Toledo donde se llevaban a cabo todas las eucaristías. A su llegada a la plaza, Máximo quedó impresionado ante la gran amplitud de esta y el colorido que desprendía. Aquella calzada de estilo romano, con diferentes piedras colocadas de tal manera que parecía aleatoria, dejaban una sensación de mar gris cuando se miraba al horizonte de ella. Y, en aquel horizonte, en el centro de la plaza, se encontraba una fuente de piedra y mármol blanco con una escultura del anterior rey Felipe III.

Iban pasando los minutos y los miembros de aquel grupo iban llegando a aquella plaza. Máximo, que se encontraba junto a Luis y Jaime a la espera del resto, buscaba a Catalina sobre todas aquellas personas que iban llegando a aquella misa. Y si había algo seguro es que Catalina llegaría en algún momento, pues la gran fe que poseía la familia hacía que acudiesen a todas las misas que se oficiaban en la catedral.

—¿Hoy no viene tu hermana? —Preguntó Máximo a Alonso, allí presente.

—Sí. Estaba esperando a mi madre... ya sabes. Cosas de mujeres.

—Está enamorado de tu hermana. —Dijo bajito Jaime, en tono satírico.

Alonso observó a Máximo.

—¿Es cierto?

—No. Claro que no. —Dijo un ruborizado Máximo.

—O sea que es cierto.

Todos soltaron miradas complacientes excepto Alonso, que sabía la realidad de todo aquello.

—No te lo aconsejo Máximo. Puedes ganarte problemas.

Máximo se lo tomó como una amenaza, algo que no sentó bien al chico.

—¿Me vas a hacer algo?

—No es eso. Eres buen tipo. El problema son mis padres. —Alonso se acercó al oído de Máximo para que no le escuchara nadie más—. Quieren casarla con alguien rico. Que pueda mantenerla...

—Pero eso no lo pueden hacer si ella no quiere.

—Claro que pueden, y lo están haciendo.

—¿Con quién?

—No te metas más. Fíjate en otra chica, hazme caso.

Tras aquellas palabras, Máximo vio como el sargento Carros llegaba a la plaza acompañado de Leonardo, estando ambos muy complacientes.

—¿Es él?

Alonso solo asintió con la cabeza, cambiando la orientación de la vista para que nadie más se diese cuenta.

—¿Y ella qué es lo que quiere?

—Ser feliz. —Apuntó Alonso.

—Pero puede ser su padre... —Dijo Máximo, enfadado—. Tiene que pasar de los treinta años.

—Eso dice ella.

Ahí fue cuando Máximo entendió todo lo que decía Alonso. Catalina iba a prometerse con un hombre por culpa de Carros.

A los pocos minutos de la aparición en la plaza de Carros y Leonardo, lo hicieron Catalina y Carmen. Allí, con una apariencia deslumbrante, la joven hizo presencia por todo lo alto. Catalina acudía con una saya negra que recubría todo su cuerpo y que desembocaba en los brazos con unas manguillas color blanco con líneas negras que finalizaban con una especie de joya que simulaban dos pulseras, una en cada muñeca. Así, con un broche dorado en el centro del pecho y por encima unos collares de perlas, Catalina accedía a la plaza ante la atenta mirada de muchos de los hombres allí presentes. Todo estaba preparado, la familia Carros quería que Catalina fuese vista como miembro de una familia noble, con importancia. Esto era importante si querían poder casar a Catalina con Leonardo, ya que él, aparte de rodearse de las familias más selectas del momento, era hijo de la gran nobleza del Imperio Español.

Al verla, Máximo quedó hipnotizado. No paraba de mirar a Catalina, mientras que ella, que pasaba a escasos metros de él, la devolvía con cierta cautela para no ser descubierta, llevándola en ocasiones al frente donde aguardaban tanto su padre como Leonardo. Al llegar a ellos, el joven vio como Leonardo enviaba una mirada penetrante hacia él mientras cogía cariñosamente del brazo a Catalina para invitarla a entrar en la catedral. Aquella mirada dejó mucha evidencia en el grupo, en especial a Máximo, al que iba dirigida una mirada desafiante, arrogante e intimidatoria.

—Si las miradas hablasen... —Dijo Luis.

—No será que no te lo he avisado. —Añadió Alonso.

Máximo dejó de mirar a Leonardo y lo hizo a su grupo para describir la posible causa.

—Esa mirada no es por Catalina.

—¿A no? —Dijo Alonso, haciéndose el confuso.

—En las últimas clases me reta. Cuando toca hacer alguna cura o coser heridas, me corrige, aunque lo haga bien. Es como si no quisiera que hiciéramos bien las cosas y solo fuese él quien lo sabe hacer.

—Es el experto. —Se atrevió a decir Jaime.

—Sí, pero no me refiero a eso. Cuando hago algo mal soy el primero que lo reconoce. Pero

cuando lo hago bien, automáticamente le sienta mal. Es como si estuviésemos compitiendo.

—¿Y tú compites?

—No.

—¿Estás seguro?

Máximo agitó brevemente la cabeza para terminar asintiendo.

—Tal vez un poco. Pero porque me exaspera ver esa arrogancia que muestra en cada clase.

—Tendrá que haber alguna explicación para que esté tan encima de ti.

—No sé cuál podría ser la razón.

Los amigos empezaron a dar vueltas a la cabeza para buscar la posible solución. Tener a Leonardo en contra, o ya solo intuirlo, era un error garrafal.

—¿Te ha visto con Catalina?

—En la primera clase estaba a mi lado cuando trajo un libro que había pedido él.

—Y... —Quiso saber más Jaime, para encontrar la explicación.

—Nada más. Luego terminó la clase y nos fuimos juntos para casa. Solo conociéndonos.

Alonso arqueó la ceja derecha haciendo a su vez un espasmo con la mano.

—Entonces os vio...

Máximo guardó silencio por unos segundos mientras recordaba aquel momento.

—No hicimos nada malo. Solo hablábamos.

—En tu villa será distinto, pero aquí que una mujer prometida hable con otro hombre se considera humillante. —Sentenció Alonso—. Vamos a entrar que empieza la misa.

—No sabía que estaban prometidos. —Finalizó Máximo, mientras caminaba junto al resto al interior.

—En realidad todavía no lo están, pero mi familia actúa como si así fuese.

—¿Y ella?

Alonso miró a Máximo nuevamente. Su mirada era de amistad.

—Hazme caso, déjalo estar. Vas a salir perdiendo.

Lo que estaba siendo llamativo en aquella eucaristía era la cantidad de hombres militares que llevaban el sombrero con pluma roja que únicamente se ponían aquellos que poseían un puesto considerable dentro del ejército. Eso podía tener un significado. Si había tantos hombres allí en Toledo era porque se empezaba a mascar un movimiento de tropas. Esto no pasó desapercibido entre los amigos que comentaban aquello que veían en la eucaristía. Alonso, que tenía información directa gracias a su padre, se hacía el despistado para no dar ningún tipo de información confidencial a sus amigos.

A la conclusión de esta, los amigos se separaron para hacer planes diferentes. Luis, por un lado, prefirió volver a casa, mientras que Jaime se marchó con Juanjo y Alonso en dirección al río. Máximo, que había perdido las ganas de disfrutar aquella tarde con los amigos al enterarse de que su amada estaba prometida con su profesor de medicina, y que este era considerado un hombre peligroso, prefirió irse a la biblioteca para leer sobre medicina, permitiendo así que su mente se evadiese por unos instantes de la realidad y aprovechado que, al ser domingo, Catalina no estaría trabajando allí y evitaría lo que tanto le llevaban avisando sus amigos, el peligro de verse metido en una situación complicada con aquel hombre. Por ello, Máximo se despidió de sus amigos y marchó hacia la academia militar aprovechando el buen sol que iluminaba las calles por las que deambulaba con las manos en los bolsillos de aquel pantalón negro que vestía. Se había puesto una bufanda beige sobre el cuello debido al frío que hacía aquella mañana. El joven

miraba atentamente las calles, las casas y a los vecinos que se iba encontrando por allí mientras analizaba como estaban siendo aquellas dos semanas que llevaba en Toledo. Por un lado, estaba contento de poder estudiar su pasión aun cumpliendo una condena militar, de tener amigos y de haber tenido un flechazo. Pero, por otro lado, tenía la desdicha de no saber nada de su familia, de encontrarse en un callejón sin salida en lo sentimental y ansioso por una guerra que era cuestión de días que llegase.

Al cabo de veinte minutos andando hasta la biblioteca, el joven, entrando en ella, se puso frente a las ocho estanterías orientadas de manera perpendicular que rellenaban aquella pequeña sala cuadrada. Allí, frente a cada una de ellas, se disponían una serie de bancos fijos de las que nacía frente a ellos una especie de tabla de madera donde los lectores descansaban los libros y comenzaban la lectura. Esta lectura era favorecida gracias a una serie de ventanas, de gran tamaño, colocadas estratégicamente para albergar la mayor cantidad de luz posible y que sirviese para que los lectores pudieran leer de manera confortable. Y, para terminar de aclimatar aquel lugar, se colocó una chimenea de mármol, con leña en su interior, que servía para calentar aquella biblioteca y hacer cómoda la lectura. Así, muchos de los libros contaban con una cuerda metálica de seguridad para evitar extravíos o robos.

Por ello, el joven fue mirando una a una las estanterías de aquella biblioteca. Todas estaban divididas en géneros literarios, entre los que se encontraban: la antigüedad clásica, fomentando el latín y griego; otras destinadas a novelas de caballería; novelas picarescas y diferentes novelas de comedia, tragedia o filosóficas, entre otras. Máximo estuvo echando un ojo a todas ellas en busca de un libro que le cautivase, quedándose frente a la estantería de comedia y tragedia. Allí extrajo el libro de *Romeo y Julieta* de William Shakespeare. Sentándose en el banco que había frente a la estantería y observando que nadie más estaba en la sala, abrió el libro y comenzó a leer aquella joya de la literatura universal. Mientras esto sucedía, alguien por detrás se acercó al chico. Los pasos iban escuchándose cada vez más próximos, pero el joven, atento al libro, no se percató de ello. Así vio como una mano pasaba por encima de su hombro para coger el libro por su lado izquierdo, haciendo ademán de cerrarlo para comprobar el título de la novela que leía Máximo.

—Romeo y Julieta...

Máximo, girando su cabeza para comprobar quién estaba detrás de él, esbozó una amplia sonrisa.

—¡Benedicto! —Exclamó el joven, dando un salto del banco para abrazar a aquel sabio que le había ido a visitar.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

Benedicto se sentó junto al chico en el banco, apoyando el costado derecho sobre el banco.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó Máximo, feliz de ver a su mentor—. ¿Cómo has podido entrar aquí?

—No se puede prohibir la entrada a un siervo del señor. En ninguna parte se puede hacer eso. —Dijo echando una carcajada—. Te recuerdo que antes de sabio, he sido sacerdote.

Máximo se encontraba con los ojos abiertos como platos, con una sonrisa que tocaba cada una de las orejas y feliz de estar por fin con alguien conocido.

—Está todo bien. Adaptándome a la nueva vida.

—¿Y los entrenamientos?

—Mejorando.

—Sabía que te harías pronto a esta vida.

—¿Cómo están mis padres y mi hermano? —Aprovechó para preguntar.

Benedicto sacó de aquella especie de sotana negra, con cuello blanco y bolsillos a los lados, una carta que traía desde la villa, haciendo entrega a Máximo de ella.

—Me dieron esto para ti. Cuando puedas la lees tranquilamente.

Máximo mantuvo la cara de felicidad al poder saber cómo se encontraban. A pesar de haber pasado poco tiempo, el estar lejos le generaba mucha inseguridad.

—¿Hasta cuándo estarás por aquí? —Consultó Máximo.

—Me vuelvo a la villa después de charlar un rato contigo. Estaba de paso por unos pueblos cercanos y quise venir a verte.

—¿Solo por mí?

—Hay que estar pendiente de los discípulos. Aristóteles nunca dejaba a los suyos abandonados a su suerte.

—Eso me decías en la escuela. —Recordaba Máximo.

—¿Qué tienes para contarme?

Máximo dudó por unos segundos si contar el tema de Catalina, pero finalmente se lanzó a ello.

—He conocido a una chica...

—Por tu tono, algo no parece ir bien.

—Bueno... —Comenzó a explicar Máximo—. Hoy me he enterado de que...

—Está prometida. —Se adelantó Benedicto.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu cara es el reflejo de tu alma.

—Sí. Está prometida con Leonardo.

—¿Quién es Leonardo?

Máximo suspiró mientras arqueó las cejas y abrió los ojos con resignación.

—Es un hombre considerado como héroe nacional. Un portento del ejército.

Benedicto sonrió ante aquello que le contaban el chico.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Conocerla y pasar tiempo con ella. Tuve un flechazo desde aquel primer día en que me ayudó.

—Pero está prometida.

—Pero es por conveniencia de su familia. Seguro que ella no quiere.

—¿Se lo has preguntado?

—Ni siquiera me lo ha contado.

—Parece que no sabes bien quién es Leonardo. —Dijo Benedicto, como si realmente conociese a aquel hombre.

—Me están poniendo al día últimamente.

Máximo agachó la mirada. Benedicto, observando al joven, cogió el libro que tenía en su mano derecha y, rebuscando entre sus páginas, se lo dejó abierto por una página concreta.

—Lee esta parte. —Aventuró Benedicto.

Máximo comenzó a leer el final de aquella novela. Tras unos instantes, levantó la mirada y la clavó en los ojos de su mentor.

—Muere Romeo. ¿Le asesinan?

—No precisamente...

—¿Entonces?

—Tendrás que leerlo entero.

—Pero a continuación pone que ella se suicida.

Máximo buscaba la respuesta en Benedicto, el cual no se la proporcionaba directamente. Esto era muy propio de él, quería, desde que Máximo era pequeño, que todas las respuestas las encontrase el joven a través de sí mismo.

—Así es. Después se suicida. —Corroboraba Máximo.

—Léelo y, tras ello, piensa con la cabeza.

—Otras veces me has dicho que piense con el corazón.

—Deberás elegir cuál de las dos opciones a las que llegarás será la que merezca la pena seguir.

—¿Y si me equivoco en la decisión?

—Puede que os convirtáis en Romeo y Julieta.

Máximo entendió aquella frase que le había dicho Benedicto. De seguir con Catalina, el cual era un amor imposible, podría terminar muerto.

—Si sigo intentando conocer a Catalina... ¿Terminaré muerto? —Preguntó abiertamente Máximo—. Eso es lo que me quieres decir.

—Lee. —Dijo Benedicto, levantándose del banco para marcharse—. Tú solo llegarás a la conclusión.

—¿Ya te vas?

—He cumplido con mis obligaciones. Nos volveremos a ver. —Dijo Benedicto, tocando el pelo del joven mientras ambos sonreían.

Máximo, tras despedirse de Benedicto, inició la lectura desde el principio de aquel libro que le había recomendado leer para entender una posible situación futura. Y no era descabellado, al final la situación era bastante parecida a los protagonistas de la novela. Máximo, de familia humilde a pesar de contar con ingresos por los negocios de sus padres, no dejaría de serlo en ningún momento ante los ojos de una familia noble y acomodada desde tiempos anteriores. Así, Catalina venía de una familia que había sabido acomodarse en las altas esferas, contando con numerosos contactos entre su círculo más cercano. Eso hacía que Carros estuviese tan dedicado en casarla con un hombre todavía más poderoso, entrando así en el selecto grupo de la aristocracia. Eran el claro ejemplo de la historia de Romeo y Julieta, una historia que podría llegar a ser de amor, pero de amor imposible, proporcionando sufrimiento en ambos.

Concentrado, iba leyendo cada uno de los capítulos que conformaban la historia. Soy Romeo, pensaba hacia sus adentros mientras seguía leyendo la novela. Ojalá que no, se autocontestaba al pensamiento. Y no iba desencaminado. Romeo conoció a su amada en un baile, y aunque Máximo lo hizo en una calle, ambos protagonistas quedaron prendados de la belleza de aquellas damas. A ello se unía la imposibilidad del amor correspondido: Romeo, por el enfrenamiento entre las familias, y Máximo, por la diferencia de clases sociales. Julieta, comprometida con un joven de la aristocracia. Catalina, lo mismo. La historia de Máximo y Catalina se tornaba cada vez más hacia una similitud —salvando las distancias propias de la novela—, hacia la historia de *Romeo y Julieta*. Aquel libro tenía embelesado a Máximo que no paraba de pasar páginas y páginas sin quitar ojo a aquello que estaba leyendo. Aquello que en un momento dado había elegido al azar y que después, el propio Benedicto animó a leer. Tal era el embelesamiento del joven por la historia, donde se sentía protagonista en varios aspectos de ella, que se evadió de los pasos que rondaban a sus espaldas y que poco a poco iban acercándose. El zapateo en el suelo

era cada vez más próximo, pero sin terminar de llamar la atención de Máximo. Al fin y al cabo, era una biblioteca, y como tal, en muchas ocasiones estaba frecuentada por varias personas, por lo que no era llamativo escuchar pasos. Así, otro brazo volvió a atravesar por encima del hombro de Máximo, cogiendo nuevamente el lado izquierdo del libro y observando el título mientras hacía ademán de cerrarlo.

—Pensaba que ya te habías ido.

—Llevo un rato por aquí, pero no te había visto.

Máximo, al escuchar la voz femenina, giró el rostro y con él, su cuerpo.

—¡Catalina! —Dijo Máximo con un semblante de felicidad instantánea.

—¡Hola! —Dijo con una gran sonrisa la joven mientras agitaba la mano para que bajase la voz.

—Perdona. Pensaba que eras Benedicto.

Catalina se sentó en el mismo banco que Máximo, pero con cierta distancia.

—¿Quién?

—Mi mentor. Seguro que os habéis cruzado porque acaba de marcharse hacia la villa.

—Pues no. No he visto pasar a nadie. —Dijo atónita Catalina, pues llevaba un rato por los pasillos y no vio pasar a nadie.

—Pues ha... —se extrañó Máximo, señalando hacia la puerta—. Ha salido hace uno o dos minutos como mucho.

—No me habré fijado, qué raro.

Ambos quedaron extrañados durante un par de segundos. Máximo porque no entendía que no se hubiesen cruzado y, Catalina, porque no entendía a quién se refería, pues no había visto pasar a nadie.

—Romeo y Julieta. —Dijo Catalina, rompiendo el silencio—. Es muy bonito, seguro que te gusta.

—¿Lo has leído?

—Por supuesto. Lo donó el Duque de Uceda hace pocos meses entre otros tantos libros que hay aquí.

—Parece que está muy bien. Llevo poco, pero lo que llevo...

—Sí. Es una historia de amor imposible por sus familias y los intereses de cada una. —Dijo Catalina, transformando el rostro feliz con el que llegó a un rostro melancólico—. A veces siento que soy Julieta.

Máximo se tocó el corazón. Al escuchar que se sentía Julieta, sintió un fuerte latido en su interior. Parecía una indirecta, aunque todavía por confirmar.

—¿Por qué? —Se interesó Máximo.

—Porque es una doncella que no tiene poder de decisión en su vida. La quieren casar con un joven aristocrático para tener una vida fácil y feliz.

Catalina iba haciendo gestos con las manos, aspavientos que denotaban indignación con aquello que contaba.

—Sabiendo que no iba a ser feliz... —Añadió Máximo, sin siquiera haber llegado a ese punto en el libro.

—Sí. Al final importan más las apariencias que la realidad.

—¿Y eso es lo que quieren de ti?

Catalina desvió la mirada y arqueó las cejas en señal de frustración. Su postura corporal cambió radicalmente, poniendo el costado derecho sobre el respaldo del banco. Aun así, se

encontraba cómoda de estar allí con Máximo.

—Parece ser...

—Con Leonardo... —Se atrevió a descifrar Máximo.

Catalina miró a los ojos a Máximo poniendo cara de extrañada.

—¿Cómo sabes tú eso? Nunca lo había contado a nadie.

—Alonso me lo ha dicho antes de la misa.

—Siempre ha sido muy de hablar este chico.

Catalina guardó silencio durante unos segundos. Máximo, mientras tanto, no podía parar de mirar el rostro de la joven. Una mirada que reflejaba, a través de sus ojos, una mirada romántica y de amor. Finalmente, Catalina rompió aquel breve silencio.

—Yo no quiero casarme con ese señor.

—¿Y por qué lo haces?

—La pregunta sería por qué me lo hacen hacer.

Máximo entonó aquella pregunta que afirmaba Catalina.

—¿Por qué te lo hacen hacer?

—Por ser mujer. No tenemos el poder de decisión que tenéis los hombres. Vosotros elegís, nosotras sucumbimos.

—Puedes negarte.

—¿Negarme? —Preguntó retóricamente Catalina—. Hay demasiados intereses detrás para que eso no pueda ocurrir.

—Tu padre...

—Mi padre. O mejor dicho, mis padres. Toda su obsesión es verme casada y viviendo bien. No quieren que tenga una vida pobre como tuvieron ellos cuando me tuvieron a mí. Y tal vez que han tenido hasta que mi padre fue ganando galones en el ejército.

Por sorpresa, Máximo echó una mano a los padres de ella.

—Supongo que eso es algo que querría cualquier padre.

Hasta Catalina se quedó estupefacta de aquella frase.

—Me gustaría elegir mi vida. —Aseguró Catalina.

—¿Pero estás ya prometida con él?

—No. Todavía no. Quieren hacer una cena para formalizarlo.

—Todavía estamos a tiempo entonces.

El subconsciente falló a Máximo. Catalina fue ahora la que sintió el fuerte latido de su corazón. Se había dado cuenta.

—Ojalá. —Espetó Catalina.

Un latido fuerte golpeó nuevamente el pecho de Máximo. No había dicho que no, pero Catalina se adelantó a su contestación.

—Pero ya no hay vuelta atrás. Si me negase correría peligro mi propia vida. Mi padre tendría problemas como sargento mayor y mi madre tendría que aguantar a mi padre...

—Tú no puedes cargar con las decisiones o intereses de tus padres.

—Esta es mi realidad.

La historia cada vez era más parecida a *Romeo y Julieta*, con ciertos tintes también a *La Celestina*.

—Podemos huir. —Dijo Máximo, invadido de un subidón de testosterona y adrenalina.

Catalina sonrió, tocando el rostro de Máximo.

—No llegaríamos ni a la esquina.

—Podemos probar. Yo no quiero ir a la guerra y tú no quieres casarte con ese indeseable.

Catalina, que escuchó aquellas palabras con atención, se levantó del banco y caminó hacia la puerta despidiéndose de Máximo.

—Me tengo que ir. —Dijo con semblante triste—. Será mejor dejarlo aquí. Tal vez en otra vida nos volvamos a encontrar y allí si podemos dejarnos llevar.

Tras aquellas palabras, Catalina caminó hacia la salida de la biblioteca y, mientras lo hacía, Máximo se puso en pie y orientó su cuerpo hacia Catalina.

—¿Y si nos vemos esta tarde en el río? —Propuso Máximo.

Catalina se giró hacia el chico. Quería, pero tenía miedo.

—Es arriesgado. Nos pueden encontrar y será peor para ti.

—Romeo lo intentó. —Dijo un confiado Máximo, sabiendo que era su última oportunidad—. Te espero cuando al sol le quede poco para ponerse.

Catalina miraba fijamente a Máximo. Quería ir, pero las circunstancias no se lo permitían. Miedosa, se encontraba en una situación de total incertidumbre.

—No sé si podré ir.

—Yo estaré allí esperando. Si no apareces, no pasará nada. Julieta dijo lo mismo.

Catalina dio varios pasos encaminados a Máximo. Mientras, él esperaba quieto junto al banco.

—No quiero que te pase nada por mi culpa. Si nos ven juntos, son capaces de matarte.

—Yo no tengo nada que perder. Estoy en una ciudad que no quiero, viviendo una vida que no quiero y aceptando una situación que no quiero aceptar. —Dijo Máximo, comenzando así a abrir su corazón ante su amada.

Tras aquellas palabras, Catalina sonrió como una enamorada y caminó más rápido hacia Máximo, llegando a él y dándole un abrazo.

—Es una locura todo esto. —Apuntó ella.

—La vida es para los locos.

Ambos seguían abrazados, mirándose a escasos centímetros de unir sus labios.

—Veré como puedo arreglármelas para ir. —Dijo Catalina, acercando sus labios hacia los de Máximo.

En ese momento, justo cuando los chicos iban a darse el primer beso, sonó un fuerte estruendo en el pasillo, lo que hizo que ambos se separasen bruscamente.

—Me tengo que marchar.

—Sí, claro. Nos vemos después.

Ambos se despidieron desde la distancia. Máximo, con cara de un joven al que la flecha de Cupido había atravesado el corazón, y Catalina, con una sonrisa que dejaba en ella un rostro invadido de sentimientos de amor que iluminaba, por un momento, una futura vida oscura. El amor había llegado a Toledo, y desde luego, no para marcharse rápidamente.

CAPITULO 7. ¿CABEZA O CORAZÓN?

- ¡Sacad el cuerpo de ahí! —Exclamó una voz desconocida.
—No podemos entrar, señor. Es un suicidio. Nos van a matar a todos.
—¡Puede que siga con vida! —Volvió a exclamar aquella voz.

El cuerpo se encontraba en mitad del campo de batalla. Ambos ejércitos, tanto los tercios como los holandeses, pasaban sobre él mientras se retorció de dolor. Angustia, tristeza, adrenalina y un sinfín de sentimientos invadía la mente de Máximo. Así, con los ojos inyectados en sangre, tal vez por colarse en ellos la sangre derramada por aquellos holandeses ajusticiados en nombre del imperio, teñían el rostro de Máximo entre un tono rojizo y negro que descendía por todo su rostro y manchaba el uniforme militar —o lo poco que quedaba de él—. Por un momento, su personalidad pacífica y contenida se había apagado para dar a luz a una personalidad siniestra y temida por aquel que se ponía delante de él. Rencor, venganza y odio. Si hubiese que anotar lo que sentía Máximo, no habría otros tres adjetivos que definiesen mejor el momento. Allí, combatiendo con la espada como si del *Cid Campeador* se tratase, intentaba llegar a aquel cuerpo herido que se encontraba a escasos metros de él. Allí se retorció de dolor su amada Catalina.

—Máximo, no entres. No hay nada que hacer. —Dijo Jaime, a voces, a pesar de estar a escasos metros de él.

—No te estoy pidiendo que me acompañes. Tengo que sacarla de ahí.

Máximo, empuñando la espada y recogiendo un escudo que había sobre aquel césped verde, teñido por la humedad que dejaba la niebla espesa que, además, estaba sirviendo al ejército holandés para la ofensiva, se dispuso a entrar en el grupo. Mientras, Carros, superado por la situación tras el choque de sentimientos que invadía su cabeza, —pues la responsabilidad de que Catalina estuviese herida pasaba únicamente por él—, le había dejado por un momento fuera de combate ante la atenta mirada de sus superiores. Hasta que minutos después, recobrando el sentido, apoyó a Máximo.

—Voy contigo. —Añadió Carros, apoyando su mano izquierda en el hombro derecho de Máximo en señal de confianza.

—¡Vamos!

Máximo, al ver el apoyo de Carros, dio una palmada en la tripa de este y comenzaron a correr juntos.

Los dos se adentraron por el flanco izquierdo, que era por el que menor cantidad de gente enemiga se encontraba en ese momento. Ninguno perdía de vista el objetivo. Tenían que llegar ellos dos solos hasta el cuerpo. Para ello, Máximo y Carros, a un metro de distancia y cubriendo cada uno un flanco de ataque, fueron derrochando la adrenalina a través de espadazos y, con ello, sin descuidar la defensa con el escudo, ejercieron una ofensiva más propia de una película que de una historia real como la que estaban viviendo. Poco a poco iban acercándose, viendo con mayor

nitidez aquel rostro que pedía clemencia y, a la vez, miraba a los ojos de Máximo desde la distancia, como si la salvación dependiese de que él llegase allí, donde empezaba a yacer. En medio del avance, matando a todo holandés que se interponía en el camino, apareció Luis, permitiendo que, gracias al arcabuz recogido del suelo, pudieran avanzar más rápido. Máximo se adelantó gracias a ello, defendido en todo momento por Carros y por las balas de Luis. Así, llegando finalmente a la altura de Catalina, Máximo se agachó para socorrerla. Levantando su cuerpo con los brazos, echó a correr con ella. Pero aquello duró muy pocos metros, pues el joven fue alcanzado por una espada que impactó contra su costad izquierda, siendo extraída al segundo y recibiendo un segundo y tercer espadazo. Allí...

Sobresaltado. Máximo se despertó nuevamente agitado por otra pesadilla, empapado de sudor y con el corazón acelerado en latidos que parecían más bien pinchazos. Otro sueño perturbador que generaba la angustia y el miedo a que fuese una futura realidad. Así, con la tensión todavía en el cuerpo encharcado de sudor, con las piernas temblando y el corazón palpitando sobre su pecho como si fue a salirse de él, Máximo dio un salto de la cama para acercarse a la ventana del salón. Se había quedado dormido y tenía la cita con Catalina. Aquellos nervios se dispararon mientras salió disparado de la habitación hacia el salón con el fin de mirar el reloj de sol que había en aquella plaza.

Faltaban veinte minutos. Tan solo veinte minutos para comprobar si Catalina acudiría a su cita o no. Si acudía, significaba que quería conocerle y empezar una historia de amor prohibida, peligrosa, donde Benedicto ya le había aconsejado pensar con la cabeza y no con el corazón. Mientras que, si no acudía, significaría su resignación ante un hecho con el que no podría luchar, donde finalmente Catalina no lucharía por su libertad y elegiría una vida cómoda, de interés por su familia y de un secuestro de vida con un hombre que no quería y que no conocía. Nadie sabía de la cita, tan solo ellos dos.

El joven comenzó a vestirse lo más elegante posible para poder impresionar a Catalina. Por ello, cogió una camisa de lino de color negra, elegante, con numerosos botones que caían seguidos y en línea descendente de color dorado que acompañó con un pantalón de estilo veneciano que compró su padre en un viaje a la ciudad. El color marrón, con otros tantos botones en el comienzo superior central del mismo y que descendía la tela hasta mitad de la rodilla, terminaba con una especie de media azul marina y unos zapatos negros oscuros, de estilo militar, con cordones en la parte del tobillo. Así, para cerrar la elegancia con la que se había preparado, Máximo usó una especie de colonia que tenía Luis para terminar de arreglarse. Todo estaba perfecto. Listo para la conquista.

Los minutos iban pasando y Máximo salió de la casa dirección al río. Allí, si todo iba bien, estaría esperando a la llegada de Catalina. El cielo estaba despejado, con el sol todavía iluminando la ciudad, dejando incluso un brillo especial al ambiente. La temperatura era buena a pesar de estar a finales de noviembre, acudiendo el chico con una especie de abrigo en forma de chaleco para frenar el fresco que traía el viento. Los árboles zarandeaban las hojas amarillentas que todavía colgaban de las ramas y dejaban, a su vez, caer otras tantas que permitían dar otro tipo de color a las calles, cayendo también sobre aquella agua cristalina que corría felizmente por el río buscando su desembocadura cientos de kilómetros más lejos de allí. Máximo, atravesándolo felizmente por las piedras que permitían el paso, miraba hacia atrás de vez en cuando para ver si había alguien que le siguiese o viese pasar por ahí, pues acudía al punto donde

se encontraban todos los amigos, aunque esa tarde no había nadie.

Mientras tanto, Catalina rebuscaba en el armario en busca de una ropa que pudiese hacerla pasar desapercibida entre toda la gente y poder llegar al río disimulando frente al resto. Al ser de familia alta, su vestimenta siempre iba contraria a la corriente popular, por lo que vestir con ropa de su armario solo haría poner en peligro el plan. Por ello, tras rebuscar en el armario y en el desván de la casa donde la familia guardaba cajas y cajas de ropa vieja, Catalina decidió usar una basquiña negra, ciertamente escotada y muy usada por las clases populares de la época. Con longitud hasta las rodillas, con pliegues a la altura de la cadera, haciendo una especie de vuelo, terminaba de completar su atuendo a través de unas mangas blancas que cubrían todo el brazo, permitiendo así abrigarlo y evitar el frío de la calle. Así, con un atuendo que disimulase, la joven se dispuso a salir de la casa, sin olvidar el manto por encima de la cabeza, de color blanco, que conjuntaba con las mangas que caía desde la cabeza hasta la altura del pecho. Había que pasar, por tanto, desapercibida.

Mientras, Máximo, que ya se encontraba en el lugar de la cita, iba retirando las hojas que habían ido cayendo de los árboles y que tapaban las piedras que usaban de banco. Quería tener todo perfecto y que no se pasase por alto ningún detalle. De hecho, había llevado una especie de bollería rellena de chocolate que vendían en una tienda de la ciudad para poder merendar. Lo tenía todo bien atado, quería que saliese perfecto. Catalina, por su parte, iba intentando sortear a la gente que se cruzaba por su camino hasta que se dio de bruces con la peor persona posible en aquel momento, Leonardo.

—¿Dónde estás yendo?

Catalina quedó paralizada al escuchar la voz de Leonardo por su espalda. Del susto, soltó la bolsa que llevaba cogida del brazo.

—Estoy yendo a hacer unos recados.

—¿Con esas pintas? —Dijo Leonardo—. Me dan ganas de tirarte algunas monedas.

Aquel clasismo hizo que Catalina arquease las cejas, desviando los ojos hacia otro punto con tal de no mirarle.

—No creo que sea necesario ir de gala a comprar comida.

Leonardo miró fijamente a Catalina.

—Eres muy respondona.

—Soy lo que soy. —Se anticipó ella.

—Esta noche cenaré en tu casa. ¿Te lo ha dicho tu padre?

Catalina quedó callada. Nadie había dicho que hoy tenía que cenar con este hombre y, mucho menos, cuál sería el motivo para ello. La joven comenzaba a temerse lo peor, hoy la pediría matrimonio delante de su familia.

—No sabía nada. —Dijo, mostrando desagrado en el rostro.

—Puedo acompañarte a comprar y compartimos un rato para ir conociéndonos mejor.

—No, gracias. Prefiero ir sola.

—Está bien. —Dijo con tono enfadado—. Ya tendremos tiempo de ir a comprar juntos.

Catalina sentía la tensión en el ambiente. Leonardo parecía que quería retenerla sin explicación ninguna. Se había obsesionado con ella.

—Nos veremos luego. Me tengo que ir.

El mal cuerpo había invadido a la joven que caminaba mirando hacia atrás para corroborar que Leonardo se había marchado. No podía parar de dar vueltas en su cabeza a que su familia la iba a entregar a un hombre que ni siquiera había hablado antes con ella, no se conocían y que todo se debía a los intereses militares, laborales y personales de Carros, que manipulaba la realidad con el discurso de ser la solución a la vida de su hija. Aun así, la joven intentaba olvidar el momento que había vivido para centrarse en la cita que tenía con Máximo, el chico por el que verdaderamente estaba interesada y que, aunque no habían compartido muchas confidencias y que llevaban escasas dos semanas hablando —a escondidas en todo momento—, no impedía que Catalina hubiese comenzado a tener sentimientos hacia Máximo, queriendo compartir más tiempo con él y, sobre todo, que este tiempo que compartían, no terminase. Por eso acudía a la biblioteca incluso fuera de su horario de trabajo, solo por el hecho de encontrarse con él y poder seguir manteniendo conversaciones juntos.

Mientras, al otro lado del río, los nervios iban aumentando en Máximo, que lo expulsaba dando pasos de un lado a otro mientras intentaba controlar la respiración. También, Máximo miraba el lugar que ocupaba el sol en el cielo para hacerse una idea de la hora que podía ser. Catalina llegaba tarde. Aquella conversación con Leonardo, a pesar de ser breve, la había retrasado. Por eso, la joven intentaba apresurarse, llegando al fin a la cuesta que conectaba al río y faltando únicamente el cruce de las piedras para llegar al lugar de la cita. De hecho, mientras descendía la cuesta, veía aquella explanada a lo lejos con una sombra negra que se movía de un lado a otro, sabiendo que aquella persona que esperaba, ansiosa por los pasos rápidos que daba, era Máximo. La sonrisa nerviosa hizo aparición en su rostro. Catalina estaba ilusionada de poder llevar a cabo su primera cita con Máximo y ser libre durante unos minutos. Y es que la joven quería arriesgar. Algo en su interior decía que aquel chico era el indicado y, aún a sabiendas de que su vida se iba a complicar y dar un vuelco de ciento ochenta grados, quería tomar las riendas de su vida y elegir quién sería su verdadero amor. Unas riendas que volvían a ponerse en peligro tras escuchar otra dichosa voz por detrás.

—¿Catalina?

La joven se dio la vuelta de manera abrupta.

—Papá...

Catalina no se podía creer aquello. Su padre estaba detrás y ella a escasos metros de su cita.

—¿Qué haces por aquí? —Dijo Carros, extrañado—. Y con esas pintas...

—Voy a coger unas hojas para decorar la biblioteca.

Catalina estuvo astuta, aunque no utilizando la mejor estrategia posible.

—¿Hojas?

—Sí. La biblioteca no tiene ninguna decoración y había pensado poner algunas hojas...

Carros se encontraba desconcertado, pero nunca dudaba de su hija.

—¿Por eso vas vestida así?

—Claro. No voy a mancharme un vestido por coger hojas.

Carros movía la cabeza en señal de entender aquella acción. También aprovechó para informar a su hija.

—Hoy viene Leonardo a cenar. Tienes que estar preparada.

—Sí, claro. Allí estaré en un rato y me arreglaré.

Catalina puso voz de sumisión mezclada con felicidad —falsa—. Quería disimular todo lo posible. Mientras tanto, Carros, señaló al suelo con la mano.

—Mira, aquí tienes un montón de hojas en el sumidero.

Catalina bajó la mirada observando la gran cantidad de hojas que había allí. Su estrategia se venía abajo. La cita estaba en peligro.

—Prefiero coger de abajo. Tú vete y ahora te cojo por el camino.

Carros frunció el ceño.

—Vamos Catalina. Tenemos prisa. Coge las hojas de ahí y vámonos. La cena de hoy es muy importante.

—Pero...

—Pero nada. Además, decorar una biblioteca con hojas secas caída de un árbol...

El rostro de Catalina cambió radicalmente. La sonrisa nerviosa se transformó en una boca arqueada hacia abajo en señal de tristeza. Los párpados descendieron hasta la mitad de su recorrido. La tristeza invadió su rostro por completo.

—¡Venga! —Decía Carros, metiendo prisa a Catalina.

La joven observaba a lo lejos la sombra negra de Máximo que se movía de un lado a otro, seguramente por los nervios de estar esperándola y que no llegase. Tan cerca y tan lejos. La vida había puesto su primer impedimento serio a los dos.

—Ya está. Esto es suficiente.

—Vámonos.

Padre e hija marcharon hacia casa. Catalina desviaba la mirada hacia atrás, disimulando el buscar algo, mientras que lo único que hacía era ver como se alejaba de Máximo, dejando al chico allí, dando vueltas sobre sí mismo mientras miraba la orientación del sol.

El paso de los minutos iba transcurriendo mientras Máximo veía como el sol comenzaba a ponerse. Era el momento y Catalina no llegaba. Los ánimos empezaban a tornarse hacia el desánimo. El chico se sentó en uno de los bancos, poniendo los codos sobre las rodillas y el rostro sobre las manos. Pateaba con la pierna derecha las hojas que habían caído amontonadas delante de la piedra cuando las limpiaba. Para Máximo, Catalina había decidido quedarse con Leonardo y la buena vida que la esperaba junto a él, algo que comprendía a la perfección comparando los estilos de vida que tendría la chica. Me voy a casa, pensaba mientras seguía pateando las hojas para posteriormente tirar una piedra sobre el río. ¿Y si viene y me he ido? Se preguntaba el joven para intentar autoconvencerse de seguir esperando. El sol comenzaba su acercamiento sobre las montañas que lo ocultarían en cuestión de diez minutos, perdiéndose tras ellas hasta el día siguiente, mientras la luna y la oscuridad se cernían sobre él. Máximo, finalmente, decidía irse, con semblante serio y triste, hacia casa, donde sus amigos esperaban ansiosos su llegada.

—¿Cómo fue? —Dijo un entusiasmado Luis.

—No ha aparecido.

El rostro de los dos amigos cambió de alegría a resignación. Compasivos, se acercaron a Máximo para animarle.

—No te preocupes Máximo. Hay muchas mujeres.

—Eso es.

Máximo se sentó en una de las sillas del salón junto a sus amigos. Jaime prendió la leña de la chimenea debido al frío que comenzó a hacer aquella noche.

—Sentía ilusión, algo dentro de mí dice que es la indicada.

—Las ilusiones también son perjudiciales. —reflexionaba Jaime.

—¿Por qué? —Replicaba Máximo, buscando algo que le consolase.

—Porque cuando estamos ilusionados con alguien solo vemos lo positivo. No tienen defectos. Son perfectas.

Luis asentía a las palabras de su fiel amigo.

—Y que ese amor es muy complicado. No tenéis nada que ver en cuanto a vida.

Máximo reflexionaba sobre aquellas palabras.

—Esto ya lo he vivido en la villa.

—¿El desamor?

—Sí.

—Como todos. Todos pasamos por esto y aprendemos. La vida son experiencias. —Decía Jaime, al que se le veía experimentado en el tema.

Jaime intentaba animar a su amigo.

—Yo tenía novia antes de venir aquí. Sé lo que se siente.

—¿Y qué pasó cuando viniste? —Preguntó Máximo.

—También era un amor imposible, como el tuyo.

Tanto Máximo como Luis prestaron atención a la historia que contaba Jaime.

—Sí, alguna vez me has contado la historia. —Dijo Luis.

—Pero yo no la sé. Cuéntamela...

—Se llamaba Fátima. Era musulmana. Muy guapa... —Comenzaba describiendo Jaime—. Congeniamos muy bien desde el principio. Hablábamos por cartas, a distancia. Sus padres no querían que ella se juntase con un cristiano y los míos...

—No está bien vista la mezcla racial. Desde los Reyes Católicos ya sabéis... —Apuntó Luis.

Máximo interrumpía para conocer todos los detalles.

—¿Y qué pasó?

—Cuando estuvimos juntos, todo fue genial. Las tardes eran maravillosas. Me sentía como un niño. Hablar con ella me tranquilizaba e intentaba mandar cartas cada dos por tres. Íbamos hasta el buzón del otro para dejarla y nos respondíamos así durante todo el día. Terminaba hasta con agujetas de tanto caminar. —Los amigos estaban expectantes y Jaime se emocionaba por momentos—. Pero hubo un día que me escribió que no quería seguir. Sus padres nunca lo permitirían...

—¿Y qué sentiste?

—Mucha tristeza. Todavía me acuerdo de ella muchos días.

—No teníais ya contacto desde entonces, ¿no? —Preguntó Luis.

—Hubo un día que discutimos y todo se terminó. La busqué, pero ya nunca volví a saber nada más de ella.

Máximo pasó la mano por la rodilla alejada de su amigo. Entendió que su desengaño amoroso, aunque no había sido un desengaño real, lo habían vivido otras personas.

—¿Y tú Luis?

Los amigos siguieron así una conversación de confidencias.

—Yo sí tengo pareja. —Dijo Luis, con unos ojos abiertos como platos y brillantes mientras lo decía—. Se llama Luisa.

—La típica historia de amor con guerra de por medio. —Apuntó Jaime.

—Algo así. Nos comunicamos también por cartas, pero con la demora que tiene se hace difícil.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Dos años. Cuando me destinaron aquí prometimos que si volvía, nos casaríamos.

Los amigos se rieron ante la ternura del momento.

—Nos vamos de boda. —Dijo Máximo, con un estado de ánimo más positivo.

—Nos casaremos en Madrid. En la finca de su tío que tiene diez hectáreas. Allí prepararemos un convite enorme.

—¿Cómo os conocisteis?

—En esa finca. Nos conocemos desde pequeños porque nuestros padres son íntimos. Paseábamos en caballo desde que éramos bebés. —Dijo Luis, con el cuerpo echado hacia delante mientras contaba la historia, ilusionado—. Lo que me preocupa es el futuro.

—¿Qué futuro?

—En unos meses puede que me maten. Puede que lo pierda todo...

El grupo hizo silencio ante aquella frase. Tal vez era mejor acudir a la guerra sin lastres amorosos para evitar la presión de perder algo importante.

—¿Tienes miedo?

—Tengo miedo de que sufra por mi culpa. Y entreno todos los días para evitar morir. Pero no por mí, sino por ella.

—Eres una gran persona. —Dijo Jaime a su amigo.

Los chicos se empezaron a mirar entre ellos tras haber contado las historias. Se habían desnudado entre ellos. La amistad que tenían se había convertido en un pilar esencial para todos ellos.

—¿Cabeza o corazón? —Dijo Máximo, rompiendo el silencio—. ¿Qué elegisteis o elegiríais?

Ambos amigos pensaron fríamente la respuesta.

—Corazón. —Dijo Luis.

—En mi caso fue cabeza. —Sentenció Jaime.

—¿Y tú? —Preguntaron a la vez los dos amigos.

Máximo, reflexivo y pensando la respuesta, acordándose de la conversación que tuvo con Benedicto en la biblioteca, se aventuró a dar la respuesta.

—Yo, hace dos horas hubiese elegido corazón.

—¿Y ahora?

—Cabeza.

Mientras esta conversación se llevaba a cabo entre los amigos, a unas cuantas calles de la casa se estaba fraguando una historia completamente distinta. Catalina se encontraba en un callejón sin salida. No había comenzado la cena, —ni siquiera había llegado el invitado—, y ya estaba con el ceño fruncido, las facciones caídas, al igual que los párpados que pesaban sobre sus ojos. Ella sentía que aquella cena era una encerrona. Carmen, muy pendiente del rostro de su hija, intentaba rebajar la tensión de esta en todo lo posible con el fin de que la cena saliese lo mejor posible. Carros, nervioso también por cómo se fuese a fraguar aquello, intentaba animar la situación en casa.

—Tienes que alegrar la cara Catalina.

La chica hizo una mueca sonriente a la par de irónica, la cual fue detectada rápidamente por su padre. Mientras, Carmen intentaba colocarle el vestido de encaje negro con rayas doradas.

—Solo viene para conocerte.

—¿Para conocerme? —Dijo Catalina—. ¿Acaso yo he pedido conocerle?

—Es lo mejor que puede pasarte en la vida. Muchas mujeres pelearían por tener la

oportunidad de conocer a este hombre.

—Solo es un médico de los tercios.

—Es un héroe nacional. —Dijo Carmen, echando una mano a su marido.

Catalina se dio la vuelta mirando a sus padres para entonar la pregunta del millón.

—¿Tanto os ofrece para querer casar a vuestra hija con un hombre que no conoce de nada?

El matrimonio se miró a los ojos. Los intereses familiares que había eran muy grandes, o al menos eso pensaban ellos.

—A todos nos va a ir bien. Todos vamos a salir ganando.

En medio de aquella frase, sonó la puerta principal. Los nudillos de Leonardo se clavaban ferozmente en aquella puerta. Carros salió de aquella habitación para abrir la puerta, quedándose madre e hija solas.

—No te va a pedir matrimonio, estate tranquila. —Aventuró Carmen.

—¿Entonces a qué viene?

—No lo sé. Imagino que a conocerte más. Nunca habéis hablado... —Dijo Carmen, en tono de confidente—. Comportate y ya veremos que se nos ocurre.

Catalina notó como la sangre volvía a recorrer su cuerpo. Parecía que Carmen tampoco apoyaba aquello y estaba siendo una confidente con ella. Su madre estaba de su parte.

—Pero si tú tampoco quieres esto... ¿Por qué me fuerzas?

Carmen se levantó del suelo al estar arreglando el bajo del vestido. Mirando a Catalina a los ojos, desviando aquella mirada a la puerta para no ser escuchadas, desveló su sentimiento real.

—Porque somos mujeres. —Dijo con voz entrecortada—. ¿Tú de verdad piensas que quiero casarte con este ser? Yo también veo sus actitudes, y no me gustan nada.

—Pues tendremos que rebelarnos de una vez, mamá.

Carmen miró a los ojos a su hija, los cuales se encontraban brillantes al ver que estaba de su lado.

—Esto es un mundo de hombres. Todo lo deciden ellos.

—¿Y qué?

La resignación hizo aparición en Carmen.

—Vamos a cenar. —Dijo, pensativa.

Madre e hija salieron de la habitación. Catalina comenzó a bajar las escaleras con un vestido negro ajustado, de encaje, con un escote elegante rodeado de rayas doradas que iban rellenando la parte central del vestido. Por la espalda, numerosos botones recubiertos de cuero que daban mayor elegancia y sostenían todo el vestido que descendía hasta la altura de las pantorrillas, las cuales se terminaban de recubrir con unas mallas doradas que llegaban a los zapatos negros. Al otro lado de la escalera se encontraba Leonardo, el cual acudió con un traje formado por una camisa blanca con botones y cuello alto que se unía por la cintura con un pantalón beige con cremallera. Sobre ello, una chaqueta negra con cuello bordado con un botón en cada lado y, en la parte inferior, con dos bolsillos, que contaban con botones de adorno. A ello, se terminaba con unas botas altas, negras y de cuero. Finalmente, en la mano derecha sujetaba un bastón y en la mano izquierda, un sombrero.

—Encantado de saludarle, señor Carros. —Dijo educadamente—. Y a las dos damas que por aquí se acercan.

Madre e hija se miraron, cómplices. Sabían cada una que tenían que disimular y pasar ese trago lo mejor posible.

—Un gusto volver a verle. —Insinuó Carmen.

—Un placer... —Dijo Catalina, extendiendo la mano como una dama de cuna.

Leonardo, cogiendo la mano de Catalina y acercando su boca para besar —caballerosamente — su mano, se atrevió a dar una vuelta a Catalina, observando el vestido y la forma que le hacía su cuerpo.

—Muy bella.

—Ha sido gracias a mi madre.

—Le estábamos esperando. —Se sumó Carros a la conversación—. Pasa por aquí y charlemos.

La familia al completo pasó a aquel salón decorado con diferentes cabezas de animales disecados, como eran: ciervos, gacelas, incluso un león. Carros era amante de la caza, algo que a Leonardo le apasionaba.

—Buen gusto, señor Carros.

—No me llames señor, Leonardo. Nos conocemos desde hace muchos años ya.

Leonardo sonrió al escuchar la misma frase que él le replicó en la ceremonia.

—Siempre hay que ser caballeroso, más siendo la primera noche en la que conozco a su hija.

—Ya nos hemos visto más veces...

Aquella frase fue afeada por Carmen que intentaba pasar aquel evento de la mejor manera posible.

—¿Y cómo es que un hombre tan famoso como usted no está casado? —Preguntó Carmen, cogiendo asiento.

—Un hombre que vive en la guerra no puede permitirse tener una familia. Ahora, con la idea de retirarme de ellas, pretendo crear un linaje.

El hombre se sentó en aquel sofá de cuero de clase alta. Recostado, con una pierna cruzada sobre la otra de manera caballerosa y con el codo del brazo derecho apoyado sobre la cabeza del sofá, miraba atentamente a Catalina, creando incluso incomodidad en ella.

—Es sorprendente. Tendrá muchas pretendientas.

—Pero interés en una de ellas, doña Carmen.

Catalina arqueó las cejas y echó un resoplido suave. Carros, por su parte, envió una mirada a su hija penetrante.

—Catalina, trae agua al señor.

Catalina se levantó de la silla donde se había sentado y marchó a la cocina. Junto a ella, su madre, quedándose en el salón Carros y Leonardo, los cuales se acercaron a una especie de balcón que tenía la casa. Leonardo sacó una especie de tabaco.

—¿Quieres probarlo?

—No, gracias.

—Es muy bueno. Es tabaco asiático.

—Preferiría que no.

Leonardo se encogió de hombros y asumió la respuesta.

—Es muy guapa tu hija. Eso sí, parece guerrera.

—Sí. —Dijo Carros, escueto.

—Algo tendremos que hacer con eso...

Carros desvió la mirada. Por un momento se había sentido mal al escuchar aquella frase.

—Es así y la queremos con su forma de ser. Es buena niña.

—No dudo que su educación es exquisita. Pero esas contestaciones no son propias de una buena mujer.

Carros comenzaba a sentirse violento. Respiraba y pensaba en el devenir que le esperaba de llevarse a cabo aquel matrimonio.

—Dejémoslo estar así. Hablaré con ella para que podáis concertar una cita.

Leonardo asintió al escuchar aquello.

—Tendremos mucho tiempo para hablar sobre esto. —Dijo, avisando de que aquello no le gustaba realmente—. Tengo otra cosa que decirte.

—Soy todo oídos.

—Hoy he estado hablando con el círculo más cercano del rey.

Leonardo dijo aquello con el fin de demostrar su poder. Carros, inteligente, quiso aprovecharlo.

—¿Algo que pueda saber?

—Por supuesto. Ya tenemos destino para la guerra.

—¿No lo ibas a dejar?

Leonardo resopló mientras movía el tabaco de un lado a otro.

—Es mi intención. Pero no se puede dejar algo de un día para otro. ¿Tú hubieras podido hacerlo en tus guerras?

—La verdad que no.

—Vamos a ir a ayudar a nuestros hermanos en Breda. Estos holandeses no cesan y llevan desde agosto amotinados.

—¿Vamos?

—Claro, Carros. Tú vienes como sargento mayor a la guerra.

—Pero...

Leonardo interrumpió a Carros.

—Vas a volver a ir a una guerra. ¿Estás contento?

—Por supuesto. Pero, ¿Quién ha decidido eso?

—El propio Felipe IV. Quieren probarte para ver si pueden ascenderte a maestre de campo...

La felicidad invadió a Carros.

—Sabes demasiadas cosas.

—Siempre hay que estar bien rodeado, amigo. —Confesó Leonardo—. O mejor dicho, ¿suegro?

Carros comenzó a sospechar algo al respecto. Llevaba años sin ir a una guerra y su cometido era la de acoger a nuevos soldados para acudir a las guerras.

—Seguro que algo tienes que ver en todo esto.

Leonardo esbozó una pequeña sonrisa.

—Puede ser. —Dijo, llevándose el tabaco a la boca.

—Y querrás algo a cambio. No sueles trabajar en balde. Nos conocemos.

Leonardo volvió a dar una calada al tabaco. Guardó silencio durante unos segundos mientras observaba aquellas calles.

—Quiero conocer a tu hija. Que se acerque a mí y quién sabe... tener una futura familia.

—No tengo tan claro si mi hija estará dispuesta a casarse. Está muy reticente.

—No sé si has entendido lo anterior, Carros. Te he propuesto ir a la guerra e insinuado ser maestre de campo. Tu sueño de cuando éramos jóvenes.

—¿Por mi hija?

—Por conocer a tu hija...

—¿Conocer?

—Ya me entiendes.

Mientras tanto, en la cocina, madre e hija seguían charlando de modo confidencial entre ellas, ajenas a lo que se mercadeaba en el salón.

—Llevas todo el día con cara muy triste. ¿Te preocupa algo más?

—Si te cuento una cosa, ¿te enfadarás?

Compasiva, Carmen abrazó a su hija.

—Por supuesto que no.

—Hace unas semanas conocí a un chico soldado. Algunas veces nos hemos cruzado y he empezado a tener sentimientos hacia él.

A Carmen le dieron vueltas los ojos al escuchar aquello. Asombrada, se apoyó en aquella mesa, desestabilizando los vasos y cayendo agua sobre ella.

—¿Quién es? —Dijo atónita—. ¿Habláis mucho?

—Algunas veces al encontrarnos por los pasillos. Es un chico culto, inteligente... Me gusta y quiero conocerle más, pero...

—¿Pero...?

—Hoy teníamos una cita y papá me descubrió yendo.

Carmen se echó las manos a la cara.

—¿Lo sabe?

—No, no. —Dijo Catalina, para la tranquilidad de su madre—. No llegó a vernos juntos. Pero yo le vi a lo lejos esperándome. Ahora pensará que le dejé plantado.

Carmen entendió a su hija, volviendo a dar un abrazo compasivo a su hija.

—Esta historia queda entre nosotras dos. No le digas nunca nada a tu padre de que yo lo sé.

—¿Pero qué hago?

—Si vas a sufrir, discúlpate y explícale las cosas cuando le veas. Pero ten cuidado, que no te pillen, o los dos tendréis problemas serios.

—¿Tú me apoyarías?

—Eres mi hija. Yo quiero que seas feliz... Pero tendrás que elegir con la cabeza o con el corazón.

—¿Eso qué significa?

—Tú eres una chica inteligente. Sabes a lo que me refiero. Ese amor es imposible.

Catalina quedó ahora callada. Entendía que aquello era imposible, y más teniendo al otro lado de la casa a Leonardo planeando un futuro junto a ella.

CAPITULO 8. SE AVECINA EL INFIERNO.

Los entrenamientos de Felipe comenzaban a dejar unos conocimientos muy útiles para las batallas venideras que tendría que vivir Máximo. Así, las clases de medicina de Leonardo empezaban a asentar una serie de conocimientos que dejaban en él un sentimiento de alegría y satisfacción. Poco a poco, Máximo se estaba convirtiendo en un soldado de los tercios que iba a tener una gran responsabilidad, pues, por un lado, debería de sanar y salvar a todos sus compañeros heridos en batalla y, por otro lado, debería realizar ofensivas y ejercer la defensa frente al ejército holandés. La responsabilidad que ello suponía en un chico de apenas diecisiete años era muy grande, pero Máximo no ocultaba la satisfacción de poder llevar a cabo esa presión con la que iban adiestrándole desde hacía varias semanas.

La mañana del treinta de noviembre de 1624 fue una de las más duras que vivieron los chicos. Felipe, a las órdenes de varios generales, —entre ellos Carros—, habían llevado a los soldados novatos a una incursión por el bosque toledano con el fin de que aprendieran a desenvolverse en la supervivencia a campo abierto, en la defensa del cuerpo a cuerpo y en la orientación espacial. Los tercios ejercían muchos tipos de estrategias en las guerras con el fin de salir victoriosos. Para ello, ejercían diferentes tácticas que iban desde: el asedio de pueblos, la formación de trincheras o, simplemente, esperar a las tropas enemigas para realizar una contraofensiva sorpresa. Otro tipo de técnicas eran las que hacía cualquier soldado en la guerra como era el saqueo de tierras con el que poder comer, el saqueo de viviendas con el que obtener un botín suculento para poder vivir el resto de su vida o simplemente asediar las puertas de la fortificación de una ciudad hasta que esta se rindiera como estaban haciendo en Breda a las órdenes de Ambrosio Spínola. Por ello, el sargento mayor Carros había preparado una especie de simulación real para todos estos soldados con el fin de conocer cómo se desenvolverían en las tierras de Flandes ante la inminente llegada de la guerra.

El bosque consistía en una explanada de varios kilómetros cuadrados donde debían empezar los grupos en diferentes flancos distribuidos de manera equitativa entre todo el bosque. Ocho escuadrones y diez soldados en cada uno. En total, ochenta soldados para un objetivo, conseguir el mayor número de botines. Para ello se habían colocado diferentes pruebas a lo largo de todo el recorrido que debían de superar, siendo el ganador una única tropa. Para ello, debían de conseguir: un botín con comida; dos cajas con armas para defenderse o atacar al enemigo y un botín con las cantidades de cobro de diez soldados, es decir, quien encontrase el botín, cobraría su sueldo, mientras que, quienes no lo encontrasen, no cobrarían hasta marchar a la guerra. Así, cada escuadrón había recibido un papiro con un mapa dibujado donde se indicaba el lugar desde donde partían, el lugar donde se encontraba cada botín, y las recompensas que se obtendrían en ellos.

Máximo formaba escuadrón con Jaime, Luis, Alonso, Juanjo y otros tantos soldados novatos que habían comenzado la academia militar con ellos. Los grupos eran a elección de los soldados,

aprovechando así la camaradería y fomentando el trabajo en equipo. Por ello, todos juntos, situados entre diferentes pinos, olivos, rocas y algún que otro animal que les sobrevolaba como podía ser el águila real o que correteaba por allí como el ciervo, comenzaron a estudiar el mapa y a mediar entre ellos para ver qué objetivo localizar primero.

—Tenemos que buscar una de las cajas que contiene las armas. —Dijo Alonso. — A partir de ahí buscamos el dinero.

—Eso es lo que harán todos los escuadrones. Nos cruzaremos los cinco en el mismo punto. —Añadió Luis.

El grupo comentaba las diferentes situaciones que se podrían dar mientras buscaban el mejor método posible.

—Vayamos al punto que vayamos, encontraremos otro grupo. Nos tocará pelear para cualquier botín.

Máximo fue quien dijo lo más sensato. Las pruebas estaban hechas para que tuviesen que pelear con otro escuadrón.

—Sí. Vayamos a por una de las cajas con armas que pone aquí y después a por el botín más cercano. —Dijo Alonso.

El grupo asintió y se pusieron en marcha.

El frío era intenso y los chicos iban muy abrigados para poder soportar los apenas 3°C que hacía en aquel bosque. La situación se había convertido en todo un éxito para los generales que celebraban el clima desde lo alto de un mirador en la montaña. Desde allí supervisaban cada una de las pruebas, no así a los escuadrones, ya que eran tapados por la cantidad de árboles que conformaban aquel bosque. Así, tras unos minutos que fueron otorgaron a los escuadrones para prepararse, Carros dio comienzo a través de unos tambores y trompetas que servían para dar comienzo al entrenamiento.

El grupo avanzaba unido en todo momento y se hacían paso gracias a la orientación de Alonso, que hacía notar el estar familiarizado con estas situaciones militares. Partían así con cierta ventaja, aunque en una guerra eso no te servía de gran cosa si el otro grupo estaba mejor orientado y situado que tú. Este avance era directo, sorteando diferentes desniveles al tener que trepar rocas, descender por caminos senderistas con piedras traicioneras que podían terminar provocando un esguince de tobillo y con ciertas cuestras pronunciadas que sortear.

—¿Escucháis eso? —Dijo Jaime.

El grupo se detuvo en seco. Todos pusieron sus oídos a trabajar para detectar desde donde se acercaba el otro escuadrón.

—Hay un escuadrón cerca. Tenemos que estar cerca del botín de armas. —Añadió Alonso.

Los chicos se dividieron entre los árboles que tenían al frente, ocultándose en ellos para intentar observar al ahora enemigo.

—¿Veis algo?

—Nada.

Alonso pidió bajar el tono de voz a sus compañeros.

—Las voces vienen desde la derecha.

El grupo se orientó hacia aquel lado. Allí, veían sobran acercarse al son de las voces.

—Hay que sorprenderles. —Dijo Luis, en éxtasis de querer hacer bien el trabajo.

—La caja con armas está al frente, detrás de aquellos arbustos. —Apuntó Máximo, observando el mapa que portaba Alonso.

—¿Nos dividimos? —Preguntó Jaime, intentando dar ideas.

—Si nos dividimos podemos perder las opciones. —Aseguró Alonso, tirando de experiencia.

—Sea lo que sea debemos avanzar. Puede llegar otro escuadrón en cualquier momento.

El grupo estaba siendo un grupo. Unos escuchaban a los otros sin juzgar las ideas que se aportasen.

—Hay que distraerlos. —Aportó Máximo.

—Me parece bien. —Asintió Alonso.

—Hay que ponerse detrás de ellos. Con el ruido se pararán y tendrán que pensar el siguiente movimiento. Ahí es cuando siete de nosotros correremos a por el botín de armas.

—¿Cuántos? —Consultó Máximo.

Tanto Alonso como Máximo habían cogido el timón del grupo. Hablaban más como sargentos de guerra que como compañeros. Parecía que la guerra corría por la sangre de ambos.

—Siete.

—¿Por qué siete? —Preguntó Máximo.

—Tres distraen al escuadrón y siete corren desde diferentes flancos.

—Lo veo arriesgado.

—¿Pocos?

—Muchos...

—Tomemos una decisión. Hay que avanzar. Se están acercando. —Dijo Luis, metiendo prisa para la decisión.

Finalmente, el grupo dio por buena la propuesta de Alonso, enviando a tres del grupo por el flanco derecho, bordeando las voces con el fin de que, a través de las pisadas y de la conversación que llevasen, pudiesen distraer e impedir el avance enemigo.

—No sé si hemos hecho bien en dividirnos. —Aventuraba Máximo.

—Hay que avanzar.

Los tres soldados que habían sido elegidos para la distracción eran con los que menos relación habían tenido el grupo de amigos durante la estancia en Toledo. De esta manera, entre ellos, que ya se conocían, podían llevar a cabo de manera satisfactoria el avance frontal hacia el botín de armas. Por ello, encabezados por Alonso, que llevaba al grupo tras él, comenzaron a correr atravesando los diferentes troncos de los pinos mientras dejaban atrás las voces del otro escuadrón, lo cual significaba que la técnica de despiste podía haber funcionado. El primer éxito parecía garantizado. Al fondo de la explanada se veían diferentes cofres donde sobresalían las espadas y donde los escudos se sostenían en el exterior apoyados sobre las maderas del cofre. Los chicos corrieron a gran velocidad, haciendo ver la juventud que corría en sus piernas, llegando finalmente a los diferentes cofres de madera en donde estaban depositadas las espadas, dagas, escudos y un botiquín.

—Perfecto, chicos. Lo hemos hecho muy bien. —Dijo Alonso.

El grupo celebró el primer triunfo. La estrategia del despiste había funcionado.

—Busquemos a los tres compañeros y sigamos.

—Anticipó Máximo.

—No podemos retroceder Máximo. Si no nos quitarán el resto de botines. —Dijo Alonso.

—No podemos dejarlos atrás. Estarían perdidos y nosotros en inferioridad.

—No seremos el único escuadrón que se haya dividido. Es la estrategia que hemos decidido tomar.

—Eso es abandonar a tu tropa. En cualquier manual de guerra se dice que a tu tropa no se abandona. Ningún tercio deja a su camarada atrás.

Alonso y Máximo chocaron en la forma de llevar a cabo los siguientes pasos. Alonso quería continuar dando como bajas a los tres soldados desviados. Máximo, en cambio, quería recuperar efectivos y seguir.

—Cuanto más seamos, mejor. —Añadió Jaime.

—Opino igual. —Se sumó Luis.

Alonso miraba al grupo.

—Si retrocedemos, perderemos el resto de botines.

—Pero si llegamos a ellos vamos a pelear siete contra diez. —Apuntó Jaime—. Hay que volver a por ellos como dice Máximo.

—No voy a traicionar a mi escuadrón. —Dijo Máximo, enfadado con la idea de dejar atrás a gente de su equipo.

Máximo cogió el botín y una daga y anduvo sobre las huellas de barro que habían dejado al correr hacia el cofre. Junto a él, a escasos metros por detrás, le seguían tanto Jaime, Luis, como el resto de cuadrilla, dejando a Alonso el último.

—Estamos simulando una guerra, Máximo. —Avisó Alonso, con una voz debilitada por la distancia que los separaba—. Tienes que pensar con la cabeza.

Aquella frase invadió el cerebro del joven que por un momento había comenzado a odiarla. Pensaba con el corazón, como lo había hecho siempre, y su corazón decía que había que buscar a aquellos soldados.

Puestos en marcha, Máximo se puso al frente del grupo mientras Alonso corrió hacia él para reunirse. Era conocedor de que aquella actitud le había dejado como mal amigo y mal compañero. Por ello, para olvidar el momento, volvió a situarse al lado de Máximo y siguió orientando al grupo como si nada de lo anterior hubiese sucedido. La tensión seguía allí, pues todos ellos habían dejado de fiarse de Alonso, pero al final era el que más conocimiento y astucia tenía en el campo de batalla.

—Tienen que estar cerca. Hay que tener cuidado. —Dijo Alonso.

—Sí. —Añadió Máximo.

—Los que tenemos las armas somos nosotros. Podemos ir a por ellos sin problemas. —Comentaba Jaime.

—Cuidado con las emboscadas...

Alonso ponía cordura a la situación. El éxtasis del resto del grupo por ir armados podía jugarles una mala pasada. Máximo opinaba igual.

—Seguimos avanzando. Mirad cada uno hacia un flanco diferente para tener todo el campo frontal visible. —Ordenó Alonso.

El grupo avanzaba cada vez más lento según iban escuchando más altas las voces.

—Son los del otro escuadrón.

—¿Cómo lo sabes? —Dijo Luis, mirando fijamente hacia el flanco derecho.

—Porque tres voces no hacen tanto ruido.

En ese momento, para sorpresa del grupo, aparecieron los tres soldados de frente a ellos.

—Están ahí. —Insinuó Máximo.

—No os acerquéis. No están avanzando hacia nosotros.
—¿Y...? —Dijo Jaime, preguntando a lo último de Alonso.
—Preparaos para la pelea...

Aquella frase fue el prolegómeno de la primera batalla del grupo. Mientras tenían sus ojos penetrando el de los tres soldados de enfrente, desde todos los flancos aparecieron los diez soldados de la escuadra enemiga. Aquellos tres les habían traicionado, o más bien, les habían acorralado previamente y usado como arma.

—Nos han traicionado. —Afirmaba Alonso.

Máximo envió una mirada de odio hacia aquellos tres traidores. Carros, desde lo alto del mirador observaba aquella situación junto al resto de generales. "*Han caído en la trampa*" decía uno de ellos, "*Tienen sangre de tercios*" contradecía Carros. Rodeados por aquel escuadrón sin armas, pero que casi duplicaba al de Máximo —pues eran siete contra trece—, tuvieron que hacer frente ante ellos. Por sorpresa, todos avanzaron hacia el grupo de Máximo, el cual adoptó una postura circular que permitía guardar las espaldas de entre ellos y empuñar así cada uno la espada o daga que poseían. Eran dos contra uno. Tenían que ser rápidos en el ataque. Máximo, con Alonso a su izquierda y Luis a su derecha, dieron unos pasos adelante para tener mayor espacio de pelea. El grupo se defendía bien ante el rival que se encontraba sin armas y utilizando palos largos de ramas de árbol que compaginaban con diferentes piedras de gran tamaño. Los traidores, unidos a ellos.

—No descuidéis las espaldas del resto. —Dijo Alonso, dando indicaciones al resto.

—No os separéis. —Añadió Máximo.

—Aprovechad el arma y el escudo. Empujad al que venga de frente y golpead al de al lado con la espada.

El grupo, concentrado, sin saber que los generales del ejército estaban observando cada uno de los ataques, demostraron la unidad con la que habían empezado.

La unión estaba haciendo la fuerza y no por tener las espadas y las dagas, sino porque la defensa que estaban realizando entre todos estaba siendo ejemplar. El escuadrón enemigo que duplicaba en el número de hombres estaba dejando a la vista de todos que no tenían la formación suficiente para realizar el ataque, lo que hizo que el grupo inferior dieran cada vez más pasos al frente, impactando las espadas sobre el cuerpo enemigo y dividiendo así a todo el escuadrón. Lo que estaba claro desde antes del comienzo del entrenamiento es que no se podía lesionar a nadie. Era un entrenamiento donde solo podía haber heridas, pero sin que eso supusiese la baja del soldado para la guerra. Era una simulación. Así, con el enemigo dividido y retrocediendo pasos mientras el escuadrón de Máximo y Alonso iba ganando terreno, impactando las espadas en el cuerpo enemigo que suponía que ese soldado estaba caído en la batalla y no podía seguir en el entrenamiento, el grupo dio un parón inesperado para ofrecer clemencia al enemigo.

—Unámonos. —Dijo Máximo.

—¿Con los traidores? —Preguntó Alonso, ojiplático.

—Seremos quince para atacar al resto. Seremos superiores y podremos ganar este entrenamiento. —Dijo un Máximo que quería la victoria definitiva.

Alonso vio bueno el plan.

—¿Pero qué hacemos con los tres traidores? —Consultó Luis.

—Votemos.

La propuesta de votar la decisión de dejarlos fuera hacía al escuadrón como una cuadrilla democrática, donde todos podían aportar ideas y que, además, estaba resultando beneficiosa. Era algo impensable en la guerra, pues estas decisiones las debía tomar el maestro de campo y no un soldado raro. Aun así, entre todos ellos, decidieron que los tres no podían seguir con el grupo.

—Vosotros quedáis aquí con los soldados "asesinados". —Finalizó Máximo.

Decisiones realizadas en su mayoría con el corazón, pero con la frialdad para tomar otro tipo de decisiones. Alonso miraba a Máximo, sorprendido, viendo como había elegido esta vez con la cabeza y había dejado el corazón atrás. Veía en Máximo un verdadero líder, algo que generaba cierta actitud de rechazo en él al verse también como tal. Aun así, sabiendo compartir el poder, algo que su padre le había insistido desde pequeño para evitar las crisis internas que suponía el exceso de autoridad dentro de un mismo grupo, se pusieron en marcha hacia el siguiente botín cercano: la comida. Para ello, y en un grupo de quince soldados con la unión del resto de escuadrón, avanzaban unidos con Máximo y Alonso al frente, este último siendo el guía de todos ellos. Mientras, sin ellos saberlo, los otros tres escuadrones ya habían avanzado un gran trecho, habiendo capturado ese botín de comida, por lo que el grupo se dirigía hacia el objetivo equivocado. De hecho, tal fue la sorpresa que se llevaron al llegar a él, que provocó una trifulca entre el grupo.

—Lo sabía. Hemos perdido mucho tiempo al retroceder. —Dijo Alonso.

El grupo enmudeció a sus palabras. No tenían réplica. La comida la habían perdido y el dinero era muy probable que también.

—Sigo pensando que hemos hecho lo correcto. Volvimos para recuperar efectivos.

Máximo se atrevió así a romper el silencio.

—No ha servido para nada. Incluso ni están en este grupo.

—Pero ahora somos quince soldados. Tendríamos más posibilidades de ganar en una guerra. —Dijo Luis, ayudando a su amigo.

Alonso caminaba de un lado a otro. Echaba en cara la decisión de Máximo de retroceder. Se habían quedado sin poder comer y el hambre empezaba a aflorar en todos ellos.

—Si estuviésemos en la guerra, hoy nos habríamos quedado sin comer.

—Haber continuado tú solo. —Se enfrentó Máximo—. El grupo tomó una decisión, errónea o acertada, y no sirve de nada afear ahora. Hay que buscar soluciones.

Alonso, tras reflexionar durante unos minutos, entendió aquellas palabras. Su mal perder le estaba haciendo tener una actitud que perjudicaba a todo el grupo. Disculpándose, llevó a cabo la iniciativa de continuar.

—Sigamos hacia el botín del dinero.

—Vamos. —Dijo Máximo, poniéndose en marcha.

En aquel momento sonó en lo alto de la montaña una trompeta que invadió el bosque. Era la señal de que el entrenamiento había finalizado. Todas las recompensas estaban recogidas. Máximo se giró y miró al grupo, asintiendo con la cabeza ante todos ellos. Alonso, por su parte, con las manos en la cintura y la espada colgando del cinturón de su pantalón, mostró un rostro cabizbajo.

—En la guerra no siempre se gana. —Dijo Máximo.

—Hemos tomado una buena decisión. Hemos sido una cuadrilla. —Señaló Luis.

Alonso miró al grupo, y tras unos segundos, admitió aquella frase.

—Al menos sé que con vosotros no estaré solo en Flandes.

El grupo sonrió.

—Volvamos a la academia.

—Tengo hambre.

—Yo sed.

El grupo comenzó a caminar hacia la academia.

—Si vamos por ese camino terminamos en el río. Allí podéis beber agua. —Dijo Alonso, el cual había comenzado a sentir el sentimiento de pertenencia a un grupo.

Mientras iban acercándose hacia la academia militar, donde esperaban ya tanto Carros como otros oficiales de guerra, Máximo iba analizando el entrenamiento que habían tenido. Contento por su decisión de no dejar a nadie atrás, salvo que se corroborase una posible traición, se daba como uno de los ganadores de la batalla. Al final, habían conseguido poseer las armas y aumentar el grupo después de una batalla, —con cierta superioridad por las armas—. La percepción era similar en todo el grupo. Estaban orgullosos de haber sido un equipo a pesar de que Alonso hubiese tomado decisiones totalmente contrarias. Una vez llegados al patio de armas de la academia militar, observaron como el resto de escuadrones iban tomando posición allí. Al frente, Carros, junto a otros tantos oficiales entre los que se encontraba Leonardo.

—Muy bien soldados. —Comenzaba Carros—. Dar la enhorabuena a los escuadrones que han recogido recompensas.

El ambiente era satisfactorio en la mayoría de los allí presentes.

—Bien hecho chicos. —Añadía Jaime, en voz baja, para animar a sus camaradas.

Carros no tardaba en dar la noticia a los soldados allí presentes.

—La guerra ha llegado. —Dijo delante de todos los escuadrones—. Acudirán junto a nuestras tropas a Flandes. Ayudarán a los tercios españoles a conquistar Breda.

En ese momento, Leonardo tomó la palabra.

—Conquistaremos Breda. Conquistaremos el territorio que nos pertenece y ayudaremos una vez más a los tercios a seguir siendo temidos en toda Europa. —Dijo Leonardo, motivando el ambiente y consiguiendo cierto clamor entre todos—. Moriremos por la patria, por los tercios, y por nuestro rey Felipe Cuarto.

Carros volvió a tomar la palabra.

—Partiremos en dos días hacia Breda. Allí se os dividirá en escuadrones propios de los tercios y se os destinará a según qué puntos. Soldados, preparéense para la guerra.

Máximo, junto a sus amigos, se echaron unas miradas que mezclaban diferentes tipos de sentimientos: ganas, motivación, éxtasis. Sentimientos que se unía al miedo, tristeza y angustia. Había llegado el momento de cumplir la condena e ir a la guerra. Allí, todos tendrán que demostrar que los entrenamientos de Felipe y, en el caso de Máximo, las clases de Leonardo, han sido bien recibidas. A partir de este momento, todos los aprendizajes que quedaban pendientes serían con un holandés delante, armado y con un único objetivo: matar a cada uno de ellos.

A los pocos minutos de aquella charla, con la tensión en el cuerpo al verse inmersos en una guerra próxima, Máximo marchó hacia la biblioteca. Por la hora ya no estaría Catalina y así podría seguir leyendo el libro de *Romeo y Julieta*, evitando la incomodidad de verse cara a cara con ella después del plantón. Habían pasado ya cuatro días de aquello y todavía no habían coincidido en ningún sitio. Catalina le había buscado en varias ocasiones por la academia, pero sin conseguir encontrarle. Máximo todavía no sabía que ella sí quiso ir a la cita y llegó a verle a lo lejos, pero por culpa de su padre, no pudo acudir. Así, Máximo, que llegó a la escalera que conectaba con la biblioteca, mientras miraba atento para no cruzarse con ella, vio como sobre el último peldaño se encontraba Benedicto.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó alegre, pero sorprendido.

—Buenas decisiones has tomado, joven.

—¿Las has visto? —Decía Máximo mientras terminaba de subir el último peldaño de la escalera para acceder a la biblioteca.

Benedicto echó a reír.

—Yo lo veo todo. Sé todo lo que haces.

—Vaya control me tienes.

—No es para menos. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora más nervioso. Nos han dicho en que en dos días iremos a Flandes.

—¿Angustiado?

—Sí, mucho. Tengo miedo por dentro. Puede que me maten allí mismo.

—Con la angustia y el miedo... así será.

—¿Y qué debo pensar?

—En la confianza. Si consigues confiar en ti, la guerra sabrás sortear.

Ambos se miraron a los ojos. Benedicto apoyó la mano en el hombro izquierdo de Máximo mientras le dirigía hacia uno de los bancos de la biblioteca.

—El miedo solo te bloqueará, y un soldado bloqueado, es un soldado asesinado.

Máximo dio la razón a Benedicto, al cual quiso consultarle algo que le reconcomía por dentro.

—¿Habrías tomado la misma decisión que yo en el entrenamiento?

—¿Cuál? —Devolvió Benedicto—. ¿Volver a por tus compañeros?

—Sí.

Benedicto quedó callado. Desvió la mirada. Máximo pensaba que respondería lo contrario a su decisión. La mirada del sacerdote y mentor pareció perderse en el fondo de las estanterías, como si estuviese mirando algo fuera de sí.

—Si piensas con el corazón, actuarás con el corazón y tendrás las consecuencias del corazón.

—Pero... no me has respondido.

—Tus actuaciones son correctas.

—El otro día, cuando hablábamos de Catalina, me dijiste que pensase con la cabeza... ahora en esto con el corazón.

Benedicto volvió a echar una carcajada.

—No dije eso. Solo te prevengo de las consecuencias que tendrías de pensar con el corazón en ciertas circunstancias.

Máximo no quitaba la atención en Benedicto. Era su mentor. El que siempre acertaba con lo que decía. Era como un oráculo griego, veía el futuro.

—Entonces... ¿Qué me recomiendas hacer?

—¿Sobre pensar con la cabeza o con el corazón?

—Sí.

—Ya te he respondido a eso anteriormente.

—Pero no eres claro con esto que me dices...

Benedicto escuchó unos pasos acercarse.

—Sé tú mismo. Toma tus decisiones. Cree en ti. Llegarás lejos.

Y tras aquella frase, Benedicto se levantó rápidamente del banco y se marchó como si estuviese huyendo de algo o de alguien.

Máximo no entendía nada. De repente, Benedicto salió de la biblioteca ante los ojos de un Máximo que no entendía la prisa abrupta con la que se había ido. Cruzando el sacerdote la puerta, al segundo, apareció Catalina, cruzando mirada con el joven que todavía, atónito, miraba a la puerta. La joven entró en la biblioteca por sorpresa sabiendo que allí se encontraría Máximo ante el chivatazo que habían dado sus propios amigos. Este, que vio como se acercaba hacia él, se giró y marchó hacia un banco dejando claro a Catalina su molestia ante aquella cita que para él había significado un rechazo.

—¿Por qué pones esa cara? —Preguntó Máximo, cambiando la mirada al libro que tenía sobre su mano mientras ella se sentaba junto a él.

—La biblioteca está vacía. Solo estás tú.

—Sí. Eso veo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Máximo volvió a mirarla. Quería saber si le iba a dar alguna explicación de por qué no había ido a la cita finalmente.

—Sí, claro.

—¿Por qué estabas hablando solo?

CAPITULO 9. LLEGÓ LA HORA. LLEGÓ LA GUERRA.

La oscuridad se iba adueñando poco a poco de aquella biblioteca cálida que, gracias a la leña prendida en fuego, bajo aquella chimenea de mármol de color blanco intenso y con gran cantidad de cenizas en su interior, se iba expandiendo un calor cómodo por toda la sala. Una chimenea que reflejaba a su vez a los dos corazones allí presentes: por un lado, el corazón con ciertas llamas como el de Catalina, ansiada por estar con aquel chico que volvía a tener delante. Por el otro lado, las cenizas en el corazón de Máximo que —a pesar de la dureza que quería mostrar—, seguían esperando ansiosas un golpe de viento para volver a sacar la intensa llama que albergaban.

—No estaba hablando solo. —Contestaba a la pregunta anterior de Catalina—. Estaba con Benedicto.

—No le vi salir hoy tampoco. Me gustaría conocerle.

Catalina había visto desde la puerta como Máximo hablaba solo en aquel banco. Pronunciaba palabras que ahora el chico negaba. Pero quería saber más, quería saber el porqué de aquello.

—Habrás salido poco antes de que tú llegases. Se marchó corriendo.

—¿Quién es ese señor? —Preguntó Catalina—. Cada vez que hablas de él se ilumina tu cara.

—Es mi mentor. Mi amigo. Sabe todo sobre mí.

—Me encantaría tener una persona así en mi vida.

—Seguro que hay alguien así en tu vida. —Dijo Máximo mientras miraba a otro lado.

La tensión seguía en el ambiente. Aquel tema no había conseguido reducirla. Máximo disimulaba poniendo los ojos en aquel libro que no estaba leyendo. Catalina miraba al suelo, hasta que quiso romper con ella.

—Sí fui. —Rompió la joven—. Estabas dando pasos de izquierda a derecha. Vestías de negro o desde la distancia así parecía.

Máximo levantó la mirada del libro y la enfocó al fondo de la pared que tenía delante, observando por la ventana el cielo oscurecido.

—¿Y por qué no terminaste de bajar?

—No pude. O más bien, no me dejaron.

Máximo miró al rostro de Catalina y acto seguido hizo un sonido con la boca, reflejando no creerse aquello.

—No tienes por qué preocuparte. —Añadió Máximo.

—Tenía ganas de ir y pasar el rato contigo. Pero...

—¿Pero...?

—Apareció Leonardo al poco de salir de casa y me entretuvo, y para colmo, cuando bajaba por la cuesta, apareció mi padre.

Máximo esbozó una pequeña sonrisa sin dejar de mirar el libro. No estaba claro si irónica o sincera.

—Ese tal Leonardo está enamorado de ti...

—Está obsesionado. Estuvo cenando anoche en casa como si hubiésemos hablado alguna

vez. Como si fuésemos una pareja.

Máximo levantó la cabeza al fin mientras conducía la mirada lentamente hasta cruzarla con Catalina.

—¿Y no es así?

—Claro que no. No sé qué tramará con mi padre...

El chico volvió a descender la mirada hacia el libro, abriéndolo completamente y simulando leer. El orgullo se había apoderado de él y Catalina era consciente de aquello.

—Solo quería comentártelo. No quería que pensaras que no había ido por decidir conocer a Leonardo como hablamos aquí.

Catalina, con rostro melancólico, se levantó del banco recorriendo la sala hasta la puerta con el mismo sentimiento que tuvo Máximo aquella tarde. Todo estaba roto. En ese momento, Máximo dejó el libro a un lado del banco y giró su cuerpo levemente hacia Catalina.

—Parece que los libros son nuestra salvación.

Catalina se detuvo en seco. Sin girarse, tan solo un poco el rostro hacia el lado izquierdo para escuchar mejor, continuó la conversación.

—¿A qué te refieres?

—Al final, las veces que hemos hablado de verdad, ha sido en este lugar.

Finalmente, se levantó del banco, girando completamente el cuerpo y mirando hacia la espalda de Catalina, la cual comenzó lentamente a girar el cuerpo hacia él.

—Eso parece.

—¿De verdad ibas a venir?

—Ya te he dicho la situación para que vieras que es cierto. Te vi a lo lejos.

Máximo dio unos pasos cortos hacia Catalina mientras ella seguía inmóvil en mitad de la sala.

—Podríamos aprovechar este momento si te parece...

Catalina cambió el rostro melancólico y en sus mejillas aparecieron los dos hoyuelos que se dibujaban cuando sonreía.

—Es un poco raro tener una cita en una biblioteca, ¿no? —Dijo Catalina.

—Estamos solos. Y en todo caso, si entrase alguien, sería fácil de disimular.

—Me parece buena idea. Pero vamos mejor a aquellos bancos de allí, así estaremos más ocultos y más calentitos.

Ambos, guardando las distancias del momento, se acercaron hacia el banco que se situaba cerca de la chimenea.

—La estantería de novela de caballerías. —Dijo Máximo, echando un ojo por encima a algún libro, como fue *El Cid Campeador*.

—Veo que te gustan...

—Me apasionan. Los libros de caballerías, de guerra... como los de medicina, son los que más me hacen sentir.

—A mí me gustan los libros como el de Romeo y Julieta.

Máximo sonrió mientras miraba a Catalina. Era el libro que compartían juntos. Que les unía. Y el que llevaba en la mano en ese momento.

—En nada me tocará ser como El Cid. —Dijo Máximo.

—Todavía te queda tiempo para eso.

—Me quedan dos días. —Apuntó con una sonrisa irónica ante la reacción de Catalina.

—¡En dos días! —Exclamó la joven—. Eso no puede ser...

—Mañana nos dirán cuál es nuestra compañía de los tercios.

—No sabía nada de esto. Me he quedado bloqueada.

—Carros también va a la guerra. —Apuntó Máximo.

—¿Mi padre? —Dijo Catalina mientras tomaba asiento en aquel banco—. Él nunca va a las guerras desde hace años.

—No sé el motivo que tendrá para ir...

—El motivo es Leonardo. Algo están tramando.

—¿Un casamiento de conveniencia?

—Me está vendiendo por un ascenso. A su propia hija.

Máximo, compasivo, dejó la dureza de su comportamiento para dar un abrazo a Catalina. Lo había entendido, ella estaba sujeta a un matrimonio por intereses familiares.

—¿Y si aprovechamos el poco tiempo que nos queda juntos?

Catalina miró a Máximo con ojos vidriosos.

—Mejor que sí. Aprovechemos mis últimos momentos de libertad.

Y así fue como comenzó aquella historia entre Máximo y Catalina. A la luz del fuego de la chimenea, junto a unas ventanas con barrotes de hierro camuflado por un cristal empañado por el cambio de temperatura que había en el interior de la sala con respecto al de fuera de ella. Los libros quedarían como testigos de aquello que comenzaba a fraguarse y que, años después, sería una historia escrita en este libro. Era una historia que comenzaba junto a otras tantas y tantas historias allí reflejadas, en un lugar especial, donde nadie les interrumpiría. La cara de Máximo era de un joven atento, que no quitaba la mirada de los ojos de Catalina y no se perdía uno de los tantos gestos con los que se expresaba. Así, Catalina, que había dejado de lado los estereotipos de la alta clase social para sentarse junto a un chico un año menor que ella y que estaba allí cumpliendo una condena. Por un flechazo o por el destino, ambos estaban allí hablando y conociéndose poco a poco, aprovechando los últimos instantes con los que contaban antes de que él tuviese que marchar a Breda.

Cada minuto que transcurría en aquella tarde-noche —de la que habían perdido la noción del tiempo—, se convertía en magia. Tanto Máximo como Catalina iban acercando sus cuerpos entre sí. El fuego de la chimenea ya no era el único que había en la sala. Ambos, que no paraban de intercambiar historias de sus pasados de la infancia y de los tiempos más recientes, les hacía ir aproximándose cada vez más por el interés que se iban generando mutuamente. Si Cupido estaba por aquella biblioteca, diríamos que la flecha había impactado correctamente. Los rostros de ambos se encontraban relajados, destensados, permitiendo a ratos una sonrisa como a ratos una cara compasiva. Ahora sí que había surgido el amor. Un amor con fecha de caducidad, o eso pensaban ellos hasta ahora. Pero Máximo tenía que tratar un tema que le preocupaba, y así lo hizo.

—Cuando nos vimos en la explanada del río me preguntaste la razón por la que estoy aquí.

—Y que no me quisiste contar. —Dijo ella, tocando el rostro de manera cariñosa de Máximo.

—Cometí un error muy grave.

—¿Robaste?

—Asesiné.

Catalina se sorprendió. Incluso hubo un momento que reculó el cuerpo.

—¿Por qué? Una persona como tú no está preparada para matar.

Máximo suspiró, agachando la cabeza.

—Perseguían a mi familia en la villa. Nuestro mercado era el más grande y las envidias que sentían hacia nosotros lo eran todavía más. Una maldita noche prendieron el puesto. Lo perdimos todo. Y fue un chico de mi edad, Juan. La rabia me invadió y fui a pedir explicaciones a su casa y allí...

—¿Qué pasó?

—Empezamos a pelearnos, y allí, él tenía un puñal. Se lo arrebaté y cayó al suelo. Fue en defensa propia, lo prometo. Pensaba que me mataría él a mí.

—Entonces no eres un asesino, ¿no?

—Es algo que llevo dentro desde entonces. Todos los días pienso en él.

—Pero eras tú o él. ¿Por qué tenía aquel puñal en la calle?

Máximo levantó la cabeza, pensativo.

—Sabía que iría a buscarle.

—Te estaba esperando...

—Sí.

Catalina se relajó. Sabía que aquel chico que había prendido su corazón no tenía alma de asesino, sino más bien de una persona que defendía lo suyo.

—En todo caso hay muchos tipos de asesino, y tú eres de los que se defienden. Defendiste a tu familia y él sí que quiso matarte.

—Siempre me sentiré un asesino.

—Y en sí lo serás. Pero para eso estás cumpliendo esta condena. Aprovéchala para perdonarte. Eras tú o él.

Aquellas palabras le recordaron a las mismas que le dijo Benedicto en su habitación mientras recogía sus pertenencias. Recordatorio que se vio interrumpido.

—¡Dios mío! —Dijo Catalina.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó él, asustado por su reacción.

—Se ha ido el sol. ¿Qué hora será?

Ambos se pusieron de pie de un sobresalto. No tenían forma de averiguar la hora.

—Hay gente en el patio de armas. No pueden ser más de las siete.

—Tengo que marcharme. —Dijo Catalina, algo más tranquilizada.

—Nos habrían echado de aquí de ser más tarde. Esto lo cierran todas las noches para evitar robos.

—Sí, sí. Es cierto. Me había asustado.

Máximo apoyó sus manos sobre los hombros de ella. Las miradas se entrelazaron. Los ojos... abiertos con las pupilas dilatadas de cada uno.

—Mañana nos podemos ver un rato aquí. —Anticipó ella.

—Sería un placer. —Dijo él.

Ella aprovechó la cercanía y tener las manos de él en los hombros para darle un abrazo inesperado.

—He estado muy a gusto. Gracias.

—Me ha gustado conocer de tu pasado. De como llegaste a Toledo y como era tu vida en Génova.

Ambos se pusieron intensos.

—A mí también me ha gustado conocerte. Y no tengas miedo, no pienso que seas un asesino.

Tanto Máximo como Catalina no querían marcharse a casa. La liberación que sintió Máximo tras contar la realidad y por qué se encontraba cumpliendo condena en Toledo, había permitido

que el chico se abriera ante la que se estaba convirtiendo en la mujer de su vida. O, al menos, así estaba siendo hasta este punto de la historia. Por eso, tras aquel abrazo y con las manos aun sobre los hombros de ella, descendiendo poco a poco por los brazos y así la piel de Catalina mientras ambos se miraban fijamente a los ojos, se hacía inevitable que aquella tensión romántica —o incluso sexual—, no terminase aflorando en la evidencia que dejaban sus gestos, movimientos y miradas. Las mismas miradas que cortaban con todo aquello que se interpusiera por delante. Las respiraciones empezaban a ser cada vez más rápidas e intensas, al igual que los corazones se agitaban y transformaban en latidos cada vez más rápidos. Desde luego que si hubiese una máquina que midiese la presión cardiaca de ambos, estallaría.

Máximo, cómodo por el momento que estaban teniendo, acercó su cuerpo cada vez más hasta conectar con el de Catalina, que, sin mover un solo milímetro de cuerpo, solo miraba el rostro del joven y sus labios. Esos latidos que ambos sentían de manera independiente, comenzaron a sentir el del otro cuando Máximo terminó de juntar su cuerpo sobre el de Catalina, con cautela para ver la reacción que tenía ella, reclinando ambos la cabeza hacia atrás para seguir mirando las facciones del otro. Las llamas de las velas que se sostenían en los candelabros de las paredes con los que se iluminaba la biblioteca, por algún extraño motivo, comenzaban a bailar sobre la cera que las prendía, como si alguien las soprase o como si la fuerza de aquel amor tuviese el suficiente poder como para hacer temblar la habitación. Por ello, con escasos centímetros entre los labios de uno y otro, con las manos de Máximo descendiendo lentamente por la espalda de Catalina hasta situarlas en la cintura de ella, con los ojos penetrándose entre sí y la respiración acelerada impactando en el rostro del otro por el alto ritmo sanguíneo que corría por ellos, ambos fueron aproximando sus rostros hasta conectar, por primera vez, sus labios, produciéndose así el primer beso de aquella —tal vez— futura pareja. Y no podía ser de otra manera que con el libro de Romeo y Julieta sostenido en la mano izquierda de Máximo y apoyado sobre la espalda de Catalina.

Los chicos disfrutaron durante unos minutos de aquella pasión mientras el tiempo volvió a descontrolarse. Máximo cogió en brazos a Catalina, llevándola de manera desenfadada hasta la estantería que tenían a espaldas de ella. Allí, sobre ellos y tras el golpe al chocar su cuerpo contra la estantería, se desprendieron hasta tres libros que quedaron colgando de sus respectivas cuerdas sin despinstar en ningún momento a la pareja. Los besos fueron intensificándose mientras las ventanas de la biblioteca comenzaban a terminar de empañarse, pero esta vez, por el calor que desprendían ambos cuerpos. Las manos se descontrolaron al son de aquellos besos. Catalina quitaba la camiseta de Máximo mientras él seguía sosteniéndola en sus brazos. Los besos pasaron de la boca al cuello de ella mientras el sudor comenzaba a aflorar en las pieles. Ambos se devoraban con la mirada. Catalina volvió a ponerse en pie mientras sus manos seguían posándose en el cuerpo del chico que, con ojos de fuego, hacía lo mismo sobre ella. Por un momento se habían olvidado donde estaban y que en cualquier momento podían ser descubiertos. Los gemidos de ella empezaban a sonar cada vez más intensos mientras Máximo quitaba la ropa. Y así, quedándose ambos completamente desnudos, dieron rienda suelta a su pasión. Y es que el amor prohibido no había podido apagar lo que el fuego del amor verdadero había conseguido prender. Y sobre aquella biblioteca, con los gemidos de ambos, con la fuerza sexual y las ganas hacia el otro, llevaron a cabo su primera aventura sexual entre libros, estanterías y a escasos metros del auténtico peligro, su padre. Y así pasaron los minutos y minutos.

—Tengo que irme. —Dijo Catalina, separándose lentamente de los labios de Máximo—. Ha sido maravilloso.

Ambos estaban exhaustos tras aquel momento.

—Ha sido increíble. No quiero que te marches.

Catalina, con rostro de ternura, en proceso de enamoramiento, se fue retirando poco a poco de los brazos de Máximo, mientras él, con rostro de enamorado, comenzó a vestirse lentamente.

—Mañana nos vemos aquí. Sobre la misma hora.

—¿Por cierto, qué hora es?

—Están cerrando las puertas. Hay que correr. —Dijo Máximo, mirando por la ventana para ver si quedaba gente.

Catalina se dirigió así hacia la puerta de la biblioteca mientras iba echando la mirada atrás, sonriente, sin querer realmente dejar allí a Máximo. La tensión que llevaba en el cuerpo era enorme debido a que iba a llegar muy tarde a su casa, pero no tenía miedo después de lo vivido. Así, mientras salía de la biblioteca todavía con el jersey en la mano, se dio de bruces con Carros.

—¿Qué haces aquí?

Máximo, sigilosamente, fue andando hacia la puerta cubriéndose por las estanterías. Había escuchado una voz, pero sin saber realmente quién era.

—Ya voy para casa. Estaba leyendo un rato.

En ese momento, Carros dio un paso hacia la biblioteca con el fin de cerrar la puerta, echando una ojeada rápida a la sala y, por desgracia de los jóvenes, observó a Máximo, de pie frente a una de las estanterías.

—Vete para casa. —Dijo Carros, en un tono muy serio, echando una mirada sentenciadora a Máximo. Lo había visto todo.

La biblioteca, que tenía una temperatura cálida, había pasado a ser un ambiente gélido, frío. Máximo sintió miedo de primeras al ver aquellos ojos clavados sobre él. Su jefe había visto como su hija salía de la biblioteca mientras él todavía se ponía la camiseta. Catalina cambió el rostro feliz a un rostro en pánico absoluto. Máximo quedó paralizado ante la que se venía encima. Pero, por sorpresa de todos los presentes, Carros se marchó del lugar sin decir una sola palabra a ninguno, invitando a Catalina a regresar pronto a casa para que Carmen no se preocupase.

¿Nos habrá visto?, pensaba Máximo. Me habría ajusticiado aquí mismo de haberse dado cuenta, se autocontestaba. Por un lado, Carros, que había visto aquel final de escena, podía entender que su hija se sintiese atraída por algún chico. Lo que no terminaba de comprender era que fuese con un delincuente condenado mientras contaba con la atención de todo un pretendiente con éxito militar y considerado como un héroe nacional que deseaba casarse con ella. Carros había dejado marchar a Catalina a casa sin dar ningún otro comentario a lo que había visto. El fuego interior que sentía era completamente diferente al que sentían aquellos dos jóvenes que habían dejado llevar su pasión. La desesperación personal que sufría Carros le llevó a hacer llamar a la única persona que podía dar una explicación a sus problemas. Por ello, a los pocos minutos, la puerta de su despacho se abrió con el chirrido habitual que la representaba.

—Estarás contento, ¿no?

Carros se levantó de la silla de un espasmo sin quitar la mirada al rostro de aquel hombre que acababa de entrar. Poniéndose las manos en los riñones, comenzó a deambular por el despacho como si de un ataque de nervios se tratase.

—¿Cómo? —Dijo aquel hombre misterioso.

—Mira lo que has conseguido trayendo a este chico aquí. —Le recriminó Carros.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado?

Carros guardó silencio unos segundos mientras deambulaba por el despacho. El hombre, sin permiso, se sentó en una de las sillas apoyando el codo en la mesa.

—Ese niño delinciente... —Comenzó diciendo Carros, con una pausa breve—. Estaba besando a mi hija. ¡En la biblioteca!

—Hay cientos de niños en esta academia Carros...

Carros se detuvo en seco. Su mirada irradiaba el color rojizo y anaranjado del propio fuego. Quemaba.

—No te hagas el despistado Benedicto.

Aquel hombre con el que hablaba Carros era Benedicto, el mentor de Máximo.

—¡Máximo! —Volvía a exclamar Carros ante el silencio que había guardado el sacerdote.

—No entiendo bien qué me quieres decir. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Va a destrozar el matrimonio de mi hija.

—¿Qué matrimonio?

—Se va a casar con Leonardo. —Dijo Carros, mientras se sentaba de nuevo en la silla, poniendo los codos sobre aquella mesa. La agresividad que desprendían sus movimientos no asustaba a Benedicto que, al escuchar aquella frase, no pudo evitar arquear las cejas mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Se va a casar o la vas a casar con Leonardo? —Preguntó Benedicto, con un tono muy inquisidor.

Carros dudó por un momento. Aquel hombre que tenía enfrente le conocía a la perfección. No podría mentirle.

—Es lo mejor para ella.

—O para ti...

—¿Qué insinúas?

—Que solo eres tú el que quiere que se celebre ese matrimonio por conveniencia.

Seguía inquisidor Benedicto. Sabía de los puntos débiles de Carros. Era la única persona en el mundo, — salvando al rey —, que se podía poner en este tono con él.

—Tú trajiste a ese soldado y tú debes solucionar esto.

—Eso es mentira. Lo trajiste tú.

Benedicto se levantó y apoyó ambos brazos sobre la mesa. No aguantaba que Carros le estuviese tratando de esa manera. Carros, con tal enfado, realizó el mismo gesto.

—Recuerda bien Carros. Analiza bien el pasado y llegarás a la respuesta.

—A mí me dieron unos informes y salió victorioso de ellos. Si no, ahora estaría decapitado en la plaza de su villa.

—Sigues mintiendo. A mí no me trates como tratas al resto.

—¿Cómo les trato?

—Como auténtica basura.

Los tonos de palabra se fueron cada vez incrementando.

—Trato a la gente como lo que se merece. La mayoría de los que están aquí son delincuentes. Yo les he salvado la vida. Me deben su vida.

—Di la verdad. Tú salvaste a ese chico de la decapitación porque querías vengarte de...

Carros interrumpió aquella frase mientras se levantó de aquella silla y daba la espalda a Benedicto.

—¡Sí, fue para humillar a mi hermano!

—Exacto. Para humillar a Alfonso.

—Él me repudió en Génova. Se vino a España para ser comisario de una villa de pacotilla, dejándonos a mi madre y a mí solos. ¿O no lo recuerdas?

Benedicto guardó silencio. Había confesado. Él fue quien trajo a Máximo inocentemente con la única excusa de humillar al comisario que condenó a muerte al chico y que —por sorpresa— era su hermano.

—Por tanto, me debes una disculpa. Yo no lo traje.

Carros fue ahora quien guardó silencio.

—Llévatelo del ejército.

—No lo haré.

—¿Por qué quieres que esté aquí? —Preguntó un desesperado Carros—. ¿Quién es este chico para que le defiendas desde el principio? Tú me avisaste de aquella condena y siempre has hablado bien de él.

Benedicto fue ahora quien daba la espalda a Carros. Seguía guardando silencio en aquel despacho que había pasado ya por diferentes situaciones.

—Ese chico es un portento. —Dijo Benedicto rompiendo el silencio—. Y lo sabes. Tú ya le conocías de oídas. Es rápido peleando, inteligente, buena persona... y lo necesitarás. No diré nada más.

—Pero...

—No hay más peros Dante Carros. A ese chico lo necesitarás en batalla. —Afirmó Benedicto, volviendo a mirar fijamente a los ojos a Carros—. Ahora debes analizarte a ti mismo. Tus intereses te van a jugar una mala pasada. Ni siquiera eres capaz de pensar racionalmente por el bien de tu propia hija.

—Claro que lo hago. Pero no quiero que esté con un condenado.

—¿Y tú? —Volvió el tono inquisitivo—. ¿Te recuerdo como entraste al ejército?

—No es lo mismo... —Dijo un achicado Carros. Benedicto tenía la sartén por el mango.

—Tenías una condena por traición familiar y se te quitó. Nos peleamos con medio tribunal militar; con la corte del rey y con el mismísimo Felipe III para que entrases aquí. Eras un condenado por traición, que es mucho peor que un condenado por defenderse de un ataque.

—Eso fue mi padre.

—No se puede ser más rastrero. Tu padre te salvó la vida antes de nacer. No oses ensuciar su memoria.

Carros quedó sin palabras.

—Lo único que te preocupa eres tú mismo. Prosperar a costa de pisar a quien sea. Capaz de casar a tu hija con alguien que no quiere y que tú mismo sabes que es un cáncer para cualquier mujer que se le acerque.

Tras dar aquellas palabras, dejando muy tocado anímicamente a Carros, como pocas veces había estado en su vida, Benedicto abrió la puerta del despacho y marchó, sin antes dejar el último recado a Carros.

—Y la próxima vez que me llames para inculparme de algo, revisa primero tu pasado y no hagas que pierda el tiempo.

—Antes de que te vayas. —Dijo Carros—. ¿Tú ya sabías de esta relación?

—Te sorprenderías de las cosas que yo sé y que no puedo contar.

Finalmente, Benedicto salió sin dar más explicaciones del despacho. Carros quedó reflexivo sobre aquella silla de madera, apoyado en el respaldo y con las piernas abiertas. Devastado al ver que sus planes se podían ir al traste.

Alfonso Carros. Hermano de Dante Carros. Comisario de la villa de Nuevo Baztán desde hacía una década y que era donde residía Máximo junto a su familia. Si el mundo es una pequeña bola, ahora se había convertido en un grano de arena de playa. Alfonso era hijo de Angélica, hermano de Carros, los cuales no compartían el mismo padre. A la muerte de Tesseo, Angélica tuvo que sobrevivir con un hijo recién nacido, Dante Carros, teniendo la única oportunidad en la prostitución. Allí conoció a un hombre desconocido que un mal día la dejó embarazada, dando a luz a los nueve meses a Alfonso. La vida de la familia fue muy complicada, llena de pobreza y donde apenas podían comer. El comportamiento de Alfonso mientras se iba haciendo mayor iba siendo cada vez más complicado, con un carácter nefasto que impedía a Angélica poder educar a sus dos hijos de la misma manera. Por ello, a la edad de dieciséis años, cuando Carros intentaba entrar en los tercios para poder mejorar la vida de toda la familia, Alfonso decidió marcharse a España en busca de una vida mejor, pero la represión que puso Angélica a aquella decisión, imposibilitando todo el proceso, propició una agresión física de Alfonso a Angélica con la posterior pelea entre hermanos. Por ello, Alfonso terminó saliendo para siempre de aquel hogar, perdiendo todo el contacto con su familia, quedándose en él una personalidad solitaria, vengativa y de rencor con todas las personas que se cruzaban en su camino.

Al cabo de unos años, cuando Carros ya tenía cierto poder entre los tercios, localizó a su hermano en aquella villa de Madrid durante un viaje directo a Toledo para conocer al rey. Allí, sin dejarse ver, observó que Alfonso seguía siendo aquel hombre malhumorado, amargado y soltero que usaba su condición de comisario de villa para ejercer un abuso de autoridad. Por ello, en muchas ocasiones, Carros tenía informadores que transitaban por aquella villa para, posteriormente, poder salvar a aquellos que iban a ser condenados a muerte. Este proceso lo hacía Carros en el último momento, cuando toda la gente de la villa esperaba ya el momento de ajusticiar a cada uno de los condenados, proceso que dejaba en humillación al comisario que casi nunca terminaba de poder cumplir sus condenas. Razón por la que Máximo fue absuelto de su condena a muerte. Para ello se hacía valedor de sus contactos con la corte del rey y su buena relación con el mismo Felipe IV, que, aunque no era conocedor de que se salvaba a las personas para humillar al hermano de Carros, firmaba todo lo que este le ponía por delante.

A la mañana siguiente.

El grupo de amigos se reunió en el patio de armas de la academia militar a la hora a la que habían sido citados por todos los sargentos mayores y demás generales del ejército. Allí, pasando filas, fueron recogiendo los diferentes uniformes militares en función de su asignación dentro de los tercios. Por ello, los amigos recogieron el uniforme propio de los piqueros, que consistía en una armadura denominada coselete. Esto era una armadura de cuerpo formada por peto de hierro —plateado—, gola, espaldar, escarcelas, brazaletes y celada. Irónico fue cuando los amigos se enteraron de que todo aquello se cobraba de sus pagas. La única diferencia entre ambos fue para Máximo, que recogió a su vez una especie de botiquín que debería de llevar durante toda la guerra.

Finalmente, llegada la hora acordada con Catalina, el joven subió a escondidas a la biblioteca donde ya aguardaba la joven que, feliz al verle, se lanzó para volver a besar sus labios. Allí tuvieron la última conversación anterior a la guerra.

—Mañana por la mañana marcharé a la guerra. Te mandaré cartas todos los días que pueda.

—No será necesario. —Dijo una asustada Catalina—. Mi padre ha decidido que vaya junto a él a la guerra.

—¿Tú?, ¿Para qué?

—Iré junto al resto de mujeres de los demás soldados.

—¿Cuál es la razón? Ni siquiera estás casada.

—Ir como futura mujer de Leonardo.

Máximo empezó a notar cómo las pulsaciones se agitaban. Carros había tomado la decisión de llevar a Catalina a la guerra para que pasara el mayor tiempo posible con Leonardo y posteriormente se casaran.

—Sobreviviremos a la guerra y huiremos juntos de allí.

—Esto va a ser una pesadilla.

—Te prometo que cuando termine la guerra, huiremos.

La pareja, tras abrazarse y volver a besarse, compartió un breve momento antes de tener que separarse por ese día. La parte positiva con la que contaba la pareja era de poder estar allí juntos. La parte negativa, el excesivo control que viviría Catalina. Y la peor parte de todas, la necesidad de sobrevivir a la guerra para poder escapar juntos. Así, quedaban por delante 47 días de viaje hasta Breda, con una media de 23 kilómetros diarios, con viaje a pie y en barco. Y es que la realidad había llegado. La guerra ha comenzado.

CAPITULO 10. COMIENZA LA GUERRA.

Narración de Máximo

Aquel viaje, que nos ocupó 47 días de nuestras vidas, me sirvió para analizar mi corta y escasa vida. Aquellos largos ratos de caminar entre senderos españoles, me fueron permitiendo pensar en todo lo que había vivido en mi villa, en Toledo o con Catalina. Y junto a aquellos pensamientos, iba apreciando los tan diferenciados paisajes que teníamos en España. Paisajes que se diferenciaban entre la zona de secarral, de color marrón, con algún que otro árbol a lo lejos que dejaba la meseta peninsular, de la zona verde, con montañas y multitud de tipos de árboles regados por las lluvias que caían, de vez en cuando, en el norte. Si algo me impresionó, fueron las cimas de aquellas grandes montañas nevadas llamadas Pirineos, y que embobaban a cualquier soldado que las veía por primera vez cuando apreciaban aquel manto blanco, tensado, que decoraba aquel paisaje más propio de una creación humana que de la propia naturaleza. Y sobre ellas, se veían sobrevolar diferentes tipos de águilas que, desde cientos y cientos de metros de altura, eran capaces de detectar a la presa para descender como un rayo y atraparla.

Algo menos pensé en el barco que tuvimos que coger en Barcelona. El Mediterráneo parecía enfadado con nosotros y a pesar de ser un traslado de unas cuantas horas, —que no días—, nos regaló unas cuantas olas para demostrarnos que, si quería, nos hundiría a todos. Hasta Luis, valiente por naturaleza, se atrevió a decir aquella frase que nos hizo reír, durante un rato, entre aquel oleaje salvaje: *"Como nos rete el mar, no hay manguitos que nos salven"*. Y así fue mi primera vez en el mar. De vez en cuando me ponía en la proa de aquel barco que nos transportaba y observaba a lo lejos a Catalina. Así habíamos quedado, de asomarnos de vez en cuando para que, aun en la distancia controlada por Carros, nos pudiéramos ver. Eso sí, la cola de barcos era inmensa, habiendo por delante unos diez barcos, pero por detrás, otros tantos. Desde luego que sin saber la amplitud de la ciudad a la que acudíamos, con los que íbamos, la conquistaríamos.

Después de aquello, llegamos a Génova, que, si no entendí mal a mis compañeros, era el lugar de nacimiento de los tercios viejos españoles. Allí cogimos a otros tantos soldados y volvimos a echar a andar durante unos cuantos días hasta llegar a Breda. He de reseñar aquí lo que a estas alturas todos sabíamos, pues Catalina, el amor de mi vida, era de esta maravillosa tierra. Y también he de reconocer que aprovechamos —a escondidas— para ver rápidamente algún escondite donde nos dábamos amor entre aquella marcha militar. Así, según íbamos subiendo hacia el norte de Europa, el frío nos invadía cada vez más, por lo que nos abrigábamos con lo que podíamos o incluso, recurriamos al calor humano, acercándonos entre nosotros. Lo bueno de estas caminatas es que poco a poco ibas haciendo más camaradas, pues al final, pelearías con ellos y cuanto más relación tuvieras, más entendimiento abrías en el campo de batalla. Las noches las hacíamos así, formando hogueras y compartiendo historias, sobre todo de aquellos que ya habían ido a otras batallas. Desde luego que la disparidad de edades que había era notable, te podías encontrar desde un chico joven, imberbe y con cara de bebé —como quien dice—, hasta el típico hombre mayor, fuerte por no decir gordo, con mostacho, pelo canoso, que

ya no peleaba con fuerza, sino con técnica y táctica. Si algo destacaría por tanto positivo, eran aquellas charlas que nos iban preparando para lo que vendría.

También había momentos de tensión en esas caminatas y ahora os cuento por qué, pero primero, por si lo estabas esperando, decirte que me veía con Catalina todas las noches entre los bosques mientras Carros y Leonardo dormían plácidamente. Cada día estaba más enamorado de aquella chica y en mis adentros solo me podía repetir: *"Cómo va a doler esto cuando termine"*. Pero como ni siquiera sabía si volvería vivo de allí, pues no tenía nada que perder, y si volvía vivo, pues ya me curaría yo mismo el corazón... o no. Durante estos días Carros estaba preparando ya la ceremonia de la boda. Ni le había preguntado a Catalina si ella quería casarse con Leonardo, pero bueno, como decíamos a escondidas, algo de beneficio sacaré Carros para querer hacer semejante acto. Y sobre lo otro importante, pues que no cobrábamos una sola moneda. Aún no habíamos visto un solo escudo y nos teníamos que apañar con las monedas que habíamos sacado de Toledo. Algunos veteranos ya anticipaban lo que ocurriría, que no era otra cosa que un motín. Veremos más adelante que pasó.

Borgoña también fue una ciudad que me gustó mucho cuando pasamos para recoger a otros tantos camaradas que formarían parte de esta campaña. Allí tenían la Catedral de Auxerre, de estilo gótico y románico, que me impactó muy positivamente. Al igual, sus puentes, parques y bellos paisajes, me hicieron imaginarme una vida aquí, aunque poco duró porque teníamos que seguir la marcha. Y según nos acercábamos a Breda ya nos iban distribuyendo y explicando las tareas que tendríamos encomendadas allí. Al parecer, mi tercio sería el de Cartagena, que nunca había oído hablar de él, pero que defendería su bandera. Allí nos habían asignado a todos nosotros: Luis, Jaime, Alonso, Juanjo, algún que otro conocido de la academia militar y a mí. Y si te estás preguntando que donde fue destinado Carros... pues piensas bien, en mi escuadrón. Lo bueno —o malo— es que no era el comandante al que hacer caso en la mayoría de decisiones, sino que era un tal Juan De la Vega, el maestre de campo que nos llevaría hacia la victoria o hacia la muerte y, sobre este señor, un tal Ambrosio Spínola, alabado por todos los veteranos de los tercios y desde luego, sin poder decir una mala palabra de aquel señor. Faltaría más. Y para terminar de encuadrarnos en el mapa, nos tocó defender un camino que conectaba Breda con el mar de Holland Diep, por donde los ingleses traían alimentación y bebida, junto a tropas, para poder resistir en el interior de Breda y ayudar a los holandeses que llevaban acampados desde agosto de 1624 y nos encontrábamos en los primeros días de febrero de 1625.

Y finalmente llegamos a los muros de Breda, un día tal de la segunda semana de febrero, pero por desgracia, he perdido la cuenta del día en que estábamos. Lo que sí tengo que decir, es que llegar a Breda me dejó atónito porque nunca había visto tantas tropas desplegadas en un mismo escenario. Y mucho menos todo lo que había sobre él entre las trincheras y contratrincheras, tercios haciendo de obreros para seguir formando lo anterior, tercios distribuidos para evitar cualquier incursión enemiga... Desde luego que iba entendiendo la gran fama que tenía el ya Don Ambrosio Spínola. Y con ello, una vez que me dieron un pescuezo para movilizarme, mi escuadrón marchó hacia el punto del camino donde aguardaríamos la más que segura ayuda inglesa —y tal vez francesa— hacia estos holandeses. Como apunte, antes de empezar a narrar cada detalle de aquel infierno que nos deparó —porque esto solo es el camino hasta Breda—, deciros que seguíamos sin cobrar un solo escudo.

—¡Viene...!, ¡Viene Don Juan de la Vega! —exclamó uno de los soldados.

Los más veteranos ya estaban en formación mucho antes de que aquel hombre llegase a sus posiciones. Un hombre que vestía con atuendo metálico sobre el torso, con capa negra y ciertas telas doradas. Sobre su cabeza, un casco también metálico que tenía un ala que traspasaba el entrecejo, haciendo de aquel hombre alguien temible con esa mirada cerrada. El rostro se formaba con un llamativo mostacho negro y una herida de espada en la mejilla derecha. Mismo lado donde portaba una espada a la altura de su cadera. En el otro lado, vestía con una daga. Detrás de él —y a sus lados—, se encontraba su escolta personal, que nada hacían parecer ibéricos, pero tampoco os podría decir si eran tudescos, alemanes o de Génova. Lo que sí puedo decir es que según entró en escena, todos nos cuadramos ante él, incluido Carros, que por muy sargento mayor que fuese, allí era uno más. Así, cuando pasó delante de mí, dejando allí el silencio más sepulcral que se podía escuchar, desvíe mi mirada hacia aquel campamento que teníamos delante de nuestras narices. Contaba con una serie de tiendas de campaña con el escudo real bordado y que sería donde pasaríamos las siguientes noches. Y, un poco más alejado, se encontraba el campamento de las mujeres, hijas o hijos e incluso, de las prostitutas que acompañaban a algunos soldados. Pero en mitad de mi observación, Juan de la Vega pronunció sus primeras palabras.

—Han venido aquí para defender las paredes de nuestra patria. De nuestro imperio. Desde ahora son tercios españoles, y por ende, los más temidos de todo este jodido continente.

Los veteranos comenzaron a jalearse ante aquella frase. Y sí, parecía verdad aquella historia de que los tercios eran temidos en el mundo entero. Tan verdad, que ahora nos tocaba defender esa fama. Y ahora puedo confesaros un engaño que me hicieron, pues al final tendría que pelear en cada una de las batallas que fuésemos a librar. Nada de médicos ni cirujanos. A pelear.

—Prepararse para derramar la sangre enemiga sobre este bonito bosque verde. —Volvía a apuntar el maestre de campo.

Junto a él había un hombre al que llamaban Isidro Montalvo y que sería para nosotros lo que fue Carros en Toledo, nuestro comandante y jefe. A partir de hoy, sería uno de los más nombrados por nuestras bocas hasta el final de la guerra o de nuestros días.

—Vamos a destrozar a los holandeses. Pasaremos a la historia. —Se atrevió a aventurar Alonso, extasiado.

—En cuanto aparezcan... —Dijo otro entusiasmado Luis.

Yo me andaba más cauto. Con sobrevivir yo —y mis amigos, por supuesto—, me hallaría contento. Y a la retirada de Don Juan, mi escuadrón ya recibió la primera orden de los tercios. Allí, todos juntos, que estábamos como trescientos soldados en ese momento, Isidro dio las primeras instrucciones.

—Atacaremos un pueblo que hay cercano a este lugar. Allí los ingleses están llevando alimentos y bebida a estos perros. —Dijo Isidro, levantando el ánimo de todos los allí presentes—. Demostrad la sangre de los tercios.

El jaleo allí presente fue monumental salvo por mi parte. Acabábamos de llegar a Breda y ya nos tenían encomendada la primera matanza. Y es que así parecía ser la guerra, ni un minuto de respiro para el enemigo, pero tampoco para uno mismo. Después de tantos kilómetros a pie, con ampollas, esguinces... tocaba coger el arma. Y así lo hicimos, juntándonos con otros tantos soldados de los tercios que llevaban allí unos cuantos meses y cuyos uniformes no eran ni siquiera los mismos que los nuestros, —tal vez por los desgarros, espadazos— después de tantas batallas que habían librado hasta el momento. Pero había un distintivo que nos dieron a todos para poder detectarnos entre nosotros. Era una cinta roja que nos pondríamos sobre la armadura, bien visible, con el fin de evitar el fuego amigo.

También había que destacar el primer hecho traumático que viví. Si tenía intención de pasar lo más desapercibido de aquellas batallas con el fin de sobrevivir, no iba a resultar posible. Don Juan e Isidro ya tenían el plan montado para profanar aquella pequeña fortificación de la ciudad de Langeweg, el cual pasaba por utilizar primero a los soldados más jóvenes para pasar desapercibidos en la entrada a la fortificación, y donde para ello, usaron también a varias de las hijas jóvenes de soldados que habían acudido junto a ellos. Y entre aquellos seleccionados estábamos: Alonso, Luis, Juanjo... y yo. Jaime había quedado destinado a otra parte del asedio mientras nosotros debíamos fingir una historia para poder adentrarnos allí. Y tras tres horas de caminata, llegamos a las puertas de la fortificación, pero debido a la escasa luz que quedaba al entrar la noche, el ataque se aplazó a primera hora del día siguiente.

Ocho horas después...

El sol comenzaba su ascenso y dejaba que aquel cielo oscuro se fuese iluminando con tonalidades amarillentas, anaranjadas, rosadas y de azul añil. Al fondo del camino que llevaba a aquella fortificación, aguardaban dos hombres que desde la distancia no podía describir correctamente. A mi lado, mis muchachos y algún que otro soldado joven que, junto a una chica rubia, de edad próxima a la nuestra, que se hacía llamar Lucia y que venía de descendencia holandesa. Era el cebo perfecto, no cabe duda. Así, junto a Luis, avanzaban discretamente hacia aquella puerta disimulando ser una pareja mientras el resto, con alforjas en el hombro y simulando la caída de algunas patatas que nos habían proporcionado nuestros jefes, nos fuimos aproximando a aquellos hombres. Con menor distancia ya podía describirlos. En la derecha estaba un hombre fornido, pero con cierta barriga que tal vez se había generado por un exceso de bebida. Sobre su cabeza, un casco que no impedía el correteo de ciertos mechones anaranjados fuera de él, mientras que alguno le llegaba a caer hasta cubrir algo del rostro blanquecino con arrugas en la frente y los ojos. Llamativa era también su barba anaranjada, al son del color de su pelo, que le hacía parecer un auténtico vikingo. A su izquierda, un chico joven de cuerpo delgado pero fibroso. Sostenía, al igual que el otro hombre, una especie de pica en la mano derecha y ambos tenían en su lado izquierdo una daga, por si en algún momento alguien les ponía las cosas feas. También de rostro blanquecino, pero de pelo rubio, con ciertas marcas de acné que terminaban de darme la razón en que sería de una edad próxima a las nuestras.

De primeras nos chequearon de arriba abajo. En mi interior pensaba que se darían cuenta de primeras de que holandeses, precisamente no éramos, aunque solo sea por la tez morena que teníamos todos respecto a ellos. Pero no fue así. Tampoco es que nos dejaran pasar de primeras a

la ciudad que desde el portón se veía amplia y con sus gentes deambular por ella. El problema que tuvimos es que aquel señor mayor resultó ser un tanto baboso.

—Nunca había visto a esta jovencita por aquí...

Aquel segurata nos provocó arcadas a todos.

—Llevo escasos días aquí. Me espera mi familia dentro.

La chica hizo ademán de entrar. Arriesgado, pero inteligente salida adelante que tuvo.

—Puedes quedarte un rato aquí conmigo. Yo te enseñaré la ciudad.

Nauseabundo. Todos teníamos ganas de vomitarle aquellas botas negras de cuero, que, por cierto, era bien bonitas.

—Tranquilo. La descubriremos poco a poco, así no perdemos emoción.

Aquel hombre cambió el rostro por completo. Se tomó muy mal aquel comentario de Luis. Mientras, desviando yo la mirada a los lados, presencié como nuestras tropas iban ganando terreno lentamente, ocultándose entre los matorrales, árboles y pequeños montículos que había en el terreno. Había que ganar algo de tiempo.

—¿Qué nos puede contar de la ciudad? —Dije yo, ante la mirada un tanto asesina del resto de mis compañeros—. Hemos conseguido unas patatas que nos dieron los ingleses.

Le di un par de ellas, cambiando el rostro por completo.

—Menos mal que los hay inteligentes. —Dijo el hombre, compartiendo patatas con su otro compañero.

—Hay que ser inteligente en la vida. —Dije yo, pero no por contestarle a él, sino como aviso a mis compañeros que comprendieron aquel movimiento.

Mi rostro también les avisó con la mirada, que disimuladamente, vieron como poco a poco estaban más cerca nuestras tropas. Mientras, el hombre gordo se guardó las patatas en uno de sus bolsillos para coger levemente del brazo de Lucía.

—Eres muy bella. Tienes cara flamenca.

Según avanzaban los minutos —lentos—, iba desprendiendo cierto aroma a alcohol de su boca sucia, mugrienta y con falta de algunas piezas dentales. Minutos que a su vez nos servían para poder llevar a cabo la ofensiva, ya preparada para ello.

—¿Nos podrías enseñar las patatas que te hemos dado? —Dijo uno de los chicos que nos acompañaban, haciéndose llamar Lucas.

El hombre hizo ademán de coger nuevamente las patatas. Mientras, Lucas, empuñando la daga que colgaba de su cinturón y al escuchar el grito lejano de <¡España!>, la clavó en el cuello de aquel hombre mugriento.

—¡España! —gritó Lucas, cogiendo del brazo a Lucía y dándole un beso en la boca. Al parecer era su novia, a la que dijo que se marchara de allí y que así hizo.

Y así dio comienzo la primera batalla bélica que vivía en mis carnes. Lucas había clavado aquella daga en aquel holandés que, cuando le sacaron la daga al segundo de clavarla, comenzó a chorrear sangre y sangre como si de una fuente se tratase. El otro chico, que no esperaba aquel golpe, no pudo moverse hasta que sintió la espada de Alonso atravesarle el estómago. El resto de nosotros todavía estábamos intentando asimilar rápidamente aquello. Las trompetas comenzaron a sonar a nuestras espaldas acompañadas de tambores y otros instrumentos que daban comienzo a aquella batalla. En menos de veinte segundos, el resto de compañeros estaban ya a nuestras espaldas, adelantándonos para perforar aquella puerta que daba acceso a la ciudad.

Junto a Luis, Alonso y Juanjo, penetramos la puerta derribada de madera y solo veía correr a los habitantes de la ciudad de un lado a otro, despavoridos, encerrándose unos en sus propias casas como si aquello fuese la mejor solución, y, otros, escondiéndose en casas ajenas. Gritos, sollozos, quejidos. Aquello era lo que entraba por mis oídos y que por desgracia no salía de mi cabeza. Yo seguía al grupo con la espada en la mano mientras veía como los tercios veteranos actuaban sin clemencia, sin misericordia. El grupo se dividió según íbamos avanzando por la ciudad que de momento no oponían resistencia hasta que, un grupo de hombres armados, holandeses por su aspecto, aparecieron con ciertas armas: espadas, dagas e incluso algún palo pensando que eso podía atemorizar a un tercio español. Luis comenzó a utilizar la espada cuando uno de ellos se le echó encima, rápidamente defendido por Alonso, que, una vez más, a través de una mirada de locura, terminó por degollar a aquel hombre que defendía a su ciudad y a su familia.

—¡Estaos atentos por dios! —Gritaba Alonso.

La ciudad comenzaba a expedir un aroma a leña como el que respiraba en la villa en los meses de invierno. Esta vez no era para estar calientes en el hogar, sino porque el hogar echaba a arder. Las familias seguían corriendo despavoridas, otras salían ahora de las casas por las ventanas para escapar del fuego que empezaba a distribuirse por allí. Niños llorando, madres protegiéndolos y padres defendiendo a la familia con armas. Así, tuve delante de mí al primero de ellos, con una espada alargada de puro metal y afilada en su punta que, de golpearme, nada bueno me haría. Yo, con una espada cedida por los tercios. Ni siquiera mía o personalizada por mí como tenían los veteranos. En los ojos de aquel hombre vi dolor. En los míos, tensión. Pero aquel hombre —buena persona seguramente— duró muy poco delante porque Alonso, nuevamente, apareció con su espada para asestarle el golpe mortal delante de toda su familia. Una espada que ya había perdido el color plateado para convertirse en color rojizo y negro.

—Espabila chico, te van a matar.

Aquella frase era propia de la experiencia de muchas batallas a sus espaldas. Pero tan cierta... un descuido podía terminar conmigo muerto. Por eso, el siguiente hombre que aguardaba la espalda de este pobre hombre, se lanzó hacia mí, pero la lejanía con la que lo hizo me permitió evitar el golpe de espada. Eché unos pasos atrás para poder controlar mejor el combate mientras miraba en milésimas de segundo donde se encontraba mi escuadrón. Estaban cerca. Allí vi a Juanjo atravesar el pecho de un hombre y a Luis degollar por la espalda a otro holandés que se dirigía hacia Alonso. Detrás de mí, un montón de veteranos prendiendo las casas que dejábamos detrás. Aquel hombre seguía viniendo hacia mí, sabía perfectamente que era él o yo, y desde luego, este hombre no tenía nada que perder. Espadazo con espadazo, esquivo con esquivo, así estuvimos durante unos pocos ataques. Esta vez nadie me lo quitaba del medio, por lo que en mi interior asumí lo que aquel hombre pensaba también "*O él o yo*". Y así fue mi primer asesinato en la guerra, aprovechando un mal movimiento que hizo, tal vez por la presión que sentiría al ver morir a su familia, le clavé —muy a mi pesar—, mi espada sobre su pecho. Escalofrió el que sentí cuando retiré la espada y en ella estaba su sangre roja con tintes negros cayendo en forma de circuito de gotas sobre ella. Y en mi interior, si te preguntas como me sentía, permíteme decirte que no era el momento de sentir remordimientos más allá de sí sentir una pena inmensa de que un inocente estuviese camino del cielo por mi culpa.

Pero continué de la manera más fría que podía hacerlo. Seguí a mi escuadrón todo lo posible mientras nos íbamos deshaciendo de todos aquellos valientes que se nos ponían por el camino. Poco a poco el griterío y el lloro constante que se escuchaba iba disminuyendo a la par que disminuía la población de la ciudad, asediada por nosotros. No he de negar que una vez dentro de faena, los sentimientos los vas dejando atrás y una especie de instinto, —tal vez el famoso instinto asesino o tal vez el instinto de supervivencia—, me iba haciendo correr hacia aquellos hombres que de primeras iban hacia mí. Mientras, los tercios veteranos gritaban la palabra motivacional de los tercios: <Adelante, España>. Aquellos gritos eran devueltos por el resto con un: <Adelante>.

Las calles comenzaban a vaciarse de personas, —vivas para recalcar mejor la situación—, y se llenaban de montañas de cadáveres holandeses. El pavimento había pasado del color gris natural a un color enrojecido. Las casas habían cambiado del color marrón por la madera de muchas, —o de aquellas de tono blanco—, a un color negro por el fuego que las iba comiendo lentamente. Nosotros, o yo en particular, estaba lleno de sangre enemiga recorriéndome el rostro como sudor después de hacer ejercicio. Sano de heridas, no así lo estaban aquellos hombres que me habían dejado aquel coselete, literalmente, con sangre de varios tipos. Sentía asco. También lo sentía de mí mismo durante algunos pequeños segundos que me daba tiempo a pesar sobre aquello. Miraba a mis amigos, allí en pie todavía, también bañados en sangre enemiga.

—¿Estáis heridos? —Pregunté—. Tenemos botiquín fuera para las curas.

—Estoy bien. —Dijo Alonso.

—Afirmativo. —Respondía Luis.

Juanjo tardó un poco más en responder.

—Sigo perfecto. —Terminaba por añadir.

De lo que aprendí rápido la lección era sobre el botín que los veteranos iban adueñándose de los muertos. Durante las caminatas a Breda ya nos avisaban de que este tipo de asedios era de donde se recogía la mayor parte del botín que un soldado podía conseguir en la guerra. El resto, para el rey. Por eso, todos nosotros, al cabo de un rato donde no habíamos caído en despojar las pertenencias de los muertos, respetando así sus cuerpos, comenzamos a hacerlo con el único fin de poder sobrevivir en el futuro. Y es que no cobrábamos un solo escudo, que ya traería su problema después, y sin ello, no podíamos comer. Por lo que, sintiendo mucho arrebatarse el poco honor que quedaba sobre aquellos cadáveres de hombres valientes que dieron su vida por su ciudad y por sus familias, tuvimos que ir despojándoles de todo lo que llevaban encima. Así, entrábamos también a las casas de aquellas familias donde el fuego todavía no había arrasado para poder coger las diferentes joyas, pedruscos preciosos, collares o monedas varias que sirviesen para poder sobrevivir a aquella batalla.

En una de esas casas, —valiente yo por entrar solo—, me adentré al ver que el fuego no había hecho acto de presencia. Las puertas estaban abiertas, con algún hombre tirado y muerto a pocos metros de ella, por lo que en principio nadie estaría dentro. Había pasado de asesino a ladrón en un segundo. Finalmente, Luis me siguió. Nos adentramos en aquella casa de madera donde el silencio era un gran aliado. Tabique de madera, decoración flamenca, algún cuadro de autor famoso sobre la pared y de dos pisos el hogar, fuimos dando pasos sigilosos y breves

mientras nos adentrábamos cada vez más en busca de algo valioso. La casa contaba con una despensa en el fondo del pasillo con varios trozos de carne, legumbres y algún que otro plato ya preparado que por el asalto no habían llegado a terminar de comer. Saliendo de aquella despensa, algo saciados por lo que habíamos comido, subimos al piso de arriba mientras escuchábamos crujir levemente la madera de los escalones. Desde luego que, si había alguien arriba, le estábamos avisando de que subíamos. Si hay alguien arriba y está preparado, me rebana el cuello, pensaba en mis adentros mientras seguía escuchando el crujido de los escalones. Y todo porque era el primero de los dos, valiente yo nuevamente. Y llegados a este punto, qué más daba llevarme a otro holandés por delante si me hacía aparición.

Y así fue. Arriba se escuchaban sollozos de alguien que nos puso en sobre alerta. Despacio, separándonos de las paredes para evitar un ataque sorpresa por ahí. El pasillo daba entrada a dos lugares, uno frontal y otro al lado izquierdo. Luis se acercó a mi espalda, no por miedo, sino por estar cerca para poder actuar. Y allí, tras la puerta, con nuestras espadas empuñadas con fuerza y preparados para rebanar la parte del cuerpo que se pusiera por delante, dimos vista a lo que había allí dentro.

—Es un hombre. —Le dije a Luis.

Luis apareció pegado a mí para presenciar la escena. Allí, una familia compuesta por un matrimonio y un niño de cuatro años que reflejaba el mayor pavor que podía sentir un niño, nos miraban pidiendo clemencia solo con sus ojos.

—¿Hay alguien más? —Dije en tono áspero, pero sosegado.

—No. —Dijo el padre, arrodillado delante de su mujer e hijo—. Por favor, no nos mate.

La frialdad del momento que llevaba por dentro se empezaba a disipar. Aquella familia no tenía culpa de nada, y aunque mi deber era acabar con ellos, mi interior no me dejaba hacerlo.

—¿Seguro? —Dijo Luis, echando un ojo a la habitación que teníamos ya a nuestra derecha, comprobándola vacía.

Luis y yo nos miramos fijamente el uno al otro. Por un lado, debíamos pensar con la cabeza y asesinar a aquella familia que de un momento a otro podía atacarnos, aunque el miedo que desprendían los ojos allí presentes no parecía hacerlo. Por otro lado, pensamos con el corazón. Qué más daba dejar vivos a tres holandeses inofensivos. Y por una vez, para suerte de ellos, les dejamos vivir. No sin antes llevarnos todas sus joyas y reliquias que nos serviría para justificar la salida de aquella casa como para —una vez más—, salir con opciones de sobrevivir ante el hambre. Con todo ello en nuestras alforjas y espada en mano, salimos de aquella casa donde nos cruzamos en la puerta con dos veteranos de los tercios.

—Salid. Vamos a prender la casa.

—No hay nada. Tenemos aquí todas las joyas... no es necesario quemar la casa. —Le dije a uno de ellos, el cual me miró de arriba abajo.

—Tenemos orden de romper todo lo que haya por delante. Además, corred al ayuntamiento, han descubierto un grupo de ingleses allí...

—Dejad la casa. No hay nadie.

El veterano que estaba detrás de aquel pirómano sospechó algo.

—Déjame ver.

Y el veterano que se encontraba por detrás de este se adentró en la casa mientras nosotros salíamos. Algo no le había convencido de mis palabras. Luis y yo anduvimos lentamente mientras veíamos que no podíamos hacer nada para salvar a aquella familia, que a poco más de diez segundos, escuchamos gritar desde la ventana de arriba. Los habían matado y posteriormente prendido. Por un lado, sentí una rabia inmensa en mis adentros, un odio que no podía asimilar, pero así era la guerra. Los sentimientos no servían más que para terminar muerto. Y por eso, con aquel odio que había cogido, nos fuimos hacia el ayuntamiento donde se encontraban aquellos ingleses y a los que, en mi interior, culpaba como los que habían causado este asedio. Sin su ayuda, hoy no estaríamos aquí presenciando estos asesinatos.

El asedio comenzaba a llegar a su fin cuando los tercios descubrieron que en el interior del ayuntamiento se encontraba un escuadrón de ingleses. Allí, fuera de él, nos encontrábamos todo el escuadrón de Cartagena preparado para enviarles con su señor al cielo. Los más veteranos empezaban a lanzar antorchas encendidas por las ventanas que veían quebrar sus cristales al impacto de estas. Algunos ingleses salían corriendo de su interior cuando el humo y el fuego se dispersaban por él y, a su salida, les esperaban las numerosas espadas y mosquetes que les perforarían cualquier parte del cuerpo con la que diesen contacto. En esta parte, todos los chicos y yo fuimos más espectadores que guerreros, controlando nuestras espaldas y la de nuestros compañeros mientras presenciábamos aquella escena. Ahora empezaba a entender las dos cosas más importantes de esta guerra: por qué los tercios eran tan temidos en Europa y el qué era vivir una guerra.

A lo lejos aparecieron los caballos negros de pura raza que transportaban a los altos generales de los tercios. Con los ingleses y holandeses asesinados, con sus mujeres en las puertas rodeadas de sus hijos mientras todos lloraban o intentaban socorrer al marido que ya estaba camino del cielo desde hacía rato, Juan de la Vega, junto a sus escoltas, transitaban aquellas calles donde ahora sí, ningún grito, lloro o sollozo hacían presencia.

—¡Descanse, España... descanse! —Nos decía el maestre de campo.

Los veteranos ya no se cuadraban ante él por el cansancio de la operación o por las heridas que habían sufrido. Y es que, aunque solo esté narrando la muerte del hombre holandés, he de decir que alguno de los nuestros también marchó al cielo con la gloria que la guerra le otorgaba. Juan de la Vega, junto a Isidro, supervisaban la ciudad y el estado de esta, pidiendo el aporte del botín que iban sacando sus séquitos de las diferentes casas o incluso del propio ayuntamiento mientras este prendía en llamas. Nosotros, en cambio, estábamos sentados frente a una de las casas asediadas y utilizando unas sillas de hierro que estaban en la puerta, donde hasta hace escasas horas se sentaba una familia feliz, con hijos, que acudirían al campo para labrarse un sueldo y poder vivir en aquella ciudad. Yo echaba un ojo al horizonte y seguía pensando en la cantidad de familias que hacía un par de horas disfrutaban de una felicidad plena. Reflexionaba, yo, acerca de lo efímera que es la vida. Podías estar comiendo tranquilamente un trozo de carne como el que estaba en aquella casa donde me adentré, y al cabo de unos segundos, estar escondido en el piso superior con tu familia pidiendo clemencia, obteniéndola, y a los segundos arrebatándote otra persona la vida. Me imaginaba aquella ciudad que estaba invadida de charcos de sangre, plomo, fuego, cenizas... las horas previas a nuestra llegada, y de imaginarme esta situación al revés, se me ponía todavía peor cuerpo. Pero esta era la época que me había tocado

vivir, una época en la que hoy éramos nosotros los que asediábamos Europa, a la que temían como de un monstruo griego mitológico, pero que si no eras tú quien asediaba, era a ti a quien asediaban. Y desde luego, yo no estaba dispuesto a ver a mi padre tirado en la calle mientras mi madre llora su cadáver.

—Qué contradictorio es todo esto. —Dijo Juanjo.

El resto, que guardábamos silencio y solo se nos escuchaba el jadeo del cansancio, esperamos su reflexión.

—Aquellos sacerdotes que han entrado los últimos... dando la *extremaunción* a nuestros tercios. Y lo entiendo. Pero que falta de respeto darle al holandés que todavía pide clemencia y que ni siquiera sabes si profesa tu religión.

—¿Qué nos quieres decir con esto? —Pronuncié con las pocas fuerzas que quedaban en mi interior.

—Matas, robas, asedias... todo a sangre fría. Invades una ciudad y matas a todo el que se pone por delante, sin preguntar si es bueno o malo, y si es a ti al que matan, viene una persona a darte la extremaunción como si anulase todo lo anterior.

El grupo nos mirábamos entre nosotros hasta que Juanjo terminó de reflexionar aquello.

—¿En serio alguno piensa que vamos a ir al cielo después de lo de hoy?

Aquella reflexión nos dejó algo más tocados anímicamente de lo que ya estábamos. Cuando vienes a la guerra te dicen que, si mueres, la gloria de esta irá contigo al cielo, pero la reflexión de Juanjo me dejó pensando seriamente cuál sería el lugar eterno al que acudiría un soldado de guerra: ¿Al cielo o al infierno?

CAPITULO 11. ¿CIELO O INFIERNO?

Tenía hambre. Y sueño. Y remordimiento. La noche oscura que yacía sobre nosotros en aquella ciudad calcinada de Lagenweg, no ayudaba para desprenderme de los pensamientos intrusivos que invadían mi cabeza. Aquel silencio que se había adueñado de todas las calles de la ciudad, no era otro que el silencio que guardaba cualquier cementerio mientras, en él, duermen para toda la eternidad sus huéspedes. Lo único que podía romper ese silencio era el castaño de mis dientes por el frío que nos había dado como castigo, por nuestras acciones, la vida. Ni los búhos con sus canciones nocturnas, ni los grillos en celo cantando para acercar a las hembras... ningún animal quería estar cerca de nosotros en esa noche. Y lo peor de todo, es que lo entiendo, y yo mismo tampoco quería estar cerca.

Mientras caminaba en soledad por las calles ya conquistadas por los tercios viejos y sin ningún peligro de asalto nocturno enemigo, miraba la cantidad de cadáveres que todavía permanecían sobre el suelo de la ciudad. Alguno incluso con los ojos todavía abiertos con los que, durante unos cuantos años, habían visto la felicidad de tener familia, de una esposa que le esperase a su llegada después de labrar las tierras, o a sus hijos cuando daban sus primeros pasitos antes de caerse de rodillas por no soportar un pasito más. Me permití el gusto de poder cerrarles los ojos para que dejaran de ver en lo que se había convertido aquello y pudiesen descansar en paz. Así, veía también las casas calcinadas que aguardaron en las noches frías — como esta—, a numerosas familias que vivieron: noches de bodas, reuniones familiares, nacimientos y cumpleaños. Y para terminar, veía a mis compañeros de los tercios dormir en aquellas casas como si fuesen propias. O durmiendo en campamentos improvisados en las mismas calles donde a escasos metros yacían cadáveres enemigos. Y, yo, sin entender aquello, y sin poder pegar ojo durante más de dos minutos seguidos, me preguntaba cómo eran capaces de hacerlo.

De lo que me alegro es de que hoy, Benedicto, no haya aparecido para darme alguna charla moral o convencerme de que lo que acabo de realizar no es algo malo. Me pregunto si habrá venido a la guerra —intuyo que sí—, para después dar fe ante el rey de todo lo que pase en este lugar. También me alegro de no ver a Leonardo, que, por cierto, ni apareció en la batalla. Fácil es ponerse una medalla de héroe sin mancharse las manos. De lo que no me alegro es de tener tan lejos a Catalina, que quedó junto al campamento de esposas, hijas y mujeres dedicadas al oficio más antiguo del mundo, impidiendo así que podamos juntarnos a escondidas en el bosque para darnos un abrazo que, desde luego, hoy necesitaba. Pero Carros no la soltaba, su ambición no le dejaba ver más allá de la realidad y ahora, seguramente, estuviese con ella y con el despreciable de Leonardo. Y yo, acurrucándome en la esquina de una plaza pequeña donde no habíamos llegado en combate y, por ende, no yacía ningún holandés, me quedé dormido hasta la mañana siguiente, pudiendo descansar por unas horas que me permitiesen aguantar el siguiente día, que sin duda, fue uno de los peores días de mi vida.

A la mañana siguiente, despertado junto al alba del día, habiendo dormido poco más de tres horas, me levantaba en dirección a donde mis amigos habían decidido instalar el campamento. Muchos de los tercios ya estaban en pie. Algunos dedicaban su tiempo para hacer ejercicio físico y otros lo dedicaban para charlas acaloradas mientras se jugaban las pocas monedas que les quedaban en aquellos juegos de cartas que, más que hacer amigos, creaba enemigos. Mientras caminaba veía como el escuadrón de Juan de la Vega se llevaba a tres hombres esposados hacia fuera de la ciudad y no sería para algo bueno. Finalmente, me sacaba de dudas un compañero que comentaba la jugada junto a otros dos: *"Han violado a una holandesa en esa casa"*. Y es que podíamos asediar una ciudad, robar, quemar, amordazar, intimidar... pero al menos guardábamos algo de decencia en cuanto a que las violaciones estaban prohibidas en los ataques de los tercios viejos. Si algo bueno se hacía, también era justo decirlo, aunque no nos hiciera mejores.

—Estaba preocupado por ti. —Me dijo Luis al llegar al grupo.

—Necesitaba estar solo. —Le dije—. ¿Y el resto?

—Estaban por ahí jugando a las cartas.

—Entonces estarán en aquella casa del fondo que tanto ruido desprende. —Apunté yo.

—¿Y tú no vas a ir? —Me preguntó Luis.

—¿Con qué voy a apostar?

Estábamos todos sin un solo escudo. Sin una sola moneda. Entrábamos a las casas con el deseo de encontrar una mínima pieza de comida que llevarnos a la boca, pero el problema es que, en esa casa, seguro que habían entrado ya otros ocho o nueve soldados para lo mismo. La penuria que estábamos viviendo allí todas las tropas de los tercios empezaba a generar rencillas con los comandantes militares. Y, si encima de lo poco que poseía la gente, lo gastaba en juegos y apuestas, la situación no dejaba mucho para la imaginación. Los más veteranos empezaban a alterarse poco a poco y exigir los pagos para seguir luchando, algo que no estaba bien visto entre los generales y que te podía llevar directamente a la horca, pero, para más inri, a lo lejos se vio salir a la escolta personal de Don Juan de la Vega con numerosos fajones cargados de joyas, monedas y demás reliquias propias de la ciudad. Esto solo provocó el delirio de los allí presentes.

—¡Queremos ver a Don Juan de la Vega! —Comenzaban a jalear algunos soldados de los tercios viejos de Cartagena y de Borgoña.

Luis y yo nos quedamos mirando atentamente a lo que sucedía a escasos metros de nosotros. No sabíamos que era lo que sucedía realmente.

—¡Aquellas bolsas son un robo a vuestras tropas! —Reclamaba otro soldado desde la lejanía.

Poco a poco el alboroto empezó a ir a más. De momento, casi todos los soldados estábamos repartidos por aquella calle.

—Creo que será mejor alejarnos un poco. —Dijo Luis, viendo que la cosa empezaba a tensarse—. Aquí estamos en peligro.

—¿Qué están exigiendo?

—Parece que aquellos caballos llevan alforjas con botín.

Mientras nos íbamos alejando sin quitar ojo a aquello, empezábamos a ver un tumulto de gente apelotonarse y descender la cuesta principal hacia donde se encontraban los generales. Allí, a lo lejos, Juan de la Vega junto a otros tantos sargentos mayores, entre los que no se encontraba Carros, que estaba bajo los muros de Breda, los tercios frenaron en seco el paso de sus escoltas y

con ello, de su botín. Cuando eso sucedía no era por una buena causa y mucho menos, que tuviese un buen desenlace.

—¿Quién osa parar a sus jefes?

Aquellas palabras fueron pronunciadas por Francisco, uno de los sargentos mayores provenientes de Génova y con muchas batallas a sus espaldas.

—Ese botín nos pertenece a nosotros. Pagad nuestra tasa. —Decían algunos soldados allí presentes.

Juan de la Vega, caracterizado por su mal humor y su ego desmesurado, no colaboró en calmar aquel clamor.

—Quien se interponga en nuestro camino será enviado junto a nuestro Dios.

Aquello no hizo más que aumentar la tensión del momento. Los tercios viejos, si algo tenían, era la valentía suficiente para enfrentarse a quien se pusiera por delante, independientemente del cargo que ostentase. Por algo eran los más temidos de Europa. Por ello, y encabezado por un hombre llamado Dionisio Tenorio, el cual ostentaba una de las reputaciones más grandes dentro de los tercios viejos de Cartagena y conocido por gran parte de la jerarquía militar, se puso al frente del grupo para exigir el pago de todos los soldados allí presentes.

—Hasta que su majestad Felipe IV haga entrega de nuestra paga, este ejército no defenderá ni atacará posición alguna.

Juan de la Vega quedó mirando a Dionisio, desafiante. Sabía que aquel hombre que se había puesto delante tenía el poder suficiente para llevar a cabo una revolución.

—Señor Dionisio, no se sitúe en el lado equivocado. Recule mientras esté a tiempo.

Mientras Juan de la Vega decía estas palabras ante los ya más de cien soldados allí amontonados, los caballos de su escolta comenzaban a movilizarse hacia el exterior de la ciudad.

—Pare a sus caballos.

—Si no cesa su empeño en lo imposible, terminará en una horca.

Aquellas palabras aumentaron el jaleo. Los soldados comenzaron a levantar los puños en alto. Enfadar a los tercios no era buena idea.

—No tememos a la muerte mientras esta lleve la gloria que cualquier motín posee.

El jaleo fue en aumento. Juan de la Vega observó a su alrededor, mirando a los ojos de sus soldados de confianza.

—Apresadlo. —Dijo Juan de la Vega.

—No tengo miedo a la muerte como le acabo de decir.

El tumulto de gente empezó a agitarse cada vez más mientras veía como se acercaban algunos escoltas a Dionisio.

—¡Abajo... España, abajo! —Comenzaban a gritar algunos soldados.

Aquel cántico solo reflejaba el descontento. La frase <Arriba... España, arriba>, era una de las frases motivacionales que se decían en el momento de una batalla para aflorar la motivación y derrotar al enemigo. Pronunciarla al revés significaba la caída de una parte del ejército.

—Apresad a más personas. —Dijo nuevamente Juan de la Vega.

Aquel maestre de campo tenía la suficiente experiencia como para llevar a cabo cualquier ofensiva sobre un enemigo o conservar posiciones de una manera segura, pero su gran fama, su gran capacidad indiscutible en una guerra y su alto ego, habían convertido a aquel hombre en una

persona arrogante que basaba su poder en generar el miedo hasta en sus propios soldados. Era odiado por todo el que combatía con él por sus formas. Si mataba a mil soldados enemigos, también lo hacía con cien soldados suyos con el lema de la disciplina, la cual, sin duda, estaba bien asumida por parte de cualquier tercio. Pero esta vez estaba siendo diferente. Los soldados le conocían a la perfección y no tendrían miedo en enfrentarse a él. Por ello, poco a poco, avanzaron sobre aquellos tres hombres que junto a Dionisio habían sido detenidos y llevados a la horca como un modo de aviso a todo aquel que se saltase las normas o la disciplina que querían instaurar. Era un aviso de que el siguiente serías tú mismo si no hacías o permitías cualquier cosa que vieras. Pero lo que estaba claro es que después de dos meses desde que salimos de Toledo hasta hoy, ninguno habíamos recibido nuestro sueldo y nos las veíamos para poder llevarnos a la boca un misero pan mojado con agua.

Mientras empujaban a aquellos hombres hacia el primer árbol que veían cercano, mirando al resto de soldados con una mirada más propia de la pedantería, soberbia y falta de liderazgo, los tercios viejos comenzaban a revelarse desenfundando las armas que llevaban consigo. Espadas, dagas, lanzas y picas comenzaban a levantarse sobre aquella calle que parecía volver a querer ríos de sangre por ella. Luis y yo nos miramos atónitos a lo que estábamos viviendo, pero sin dudarle un segundo, actuamos en consecuencia con nuestros compañeros y sacamos a relucir las espadas que portábamos en nuestra ropa. Allí, juntando hombros y adelantando posiciones hacia aquellos escoltas tudescos que, aun manteniendo posición por el pensamiento de que aquello no se iría de madre, verían como la hambruna podía causar el peor de los escenarios.

Pero el peor de los escenarios no se estaba viviendo en aquella ciudad de Lagenweg, sino que estaba sucediendo bajos las murallas de Breda, pocas horas antes de aquel motín que se llevaba a cabo en la lejanía, desconocedores de lo que iba a suceder. Allí, mientras los soldados cavaban trincheras o realizaban contratrincheras para terminar de rendir al pueblo de Breda, un grupo encabezado por Mauricio de Nassau, hermano de Justino, gobernador de Breda e hijos del líder de la independencia de las provincias de los Países Bajos, Guillermo de Nassau, junto a un grupo de ingleses y franceses, comenzaron a tramar una venganza sobre las tropas españolas por lo acontecido en el día anterior, llevando a cabo uno de los mayores ataques organizados contra las tropas imperiales. Por ello, conducidos con un total de tres mil hombres entre piqueros, mosqueteros, arcabuceros y caballería que habían rodeado la noche anterior las espaldas del campamento español, se disponían a realizar dicho ataque. Su objetivo, el secuestro del mayor número de mujeres posible. Y ante ellos, el campamento donde se refugiaban y vivían todas ellas, entre las cuales se encontraba Catalina.

Fue uno de los golpes más complicados que tuvieron que vivir los tercios en aquella batalla. Pero era un aviso de las tropas de la familia Nassau, los cuales seguían resistiendo por mantener aquella ciudad de Breda, clave en el transporte de mercancía tanto por tierra como por mar. Por ello, pocas horas antes de que amaneciese y se desarrollase el motín de Lagenweg, a sabiendas de que el número de tropas en el campamento era menor por ello, Mauricio llevó a cabo el ataque desde el flanco sur, pillando de imprevisto a todas las tropas españolas que, mientras dormían en la mayoría de los casos, poco pudieron hacer más que ver como aquella cantidad de caballos y de tropas con cintas naranjas para diferenciarse de los nuestros, asediaban brevemente el campamento de sus mujeres. Habían actuado con gran rapidez, y la estrategia fue inteligente, alejándose todo lo posible del campamento para acudir en línea recta, sin obstáculos, asesinando

a las tropas de vigilancia que se situaban en diferentes puntos del campo con el fin de evitar estos actos. Pero la sorpresa y la inmediatez del ataque, impidieron cualquier posible aviso.

El general Spínola no daba crédito a aquello. Todo se debió a una bajada inesperada de la guardia de las tropas que debían vigilar los flancos para evitar este tipo de ataques. Aquello, por tanto, fue uno de los golpes más duros que sufrió como general, poniéndose en cuestión sus decisiones tras aquello. Por un momento quedó desolado, aunque si algo determinaba a nuestro general, era la forma en la que remontaba de este tipo de situaciones, y que, desde luego, este ataque no quedaría impune. Por ello, dio orden de regreso a los escuadrones que estábamos en la ciudad conquistada, manteniendo posiciones con un número más reducido, y retornando a Breda el resto de soldados y de sus respectivos generales.

Allí, sobre aquel césped, yacían aquellas mujeres que se habían resistido a ser secuestradas y habían peleado con las armas que algunas poseían. Otras, no tuvieron la suerte de poder escapar y fueron llevadas con ellos. El recuento oficial que se sacó fue el asesinato de treinta y ocho mujeres, cincuenta fueron heridas de gravedad mientras intentaban zafarse de las garras de aquellos desalmados y se contabilizó a diecinueve como secuestradas por Mauricio de Nassau, entre ellas, Catalina. Por ello, Carros corría sobre aquellos cadáveres que yacían, bajo la gloria de la defensa que habían ostentado para evitar el secuestro, en busca de su hija. Leonardo, por su parte, hacía lo mismo, al igual que otros tantos soldados que buscaban a sus mujeres e hijas. Aquel golpe, desde luego, no iba a quedar impune y si alguien se atrevía a atacar a los tercios, podía dormir con los ojos bien abiertos desde ese momento, porque cuando despertase, tendría la espada de uno de ellos atravesándole el corazón.

Mientras este recuento se llevaba a cabo, a tres horas de allí, sin conocer todavía la noticia, nos encontrábamos inmersos en el primer motín de mi vida. Allí me encontraba con la espada empuñada en mi mano derecha, la daga preparada para hacerlo con la izquierda y delante de mí, a otros tantos soldados que defenderían su honor de aquellos sin vergüenzas que no querían abonarnos nuestra paga. Por ello, Juan de la Vega llevó a cabo una estrategia que había usado anteriormente en otras guerras y que en aquellas ocasiones le había funcionado. Si algo era bueno en esos momentos era el refrán que decía: *"Divide y vencerás"*.

—Todo aquel soldado de bien, comprometido con el ejército español y que defiende a nuestro rey Felipe Cuarto, que no esté de acuerdo con esta vergüenza de movimiento, que se ponga a este lado. —Dijo Juan de la Vega.

Algunos soldados —tal vez traidores o tal vez no, según se mire cuál es la preferencia de cada uno—, empezaron a moverse hacia aquel lado, generando una sonrisa pícara en el rostro del maestre de campo. Su experiencia se notaba en actuaciones como estas, y de los doscientos soldados que estábamos amontonados en este lugar, sumándose al grupo aquellos que se encontraban apostando lo poco que tenían. Pero este número comenzó a reducirse cuando algunos de ellos se ponían del lado del maestre de campo. Al fondo de nuestras miradas, tras ellos, los cuatro hombres ya contaban con la soga al cuello, sin llevar a cabo aun la ejecución con el fin de conseguir más soldados en su bando y evitar así que aquella división no se produjese.

—Bien hecho soldados. —Decía Juan de la Vega—. Todavía seguís a tiempo de venir a este

lugar y no tener represalias por vuestra indisciplina.

Cada vez que hablaba, aumentaba el número de soldados. Y si algo caracterizaba a los tercios viejos era su disciplina y buen comportamiento dentro del ejército. De hecho, era por lo que se les temía en Europa. Por otro lado, de ser ingleses, franceses o incluso los alemanes que tanto nos ayudan en las guerras, si no cobran, no atacan, y si no atacan, no hay guerra. Por eso sus motines son escasos, pues bien se encargan sus jefes de llevar a cabo ese proceso. Pero en cuanto a las tropas españolas, la disciplina y dignidad de la batalla iba por encima. Primero se combatía y luego se cobraba, y si no era así, ya te conformarías con lo pescado en el botín de cada guerra.

En un momento nos pusimos setenta soldados de parte de aquellos ajusticiados de manera inocente y, otros setenta soldados de la parte del maestre de campo. Faltaban así muchos por decidirse, pero era complicado. Por un lado, dejabas a tus camaradas abandonados, mientras que, si no lo hacías, tu propia vida pendía de un hilo. Por ello, y aprovechado por Juan de la Vega, consiguió que el grupo de doscientos, —faltaban otros cien que entre muertos y despistados por allí no aparecieron—, se dividiese en ciento veinte de nuestro lado, por ochenta del lado del maestre. Parecía que aquello iba a desencadenar una guerra entre nosotros mismos para contentar a un maestre incapaz de gestionar bien una crisis en mitad de una guerra tan decisiva como era la de Flandes. Allí, al poco de ir conformándose los grupos de guerra, Alonso, Jaime y Juanjo llegaron ante la jauría que escuchaban a lo lejos, y con ellos, otras decenas de soldados que se encontraban lejos del tumulto. Esto no hizo más que empeorar las cosas, pues muchos de ellos se pasaron al otro bando y nosotros, que aun así, seguíamos en superioridad numérica, nos encontrábamos en el trance de no saber si combatir contra nuestros propios compañeros.

—¡Prepareeeeen... picas! —Dijo Juan de la Vega a su comando.

—¡Preparen... arcabuces! —Replicaron desde nuestro bando.

La guerra entre nosotros parecía dar comienzo. El motín iba a destruirnos como escuadrón de tercios viejos.

—¡Mosquetes, prendan sus mechas! —Volvió a gritar Juan de la Vega.

—¡Picas al hombro! —Gritaban los nuestros.

Mis amigos y yo juntamos nuestros hombros preparados para la batalla. No había marcha atrás, o no parecía que eso fuese a suceder.

Durante unos momentos pasamos de amigos a enemigos. Ninguno de los dos bandos quería atacarse, pero la disciplina, como digo, era la disciplina. En mi interior solo podía pensar en cómo íbamos a justificar ante el rey lo que estaba sucediendo, y ya no ante los ojos de Dios nuestro señor, que, desde luego, ya daba por hecho que habría retirado de nosotros su mirada.

—Defiendan su honor, soldados. —Nos animó uno de los nuestros—. ¡Arriba... España, arriba!

—Atacad a vuestros enemigos. —Dijo Juan de la Vega, dando inicio a aquella batalla innecesaria.

Pero cuando aquello iba a dar comienzo, unas trompetas en la lejanía, acompañadas de diferentes instrumentos, daban aviso de que algo importante se traía con ellas. El sonido consistía en numerosos golpes de tambor y sonidos estruendosos de trompeta que significaban noticias

nefastas para el ejército. Nuestro grupo paró en seco el avance. El rival, lo mismo. Juan de la Vega, tirando de las correas de su caballo negro y esbelto para dar el giro, encarando la puerta, observó la entrada a la fortificación de aquellos jinetes que pertenecían a los generales enviados por Spínola que venían a dar la noticia.

—Señor Juan de la Vega. Instamos el retorno de las tropas de los tercios viejos hacia la muralla de Breda.

Juan quedó atónito. Las primeras órdenes de Spínola eran conservar esta fortificación y realizar labores de control en las inmediaciones próximas.

—¿Qué ha sucedido sargento?

—Mauricio de Nassau ha llevado a cabo un ataque contra el campamento en Breda.

Todos los soldados quedaron pálidos. Estupefactos sobre como aquello había podido pasar.

—¿Cuántas bajas ha habido?

—Treinta y ocho mujeres han muerto y otras cincuenta han resultado heridas.

—¿Mujeres?

Los soldados comenzaron a temerse lo peor.

—Así es señor. Han atacado el campamento de las mujeres.

El silencio invadió toda la ciudad de Lagenweg.

—¿Qué ha ordenado el general Spínola?

—Debéis retornar a Breda. Mauricio de Nassau nos ha retado a una batalla a campo abierto.

Los soldados despertaron. Los gritos se escuchaban desde cientos de kilómetros a la redonda.

—Informe más detalles.

—Hay diecinueve mujeres secuestradas. El reto de la batalla consiste en liberarlas si vencemos.

—¿Cuántos soldados necesitan?

—A todos.

Juan de la Vega analizó aquello.

—Así haremos.

Si os preguntáis cuál había sido mi reacción, os la diré muy simple, con odio. Mucho odio. Y miedo, mucho miedo de que Catalina estuviese entre las asesinadas. Y es que no teníamos ni un solo nombre de las mujeres asesinadas para poder mitigar la tensión o el dolor de no saber si tus seres queridos estaban vivas o muertas. Y mi interior algo me decía que aquello no estaba bien y que, si algo le había pasado a Catalina, bien sabía Dios que ni diez holandeses contra mí bastarían para aplastarme y ningún otro imperio podría frenar la furia que volcaría sobre aquel infiel enemigo.

CAPÍTULO 12. LA VENGANZA

El silencio de aquel retorno hacia los muros de Breda lo recordaré durante toda mi existencia. Un silencio que hasta los propios pájaros que veían la marcha, decidieron respetar y no piar mientras pasábamos delante de ellos, posados en las ramas de los árboles, observando las caras de tristeza, incredulidad y desesperación de todos nosotros. Aquel dos de marzo de 1625 iba a ser guardado por todos nosotros en nuestros recuerdos. Y más lo iba a ser para aquellos soldados que no paraban de pensar la posibilidad de que una de las treinta y ocho mujeres asesinadas, fuese realmente su esposa o su hija. O pensar que una de las diecinueve mujeres secuestradas, fuesen una de ellas. A mitad del trayecto de vuelta, el cielo comenzó a llorar sobre nuestros rostros y a expulsar cantidades de agua que nos hacían todavía más pesado el camino. Es un castigo divino, pensábamos algunos mientras caminábamos. Hasta el sol se avergonzaba de dar la cara en aquella mañana convulsa.

Mi mente no era diferente a la de aquellos compañeros. No paraba de pensar en la posibilidad de que Catalina estuviese entre las secuestradas y, quién sabe, si asesinada. Y desde luego que no se lo perdonaría a su padre o al inútil de su futuro marido, que habían decidido traerla a una guerra para que se acostumbrase a pasar tiempo con Leonardo. Y mucho menos al holandés, francés o inglés que hubiese perpetrado aquel acto, porque ahí no me importará la nacionalidad, sino ajusticiar a ese malnacido. Y si resultase que estaba sana y salva, me prometía a mí mismo defender a cada esposa de mis compañeros caída en batalla, porque este asesinato tiene el mismo honor y la misma gloria que el soldado atravesado por una pica. Y ahora, después de estos días en que me sentía culpable por haber quitado tres vidas de holandeses, os puedo asegurar que empezaba a entender la guerra y que empezaba a entender a los veteranos que me miraron con ojos odiosos cuando di clemencia a aquella familia refugiada en el piso alto de su casa. Ahora entendía que esto era una guerra y el resultado era claro: *"o ellos, o nosotros"*.

Las piedras saltaban disparadas cuando clavábamos la pica sobre aquel camino lleno de pedruscos y barro. Aquel camino se llenaba de sentimientos encontrados, pues hasta hacía una hora, íbamos a ser capaces de pelearnos entre nosotros —y quién sabe si matarnos—, por unas monedas con las que poder comer y por unas órdenes de un maestre de campo que, tal vez, le quedaba grande el puesto por su gran ego. Ahora, encabezaba la expedición, iba escoltado por su caballería personal, mientras nosotros lo hacíamos junto a Dionisio y los tres hombres que iban a ser ajusticiados y que fueron liberados para combatir contra los holandeses a las puertas de Breda. El ambiente, dentro del luto y pesimismo en cuanto a las muertes, era positivo en cuanto a la guerra. Mauricio de Nassau había retado al ejército más temido de Europa, a los tercios viejos de Borgoña, Génova, Cartagena, Zamora. A todos ellos que hoy formaban parte, junto a sus respectivas banderas, del asedio que se venía sobre Breda. Aquella batalla sería decisiva, si conseguíamos ganarla, tendríamos toda la baraja en nuestra mano.

Tras aquellas tres horas de camino que nos depararon hasta llegar a Breda, cuando pusimos

pie a lo lejos, observamos lo que era obvio que pasaría. Todo seguía como si nada. Era la frialdad de la guerra, pero la frialdad que nos mantendría vivos —o no— durante ella. Juan de la Vega se adelantó a todos nosotros en dirección al campamento de los generales que estaban reunidos allí para valorar la acción y represalia que se haría contra los holandeses. En principio esa represalia ya había comenzado, pues bajo aquellas trincheras que se abrían en el suelo, no paraban de escucharse explosiones que agitaban el suelo. Y es que era una forma de ataque entre nosotros y los asentados en el interior de Breda, donde las trincheras era otra especie de campo de batalla. Explosiones que escuché cuando al pasar cerca de una de ellas, asomé mi hocico —cuál perro inspeccionando y husmeando— hacia aquel agujero que se encontraba con un hombre con medio cuerpo por fuera y, donde en su interior, se encontraban otros tres soldados realizando las explosiones.

—¡Azufre! —Gritó uno de ellos mientras salía despavorido de aquel agujero.

Aquellos tres soldados salían a los pocos segundos.

—¿Cuántos han caído? —Preguntaba el primero en salir.

La marcha de soldados siguió mientras me quedé observando a todos ellos.

—Creo que han caído dos, señor. —Decía uno de ellos—. Otro está degollado en esa trinchera. Puso la cabeza primero el imbécil. —Decía otro, sonriente de aquella baja.

Mientras esto sucedía, mi escuadrón seguía camino del campamento de mujeres donde comprobarían el estado de sus familiares. Y lo seguí. Y he de reconocer que según iba viendo aquellos cuerpos yacientes sobre el césped verdoso, mi interior empezaba a agitarse a la par de estremecerse. Sentí mucho miedo. No estaba preparado para ver a Catalina siendo una de ellas. Y como todos los soldados, iba retirando aquella tela verdosa que habían puesto por encima de los cuerpos hasta que fuesen reconocidos por sus esposos o familiares. Sufría. Pero no veía ni a Carros ni a Leonardo, y eso, en el fondo, era bueno. Sin embargo, cuando comenzaba a ir mirando una por una a aquellas valientes mujeres, una voz, a lo lejos, me hizo llamar.

—¡Máximo! —Gritaba una voz masculina al fondo, mientras yo intentaba adivinar su procedencia—. Acude a aquellos puestos para ayudar.

Me reclamaban como médico. Allí habían levantado un campamento médico enorme donde estaban todas las mujeres heridas debatiéndose entre la vida y la muerte. Y me necesitaban. Necesitaban gente para poder curarlas y que todo volviese a la normalidad. Y sin que terminase aquel hombre de decirme aquella frase, ya estaba camino del campamento médico para ayudar en lo que fuese necesario.

—Voy. —Dije mientras echaba a correr hacia él, sorteando los cadáveres que yacían allí.

El campamento médico era la unión de un montón de tiendas que habían levantado de manera conjunta para poder dar cobertura médica a aquellas mujeres. El color verdoso oscuro se levantó sobre aquel césped, y en su interior, sostenido con diferentes varas metálicas y de hierro que mantenían el techo de los mismos, se encontraba una gran explanada con todas aquellas mujeres allí tumbadas. Éramos ocho jóvenes médicos que habíamos aprendido las nociones necesarias para poder afrontar lo mejor posible este tipo de situaciones. Al entrar, sobre una mesa blanca que había en la puerta, se encontraban una serie de botiquines y materiales quirúrgicos

para poder coser heridas, sanarlas, desinfectarlas y luego dejar que Dios nuestro señor, hiciese el resto por ellas.

Antes de seguir con la batalla que sucedió después, os voy a contar las historias que viví en aquel campamento mientras todavía no sabía si Catalina seguiría viva o no. La primera mujer que atendí se llamaba Mariana. Era una mujer de unos cuarenta años y metro cincuenta que había sido herida tanto en el hombro derecho como en el costado del mismo lado. Su sangre se derramaba rápidamente mientras suplicaba ayuda. Era una mujer que había acudido a la guerra acompañando a su marido, alistado a los tercios para poder sobrevivir él y su mujer, y donde iba a todas las guerras con él para poder vivir, como otras tantas mujeres allí presentes. Era una superviviente de la vida que se encontraba en una situación muy grave. Rápidamente, intenté cerrar sus heridas y desinfectarlas con las gasas y el alcohol que nos habían dejado por allí. Gritaba y gritaba. Sus ojos se ponían blancos cada vez que tocaba una de sus heridas. Ojos que cambiaron a color rojo en cuanto vieron llegar a su marido corriendo hacia ella.

—Pedro... —Dijo ella.

—Mariana... —Dijo él.

Era un matrimonio feliz a pesar de la mendicidad en la que vivían. Eran el amor hecho matrimonio. Y allí unieron sus manos y clavaron sus miradas mientras yo intentaba ayudar lo más rápido posible para poder salvar su vida y la de tantas mujeres que estaban allí presentes. Uno soldado que nos ayudaba con los materiales, me hizo entrega de una aguja desinfectada. El ejército estaba muy involucrado y habían encendido un fuego a la entrada de aquel campamento sanitario con el fin de poder desinfectar los pocos materiales que disponíamos. Así, intentando mantener el pulso, agarré uno de los hilos para introducirlo en la aguja y comenzar a coser las heridas de aquella mujer, que, por cierto, me miraba como si estuviese viendo a un ángel. Comencé a coser las heridas de aquella mujer que no dejaba de tener el apoyo de su marido, transmitiéndose entre ellos el dolor que suponía lo que estaba haciendo. Reconozco también que, a pesar de las diferencias con Leonardo, sus clases eran muy útiles y así se estaba demostrando con aquella mujer. Y bien os digo que salvé aquella vida. Y me sentí muy feliz de ver como había desinfectado y cosido sus heridas que, de primeras, más parecían mortales que de una persona que echaría a andar a las horas. Pero lo que más me emocionó fue ver como aquel matrimonio se abrazaba sobre el suelo del campamento, sabiendo que seguirían juntos durante un poco más de tiempo. Y yo, observando aquello, sentí el golpeo suave y de confianza sobre mi hombro. Ese alguien fue Leonardo, que estaba por allí haciendo lo mismo. Y le asentí con la cabeza, porque en estos momentos no había rivalidad, y tras ello, me fui a otra mujer para seguir salvando vidas que, al final, era el compromiso real que asumí en Toledo y no tanto el quitarlas. Y entre aquella desgracia, reconozco que me sentía vivo.

Era un sentimiento que por dentro me hacía sentir lleno de felicidad, pero que a su vez peleaba seriamente contra la preocupación que sentía al no localizar a Catalina. Miraba a lo lejos y no la veía. Miraba más cerca, y tampoco. La impotencia que sentía se iba disparando poco a poco, así como los nervios de no tener noticias sobre ella. Si no estaba en el campamento médico, o bien estaba muerta, o bien estaba secuestrada, y puestos a pensar situaciones, no sabías muy bien cuál sería la mejor. Carros, que apareció por el campamento sobresaltado, algo lógico y normal, iba buscando a su hija mientras miraba una a una a todas las mujeres que estaban allí

ingresadas. No había contado el número total, ni lo había escuchado, pero podían rondar fácilmente las sesenta mujeres heridas. Cuando me vio, le cambió la cara, y, acercándose a mí, de malas maneras —tal vez por la tensión—, me increpó.

—¿Has visto a mi hija por alguna parte?

—No. Yo también la he buscado y no la veo. —Le dije mientras echaba un vistazo a las mujeres más próximas.

Carros se puso la mano derecha sobre el rostro, rascándose uno de los ojos por la desesperación. Movía el cuello hacia arriba de vez en cuando como si de un tic se tratase.

—No está entre las asesinadas.

Respiré aliviado, en parte.

—Entonces...

Me interrumpió.

—Sí. La tienen que tener los holandeses secuestrada.

Ambos nos quedamos en silencio. Mucho silencio. Solo el grito de dolor de aquellas mujeres era el grito de dolor que sentíamos ambos por dentro.

—La rescataremos. —Dije con tono seguro para animarle.

—¿Tú? —Me dijo, mirándome muy serio a los ojos—. Tú eres el responsable de que esté secuestrada.

Mi mirada fue más propia de un soldado al que mandarían a la horca que de una persona preocupada. Y no quedé callado. Le contesté.

—¿Yo? —Me apresuré—. Has sido tú quien la ha traído aquí, sin su madre, para casarla con aquel indeseable por tus intereses personales.

Carros hizo ademán de cogerme del cuello cuando, de repente, vio mis manos sobre el suyo. Y dio pasos hacia atrás mientras yo los daba hacia él.

—Encuentra a tu hija y tráela a salvo. Te prometo que, si no, serás tú el próximo en desaparecer.

—Por menos de esto han terminado tus compañeros colgados en la horca.

Apreté más fuerte ante la atenta mirada de los allí presentes y le empujé contra una de las vigas de hierro que sostenían el campamento.

—Haz tu puto trabajo y salva a tu hija. —Le grité—. Porque si encuentro yo antes a Catalina que tú, te colgaré yo a ti.

—No vas a salir vivo de esta guerra.

—La única que saldrá viva de aquí es Catalina. Luego, cuando esté a salvo, ya veremos quién de los dos sale vivo.

La gente nos miraba. Unos me miraban con cara de que sería yo el que moriría, incluso antes de encontrar a Catalina.

—Suéltame el cuello. Voy a ordenar que te maten. —Dijo, mientras me sonreía con cara de enfadado.

—No puedes hacerlo... Y lo sabes.

—¿Cómo que no puedo hacerlo?

—Me necesitas.

Carros me miró a los ojos. Esa frase le recordó a la misma que Benedicto le dijo en el despacho después de encontrarnos a Catalina y a mí en la biblioteca. Aunque de esto, yo me enteré más tarde.

Y bajó la mirada. El sargento mayor Carros, uno de los soldados con una larga trayectoria de éxitos a sus espaldas y a punto de subir a maestre de campo si la batalla de Breda salía satisfactoria, me había agachado la mirada. Y los allí presentes se hicieron los locos cuando los escoltas de Juan de la Vega hicieron aparición por aquella especie de puerta con cremallera negra que nos separaba del exterior ante los gritos de pelea que escucharon fuera. Carros se calló mientras me miraba a los ojos, no sin desear entregarme a aquellos hombres que me degollarían en cuestión de segundos. Pero no lo hizo por un motivo que os diré también más adelante. Y sí, le había puesto en su sitio y a partir de ahora nadie se pondría en medio entre Catalina y yo. Y sí, la guerra me había cambiado. Ya no tendría miedo a enfrentarme a quien se pusiera por delante, ya fuese aliado o enemigo. Pero desde luego que nadie me volvería a parar.

Sobre lo que estaba sucediendo en aquel campamento médico, los generales y altos comandantes del ejército eran ajenos. A unos doscientos metros se encontraba aquel campamento donde estaban llevando a cabo la planificación del ataque a los holandeses, la defensa y las represalias que se tomarían contra ellos después de aquel ataque. Y allí se encontraba Don Ambrosio Spínola, junto a nuestro maestre de campo, Juan de la Vega, y otros tantos maestros de campo de cada una de las secciones de los tercios, como eran —aunque hasta ahora no os los había presentado—: Pablo de Guzmán, Francisco Mendoza y Jorge Soler, entre otros. Eran maestros de campo con grandes trayectorias en su haber. El primero, con la reputación que la guerra naval le había otorgado por cada uno de los miembros de su cuerpo perdidos, pues la guerra le había arrebatado dos dedos de la mano derecha, uno del pie y, además, contaba con magulladuras por todo el tronco por los impactos de bombas navales. El segundo, por su gran valor en las guerras de las Américas, retornando recientemente a España para poner su experiencia en Flandes y, el último, sin tanta trayectoria más que ser hijo de una familia de la alta nobleza, que le habían permitido llegar hasta ahí con escasas batallas a sus espaldas. Ya sabéis, las influencias.

—Estos hijos de puta nos han citado en el monte de Hagebeemd. —Dijo Pablo de Guzmán—. ¿Hay soldados que reconozcan este territorio?

—Es puro campo. No hay construcciones. Será una batalla a campo abierto. —Dijo Juan de la vega.

—Por eso nos han retado allí. —Comenzó a hablar Don Ambrosio Spínola—. Porque saben que juegan con ventaja.

—Señor, en cualquier lado jugarán con ventaja. Pero nosotros somos los tercios. —Dijo Jorge Soler.

Ninguno de ellos estaba ahora mismo para discursos motivacionales.

—¿Cuántos efectivos, señor?

—Iremos con siete mil hombres. Los mismos que han dicho que portarán. —Dijo Spínola.

—Pero señor, seguramente sean muchos más. Buscarán hacer alguna emboscada.

—Lo sé. Por eso irán siete mil hombres. No podemos descuidar tampoco este campamento.

Todos quedaron mirando aquella especie de mapa que se abrió sobre una mesa. Carros, en ese momento, entró en la caseta para ejercer de voz como sargento mayor. Todos los presentes se interesaron por él.

—¿Sabemos algo sargento? —Dijo Guillermo.

—Nada.

—Será una de las secuestradas.

Pablo le tocó el hombro con fuerza, transmitiéndole la misma.

—La encontraremos. —Dijo Spínola, sin quitar ojo al mapa.

—¿Qué estarán haciendo con las mujeres secuestradas?

—Nada bueno, y lo siento por el señor Carros.

Spínola se tocó el mostacho antes de responder.

—No serán tan imbéciles de hacerlas nada hasta derrotarnos. Saben quiénes somos. Demasiado valientes han sido para hacer este acto.

El silencio se hizo durante unos segundos hasta que todos volvieron a planificar el ataque.

—Aprovecharán el río Mark. Habría que intentar sortearlo, señor.

Spínola observó el mapa mientras señalaba aquel río.

—Seguramente buscarán acorralarnos. ¿Sabemos profundidad?

—No conocemos el caudal señor. Pero no son ríos muy caudalosos.

—Ha llovido. —Apuntó Jorge.

—Nos colocaremos al otro lado del río. Vendrán ellos a nosotros en ese caso. —Dijo Spínola.

—¿Cómo repartimos posiciones?

—La estrategia de siempre. Piqueros y escudos, arcabuces a los flancos, mosqueteros con ellos y la caballería para romper después al enemigo. Cubriremos los flancos de cualquier ataque sorpresa. Tendremos un grupo de quinientos hombres de refuerzo a las espaldas. Los lansquenets alemanes ya están de camino para llegar a tiempo.

—Esos alemanes son muy buenos. No tienen ningún muro que se les resista.

En ese momento, Don Ambrosio Spínola, levantó la mirada y la puso sobre aquel círculo de personas que le rodeaba por delante.

—Quiero que el color del río se vuelva rojo. Que la sangre se expanda por toda la tierra.

En mi interior solo sentía que algo no iba a ir bien ese día. Era el sentimiento de que algo trágico se avecinaba sobre nosotros. O bien derramábamos la sangre holandesa aquella tarde, o sería la nuestra, con la reputación perdida de los tercios viejos españoles, la que correría por aquellas tierras junto a la propaganda de que ya no somos los temibles. Así, cuando por fin tuve un poco de descanso tras estabilizar a unas cuantas mujeres, sanarlas, curar sus heridas y coser otras tantas, salí afuera de aquel campamento donde habían pasado tres horas desde que entré y donde parecía que habían pasado escasos diez minutos. Allí, en aquel descampado verde, me senté sobre una de las rocas que dejaba tras ella una especie de pendiente de poco más de cinco metros, dejando libremente mis piernas colgar sobre ella. La brisa golpeaba mi cara y los tantos árboles que me hacían frente se movían al son de una especie de baile. Por allí correteaba algún conejo suelto que ya era presa del águila que lo observaba desde lo alto. Por un momento sentí paz. Sentí que no estaba metido en una guerra y respiraba aliviado por ello.

—Cuánto tiempo sin vernos.

Me dijo una voz que no podía ser otra que la de Benedicto.

—Ahora siento paz de estar aquí sentado. —Dije, con los ojos cerrados mientras el aire rozaba mi rostro.

Benedicto asintió.

—Has sufrido mucho estos días según he visto.

Ahora asentí yo, esperando que rematase aquella frase.

—Las guerras no son como pintan los libros de caballerías de la biblioteca.

—Ojalá. Así sabría que sobreviviría a ella.

Sonrió Benedicto.

—¿Y por qué piensas que sobrevivirías?

Pensé a mis adentros.

—No te sabría decir. Pero las novelas las elige quien las escribe.

—Eso es cierto, hijo.

—¿Y tú por qué estás aquí? —Le pregunté—. Parece que me persigues a todos lados.

Benedicto me miró y me dio un coscorrón suave en la cabeza.

—Un maestro nunca abandona a su discípulo. Ni teniendo veinte holandeses a mi alrededor te dejaría solo.

—Como un padre...

—Un maestro y un padre se pueden relacionar.

Le miré e hice un ademán gestual de agradecimiento.

—A veces me das bastante tranquilidad.

—Lo sé. Aunque en tu interior no la tienes así.

—La verdad que no.

—Tú mismo sabes que no eres un asesino. Que esto es una guerra.

Le volví a mirar con ojos de desconcierto.

—¿Por qué dices eso?

—A mí no me puedes engañar. Te conozco tanto como tú a ti mismo.

—De eso no me cabe duda. —Le afirmé—. ¿Puedo hacerte una pregunta como sacerdote?

—Estás tardando. —Me dijo tras sentarse sobre la misma piedra en la que estaba yo.

Yo giré mi cuerpo hacia él.

—¿Por qué dais una *extremaunción* a un soldado que acaba de asesinar a decenas de personas? —Le dije, observando como hacía movimientos en su rostro para responderme algo sensato.

—¿Y por qué no?

—Porque va contra las creencias cristianas y contra los mandamientos.

Benedicto se tocó la barbilla. Creo que era la primera vez que le ponía en ese aprieto.

—¿Tan culpable te sientes para no querer una *extremaunción*?

—No me has respondido, Benedicto.

—El señor siempre perdonará tus sentimientos de culpa. Siempre que estos sean sinceros.

—¿Y si no me perdono nunca los tres asesinatos que cometí ayer?

—Entonces te juzgarán y decidirán donde irá tu alma. Veo que tú ya has decidido que el infierno será tu hogar.

Le quité la mirada para pensar. Pero se anticipó a mis palabras.

—Un verdadero asesino no daría clemencia a una familia en lo alto de la casa, ni ayudaría a decenas de mujeres a curarse y no morir...

—Ya... ¿Pero cómo sabes tú eso?

—Te observo a cada rato. Allá donde estés, yo estoy contigo.

—¿Y qué debo pensar?

—Entonces debes pensar si eres un verdadero asesino o una persona que no tiene otro remedio que asesinar.

—Me obligan a asesinar. Esto es una guerra.

—Lo importante es lo que verdaderamente pienses de ti mismo en función de las circunstancias que la vida te ha puesto. Deberás analizar si eres buena o mala persona con tus

acciones y tus pensamientos, no por una acción que tal vez, si analizas, ni tú mismo has elegido realizar.

—¿Entonces?

—¿Tú asesinarías a esas personas si no estuvieses metido en una guerra?

—No. Pero asesiné a una persona.

—Y si esa persona no te hubiese querido asesinar a ti, ¿Lo hubieras hecho?

—No.

—¿Te preocupas por tu familia, amigos y las mujeres que ahí has salvado?

—Sí.

—Entonces qué puñetas vas a ir al infierno.

Dudé. Una vez más este señor me hizo dudar. Y pensé. Una vez más Benedicto me hizo pensar. Y miré a otro lado, —al fondo de aquel paisaje— y cuando volví la vista a él para darle mi visión, ya no estaba. Se había esfumado como si aquella brisa le hubiese arrastrado. Y volví a dudar... ¿Por qué desaparece tan rápido un señor tan mayor? Pensaba yo. Me estaré volviendo loco, repensaba. Y por mi espalda escuché mi nombre. Venía de un compañero médico que me llamaba para acudir nuevamente al campamento donde estaban reunidos todos ellos ante las palabras que pronunciaría Leonardo a todos los médicos.

—Las órdenes para esta batalla son claras, debemos luchar con arma. —Dijo Leonardo, dando la orden de los maestros de campo.

Y así me quedó claro lo que venía en las próximas horas. Tocaba pelear y volver a asesinar. Y vaya que si tocaba volver a asesinar.

CAPITULO 13. EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE

¿Qué lleva a una persona a querer matar a otra? ¿Llegará un día en que te perdonarás o se perdonarán a sí mismos después de haber arrebatado vidas? Estas preguntas creo que siempre nos las hemos preguntado todo ser humano en un momento dado, sobre todo cuando hay guerras, como esta, delante de ti. Lo que sí que puedo aventurarme es a dar respuesta a la primera de ellas. Diría que, en tiempos de guerra, asesinar al enemigo te da orgullo, respeto, sensación de defender a los tuyos y esto puede ser una de las causas donde, durante toda la historia, el ser humano se ha estado matando entre sí. Pero más allá de eso, pienso, que la necesidad de comer, de beber, de dar seguridad a tu familia o, incluso, de sobrevivir —como yo, que estaba en guerra para cumplir una condena a muerte—, te llevan a hacer cosas que, en un momento racional, ni te plantearías hacer. Sobre la segunda pregunta, aún no sabría decirte. Tal vez sí, aunque sea por autojustificarte el haber arrebatado vidas con lo anterior, o, tal vez, vivas con eso para toda la vida en tus adentros, con la cara de aquellos hombres caídos frente a tí, mirándote a los ojos mientras les desgarras las tripas sacando tu espada de ellas. Sea como fuere, en un rato os cuento mi visión personal, porque desde luego que lo que pasará en una hora me dejará como protagonista de estas preguntas.

El campamento militar era una pista de carreras de soldados que iban de un lado a otro. Sargentos mayores junto a sus escuadrones y a los maestros de campo, debatiendo todavía como iba a ser la venganza por todas nuestras mujeres caídas, dañadas o secuestradas a las órdenes de Mauricio de Nassau, que, simplemente, quería demostrar que los tercios no eran imbatibles. Y que inocente Mauricio, pues nos veremos en escasos minutos y nos dirá a la cara, con la misma valentía, el porqué de su incursión. Aunque el porqué me lo puedo imaginar. Si algo se rumoreaba en este campamento era que no había que tener miramientos, escrúpulos, ni conciencia. Había que arrebatarse la banda naranja de los soldados que la portasen y dejarla sobre el césped de Hagebeemd.

Y si tú, querido lector, te preguntas como me siento para luego leer la batalla junto a mis sentimientos, decirte que siento: tensión por lo que viene, angustia por como reaccionaré en la batalla y miedo, mucho miedo a morir. También siento la necesidad de venganza por Catalina. Y todo esto no por ser mi segunda batalla como soldado en una guerra —que también—, sino porque tal vez sean mis últimos momentos de vida. Por eso no puedo dejar de pensar en que haría después de la guerra si sobreviviese a ella. Lo que supongo es que te preguntarás qué haría de suceder eso. Pues diría que: estudiar, leer, trabajar como médico y tener mi propia familia. Y te diría que hasta los nombres de mis hijos tengo pensados. Y esto lo hablaba con Jaime y con Luis, que estábamos juntos preparando las espadas, afilándolas, escuchando el sonido del metal con la pieza áspera que permite que un roce de la espada, te atravesase con suavidad, acompañado de un brillo para intimidar a los *zanahorios*, que así era como les llamábamos despectivamente a los holandeses.

—¿Te toca? —Me preguntó Luis.

—Sí.

—¿Qué te toca? —Me preguntó Jaime, despistado.

—Pelear.

Jaime asintió con la cabeza, guardando un silencio propio de la tensión.

—Vamos a dar fuerte a estos zanahorios. —Dijo Luis, golpeando fuerte la espada para pulirla.

—¿Sobreviviremos?

Jaime levantó la mirada para ver nuestra reacción. No la encontró. La frialdad del momento no dejaba articular una sola mueca que no fuese una mirada vacía pero asesina.

—Tal vez sí... —Comencé—. Tal vez no.

Jaime sonrió.

—Si ganamos esta guerra nos saldrán la condena. Seremos libres. —Dijo Luis.

—¿Y después? —Preguntó Jaime—. Tú y yo, llevamos aquí casi un año. Hemos perdido nuestra vida en tan poco tiempo...

Luis quedó reflexionando. Desde que empezó en el ejército, sus relaciones habían decaído hasta no saber nada de su propia familia. Se habían esfumado. Incluso su relación, con una boda planeada, estaba en duda.

—Retomaremos nuestra vida, estoy seguro.

Me añadí a la conversación tras aquella frase de Luis.

—¿Retomaríais vuestra anterior vida?

—¿Por qué no?

—A mí me gustaría empezar una vida de cero. En otro sitio. —Dijo reflexivo Jaime.

—A mí me gustaría una vida como la de los zanahorios. Mira el ambiente: todo verde, pájaros cantando, ríos y canales continuamente, tranquilidad... Es un paisaje precioso.

Ambos quedaron pensativos ante mis palabras.

—Pero... después de matarlos, no vas a quedarte aquí Máximo...

Ahora me quedé pensativo.

—Remendaré lo que hemos hecho.

—¿Y si nos quedamos los tres aquí? —Dijo Luis, mirándonos a los ojos a Jaime y a mí.

—Y empezar una vida desde cero. Los tres juntos.

—No tenemos nada que perder. —Dije yo—. Y a nuestras familias les podemos escribir igualmente.

—Me parece bien. —Dijo Jaime—. Viviremos en algún pueblo que haya por aquí.

Los tres nos dimos un abrazo. Y por un momento, sentimos realmente un futuro esperanzador.

—Ahora hay que sobrevivir. —Dijo Luis.

Aquella charla fue muy distendida. Mientras miraba a mis amigos, todos sonreíamos al otro como si fuese la última conversación que íbamos a compartir. Tal era el sentimiento, que Jaime cogió una especie de vasijas con agua para brindar entre nosotros, algo que no era muy positivo porque siempre se ha dicho que brindar con agua trae mala suerte. Así se lo hicimos saber, pero no había otra cosa con la que brindar y, sinceramente, si vamos al camino de la muerte, qué más da brindar con agua y atraer a la mala suerte. Sería nuestro último brindis y eso nos dejaría como eternos hermanos durante la eternidad de la vida.

Tras aquel brindis improvisado, a lo alto de nuestros brazos donde quedaba aquella vasija improvisada para realizarlo, nos dejaba una vista al fondo de decenas de soldados unificándose en escuadrones. El momento había llegado. Tocaba reunirse con nuestro escuadrón, situado al extremo derecho de la gran cantidad de escuadrones allí representadas con sus respectivas banderas. Lo curioso es que apenas íbamos con el coselete en condiciones porque, con solo con una batalla en nuestro caso, había bastado para romperlo. Por lo que los más veteranos, imagínense. Lo que si manteníamos todos era aquella banda roja que nos descendía desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda y que nos servía de distintivo para no acribillarnos entre nosotros mismos. Similar hacían los holandeses, pero con una cinta naranja. Y allí nos reunimos con todo el escuadrón. Y sobre mi cabeza aquella bandera de triángulos rojos sobre el fondo blanco y dos rayas con aristas cruzándose en forma de equis con unos hilos amarillos sobre ellas. Y así era la bandera que representábamos y que nos servía de punto de reunión a quienes esperábamos, bajo ella, la señal para comenzar a dar el paso.

—¡Marchen... filas! —Dijo Juan de la Vega.

Y comenzamos a caminar. En fila. Luis, Jaime, Alonso, Juanjo y yo. Juntos hasta el final de nuestros días o, en el mejor de los casos, de aquella batalla. Fieles unos a otros desde que nos conocimos, con nuestras virtudes y nuestros defectos. Caminábamos en silencio buena parte del trayecto y otro tanto íbamos compartiendo impresiones. El paisaje era verde claro, árboles por todos lados que nos rodeaban de naturaleza. Ojalá vivir aquí para siempre, en paz. El barro de la tierra se nos iba pegando en los zapatos y en el bajo del pantalón, ya que, la noche anterior, con la helada y algo de lluvia que había caído, había dejado el terreno algo mojado y levantado. Y esto no nos venía del todo bien a los tercios y sí a los holandeses que se desenvolverían mucho mejor que nosotros. Por un momento eché la vista atrás y me recordó a la vivencia que tuvimos en el mar que unía Barcelona y Génova, pero en aquella ocasión, con multitud de barcos, mientras que aquí, con multitud de soldados. Concretamente, siete mil de ellos, por lo que no veía ni el principio ni el final. Lo que sí veía era un sol radiante, bien puesto en el cielo que iluminaba todo lo que se ponía por delante. Eso sí, con nubes que parecían estar echando carreras entre ellas mismas a una gran velocidad. Eran como nosotros, pero en el cielo, caminando entre ellas hacia un lugar en el que se juntarían con otras, chocarían y, si llevan agua, la soltarían sobre lo que tuviesen debajo. Y, curiosamente, eso mismo es lo que estábamos haciendo nosotros. Caminábamos hasta juntarnos en un punto concreto donde chocaríamos con el enemigo. Allí soltaremos la sangre que llevamos dentro hasta que amaine, bien la guerra o el cielo, dejando de llover sangre o lluvia, para que después, al disiparse, de comienzo un nuevo tiempo histórico o climatológico.

Y confieso que según iba caminando hacia aquel punto en el que nos habían retado los holandeses encabezados por Mauricio de Nassau, aquel miedo, tensión y angustia que sentía, se fue diluyendo poco a poco para dejarme en un estado neutral. Y esto ya lo había leído en alguna ocasión: Cuando te acercas a la muerte —o crees acercarte a ella—, por un momento dejas de temer por tu vida y el instinto de supervivencia empieza a hacer su aparición. Y espero que el instinto esté bien instintivo, valga la redundancia, porque desde luego que le iba a necesitar como agua de mayo. Y el rostro de mis amigos era exactamente igual, un rostro sin tensión ni miedo. Un rostro que se iba preparando con cada paso para el devenir que el destino tuviese preparado para ellos.

El silencio poco a poco fue inculcándose entre todos nosotros. Las miradas eran fijas, fuertes, densas. Nos tocábamos mutuamente el hombro en señal de apoyo, de fraternidad, de hermandad. Sorteábamos los charcos de barro que nos íbamos cruzando mientras nos acomodábamos la ropa y las armas en ella para ir lo más cómodos posible. El destino se aproximaba, o nosotros nos aproximábamos a él, y ese destino tenía forma concreta: una explanada verde, regada por la lluvia de la noche anterior que dejaba ciertas partes resbaladizas. Al fondo, un bosque de árboles a las afueras del campo de batalla que era rodeado por un río que bordeaba por nuestra derecha y que hacía un giro para quedarnos de frente, a lo lejos, y que tendríamos que evitar para no caer en trampas holandesas. Y así era el lugar que nos depararía el seguir viviendo o el marcharnos al cielo —o infierno—. Allí, todos juntos, en silencio, hombro con hombro junto al mis amigos, esperábamos ansiosos la llegada de los holandeses.

Veinte minutos. Ese fue el tiempo que las tropas encabezadas por Mauricio de Nassau tardaron en aparecer en escena. Y allí me encontraba yo, junto a mis amigos, mientras a lo lejos empezábamos a apreciar a aquellos soldados —con vestimenta y casco gris, como eran los nuestros, y la banda naranja—, ir aproximándose hacia el lugar indicado. Pica en mano, escudo en la otra, aquellos que dejaban ver los mechones rubios y anaranjados a través del casco, con barbas de color marrón —otros tantos con mostacho— y con edades adultas ya asentadas, nos miraban fijamente como si nos estuviesen sentenciando a muerte. A los lados, los arcabuceros que en unos minutos dispararían sin conciencia, como lo haríamos nosotros también, con el único fin de causar el mayor número de bajas posibles de nuestro lado. Y tras ellos, una larga cantidad de caballería que atravesaría nuestra barrera para asestarnos, desde lo alto, una pica en nuestro pecho. Pero si esto era lo que yo pensaba de ellos, que no pensarían ellos de nosotros, con la fama que traemos. Si a nosotros nos podía imponer aquello, que no sentirían ellos en sus adentros al ver a estos hombres castaños o con pelo negro, mostacho o barba canosa y cuerpos que han sido capaces de llevarse por delante a cualquier ejército que les había retado en algún momento. Cuerpos que fueron capaces de conseguir un imperio donde no se ponía el sol.

Las nubes comenzaban a ir tapando el cielo azul que teníamos y el alboroto comenzaba con el fin de intimidar al adversario. Las banderas ondeaban a lo alto de cada tercio, manteniéndola erguida y fuerte sobre los brazos de los soldados encargados de portarla. Aquel alboroto empezó a aumentar cuando los holandeses hicieron llegar a lo lejos, detrás de la caballería y, quedando a nuestra izquierda, una especie de jaula con todas las mujeres dentro. Como si se tratase de animales. Y desde luego, que aquella provocación no era la más adecuada para unos tercios viejos capaces de hacer tropelías si atacabas a alguno de los suyos. Y así fue, el alboroto se convirtió en gritos. Los gritos en amenazas, y, cuando hay amenazas, no hay retorno. La guerra iba a dar comienzo.

Los maestros de campo se situaron en sus posiciones. Juan de la Vega junto a sus escoltas y a otros maestros de campo aguardaban para dar comienzo a la batalla. El objetivo, salvar a las mujeres. El otro objetivo, derramar toda la sangre posible como condena a aquellos holandeses que las habían arrebatado. Y allí, como os vengo diciendo, estábamos todos. Y tal vez no saliésemos de allí, pero desde luego, que por el honor, la gloria y el respeto que debemos ejercer como imperio, dejaríamos nuestra sangre.

Las trompetas y tambores comenzaron a resonar, dando así comienzo a la batalla. Los holandeses comenzaron a dar pasos hacia delante, breves y cortos, como si no quisiesen dar el primer paso realmente. Mientras, sus arcabuceros disparaban con sus arcabuces y, los mosquetes, mecha encendida, lanzaban las balas para impactar sobre nosotros, pero, como la lejanía todavía era grande, se perdía la fuerza a mitad de camino. Querían intimidarnos, pero nosotros, impasibles. Esperábamos a que siguieran dando pasos mientras nos íbamos juntando unos sobre otros, apoyando nuestros hombros con el de aquellos que teníamos a nuestra vera, donde en mi caso, era con Luis y Jaime, mis amigos inseparables que, hasta en la guerra, estábamos juntos. El resto, cerca de nosotros. Así, con la pica en la mano derecha y el escudo en la izquierda, esperábamos ansiosos a que estos holandeses se fuesen aproximando cada vez más. De vez en cuando, desviábamos la mirada sobre aquella jaula cerrada donde estaba Catalina y el resto de nuestras mujeres. Los holandeses seguían dando cada vez más pasos y nuestras primeras filas comenzaron a situarse en formación con el fin de que una vez llegasen a nosotros, no pudiesen perforar la línea defensiva y nuestras picas atacasen firmemente al otro. Mientras tanto, seguía escuchando a los arcabuceros enemigos dispararnos a lo lejos y perdiendo aquella cantidad de balas mientras los nuestros seguían en silencio. Ninguno nos movíamos, ni con el sonido de trompeta y tambor enemigo. La orden era clara, esperar a que se acercasen. Lo que sí se había acercado era el olor a plomo de aquellas balas y una especie de aroma a lluvia y humedad que se empezaba a extender por allí.

Poco a poco el zumbido de las balas iba siendo más cercano y los pasos breves se iban convirtiendo en más grandes, recortando la distancia que había entre ejércitos. Nuestros soldados comenzaron a llevar a cabo el plan establecido y para ello, tenía que pasar por la motivación del grito de ánimo tan habitual entre ellos.

—¡Prepárese... España! —Decía el maestre de campo.

Las filas comenzaban a moverse y a prepararse para el inminente ataque. Y con ellos, nosotros. Y a eso solo faltó el cántico final para dar rienda suelta al derramamiento de sangre.

—¡Arriba, España! —Dijo Juan de la Vega—. ¡Adelante!

Y, ahora sí, los tercios viejos habíamos comenzado la guerra. Nuestras primeras filas avanzaron pasos alargados para sorpresa de los holandeses que frenaron los suyos. Todos nosotros seguimos a aquella fila que se detuvo a escasos metros de avance. Los arcabuces enemigos comenzaron nuevamente a dispararnos y los nuestros, a impactar sobre ellos. Comenzaba así la sangría que esta batalla iba a suponer. Con ellos, las picas enemigas también dieron avance y junto a aquello, se llevó a cabo nuestro avance. Los metros se convirtieron en centímetros y allí comenzaron a volar las picas sobre nuestros hombros, los arcabuceros disparando y las caballerías guardando posición a la espera de su incursión. Poco a poco fuimos resistiendo un comienzo fuerte de los holandeses, pues nuestras primeras filas guardaban con fuerza los golpes, tirones e impactos de pica sobre ellos.

—¡Siga, España! —Dijo un veterano.

Desde mi posición todavía no podía hacer gran cosa más que intentar lanzar la pica hacia el

frente, pero sin obtener un impacto. Lo que sí comenzaba a ver era a algunos soldados caer delante de mí, pero aquello no nos podía afectar. Pero más estaban cayendo por el otro lado ante la gran pericia que tenían nuestros arcabuceros y nuestra primera línea de piqueros. Parecía que de momento éramos nosotros los que estábamos llevando la contienda a nuestro lado y los zanahorios comenzaban a estar bañados en su propia sangre. Esto hizo que nuestros tercios comenzasen a avanzar más rápidamente mientras ellos iban retrocediendo. Un retroceso que provocó, como digo, un avance nuestro. Pero un avance que hacía que fuésemos pisando los cuerpos de nuestros tercios allí muertos.

Luis, que se encontraba a mi lado, se empezaba a zafar de alguna pica enemiga que ya llegaba a nuestra altura. Jaime, por su parte, se mantenía con la guardia alta ante lo que viniese por el frente, y yo, pica en mano derecha y escudo en la otra, intentaba defenderme de aquellas picas que nos llegaban por el flanco izquierdo. Un flanco que, por cierto, nos iba a dar quebraderos de cabeza. Mientras tanto, la caballería holandesa entró en acción, acudiendo a golpear nuestras primeras filas que tenían que resistir como héroes para no desestabilizar la batalla. Los maestros de campo, situados a nuestras espaldas, analizaban cada movimiento enemigo con el fin de poder darles respuesta lo más rápido posible, por lo que nuestra caballería también entró en escena, y con ello, estábamos todos metidos en una guerra sin retorno. Ahora sí, eran ellos o nosotros.

Y así fue desarrollándose la batalla, hasta el punto en el que teníamos a los holandeses frente a frente. Las espadas volaban por el aire desprendiendo gotas de sangre sobre todo aquel que se pudiese en medio. Las picas se clavaban en el suelo y las balas acechaban por el aire. Los holandeses ejercieron una fuerza feroz sobre nuestras filas, consiguiendo debilitarlas y hacernos ahora retroceder a nosotros. Y finalmente, llegaron a nuestra altura, consiguiendo penetrar, algunos de ellos, nuestra primera fila. Luis, Jaime y yo apretamos nuestros hombros para evitar que pudiesen hacernos más daño por separado y, con mucha agilidad, nos intentábamos zafar de todo holandés que se ponía por delante. Mi espada comenzaba a sortear a unos y otros, hasta que aquel holandés mayor, con barba canosa y amarronada que se puso delante, probó el sabor de mi espada atravesada por su pecho. Al retirarla de él, un flujo de sangre impactó en mi rostro, cubriéndolo entero de sangre. Mi adrenalina estaba por las nubes, mi sed de venganza por Catalina estaba en todo su poder y ahora solo veía la posibilidad de vengar aquello.

Todo holandés que llegaba a nosotros era caído en batalla. Valientes —eso sí— de atreverse a cruzar nuestra primera fila para asestar su espada contra alguno de nosotros, sabiendo perfectamente que nunca saldría de allí con vida. De momento, nadie que perforase las primeras filas conseguía salir de aquel bullicio y Mauricio de Nassau, inteligente dentro de lo que cabe, supo leer la lectura de aquel momento. Pero mientras lo hacía, Luis y yo rebanábamos el cuello de un chico joven que rondaría nuestra edad, mientras clavábamos la espada en la tripa de otro de ellos. El barro se mezclaba con la sangre enemiga que teníamos sobre nuestro cuerpo. Las clases habían funcionado, y poco a poco, fuimos ganando terreno a aquellos bastardos que nos querían arrebatar a nuestras mujeres y nuestras vidas. Por eso, volvimos a tomar el control de la situación y los gritos de <Arriba España> nos iban aumentando la confianza que teníamos en nosotros mismos y, poco a poco, iba aumentando cada vez más. Y cuando parecía que nuestros pasos avanzaban muchos metros, nos dimos cuenta de que todo era una estrategia de aquellos zanahorios. Y en que nos vimos de salir de lo que nos iba a deparar a partir del siguiente minuto

de batalla. Nuestro avance se detuvo cuando por nuestro flanco izquierdo, por donde aparecieron unos escuadrones de caballería holandesa que nos hicieron mucho daño, empezamos a escuchar gritos y sollozos. Todavía me encontraba ajusticiando al holandés valiente que sobrepasó nuestras primeras filas, cuando aquellos gritos invadieron mi tímpano y, al girar mi cabeza mientras clavaba mi espada en el costado de aquel holandés, solo pude ver decenas y decenas de caballos enemigos clavar sus picas sobre mis compañeros.

Los maestros de campo comenzaron a movilizarse y tras ellos, Ambrosio Spínola, que observaba la contienda desde la lejanía. Este golpe holandés nos estaba causando grandes daños y comenzaban a llegar a nuestro escuadrón. Por un lado, perdimos la orden de ataque y todo consistió en sobrevivir. Por ello, Luis y yo nos desviamos cuando nos habíamos quedado sin holandeses en nuestro frente y acudimos al flanco izquierdo a ayudar a nuestros compañeros. Allí, un mar de sangre de los tercios comenzaba a hacer su aparición. A lo lejos vimos como Alonso combatía con dos espadas, una en cada mano, como un auténtico gladiador romano. Juanjo, por su parte, intentaba zafarse de algunos de ellos. Y yo, con un escudo en mi mano izquierda con cierta rotura, intentaba defenderme de todo lo que se pusiera por delante, como aquel otro holandés que apareció por mi derecha alzando su espada al cielo y, gracias a dios, la espada de Jaime, que se encontraba a mi espalda, pudo evitar que me atravesase por el centro de la cabeza. Me acababa de salvar la vida y yo impactaba mi espada, con gran odio, sobre el cuello de aquel hombre, decapitándole en ese mismo instante. Jaime y yo nos miramos durante décimas de segundo, agradeciendo con la mirada aquella acción que me había salvado la vida. Pero la primera desgracia sucedió en aquel momento, pues una de las picas enemigas impactó sobre el costado derecho de Jaime. Grité. Corrí. Y sabe Dios que los espadazos que recibió aquel holandés no fueron más que la rabia y el odio que generé en milésimas de segundo y que volvería a hacer una y otra vez. Pero desde luego que me encargué de que a aquel holandés no lo reconociese nadie con cómo lo dejé tras tantos golpes sobre su cara y cuerpo. Tras aquello, retrocedí hacia Jaime, que se encontraba con la mano derecha apoyada sobre el césped y la izquierda taponándose la herida. Le habían herido de gravedad. Su rostro lo decía todo, con la boca abierta por el dolor.

—Te voy a sacar de aquí. —Le dije.

—Nos van a matar a los dos. —Dijo Jaime, mientras le cogía de los hombros por la espalda para llevarlo hacia atrás.

El aullido que soltó mientras le hacía retroceder ya me daba señales de la gravedad de la herida.

—Estate tranquilo. Te voy a salvar.

—Máximo... —Me dijo mirándome a los ojos—. No vas a poder hacer nada.

Grité auxilio a las tropas que estaban detrás y estas nos trajeron los botiquines de guerra que teníamos. Allí, con numerosas gasas, intenté curar una herida que no paraba de chorrear sangre mientras a decenas de metros seguían combatiendo el resto de tercios. Aquello no pintaba bien, pero yo tenía que hacer mi trabajo que no era otro que ser médico de los soldados.

—Ve a luchar, Máximo. —Dijo Jaime, con una voz desgarradora.

—No. —Le dije—. No te rindas, por favor.

Jaime puso su mano sobre mi muñeca, impidiendo que le siguiera curando.

—¿Qué haces?

—Allí te necesitan más. Salva a Catalina y yo me aguantaré esto para no sangrar más. —
Dijo, taponándose la herida—. Te lo prometo.

Sus ojos me lo dijeron todo. Jaime dio por hecho que iba a morir con aquella herida y algo dentro de mí implosionó. Sus ojos poco a poco fueron perdiendo consistencia mientras le veía apoyarse en una roca pequeña. Me miraba con compasión. Era una mirada tierna de alguien que sabía que el final había llegado. Me volví a acercar para darle un beso en la frente, un beso de amistad eterna, mientras vi como sus ojos se habían convertido en color blanco y su torso estaba cubierto de sangre. La herida no paraba de expulsar sangre por muchas gasas que poníamos para taponarla. Su voz comenzó a debilitarse y los gritos de dolor comenzaron a cesar. Y me mantuve junto a él, de cuclillas, esperando un desenlace que no queríamos que llegase, pero con aquella herida y la rapidez con la que se desprendía la sangre, no me dejó otra que despedirme a tiempo de él. Y sí, volví a gritar cuando bajé sus parpados y abracé, por última vez, a un gran amigo. Y, poniéndome de pie, mirando al bullicio de soldados que tenía a escasos metros de mí, ahora sí, sin conciencia, corrí hacia la pelea para matar al mayor número de enemigos posible. Allí, juntándome con Luis, que todavía no sabía la noticia, hice volar la espada, reencarnándome en el propio: Alejandro Magno, en un gladiador romano o en el mismísimo Cid Campeador. Holandés que se ponía de nuevo delante, holandés que se marchaba al infierno. Al mismo infierno que di por hecho que acudiría yo después de esto que estaba haciendo.

Lo que sí vi a lo lejos fue un golpe a las tropas holandesas, pues un escuadrón de los tercios acudió por sorpresa por la espalda, llegando a la jaula de mujeres y abriendo la puerta con la sorpresa que eso desprendió en las tropas de ambos lados. Las mujeres comenzaron a salir de allí y correr hacia el bosque que se encontraba a decenas de metros para adentrarse en él y escapar de aquello. Pero duró poco, pues una caballería holandesa llegó pronto a ellas. Por allí vi correr a Catalina mientras yo hacía justicia por Jaime. Pero duró poco la estampida de ellas, ya que a los pocos segundos volvieron a estar rodeadas de caballería holandesa, haciendo que se arrodillasen sobre aquel césped embarrado.

Mientras tanto, la guerra se había convertido en un polvorín que nos estaba dejando el peor lado del ser humano, pero cuando estás allí dentro, no piensas en el mal que causas o en aquello que arrebatas. Solo piensas en sobrevivir, y, a estas alturas, ni siquiera sabría decir si íbamos a ganar o íbamos a claudicar, por primera vez, con todo lo que supondría para nosotros. Pero lo que sí sé, es que mi espada había rebanado multitud de cuellos y tripas y lo iba a seguir haciendo hasta que no quedase ninguno en pie. Por eso, con el avance que dio el escuadrón hacia el flanco izquierdo para debilitar la caballería holandesa, poco a poco fuimos ganando peso en la batalla. Y los refuerzos que teníamos a nuestras espaldas, bien que ayudaron para ello.

—Máximo, a tu derecha. —Avisó Luis.

Y aquel ataque que Luis me llegó a avisar a tiempo, me dejó en desigualdad. El holandés, que apareció con una especie de hacha, consiguió partir mi escudo en dos y dejarme en total indefensión a cualquier ataque. Mis reflejos empezaron así a esquivar aquella agilidad que poseía el hombre. Sus ojos estaban inyectados en odio y yo era su presa. Avanzaba hacia mí como si no hubiese impedimento y yo retrocedía brevemente mientras con la espada me defendía de sus

ataques. Por un momento di por hecho que no saldría de ahí, y más, cuando con el talón derecho, tropecé con el cuerpo sin vida de un soldado enemigo que se encontraba tendido justo detrás de mí, cayendo al suelo de espaldas y viendo sobre mí a aquel hombre levantar el hacha. Y no sé si fue por acto reflejo o porque sabía que allí acababa mi vida, que miré a lo lejos para tener el último contacto visual con Catalina. Y lo tuve. Y en la lejanía nos miramos con el amor que nos profesábamos. Yo con ojos de desesperanza y ella con ojos de pánico por lo que iba a presenciar mientras sus manos estaban situadas en su nuca y un par de holandeses la custodiaban a lo lejos. Y tras ello, miré hacia arriba y vi como el hacha del holandés descendió hacia mi cuello. Y os aseguro, que antes de ver como iba a impactar sobre mi cuello, escuché el grito de dolor de Luis, pero sobre todo, a pesar de la lejanía que nos separaba a Catalina y a mí, pude escuchar aquel <¡NO!> que gritó Catalina. Un "no" tan desgarrador que no pude evitar recobrar todas las imágenes que recordaba estando con ella: como aquella primera vez que nos vimos, aquellas tardes en la biblioteca, aquella tensión de no ser descubiertos, aquellos escondites donde nos dábamos amor mientras veníamos a Breda. Pero sobre todo recuerdo aquella tarde en la biblioteca donde nuestro amor terminó por explotar, y allí supe, realmente, que Catalina era la mujer de mi vida. Y sonreí ante aquella hacha que descendía hacia mi cuello.

CAPITULO 14. ¿LA MUERTE ES EL FINAL?

Las nubes habían terminado su carrera y habían cambiado el tono azul del cielo por el tono gris oscuro que las formaban. En ellas, cantidad de agua que iba a comenzar a desprenderse sobre nuestras cabezas. Los relámpagos hacían presencia a lo lejos y algún que otro rayo se veía sobre aquellas nubes. El viento corría sobre nuestros cuerpos y cabezas trayendo con él un frío cada vez mayor. Las hojas de los árboles se descolgaban para caer, ya muertas, sobre el mismo césped donde estábamos cayendo nosotros. Y solo faltaba yo por caer entre todos estos fenómenos que cuento.

El hacha de aquel holandés vino hacia mí con la misma fuerza que un carpintero parte los troncos de madera en dos. Como mecanismo de defensa, moví la cabeza hacia mi derecha, esperando así morir sin ver a Catalina. Por sorpresa, entre los árboles del fondo vi a Benedicto. Estaba sonriente y con los ojos alegres. Le miré. Me miró. Y solo pude asentir con la cabeza en señal de gratitud por todos los consejos, enseñanzas y cuentos que me había contado y que habían hecho de mí lo que era hoy. Y tras eso, me asintió, levantó la mano en señal de agradecimiento hacia mí y no puede evitar sentir como la pena me invadió por dentro. Como me gustaría poder tener una última conversación con él para poder ir en paz, pensé. Y sin quitarle la mirada, vi como desapareció sin siquiera moverse de donde estaba. No daba crédito a aquello. Incluso me incliné hacia arriba mientras aquella hacha descendía sobre mi cuerpo. Todo esto lo viví como si la vida hubiese perdido velocidad y pudiese moverme ágilmente por todos sitios, mientras el resto de personas tardaban minutos en terminar un movimiento. Y me vino a la cabeza Catalina, cuando me decía que no vio en ningún momento a nadie salir de aquella biblioteca. ¿Quién es Benedicto?, pensaba fuertemente. Pero el pensamiento se detuvo cuando inconscientemente tuve que cerrar los ojos ante la proximidad de aquella hacha que la tenía ya a escasos centímetros. Y sonó <clinc>. Y era el sonido del impacto del hacha sobre dos espadas que impidieron —una vez más—, que me arrebatasen la vida. Y esta vez, mi salvador había sido Alonso, que puso sus espadas sobre mi cabeza para frenar el golpe y en un acto de agilidad sobrehumana, cortó el cuello del holandés, para acto seguido levantarme del hombro y ponerme en pie.

—No bajas la guardia, Máximo. —Dijo Alonso, mientras corría nuevamente al tumulto de gente.

—Gracias. —Le dije.

Y me tuve que recomponer de aquello. Volví a empuñar la espada y cogí uno de los escudos que estaban tirados por el césped para poder volver a tener defensa. Los holandeses habían retrocedido muchos metros atrás y los tercios viejos comenzábamos a tener la batalla en nuestras manos. Los escuadrones que peleaban por mi derecha habían avanzado todavía más, dejando centenares de cuerpos enemigos a sus espaldas, y los otros centenares de holandeses vivos, iban dando pasos atrás entre gritos y sollozos. Y esto provocó el momento más decisivo de la batalla,

pues Mauricio de Nassau había dado órdenes expresas de asesinar a cada una de las mujeres que estaban allí arrodilladas. Por un momento, la pelea se detuvo tras observar cómo empezaron a degollar a algunas de nuestras mujeres allí presentes, lo que hizo que la cólera terminase de estallar. Los holandeses corrieron hacia ellas para proteger de que no las arrebatáramos de sus dominios. Nosotros, los miles de soldados que representábamos al ejército más poderoso del momento, más sangriento y que no tenía conciencia alguna con el enemigo, corrimos hacia ellos, incluso dejando atrás a soldados holandeses vivos que quedaron erráticos al ver que los dejaron vivos para ir a por ellas. Y supieron que aquella batalla la habían perdido en ese momento, no sin antes derramar más sangre holandesa.

La batalla parecía haberse parado durante unos minutos ante la incredulidad que se vivía en ella. Por un lado, la de los holandeses viendo como los tercios viejos les habían dejado vivos para correr hacia donde estaban las mujeres con el único fin de salvarlas. Por el otro lado, la de los tercios viejos, que habían dejado la batalla para salvar a sus mujeres, ponerlas a salvo y después ajusticiar a todos aquellos ante tal ruin acto que habían usado los *zanahorios*. Y en medio de aquello me encontraba yo, con miles de pensamientos invadiendo mi cabeza por segundos, recordando las dos veces que he estado a punto de perder la vida y recordando — como no—, a Jaime, mi fiel y gran amigo, que, por salvar mi vida, había perdido la suya. Nunca me lo podré perdonar. Y también pensé en Alonso, que había acudido rápido y ágil hacia mí para salvar mi vida con su gran destreza, arriesgando también la suya, porque eso es la amistad. Yo miraba al frente, veía a Catalina de rodillas con las manos en la cabeza y con un rostro pálido, más propio de alguien que sabe que le quedan escasos segundos de vida, y, ante aquello, supe que solo yo podría cambiar ese rostro. Ahora, me tocaba a mí salvar la vida de otra persona.

Corrí como nunca lo había hecho y los tercios viejos nos situamos a escasos metros de aquellas mujeres a las que íbamos a salvar la vida. El problema eran los holandeses que se había replegado rápidamente a órdenes de sus generales para hacer un escudo humano que impidiese nuestro paso mientras iban asesinando una a una rápidamente. Luis y yo nos pusimos en el flanco izquierdo del grupo para llegar lo más pronto posible a Catalina. Allí se encontraba también Carros, el cual me miró a los ojos mostrando una mirada de compasión y de auxilio. Fui consciente de que esta vez me necesitaba. Aquella mirada que veía por primera vez, era la mirada de un padre que quería salvar a su hija. Mostraba amor y no interés, sentimientos y no el ansia del poder. Hasta se colocó a mi derecha, posando su mano sobre mi hombro. Una mano ensangrentada. Y aquel gesto lo hizo para acercarse a mí y decirme las primeras palabras sinceras que habíamos compartido hasta ahora.

—Salva a mi hija.

—No quiero otra cosa.

Nos miramos ambos a los ojos, nuestros rostros se pusieron serios.

—A por ellos. —Dijo Carros con mirada asesina.

Así es como arrancó el final de aquella batalla. El grito motivador de <Arriba, España> dio comienzo al desenlace de una historia de amor, de guerra, de esfuerzo, de traición. Nuestras tropas avanzaron de manera segura contra aquel escudo humano que hicieron las tropas holandesas. Pero ellos mismos sabían que no aguantarían frente a la furia de los tercios. Gritamos. Grité. En mi mano derecha llevaba la espada que no daría clemencia a ningún soldado

enemigo, y en mi izquierda, el escudo con el que procuraría salvar mi vida. La daga la tenía en el cinturón de la ropa, preparada para desenfundarla lo más rápido posible. Carros empuñaba su espada ligera y con un filo cortante que atravesaba cuerpos de un solo golpe, y así lo hizo ver rápidamente, pues holandés que se ponía delante, holandés que marchaba al infierno. Parecía que nuestros cuerpos habían sido invadidos por otra persona que luchaba por nosotros, porque, desde luego, mis movimientos no los había llevado a cabo nunca. La adrenalina que recorría mis brazos era tan exagerada que parecía que estaba fuera de mi propio cuerpo. Pero no todo fue tan fácil como parecía.

Cuando llegamos a la altura del escudo humano holandés, las picas enemigas comenzaron a hacer su trabajo de una manera excepcional. Las prisas que habíamos tomado, nos empezaban a pasar factura y comenzaron a caer muchos compañeros asesinados al suelo. La caballería enemiga comenzó también a hacer su trabajo mientras la ansiedad recorría ahora nuestras venas, sustituyendo tal vez a aquella adrenalina inicial. Mientras, veíamos como el grupo de mujeres empezaba a reducirse sin que pudiésemos hacer gran cosa. La estrategia holandesa estaba funcionando, la cual no era otra que crear impotencia en nosotros para que empezásemos a fallar. Y así empezó a suceder. Las tropas holandesas dieron pasos hacia delante mientras nosotros retrocedíamos brevemente y veíamos varias picas saludarnos a escasos centímetros de nuestra cabeza. Nuestra primera fila se iba desmoronando poco a poco mientras las filas traseras nos gritaban que mantuviésemos la cabeza concentrada. Había que aguantar este golpe. Y por desgracia, nuestras cabezas se desvanecieron. Las tropas holandesas se mezclaron con las nuestras y nosotros tres quedamos divididos sobre aquel césped donde ya no juntábamos hombro con hombro para ser más fuertes. En ese momento vi como dos holandeses corrían hacia mí con gritos feroces que salían de aquellas bocas mugrientas con gotas de sudor resbalando sobre los mostachos y unos dientes podridos que expedían mal olor. Levanté mi escudo para frenar los espadaños que propinaban y los reflejos empezaron a actuar de una manera sensacional. El primero de ellos cayó al suelo después de que, por su espalda, un compañero de los tercios le arrebatase la vida rebanándole el cuello, mientras el otro, en un descuido, vio como mi espada atravesaba su intestino.

A escasos metros vi como Luis combatía contra otros tantos holandeses, y si tuviese que decir quién iba ganando ahora la batalla, no sabría decir para nada quién era el vencedor. Por el otro lado, vi como Carros tiraba de experiencia para protegerse de los golpes enemigos e iba haciendo baja tras baja, al más propio estilo gladiador. Corrí rápidamente hacia la posición de Luis para ayudarlo ante tanto holandés que quedaba en ese lugar y a los pocos segundos apareció también Alonso para unirse a aquella defensa férrea que estábamos haciendo los tres. Por un momento nos miramos, Alonso preguntó por Juanjo, pero ninguno de nosotros dos le habíamos vuelto a ver, produciéndose un silencio breve durante un par de segundos en los que no hacía falta que nadie confirmase la evidencia. Pero la desgracia no iba a quedar ahí, iba a ir a más. De repente, un grito ensordecedor de dolor atravesó mi tímpano, llegando a mi cerebro en cuestión de décimas de segundo para que este mandase la señal al resto del cuerpo en forma de alerta.

Una alerta que venía desde mi lado izquierdo, haciendo que mi mirada se desviase sobre los cuarenta y cinco grados para observar cómo, con las rodillas inclinadas hacia delante, Luis tenía una espada perforando su costado izquierdo de la espalda, saliendo por el centro de su pecho con una enorme cantidad de sangre. El iris de sus ojos marrones se habían convertido en color negro,

y su esclerótica blanca inmaculada, se había convertido en un tono rojo intenso, con lágrimas que salían de ambos ojos, cayendo por su rostro. Poco a poco fue desvaneciéndose su cuerpo hasta apoyar las rodillas con un impasible movimiento de arriba abajo de su cuerpo cuando las conectó con la tierra. Su mano derecha soltó la espada y el escudo cayó boca abajo sobre el césped. El holandés, sin humanidad ninguna, retiró la espada que se encontraba en el interior de Luis con un giro para terminar de arrancarle las venas, órganos y todo aquello que se pudiese delante de la espada.

Y allí estaba yo, a escasos metros de Luis, viendo como su piel cambiaba de morena a pálida en cuestión de segundos. Su cara giró para mirarme, nuestros ojos conectaron al momento y en él vi gratitud y amor hacia mí. Levantó su mano derecha hacia su herida del pecho, mirándola y dándose cuenta de que aquel momento era el último que le quedaba por vivir. Corrí hacia él sin importar que yo fuese a ser el siguiente en morir con tal de que no muriese solo. Me arrodillé con él mientras su cuerpo se balanceaba hacia atrás. Ya no gritaba, solo se tapaba la herida. Tampoco hablaba, porque no hacía falta. Poco a poco fue apagándose en mis brazos al igual que Jaime. Y es que esta batalla me había arrebatado a mis dos grandes amigos. Su sonrisa se había transformado en una mueca sin expresión. Su mirada, perdida y vacía. Su vida se había apagado como la vida que tenía pendiente tras esta guerra, donde se casaría con su novia, tendría hijos, sería libre y viviría tranquilo en su villa, con sus tierras y caballos. Pero ese futuro se apagó, como sus ojos, los cuales con mi mano ayudé a cerrar para toda la eternidad.

Y sobre aquel césped le dejé, para coger nuevamente mi espada y, esta vez, sí que por última vez. Mis ojos volvían a estar inyectados en sangre. Y si algo tenía claro, es que no iba a volver a perder a nadie más, por lo que, con el escudo en la mano izquierda y la espada en la derecha, me salí de aquel tumulto de gente para bordear por fuera de la batalla a ambos ejércitos. Me adentré en el bosque donde había visto a Benedicto anteriormente y donde volví a verlo de nuevo, a setenta y cinco grados a mi derecha. De repente, vi cómo se transportó de una posición a otra, sin caminar. Y me sorprendió que esta vez, por primera vez en mi vida, le vi con una sotana blanca y no negra, pudiendo ver sus manos descubiertas, las cuales siempre llevaba resguardadas en unos guantes de los que nunca daba explicaciones. Unas manos que se veían muy trabajadas y un aspecto más rejuvenecido, con menos arrugas.

Le seguí. No sabía realmente a quién seguía, si a Benedicto o un espíritu cualquiera. Según iba avanzando hasta él, Benedicto iba cambiando de posición sin decir una sola palabra, sin dar un solo gesto más que mirarme, errático, pero sonriente y esperando a que me acercase lo suficiente para volver a teletransportarse. No entendía nada, pero no era momento de entender cosas, era momento de salvar a Catalina y salir de allí con ella y, después, ajusticiar a todo *zanahorio* que siguiese respirando. Benedicto me iba marcando un camino que ni yo mismo entendía, adentrándose entre los tantos árboles que se abrían en esta parte. Seguía moviéndose de un punto a otro, como si de un espíritu se tratase, marcándose —o eso espero—, el camino más rápido para llegar a donde quería. Nadie me seguía. ¿Qué estoy haciendo?, pensaba. Pero mi cuerpo comenzó a correr independiente tras Benedicto, como si supiese que aquello era lo correcto. Y sobre todo, confiaba en aquella locura con solo verle a él. Sabía que si esto estaba sucediendo, era por algo. Y tanto que lo estaba siendo. A mi paso por entre los árboles, los pájaros se posaban sobre las ramas cuáles espectadores de un coliseo romano, las águilas sobrevolaban mi posición sin pretender cazar a su presa, como meras espectadoras.

Había perdido de vista la batalla. De repente, Benedicto se plantó delante de mí y sin articular todavía palabra, puso la mano sobre mi costado derecho. Me mandaba fuerzas, o así lo quise yo interpretar cuando nuevamente volvió a desaparecer para situarse a decenas de metros de distancia. El griterío de la guerra había cesado y no escuchaba absolutamente nada, ni esos pájaros de espectadores se animaban a piar.

Corría y corría, y esta vez sin cansarme. Espada en mano, deseaba llegar a donde me estuviese llevando Benedicto. Y ese lugar estaba cerca. Al rato de seguir corriendo, Benedicto echó la mirada atrás, levantó su mano izquierda en señal de despedida mientras hacía gestos de que me acercase. Corrí. Desapareció. Y tras aquel pequeño montículo, observé como estaban todos los *zanahorios* dándome la espalda. Benedicto me había traído al lugar estratégico donde ganaríamos esta batalla. Teníamos a los holandeses contra las cuerdas si conseguíamos dar una emboscada desde este sitio, desde el cual podía ver de cerca a Catalina y ellos a mí no me podrían ver al estar en lo alto y con varios árboles protegiéndome. Pero al cabo de dos minutos en los que intentaba analizar cada posición enemiga, cada movimiento enemigo y observaba con detalle como estaban situados, un escuadrón de los tercios viejos apareció por mi espalda. Me habían seguido sin saber muy bien por qué, y comandado por ellos, estaba Carros. Giré mi cabeza hasta conectar mis ojos con los suyos, unos ojos compasivos, de amor, de desesperanza, de alguien que había entendido que su ambición personal había puesto a su hija contra las cuerdas de la vida.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté.

Carros se detuvo a mi vera. Observó lo que teníamos delante.

—Sabía que encontrarías la forma de vengar a Catalina.

Me quedé estupefacto. Estaba dándome un piropo.

—Podemos atacar por la espalda. No nos esperan.

—Tenemos que hacerlo cuanto antes.

Carros me abrazó.

—Muchas gracias. —Dijo poniéndome también la mano en el costado derecho, sin entender por qué lo hacía.

Tras aquello, Carros comenzó a organizar el ataque con la mayor rapidez posible. En medio del silencio estricto que teníamos allí para evitar ser descubiertos, Carros comenzó a dar una clase maestra de estrategia de ataque con el fin de poder salvar la vida de Catalina y de todas las mujeres que seguían allí, vivas. Yo miraba al escuadrón y me sorprendía lo rápido que estaban adquiriendo las técnicas para llevar a cabo el ataque. La profesionalidad de los tercios viejos era increíble y no me extrañaba que durante tantos años hubiesen sido el gran temor de cualquier ejército enemigo. Yo me coloqué en posición. Estábamos preparados para dar el último golpe a una batalla que se había ido de las manos, que me había arrebatado a mis dos grandes amigos y que no iba a consentir que me arrebatase a la mujer de mi vida. Y actuamos, claro que actuamos. Y corrimos... claro que corrimos.

Salimos de aquel montículo como leones liberados de un circo. Gritamos para asustar, y ante la ofensiva, los holandeses quedaron bloqueados por todos los flancos sin poder tener escapatoria. Nuestros compañeros tercios que se encontraban al otro lado, impresionados por este

ataque inesperado, avanzaron sobre los holandeses como si no hubiese un mañana. Los generales pusieron cara de incredulidad al no entender de donde salía este escuadrón, y otros tantos se lanzaron a ajusticiar al enemigo. Los holandeses caían al suelo de tres en tres. La venganza se estaba llevando a cabo. Corrí hacia Catalina mientras mis compañeros peleaban contra ellos. Y llegué a su vera, con tan mala suerte que un holandés se puso en mi camino. Mi espada se alzó al aire y golpeaba con toda mi fuerza sobre aquel escudo que le servía para defenderse. Mientras, Catalina, en un acto de total adrenalina y valentía, se levantó corriendo para coger una de las dagas que estaba sobre el césped y la hizo clavar en el cuello de aquel rudo holandés que quería impedir su rescate. La sangre de ese hombre cubrió parte de la mano blanquecina de Catalina mientras yo corría hacia ella. Y llegó el momento, nos abrazamos, nos dimos el beso más esperado de la historia de la humanidad mientras el resto de mujeres se levantaban del suelo y corrían hacia el bosque para perderse en él y estar a salvo. Mauricio de Nassau huía junto a otros escuadrones que tenía en la reserva y algunos holandeses gritaban <retirada>, para acto seguido intentar salir corriendo mientras una espada de los tercios les arrebatava la vida a las pocas zancadas. Era una batalla victoriosa. Las mujeres se habían salvado y delante de mí, la que sería mi mujer el día de mañana. Agarré de la mano a Catalina para salir de aquel sitio donde todavía quedaban algunos rudos holandeses en pie.

—Tenemos que huir de aquí, Catalina. —Decía con jadeo después de todo el esfuerzo.

—Huyamos. Vámonos lejos.

—¿Dónde está tu padre? —Dije, deteniéndome.

—No le he visto.

Volví a agarrar de la mano a Catalina para adentrarnos en el bosque.

—No quiero volver a España. —Dijo Catalina, mirándome a los ojos.

—Nos escondemos en algún pueblo cercano. Nadie nos conocerá, y podremos ser libres.

Catalina sonrió y asintió con la cabeza mientras se lanzó a darme un beso como cualquier pareja enamorada.

—Quiero estar el resto de mi vida contigo. No importa en dónde estemos.

—Para siempre. —Dije yo, feliz.

Caminábamos juntos entre aquellos primeros árboles que nos cruzamos.

—Corramos antes de que aparezca alguien y nos deje aquí. Quiero irme de esta guerra. Contigo. —Dijo Catalina, ahora sí, con ojos y cara de enamorada.

Mi felicidad se irradiaba a través de los poros. Habíamos ganado la batalla, —que no la guerra— y habíamos salvado a muchas de las mujeres que estaban intentando asesinar. Y allí tenía a Catalina, delante de mí, feliz, sonriente, con ganas de pasar su vida junto a mí. Íbamos de la mano como una pareja recién empezada. Como jóvenes con ganas de comerse la vida. Pero el cansancio se apoderaba de mí. Las largas horas de caminatas y de guerra hacían que poco a poco me fuese debilitando de manera inexplicable. Paramos el paso mientras me inclinaba hacia delante para posar mis manos en la rodilla, posición que me permitía ver como los tercios viejos habían terminado la batalla y se encontraban en pleno éxtasis entre ellos. Catalina me miraba con ojos radiantes que poco a poco fueron cambiando la expresión a preocupación. En ese momento, una flecha atravesó mi costado derecho, provocando un grito agudo de dolor que me hizo caer de rodillas sobre el césped y, conmigo, Catalina, intentando sujetarme. Había sido profunda. Y lo peor, no sabíamos de dónde venía. Algunos de los tercios corrieron hacia mi posición ante la alarma de que volviesen los holandeses a combatir. Antepuse mi cuerpo para proteger a Catalina

desde el flanco derecho mientras se acercaban los soldados corriendo con la espada empuñada. En ese momento, un caballo negro se aproximó rápidamente y cogió a Catalina por la espalda, subiéndola en milésimas de segundo al caballo y llevándosela de allí. Aquel hombre era Leonardo. Aquel hombre disparó una flecha sobre mí para arrebatarme la vida.

Me senté en el césped con los ojos rojizos y llorosos del dolor que sentía. El cansancio poco a poco se apoderaba de mí y la visión se me ennegrecía por culpa de aquella flecha que estaba clavada sobre mí. Catalina, en lo alto del caballo, intentaba zafarse y caer mientras aquel desgraciado impedía que bajase del caballo. Carros, que estaba a unos cuantos metros de mí, miraba a un lado y otro mientras se encontraba bloqueado al no saber qué decisión tomar, o que actuación llevar a cabo. Los generales fueron espectadores de aquel acto ruin perpetrado por un héroe nacional. Si la traición tenía alguna definición en cuanto a ejemplos, esta era una de ellas. Mi mirada inquisidora sobre aquellos generales fue evitada por todos ellos, los cuales, al ver aquel acto, movieron sus caballos para desaparecer de mi vista sin interponer ninguna medida a lo sucedido.

Algunos soldados me ayudaron llevándome en brazos hacia el campamento, pero, ante la gravedad de la herida, tuvieron que parar. Me pusieron junto a un árbol a la espera de que alguien pudiese venir a socorrerme. Mis fuerzas iban disminuyendo cada vez más, al igual que mi positividad de encontrar a un médico que pudiese salvarme. Uno de estos soldados, un tal Pedro, extrajo como pudo la flecha, lo que provocó otro de mis gritos y un gran chorro de sangre que salió de mí. Según decía, era la única forma que tenía de sobrevivir. Ahora ya no sabía que me dolía más, si que me hubiesen arrebatado a Catalina o que me hubiesen arrebatado la vida, si es que la terminaba perdiendo por aquella dichosa flecha. Y allí estaba Carros, mirándome con ojos abiertos y semblante de no saber cómo actuar. Por un lado, había salvado la vida de su hija y por otro, era responsable de todo lo que estaba pasando con ella. Volvimos a cruzar nuestros ojos, pero ahora los míos solo reflejaban un odio irreparable sobre él, y, a los pocos segundos, desviamos nuestros ojos noventa grados a la izquierda y vimos ambos a Benedicto. Volvimos a cruzar nuestros ojos para volver a llevarlos a Benedicto, que nos miraba fijamente, sin decir palabra.

—Eres... —Dijo Carros, pero no entendí.

Le miré e hice un gesto para que repitiese lo que había dicho.

—Eres libre. —Entendí finalmente.

Y retiré la mirada de él. Era libre. Ya no era parte del ejército más fuerte y cruel del mundo. Pero de que me servía la libertad ahora, me preguntaba, si estaba a pocos minutos de poder morir desangrado, y, en caso de sobrevivir, sin estar junto al único motivo que durante todos estos meses me ha permitido, curiosamente, sobrevivir. Por eso, mientras me intentaba curar Pedro, frené su mano. Ya no era necesario seguir curándome. Mi vida carecía de sentido en este momento: pues no podría volver a mi villa, con mi familia, porque allí era un asesino; no podía volver a Toledo, porque ya no era un soldado del ejército; no podía estar con la mujer que quería, porque la habían secuestrado y, para terminar, estaba con una herida que si yo la viese, desde luego que me daría, a mí mismo, la extremaunción.

Y sobre aquel césped, con mis compañeros retirándose camino del campamento, junto a

Pedro que seguía allí sentado conmigo, intentando curarme ante mi negativa, vi aparecer a un niño que llevaba una especie de papel y pluma. Mi delirio empezaba a asomar cada vez más fuerte, y justo detrás de él, estaba Benedicto. Miraba al chico y parecía que era yo. O es que directamente era yo. Con mi pelo rubio castaño que tenía de pequeño, alguna peca sobre las mejillas que me desaparecieron con el paso del tiempo, unas mejillas que dejaban a veces algún hoyuelo cuando sonreía al ver a mis padres. Este niño que veía parecía investigar el terreno como a mí me gustaba hacer. Le miraba mientras seguía apoyado en el árbol con las piernas estiradas y abandonadas de cualquier fuerza o presión, y sobre ellas, mis brazos. Vi como el niño me miró, sonrió y tras él, Benedicto impedía que se cayese hacia delante. Calculaba que en esa época yo tuviese tres o cuatro años, pero veo que ya me gustaba ir con un papel para hacer un garabato como si estuviese escribiendo algo sobre él. Ambos me miraron a la vez, como si se hubiesen puesto de acuerdo y, aunque siempre digo que me sonríen al mirarme, esta vez también lo hicieron, y el niño se fue acercando a mí sin quitarme ojo. Y ahora sí que comprobé que aquel niño era yo, poniéndose cerca de mí a fingir que escribía mientras comenzaba a reírse a carcajadas —mis carcajadas—, y yo comencé a reírme —conmigo mismo, imagino—. Y ahí supe que si un niño sonreía de esa manera es que había sido bueno, y que tal vez, el infierno sería el lugar más injusto donde iba a pasar el resto de mi eternidad.

Pero aproveché ese papel y esa pluma que portaba el niño para crear un poema que me salía del corazón, con el único fin de que algún día, aunque fuese el viento, le hiciese llegar a Catalina aquello para que me recordase para siempre, y el cual decía así:

*Alejándote sobre aquel camino,
sobre aquel caballo ya perdido,
sin retirarme nunca la mirada,
que, de amor, bien la detectaba.*

*A mi flanco izquierdo,
tu padre, el maldito.
A mi flanco derecho,
El desangro por un flechazo.*

*Y en tu rescate no grité dolor,
pero con tu lejanía, lo grito sin pudor.
Nunca más te veré, amor,
Pues mi sangre ha decidido salir sin temor.*

*No descifro lo que este maldito,
moviendo los labios, me comunicó.
Tal vez un 'eres libre' me suscitó,
tal vez el delirio lo interpretó.*

*¿Para qué quiero ya la libertad?,
si no voy a tener nunca la felicidad.
O para que la extremaunción,
Si mi paso por el infierno ya no tiene solución.*

*Y aprovecho a este niño sonriendo,
que se encuentra escribiendo,
para Catalina Carros de Toledo,
que mi gran amor seguirá siendo.*

*Y para concluir este amor,
ojalá este niño te entregue mi clamor,
porque solo me queda este grito,
para declararte mi gran amor.*

Tras aquellas palabras y ver como el niño, que ya digo, poco más de tres o cuatro años podría tener y que realmente era yo, parecía apuntarlo todo sin perder un solo detalle mientras estaba a mi lado izquierdo, de cuclillas, apuntado cada uno de los versos que le decía. Y antes de marcharme, quise darle un beso en la mejilla, un beso que realmente me daba a mí, orgulloso de todo lo que había hecho hasta hoy. Y tras él, vi nuevamente a Benedicto, que cogió al niño en brazos y marcharon juntos mientras me miraban atentamente a los ojos, esbozando una sonrisa, que, sin duda, les devolví. Y miré al fondo, mientras el color negro se iba apoderando de mi visión poco a poco, sin quitar de vista a aquel hombre mayor y a aquel niño que se alejaban hasta adentrarse en el horizonte del bosque verde de Breda.

CAPITULO 15. ¿QUIÉN ERES, BENEDICTO?

Narración de Benedicto.

Las nubes se convirtieron en tormenta. Los rayos caían como si el cielo hubiese castigado al mundo por todo lo que había pasado en aquel campo de batalla. Los centenares de cadáveres se mojaban con la caída de todas las gotas que caían sobre ellos. ¿Cómo empiezo a contar todo lo que vino después? Pues con auténtica tristeza de aquel desenlace donde tantos amigos no pudieron sobrevivir a una batalla que, como las tantas y tantas que llevaba el Imperio Español a sus espaldas, casi ninguno de ellos había elegido combatir.

Anduve buscando a esos amigos de Máximo que le habían acompañado durante tantos meses, compartiendo tantas experiencias, vivencias, guerras... confesiones. Y mientras caminaba, observé a estos amigos que tanto has escuchado hablar durante toda esta historia. Sobre aquel césped que volvía a tomar el tono verdoso gracias a la gran cantidad de lluvia que disipaba el rojo que dejaba la sangre, vi como Luis, tendido allí, tenía una sonrisa en su rostro. Y ahí supe que todo había ido bien y ahora estaría en el cielo. Junto a él, su espada, que puse sobre su mano para que fuese siempre recordado empuñando el arma que reflejaba su valentía, coraje y que, junto a su sonrisa, reflejaba perfectamente quién era. Y a unos cuantos metros, apoyado en una roca, estaba Jaime. Me sorprendió verle también con una sonrisa. Otro que había ido al cielo. Y, aunque algunos sacerdotes que acompañaban a los tercios ya les habían dado la extremaunción, yo se la volví a dar, tirando de mi pasado de sacerdote, porque así nos asegurábamos que estos buenos chicos estuviesen donde tenían que estar, en el cielo.

El que no sé si realmente estará en el cielo o en el infierno es Mauricio de Nassau. Deciros que, tras aquella batalla a principios de marzo, este hombre quedó debilitado. Murió pocos días más tarde de cumplirse el mes de la batalla, muriendo el 23 de abril, mientras todavía su hermano Justino de Nassau resistiría un poco más en el interior de Breda. Alguna que otra batalla hubo en medio, con victorias para nuestro bando, hasta que finalmente, el 5 de junio de 1625, decidieron rendirse ante el asedio que Don Ambrosio Spínola había ejercido sobre ellos. Y he de decir que, a pesar de ser los tercios viejos más temidos por cualquier ejército, aquella rendición la respetamos como gran enemigo que fue. No hubo ningún robo, ni asesinato, ni secuestros... Se rindieron, y con eso instauramos el poder. Sin hacer más tropelías que las que habíamos hecho hasta ahora.

3 años más tarde...

—¿Max? —Preguntó Catalina—. ¿Dónde se ha metido Max?

—Estará jugando fuera. Voy a buscarle. —Dijo Carros.

—¿Y Leonardo?

—Estará con él en el patio.

—Hace mucho que no se les oye.

—Cuanto menos se le escuche a Leonardo, mejor. —Dijo Carros, yendo a buscarlos.

Estos tres años han sido muy duros en la vida de Catalina. Durante muchos meses arrastró una depresión que la dejó en cama, sin poder moverse, tras haber vivido aquella guerra en Breda que tanto había arrebatado. Leonardo estuvo con ella en todo momento, pero ejerciendo un fuerte control para que no pudiese salir de casa. Un control que hasta impedía a Carmen, en ocasiones, acudir a su casa para poder estar junto a su hija. Los sentimientos de Catalina la hacían estar vulnerable, con fatiga, sin apenas pegar ojo, mientras veía como a su lado, dormía el hombre que había arrebatado la vida de su amado. Pero no podía hacer nada.

Tras aquel secuestro en el que Leonardo había disparado previamente a Máximo, subiendo a Catalina a la fuerza al caballo y, ante la mirada de los tantos tercios allí presentes, huido con ella, Catalina entró en un estado de bloqueo y de shock que, como os digo, arrastró durante muchos meses. Si os preguntáis que es lo que pasó con Leonardo tras aquello, deciros que tuvo una especie de condena que se mantuvo en privado, pero que la propia corte real había llevado a cabo. Le habían despojado de todos los títulos honorarios y medallas al mérito militar. Pero como os digo, en privado. No estaba bien visto que alguien con su poder fuese desprovisto de todo ello. A fin de cuentas, al imperio le merecía la pena tener una imagen de héroe en varios soldados como motivación para los nuevos. Pero esto solo trajo más problemas para Catalina, pues Leonardo pasaba todo el tiempo en casa, culpándola de todos sus males y, en ocasiones, asestándola golpes en forma de castigo.

Y esto fue durante los primeros meses después de la guerra. Catalina iba siempre de la mano de Leonardo a todos los sitios donde este acudía. Meses en los que Catalina vio como poco a poco su tripa iba haciéndose cada vez más grande debido a estar esperando el primer hijo junto a aquel malnacido. Deciros que esa fue la salvación para Catalina por varios motivos, y os lo voy a contar ahora, pero dejar que os siga contando cronológicamente todo lo que fue sucediendo hasta el último momento de Leonardo, que bien os digo que pagó caro el karma. Y luego aprovecho y ya os digo quién soy yo —o que soy—, aunque puede que tal vez os hayáis dado cuenta en los capítulos anteriores.

Como os digo, aquel embarazo fue el principio de la salvación de Catalina. Cuando me enteré de aquello, gracias a un aviso que me hicieron llegar de Carros, volví a acudir a Toledo para hablar directamente con él. Y hasta lo vi cambiado, porque desde la guerra no habíamos vuelto a vernos. Por un lado, sentía vergüenza de cruzarme con este ser en el que se había convertido. Pero he de decir que le vi triste, melancólico, con ojeras, arrugado. No era para menos.

—Para haber cumplido tu sueño, te veo un tanto tristón. —Le dije, con tono de distanciamiento.

Carros no pronunció palabra. Se acercó a darme un abrazo, pero lo rechacé.

—¿Tanta repugnancia sientes hacia mí?

—¿Tanto pensaste que ibas a ganar entregando a tu hija?

—Me la arrebataron. —Dijo, soltando lágrimas—. No puedo ni verla.

—La vendiste. Cuando Leonardo lanzó aquella flecha sobre Máximo, te quedaste sin hacer nada. Permitiste que se llevase a tu hija.

—Lo remedíé.

—Mentira.

—Claro que es verdad...

Carros, que se encontraba en el despacho de la academia militar, donde volvíamos a cruzarnos una vez más, volvió a echarse a llorar mientras ponía sus codos sobre la mesa y sus manos cubriendo sus ojos...

—Aquello que hiciste no fue suficiente. De hecho, ni tú mismo terminaste de hacerlo.

—¡Pero le intenté salvar la vida! —Gritó Carros, girándose hacia mí.

—¿Piensas que arrodillarte mientras Máximo estaba sobre aquel árbol, ya inconsciente, fue suficiente?

—Estuvimos intentando reanimarle. Taponé su herida. Le cosimos como pudimos.

—Ni siquiera llamaste a un médico.

—¡No había! —Volvió a gritar Carros.

Y deciros que esto sí era cierto porque yo estaba allí. Cuando Máximo perdió por completo la conciencia, Carros corrió hacia él en un acto de sanarlo y recuperar su vida. Y es cierto que estuvo durante horas con Máximo, junto a Pedro y algún que otro soldado que había sentido auténtica devoción por aquel joven que había arriesgado su vida y que había conseguido dar la vuelta a aquella guerra donde, sin él, nunca hubiesen podido dar la vuelta a la contienda. Y esto también he de contarlos, muchos soldados quedaron allí mientras estos cuatro hombres, entre ellos Carros, intentaban salvar la vida del chico.

—Éramos cuatro intentando salvarle. Cosimos su herida como pudimos... Estuvimos intentando reanimarle durante dos horas.

Le miré fijamente.

—Máximo encontró la forma de salvar a tu hija. Y tú no hiciste nada por él hasta ese momento donde la culpa fue la que actuó por ti.

—¡Sí, sí, sí...! —Dijo al borde de un ataque de nervios—. Sé que todo es mi culpa.

Le cambié de tema.

—¿Cómo está Catalina?

—Ya te digo que no puedo verla. Ese malnacido no nos deja cruzarnos con ella. Pero sé que está embarazada.

—¿Y vas a permitir que la termine matando?

—Claro que no. Pero no sé cómo sacarla de ahí. Necesito tu ayuda.

Pensé. Repensé. ¿Merece la pena ayudar a este hombre?

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito que me abras la mente. Estoy bloqueado. Carmen no me dirige la palabra. No tengo ayuda de nadie.

—Tienes lo que mereces. Pero te ayudaré. No por ti, sino por Catalina.

—Te lo agradezco. Daré mi vida por ella.

Tras aquellas palabras, cogí un papiro e introduje la pluma de escribir sobre el coso con tinta negra que tenía sobre su mesa.

—Lee esto. Tienes que seguir este plan a rajatabla.

Carros iluminó su rostro. Vio salida por fin a su problema. Iba a rescatar a su hija, o, al menos, a intentarlo.

Cumpliré con todo lo que me has escrito.

Y se puso manos a la obra. El plan: rescatar la vida de Catalina. Otra vez. Pero ahora sobre las manos de aquel impresentable. Y Carros se movió rápidamente. Tras desaparecer de su vista como lo hacía de Máximo, generando la misma impresión sobre aquellos ojos atónitos a lo visto, echó a correr hacia la primera dirección que puse en aquel papel. Carros, haciéndose valer de su actual condición de maestro de campo, marchó hacia Madrid para encontrarse con la corte real y el mismísimo Felipe IV. Allí, tras unas horas a caballo, él solo, reflexionando sobre todos los pasos que iba a tomar y que yo le había indicado si quería recuperar a Catalina, Carros no quitaba de su cabeza la cara de Máximo. En el fondo sabía que de haber hecho algo sobre aquel campo de batalla, a tiempo, hoy no le supondría todo lo que iba a tener que hacer. Y sobre todo, hoy Catalina no estaría en el peligro que está.

Tras llegar a aquella corte y pedir una reunión de urgencia con la corte real y el rey, Carros fue accediendo por aquel Alcázar Real ante los tan lujosos decorados con los que contaba aquello. Sobre aquellas paredes se encontraba el cuadro pintado por Diego de Silva y Velázquez, denominado "*La expulsión de los moriscos*", que había significado un gran valor para aquel Alcázar y para los propios pintores. Detenido sobre aquel cuadro, Carros esperó la recepción real del monarca que, tras avisarle un encargado, hizo pasar al hombre. Allí, bajo el cometido que le encomendé, Carros expuso la primera táctica para derrotar a Leonardo. Y es que ante la corte estaba muy mal visto que un hombre de su calibre maltratase a su mujer, hecho que hizo que todos los allí presentes comenzasen a sospechar todavía más de sus intenciones. A pesar de haber retirado todos los honores, en ningún momento fue propuesto para exiliarse fuera de España. Y ese era el cometido de Carros, conseguir que Leonardo fuese expulsado del territorio español.

En un principio aquella estrategia era muy arriesgada, pues suponía terminar de rematar a un hombre que lo había tenido todo y que lo estaba perdiendo todo, pudiendo causar el efecto contrario al buscado y que causase todavía peor daño en Catalina. Por ello, Carros consiguió su cometido y, a través de una orden real, Leonardo fue expulsado del territorio peninsular y exiliado en Flandes, donde combatiría como un soldado raso en la defensa de las tierras españolas. Esto suponía una doble humillación. Y para evitar males mayores con Catalina, Carros consiguió que fuesen escoltados hasta Flandes con el fin de que en ningún momento pudiese hacer nada a su hija. Lo más importante de esta decisión era que, la noticia, sería dada a Leonardo a través de Carros, el cual, tras la recepción real y consiguiendo el objetivo, marchó nuevamente a Toledo con dirección directa a la casa de Leonardo. Y llegó a casa de aquel malnacido.

—Te traigo tu sentencia. —Dijo Carros, enfadado, sin dejar un solo segundo entre que Leonardo abriese la puerta y le mirase a los ojos.

Leonardo abrió aquel sobre con sorpresa. No esperaba la visita de Carros. De hecho, desde una semana después de que terminase la guerra y Carros acudiese a ver a su hija, impedido por él, no se habían vuelto a ver.

—Esto es una orden de expulsión. ¿Me has traicionado?

—Acudirás a pelear con los tercios. Serás un soldado raso.

—Estás donde estás gracias a mí. Teníamos un acuerdo.

Aquella frase la dijo junto a Catalina, que se encontraba tras él, mirando a su padre con una mirada vacía.

—El acuerdo no consistía en que maltratases a mi hija.

—Es mi esposa. Haré lo que yo quiera.
Carros se enfureció. Leonardo se abalanzó sobre él.
—Eres un traidor.

Tras abalanzarse sobre Carros, la guardia militar que se encontraba escondida de la vista de Leonardo, hizo aparición, reduciendo a aquel impresentable al suelo. Carros, viendo el espectáculo, traspasó la puerta donde se encontraba su hija con ojos llorosos. La abrazó, pero ella no lo devolvió. Y la susurró al oído: *"Te voy a ayudar a salir de aquí"*. Y una mano de Catalina —la derecha—, subió leve y temblorosa hasta situarla en la cadera de su padre. Su mirada de terror no cambiaba. Rápidamente, hicieron el equipaje de ella y salieron de aquel infierno. El plan iba cumpliéndose. Y ella debía de ir con él hasta la guerra, donde allí, verían que hacer con Leonardo para separarle de Catalina. Por ello, y esposado, fue subido junto a otros delincuentes a un carruaje que tenía como dirección Flandes. Allí, subido, fueron dando vueltas sobre Toledo con el fin de demostrar a todo el pueblo quién era realmente aquel hombre y cuál era el destino que le esperaba. Catalina lo hacía junto a su padre en otro carruaje, aportado por el rey, donde acompañaría a su hija hasta aquel punto. Y ahora he de decir un dato muy importante que cambiará el devenir del futuro de la familia, pues Carros, en aquel Alcázar Real, había dimitido como maestre de campo, volviendo a la vida civil. Esto en un primer momento fue rechazado por toda la corte, pero viendo que la decisión de Carros pasaba por salvar a su hija y ser felices en otro lugar, siendo nuevamente una familia, terminó por ser aceptada. Por tanto, Carros iba en aquel carruaje como un hombre civil, sin deber militar ni cargo como tal.

—He dimitido como maestre de campo. —Dijo a su hija.

Catalina, como pudo, le miró. Sin articular palabra debido a todo lo que había estado viviendo durante esos ocho meses anteriores, encontrándose en un estado de gestación muy avanzado, colocó su cabeza sobre el hombro de su padre. Y junto a ellos, esta vez sin dejarme ver, observé como aquel hombre había entrado en razón, había asimilado que todo había sido su ambición personal y, sobre todo, había dañado a su hija para el resto de su vida. Y el camino no fue para nada fácil en cuanto a condiciones. Era noviembre de 1625 cuando sucedía este traslado y el destino era el mismo que lo fue hace exactamente un año, Breda. Allí, varios escuadrones de los tercios aguardaban el control de las ciudades próximas —y ya conquistadas—, mientras seguían avanzando en otras tantas para seguir dejando las influencias españolas allí. Flandes, que pocos años después viviría una de las peores pesadillas para los tercios, estaba siendo, por tanto, controlada por España en gran parte de ella.

Una de esas dificultades que surgió fue el nacimiento del primer hijo de Catalina. Cuando íbamos por Génova, Catalina rompió aguas y esto detuvo a toda la comitiva. Ayudada por diferentes matronas que había en aquella ciudad y con el apoyo de varios soldados de los tercios que allí descansaban tras la guerra, la ayudaron a que todo saliese bien. Y así fue. De esta manera, nació Leonardo. Y es que, al estar casados todavía, el nombre lo puso el padre. Fue inevitable. Aunque lo que bien nos encargamos fue de impedir que aquel impresentable bajase del carruaje para, simplemente, tocar el rostro de su hijo. Por un momento, el gesto de Catalina comenzó a cambiar al ver como tenía un bebé —su hijo— entre los brazos. Y aunque el padre fuese lo que era, aquel hijo no tenía culpa ninguna. Y Carros, que se le caía la baba con solo mirar a aquel bebé, sabía que había que terminar el traslado lo antes posible para —si mi plan

salía con éxito—, encontrar la libertad de su hija y de su nieto.

Y a los tres días de aquello, marchamos hacia Breda, ya sin altercados. Con Catalina más radiante a pesar de su semblante serio, triste, pasando por una depresión y por unos hechos traumáticos que, probablemente, nunca superase. Carros, que veía acercarse ya a Breda, rescató el papel que yo le di para ir guiando ahora a la comitiva. Y así lo hizo cuando volvió a abrir el papel y leyó aquellas coordinadas:

*"51° 39' 0" North
4° 40' 0" East"*

Aquella comitiva, dirigida expresamente por Carros hacia aquel lugar —previa autorización del rey—, llegó a los diez días. Diez días en los que el bebé se encontraba en buen estado y, la madre, con un gran instinto maternal. Allí, bajando a todos los detenidos del carruaje y puestos en fila, entre ellos Leonardo, observaron su nuevo lugar de residencia. Y junto a ellos, bajaron Catalina, el bebé y Carros, que les protegía desde la espalda como un buen padre y abuelo. Y deciros que la relación entre padre e hija había ido mejorando con el paso de los días. Al menos ya hablaban. Y llegó el momento decisivo, pues Carros buscó a Leonardo ante la atenta mirada de todos los allí presentes y, situándose delante de él, levantó su mano derecha para que, acto seguido, sin pasar más de dos segundos, lanzase yo una flecha desde lo alto de aquel montículo que se encontraba a las puertas de Langenweg, impactando mi flecha, con su nombre tallado en ella, en el costado derecho de Leonardo, mientras este miraba atentamente a Carros. Y junto a mí, otros tantos españoles y holandeses que dispararon una flecha cada uno hacia su costado.

Y sí, aquel que disparó primero era yo, de joven, Máximo Benedicto Hurtado de Mendoza, soldado de los tercios viejos españoles, miembro del tercio viejo de Cartagena, herido en batalla —de extrema gravedad—, pero salvado gracias a Pedro —y algo de gracias a Carros—, de aquel flechazo que al que hoy disparo, me disparó. Y junto a mí, las almas de Jaime y Luis, que, aunque sí que murieron en aquella batalla, me acompañaban en forma de almas allá por donde iba, demostrando su amistad. Así, también dispararon una flecha cada uno sobre aquel ser. Veinte fueron las flechas sobre su cuerpo, intentando resistir de pie con el poco honor que pretendía demostrar —y que ya no tenía—, cayendo al rato, de rodillas y después de boca, sobre el césped en el que un día pensó que me había arrebatado la vida.

Y antes de decirte como fue aquello para Catalina cuando me vio sobre aquel montículo mientras sostenía al bebé, decirte que, aunque seguramente te hubieses dado cuenta hace un par de capítulos de quién era yo realmente, por si no lo has visto, decirte que soy lo que digo antes, Máximo Benedicto Hurtado de Mendoza. Sí, soy yo. Y la apariencia de viejo es porque me presento desde el futuro ante los ojos de mí mismo cuando era joven, o de Carros cuando necesitaba ayuda. Por eso, cuando hablaba conmigo mismo, no podía descifrar el futuro que iba a tener por delante y solamente decía frases concretas que irían adivinando el devenir de las decisiones más de joven. De ahí: la charla antes de que marchase a Toledo, en aquella habitación, o las charlas en la biblioteca, donde avisaba que la decisión que iba a tomar traería los problemas que luego trajo. También me reía cuando me decía que le conocía tanto, pues normal, era yo con diecisiete años.

Y si te preguntas sobre por qué me llamó Carros a despacho cuando me descubrió con su hija en la biblioteca, decirte que no era yo realmente, sino el futuro de Carros, y, por eso, le avisó de que yo —joven—, le sería útil. Cada uno veía a su yo del futuro. Y qué importante, ¿verdad?, tenerte a ti mismo dándote consejos de como irán las cosas si tomas tales decisiones. Y ahora os cuento un poco como ha sido mi vida hasta hoy, que me vuelvo a cruzar con Catalina, pero primero os cuento un poco de su reacción.

Deciros que el rostro de Catalina había pasado del semblante depresivo al semblante sonriente. Hasta el propio Carros sonreía al mirar a su hija para luego desviar la mirada a lo alto del montículo, del que bajé corriendo cuando aquel malnacido cayó al suelo muerto y puede, al fin, ir hacia Catalina. Allí, tras unas cuantas zancadas, llegué a ella, al amor de mi vida que había dejado al bebé en los brazos de su abuelo mientras esperaba mi llegada. Y nos abrazamos. Nos besamos. Nos miramos. Y aquellos ojos oscuros de Catalina volvían a estar en mi retina, que, os puedo asegurar, nunca pensé que volvería a ver.

—¿Eres tú? —Preguntaba una emocionada Catalina.

—Eso parece.

—Me dijeron que habías muerto por el flechazo.

—Es verdad que estuve a punto de morir si...

Mientras seguíamos abrazados y compartíamos estas palabras, retiraba el pelo de la cara de Catalina para ver su rostro al completo.

—¿Cómo ha sido?

—Pedro, un soldado, me fue a salvar. —Comencé diciendo—. Y luego, según me han dicho, tu padre también ha tenido algo que ver.

Miré a Carros y asentí con la cabeza. Me lo devolvió con una sonrisa mientras acunaba al bebé.

—¿Y todo este tiempo? —Me preguntó—. ¿Por qué nunca volviste a por mí?

—Estuve en coma tres semanas. Dicen que estuve a punto de morir en cinco ocasiones, pero que mi juventud había permitido sobrevivir. Cuando desperté preguntaba por ti, pero habían dado órdenes de que me dijese que habías muerto asesinada en la guerra...

—Estaba muerta en vida.

—Me dijeron que habías muerto y a partir de ahí me vine aquí, a Langenweg, porque algo especial sentí aquí. Y me hice sacerdote. Me daba paz.

—¿Eres un sacerdote?

—Sí, de la ciudad. Pero...

—¿Pero...?

—Ahora que sé que estás viva, quiero casarme contigo.

Catalina, ahora sí, era completamente feliz y su rostro lo reflejaba. Y me adelanté a su contestación.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí. Claro que quiero. —Dijo una Catalina radiante.

Todos los allí presentes nos felicitaron. Carros, que se acercó a mí, me estrechó la mano. Así, me dio un abrazo como pudo tras tener al bebé en brazos. Teníamos su aceptación.

—¿Y cómo te enteraste de que estaba viva?

—Cuando quitaron todos los honores y medallas a Leonardo, se corrió el rumor de que lo habían hecho con su mujer delante. Ahí, preguntando a la gente sobre el nombre de aquella

mujer, dijeron que se llamaba Catalina. A partir de ahí comenzamos el plan. Varios soldados fueron a Toledo y nos daban información sobre tu estado. Con ello, lo mandábamos a la corte real para que fueran conocedores de ello. Un héroe nacional no puede ser un maltratador. Pero la única forma de ser creíble era con tu padre, así que, en uno de sus arrepentimientos, Benedicto llevó una carta para ayudarnos.

—Gracias a él, estoy hoy aquí. Me encantaría conocerle de verdad. ¿Cuándo me lo presentarás?

—Hace unos días que no le veo. Pero seguro que algún día aparece. Lo hace siempre por sorpresa.

Y así es como conté a Catalina mis últimos meses. Y también así fue como, tras meses y meses sin verla, viendo su rostro feliz al reencontrarnos, no pude evitar dejar a un lado mi lado de sacerdote para pedir matrimonio a la mujer de mi vida. Y deciros que fuimos muy felices. A los seis meses de aquello estábamos viviendo en esta maravillosa ciudad que, aunque la conocí asesinando, hoy habíamos hecho una gran familia entre españoles y holandeses. Si os acordáis de aquella familia de la casa... deciros que hoy resido en aquella casa. En memoria de aquella familia que les di clemencia y que hoy vivo allí por ellos, en su honor. También deciros que en aquella ciudad me casé con Catalina, mientras estábamos esperando nuestro primer hijo —y segundo de ella, que aunque viniese del padre que venía, desde luego que le quería como un hijo más—. Y el primero que tuvimos juntos se llamó Max, dándole así el acento nórdico al nombre. Y durante muchos años aquí seguíamos residiendo. Catalina se dedicó a fabricar diferentes pastas típicas de la zona que vendía en uno de los puestos. Y sé lo que pensarás, otra vez estoy metido en puestos de mercado. Así es. Y yo... pues me dediqué a varias cosas. Por un lado, a cultivar y recolectar las tierras y, por otro, a ayudar en el puesto a Catalina, pero esta vez sin envidias en el pueblo. Y también tuve alguna que otra experiencia militar que, si bien os ha gustado esta historia y así me lo hacéis saber, os podré contar.

Y para concluir esta historia, deciros también otra aventura que tuve. Al poco de casarme, volví a Chinchón, ya con mi primer hijo en brazos, para presentárselo a mis padres y mi hermano, ansiosos por verle. Desde que salvé mi vida nos escribíamos por carta y como les dije, al no poder volver a aquella villa, decidí seguir en Flandes. También les presenté a Catalina, con la cual hicieron migas muy pronto. Y allí estábamos como la gran familia feliz que había podido sobrevivir a: cualquier impedimento familiar, a una guerra, a la separación y al pensamiento de que habíamos muerto el uno para el otro.

Y sobre aquella montaña a la que subimos una tarde cualquiera en familia, mientras Max dormía sobre los brazos de Catalina y Leonardo correteaba con sus cortas zancadas, nos miramos a los ojos sabiendo que habíamos vencido al mal. Sonreímos. Nos besamos, y estábamos enamorados del otro. Y ahora sí que sabíamos que este amor lo disfrutaríamos para siempre, porque el amor verdadero, dura para siempre.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi amiga Raiza, que ha compartido conmigo toda esta aventura, animándome a terminar este libro que iba a quedarse de manera privada. Agradecer el tiempo que ha invertido para leer y releer esta historia, dándome consejos, uno tras otro, para que hoy, esto, haya sido posible.